

DAVID SENTINELLA

PRÓLOGOS DE JESÚS CALLEJO Y J. J. BENÍTEZ

The background of the book cover is a composite image. The upper portion shows the Great Pyramids of Giza under a hazy, golden sky. The lower portion features a row of Terracotta Army soldiers from ancient China, dressed in red and brown armor. The overall color palette is warm, dominated by browns, oranges, and yellows.

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

RITUALES, LEYENDAS, ENIGMAS
Y FENÓMENOS DE LA MUERTE

LIBROS CÚPULA

Índice

PORTADA
DEDICATORIA
AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
LO QUE SÉ DE LA MUERTE
INTRODUCCIÓN
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO 1
SEGUNDA PARTE
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
TERCERA PARTE
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CUARTA PARTE
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
QUINTA PARTE
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
EPÍLOGO
BIBLIOGRAFÍA
CRÉDITOS

*A Rosa Vallé Máñez,
estés donde estés,
más allá de la vida...*

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar no puedo, ni debo, olvidar la gran confianza y paciencia, incluso en los más difíciles momentos, que Laura Falcó y José López Jara han tenido conmigo; vaya para ellos mi principal y eterna gratitud.

A Pedro Amorós y a Fernando J. López del Oso, por estar siempre ahí, dándome el apoyo y el revulsivo que en algunos momentos he necesitado.

A Juan José Revenga por motivar mi ilusión, muchas veces perdida en el difícil camino de la amistad.

A J. J. Benítez, ejemplo en el camino, maestro en la constancia, por sus palabras certeras y su sonrisa.

Y a mis editoras, Esther Escoriza y Luciana Mainelli, que en todo momento me han facilitado la elaboración de este trabajo.

PRÓLOGO

Justo cuando me disponía a escribir este prólogo, leo la noticia en el periódico de que una empresa estadounidense «te ofrece convertirte en música o sonido para que tus amigos y familia te escuchen para siempre y posiblemente bailen a tu son». Lo que pretenden es que grabes tu mensaje personal, tu testamento, tu banda sonora o simplemente amoldar tus cenizas en el vinilo para que se escuchen ruidos póstumos. Y pensé: «ya no saben qué inventar para sacar provecho a la muerte», como si ésta fuera un espectáculo y un negocio crematístico (y no tanto por lo de la cremación) sin pensar que es un acto íntimo sobre el que no ejerce imperio sino la propia conciencia.

Es una de las tantas variantes que puede tener la muerte física de un humano: la de convertir sus cenizas en un sofisticado diamante o bien mandarlas al espacio exterior en una nave. Será por imaginación. Vistas así las cosas, tendría sentido esa frase de Séneca al decir que «la vida no es más que un viaje hacia la muerte» y vaya viaje...

Morir está al alcance de todo el mundo. Tan sólo hay que estar vivo en algún momento y todo lo demás vendrá por añadidura. Es un tema recurrente. Demasiado. ¿Quién no ha hablado de la muerte o ha rehuido hablar de ella? Hasta hay Diccionarios específicos sobre tan espinoso asunto en los que se aborda desde todos los puntos de vista posibles: epitafios, poemas, frases... y también suicidios, reencarnación, eutanasia, danzas de la muerte, el testamento vital, panteones, premoniciones funestas y un largo etcétera.

Oriente y Occidente no tienen el mismo concepto sobre este tránsito inevitable para los seres vivos. Las culturas que creen en la supervivencia del espíritu incluso han escrito libros para orientar al difunto en todo aquello que se va a encontrar en ese «otro lado», mientras vaga por terrenos insospechados y desconocidos. Ahí está el *Bardo Thödol* de los tibetanos o el *Libro de los Muertos* de los egipcios. Otras culturas no lo tienen tan claro y especulan sobre lo que puede pasar antes, durante y después del óbito.

Todo eso está muy bien, hay mucha documentación al respecto y se ha dicho y escrito casi todo, pero se necesitaba a alguien con la mente lúcida y serena que pusiera un poco de orden a tan interesante a la vez que escabroso tema. Y el elegido por los dioses ha sido mi amigo David Sentinella, ya ducho en temas enigmáticos relacionados con las momias, quien en *Más allá de la vida* nos va desgranando de manera magistral cada una de las creencias religiosas, ceremonias, teorías, rituales, supersticiones y leyendas que existen sobre la muerte. En cada página nos damos cuenta de que a nadie deja indiferente este asunto, ni a los ateos ni a los nihilistas ni a los fervorosos místicos.

Cada uno de sus doce capítulos es una vuelta de tuerca hacia nuestro interior más profundo, hacia un mundo que hemos querido marginar y al que debemos mirar de frente para perderle el miedo de una vez por todas. Y por eso nos encontraremos con los intentos protagonizados por gente que no ha querido morir nunca, que no se ha resignado a un final ordinario como todo hijo de vecino, y para ello se ha propuesto buscar, al precio que fuere, la fuente de la eterna juventud, la piedra filosofal o hasta convertirse en un vampiro con tal de no morir como el resto del vulgo, como si la muerte fuera algo que sólo afecta a los demás.

Los que nada pueden hacer contra esta eventualidad fisiológica quieren al menos que sus cuerpos permanezcan inalterables y se hacen momificar con toda clase de métodos, desde Perú hasta las islas Canarias. Aunque eso de inalterables es un decir, pues con el tiempo todos acaban pareciéndose a una mojama.

Hagan lo que hagan y digan lo que digan, no hay forma de burlar a Tánatos, aunque siempre ha habido infructuosos intentos. Durante la Edad Media se tuvo la costumbre de pintar grandes murales en las catedrales, en los que se representaba al gigante San Cristóbal —sí, el patrón de los conductores—, llevando al niño Jesús en brazos mientras cruza un río. La idea era que fuera visto con facilidad por todos los fieles dentro del recinto sagrado. Según la tradición popular, quien viera esta imagen no moriría en las veinticuatro horas posteriores a su contemplación, por lo que también se convierte en protector ante la muerte súbita.

Y ya que hablamos de tradiciones populares, existen animales que parecen estar dotados de un instinto especial para predecir la muerte de sus dueños o de los habitantes de un pueblo concreto. Y no me refiero a Oscar, el «gato de la muerte», que vive en el estado de Rhode Island y del que dicen que puede predecir la muerte cercana de ancianos a los que visita en el Centro de Rehabilitación para Ancianos de Providence. Algunos perros tienen un fino olfato para adivinar una defunción próxima, y en otras ocasiones son animales que, bien por su leyenda o por su mero aspecto físico, ya están precedidos de una singular fama de mal agüero. Entre ellos están las aves nocturnas, como búhos o carabos.

En la mitología astur hablan del *güercu*, palabra que designa extraños fenómenos augures de muerte. Algunas veces se representa como un perro negro y solitario que no para de ladrar de forma persistente, dando la lata toda la noche; otras son aves nocturnas, como la *curuxa* (lechuza), que si canta sobre el tejado de una casa es señal inequívoca de que pronto va a morir alguien de ese hogar. También considerada como otra premonición nefasta es la visión del «carro de la muerte», que vuela por los cielos sin hacer ruido llevando los despojos de los que una vez estuvieron vivos; aunque el premio al susto se lo lleva la Huestia o Santa Compañía, sobre todo si la imagen del desahuciado figura en esa espectral procesión de ánimas, de manera tal que si se ve a un vecino en ella, es presagio de su próxima muerte.

Tal vez una forma de quitarnos el atávico miedo a la muerte, que siempre es el miedo a lo desconocido, es escuchar lo que algunas personas han investigado al respecto. Por ejemplo, la psiquiatra estadounidense Elisabeth Kübler-Ross nos ha dejado frases esperanzadoras en su libro *La muerte: un amanecer* (2008): «La muerte es el paso a un nuevo estado de conciencia en el que se continúa experimentando, viendo, oyendo, comprendiendo, riendo, y en el que se tiene la posibilidad de continuar creciendo. La única cosa que perdemos en esta transformación es nuestro cuerpo físico, pues ya no lo necesitamos. Es como si se acercase la primavera, guardamos nuestro abrigo de invierno, sabiendo que ya está demasiado usado y no nos lo pondremos de todas maneras. La muerte no es otra cosa. Ninguno de mis enfermos que haya vivido una experiencia del umbral de la muerte, ha tenido a continuación miedo a morir, y quisiera subrayarlo, ¡ni siquiera uno solo de ellos!».

Aquel que enseña a los hombres a morir les enseña al mismo tiempo a vivir. No lo digo yo. Lo han dicho, entre otros, Montaigne, y tienen razón. Hace poco leí un libro de Jesús Poveda y Silvia Laforet titulado *El buen adiós*, en el que indican cómo mirar serenamente hacia el final de la vida a través de esos momentos en los que debemos aprender a decir adiós, recogen experiencias reales de enfermos, familiares y profesionales, y llegan a la conclusión de que no vivimos para morir sino que vivimos para vivir ya que, como decía Jung, «una vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir».

En resumidas cuentas, para que la muerte deje de ser un tabú hacen falta dos cosas primordiales: saber de qué estamos hablando, y perder el miedo mirándola cara a cara. Y este soberbio libro de David Sentinella es una buena manera de hacerlo y una eficaz herramienta para conseguir ambos objetivos.

«Aburrirse es besar a la muerte», dijo una vez Ramón Gómez de la Serna en una de sus greguerías, pues les aseguro que con el buen hacer de Sentinella no habrá forma de aburrirse y, por tanto, estará libre de besar a la Parca, siempre que lo siga leyendo y tenga una imagen de San Cristóbal cerca. Por si acaso...

JESÚS CALLEJO CABO

LO QUE SÉ DE LA MUERTE

POR J. J. BENÍTEZ

Algunas ideas (irreverentes) sobre la muerte, lo único seguro:

- ❖ La muerte es el proceso más seguro, menos estudiado y menos deseado. No sabemos por qué.
- ❖ Todo está por hacer (incluso cuando estás muerto).
- ❖ La muerte: un invento impecable.
- ❖ No podemos comprender (aún) la genialidad de la muerte.
- ❖ No veo nada malo en someterse a la muerte.
- ❖ Entre los ignorantes, la muerte tiene muy mala prensa.
- ❖ Someterse a la muerte es señal de inteligencia.
- ❖ Ensayamos la muerte cada vez que dormimos.
- ❖ Morir es despertar en otro lugar (sólo eso).
- ❖ La muerte sólo es una mudanza (pero en serio).
- ❖ Morir no duele.
- ❖ Tras la muerte es fácil recordar lo que fue olvidado.
- ❖ La muerte no es fría por casualidad. Se muere en soledad (queramos o no).
- ❖ La muerte: sólo Jesús de Nazaret y Lázaro la superaron.
- ❖ Al morir nos acercamos a Dios (sólo nos acercamos).
- ❖ Todo es rápido en dirección a la muerte.
- ❖ ¿Qué importa que el universo muera si yo sigo vivo?
- ❖ Morir de noche es morir menos.
- ❖ La muerte, en realidad, no vence.
- ❖ La muerte es tan perfecta que sólo llega una vez.
- ❖ Vida y muerte dependen del oxígeno.
- ❖ Todos los muertos son sabios, según.
- ❖ La muerte nos hace plebeyos durante segundos.
- ❖ Al pasar al otro lado, los mártires serán los primeros sorprendidos.
- ❖ El futuro nunca ha existido; y mucho menos después de muerto.
- ❖ Me gustaría ver la cara de José Saramago, ahora.
- ❖ Prepararse para la muerte significa vivir con intensidad.
- ❖ Yo he visto a la muerte. Tiene ojos verdes.
- ❖ La muerte no es buena ni mala; todo lo contrario.

Hay que vivir el ahora, porque el ahora desaparecerá ahora. Fíjate qué importante es. Las consecuencias están escritas ya, eso no me preocupa. Todo está meticulosamente escrito.

La muerte es una genialidad del buen Dios, es un pasar del tiempo al no tiempo. Y como hay que hacerlo, lo inventó muy bien. Se muere uno, siempre, como en un sueño, dulcemente, aunque antes hayas podido sufrir.

Yo creo que tanto la vida como la muerte no son lo que parecen. La vida es mucho menos importante que la muerte.

Y morir es sólo un juego. Tras el simulacro de la muerte nos partiremos de la risa. No lo olvides.

JUAN JOSÉ BENÍTEZ

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Juan José Benítez', with a date '11-9-2011' written below it. The signature is stylized and somewhat abstract.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la muerte?

En mayor o menor medida todos pensamos en la muerte, en qué ocurrirá en el momento de su llegada y qué hay después de traspasar ese umbral. Porque, si hay algo cierto, queridos amigos, es que ese instante nos llega a todos. Es la duda existencial por excelencia, y cuanto más mayores nos hacemos, más intensa es nuestra preocupación ante su inminente proximidad.

Desde que nacemos nos dirigimos inexorablemente hacia nuestra muerte. Ésa es la incontestable realidad. Y a lo largo de ese camino que llamamos vida vamos guardando en nuestra mochila los recuerdos de ese tránsito, instantes personales que acaban siendo el diario vital de un moribundo.

Pero ¿qué es la muerte? Hoy en día, en una sociedad que se rige por el cientifismo más absoluto, donde nada se da por cierto o real sin que existan pruebas físicas que lo avalen, nos vemos obligados —inicialmente— a prescindir del aspecto espiritual que posee dicha pregunta y, amparándonos en un punto de vista más terrenal, responder bajo la atenta mirada de la medicina y su apartado forense legal. Morimos cuando dejamos de respirar, el corazón deja de latir y desaparece la actividad eléctrica en nuestro cerebro, es decir, lo que en términos de pruebas médico-científicas se traduce en un electroencefalograma plano.

Pero ¿es eso suficiente? ¿Dejamos de existir sólo porque lo muestre una simple línea continua? ¿Qué ocurre con esa parte a la que llamamos «alma»...?

Con el tiempo nuestro cuerpo envejece hasta convertirse en un traje desgastado, obsoleto y, finalmente, inservible. Entonces es cuando nos sobrevienen las mayores dudas, porque si bien nuestra parte física, material y destructible puede terminar su ciclo, tenemos la sensación de que lo que se destruye no es todo lo que realmente somos, y que esa parte que las diferentes culturas, filosofías y religiones han llamado de mil formas diferentes a lo largo de la historia de la humanidad —alma, espíritu, yo superior, etcétera—, esa parte inmaterial, ese principio vital, puede que no se rija ni esté sometido por las mismas leyes de la materia y que, al fin y al cabo sea atemporal, y quién sabe si tal vez inmortal.

Si hay un momento en el que todos los seres humanos somos iguales, por encima de las diferencias sociales, económicas, religiosas, culturales, geográficas o de raza, ése es la muerte. Y a diferencia del resto de seres vivos, el hombre es aparentemente el único que tiene conciencia de que ha de morir. Saberlo condiciona también el deseo innato de

continuar viviendo, de resistirse y perdurar, en definitiva, de sobrevivir después de traspasar ese umbral misterioso, esa puerta que nos conduce a un futuro hipotético e incierto más allá de la vida y de la muerte.

Posiblemente gestado por esa incertidumbre, nos preocupamos en dejar un legado antes de llegar a la escena final del drama de nuestra existencia en esta dimensión y convertirnos en un recuerdo, más o menos duradero, para quienes nos conocieron a lo largo de nuestra vida, o para quienes sabrán de nosotros en futuras generaciones. Muchos lo haremos inconscientemente a través de nuestra descendencia. Otros, a través de obras artísticas, literarias, plásticas o arquitectónicas, de grandes hazañas y de logros inmateriales, de imperios económicos y empresariales, de descubrimientos con los que asombrar al mundo o de grandes mezquindades que, por desgracia, quedarán indefectiblemente grabadas en la historia con letras de sangre y fuego.

Aun así, la muerte es un acto singular. Puede ser pública, y que tenga lugar rodeado de familiares y amigos que lloren nuestra marcha; o anónima, y que se produzca en un lugar solitario apartado de seres queridos o desconocidos. Pero siempre la muerte de cada ser humano es una experiencia suya, íntima, personal e intransferible.

La muerte, aún más que la vida, es un enigma que permanece atestado de interrogantes para el hombre, es ese punto de encuentro único donde lo increíble y lo certero se encuentran y fusionan. Y es que la muerte es la auténtica puerta del misterio. A través de ella esperamos encontrarnos con ese supuesto dios del que nos hablan las religiones, esa fuerza creadora, infinita, incomprensible, fuente y origen de todo el universo, que nuestra mente no es ni capaz de imaginar, tan sólo de presentir. Esa puerta hacia el misterio, esa línea divisoria, esa falsa pared que hay que atravesar en la última escena teatral del drama de nuestra vida. Todos, aun quienes opinan que no hay nada más allá, esperamos angustiados o expectantes, con temor o esperanzados, a que en ese momento nos sea revelado el gran misterio que se encuentra tras esa frontera.

Porque lo más horrible no sería la muerte en sí, con todos sus posibles sufrimientos y dolores previos, lo más terrible sería la desaparición. No hay nada que pueda representar mejor la más grande pesadilla, el máximo e infinito horror, que la muerte eterna. Aunque, en ese preciso instante, al desvanecernos en la nada y no ser conscientes de ello, poco importaría ya.

Tal vez la opción más sensata sea la de vivir la muerte como la última gran aventura de la vida. Desde ese punto de vista, el tránsito, ese paseo entre esta dimensión y lo desconocido, es un fenómeno natural que no hay que dramatizar, sino esperar su llegada y traspasarlo con calma y serenidad.

Como apuntaba unos párrafos atrás, ningún animal salvo el hombre se ha preocupado por dar continuidad a su existencia, ni ha construido una tumba donde depositar alimentos, ropas y enseres que acompañaran a sus seres queridos en ese supuesto viaje a otra dimensión que el hombre primitivo intuía desde tiempos remotos. Además, como la arqueología nos ha ido desvelando, nuestros antepasados fueron

evolucionando en ese proceso cultural y funerario y desarrollaron nuevos sistemas para aparentar vida en los restos mortales; al principio, pintando los huesos de sus difuntos con pigmentos o grasas vegetales rojizas con el fin de darles el color de la sangre, y más tarde, utilizando técnicas de momificación con el propósito de tratar de mantener el cuerpo inerte lo más parecido a como era en vida, sin que sufriera el proceso natural de putrefacción y, con él, su destrucción.

Para que esto se produjera, y como paso previo a esa creación de nuevos y más complejos sistemas de conservación, fueron apareciendo las religiones. Éstas han tratado de encontrar un sentido a la muerte y se han esforzado en explicar sus innumerables misterios: la creencia en un más allá, la existencia del alma, su figurada inmortalidad, su naturaleza física o etérea, el camino que debe recorrer hasta su purificación, el lugar donde habrá de permanecer tras el deceso del cuerpo físico, la existencia de seres de luz y de oscuridad, la posibilidad de un lugar para los buenos y otro para los malos, el renacimiento o la reencarnación, etcétera.

Sin embargo esa misma realidad que es la muerte se vive de manera muy diferente dependiendo de la cultura y la religión que prevalezca en cada lugar geográfico y en cada sociedad.

Existen muchas razones por las que el mundo occidental, de cargado acento materialista, se ha posicionado en un aparente bando escéptico al pensar en la posibilidad de una existencia más allá de la muerte. Este pragmatismo, a diferencia del concepto oriental de la muerte, ha surgido en gran medida por las principales religiones que se practican en Occidente, en las que, a pesar de prometer un paraíso o un infierno tras la vida, todo se resume a cuestiones de fe, ya que han sido incapaces de demostrar fehacientemente la existencia de otra vida más allá de la actual.

Por otra parte, la ciencia ortodoxa, lejos de encontrar una explicación plausible, ha contribuido a ese escepticismo al erosionar algunos de los pilares básicos que sustentan dichas religiones: nuestros padres ancestrales no vivían en un idealizado paraíso, sino que eran simios que habían ido evolucionando; la Tierra no es el centro del universo, sino que forma parte de un pequeño sistema solar ubicado en uno de los brazos externos de una de las millones y millones de galaxias que lo componen, y en cada una de ellas, existen unos doscientos mil millones de estrellas semejantes a nuestro sol, lo que, lejos de ubicarnos en la privilegiada situación de ser el centro de la creación, nos convierte en un grano de arena en mitad de un desierto.

Además, para desesperación de los teólogos, los científicos genetistas han jugado ya a ser dioses y han tenido éxito en la empresa de clonación de animales, lo que puede indicar que, en un plazo relativamente corto de tiempo, sean capaces de emular a ese supuesto dios y, dejando a un lado las cuestiones éticas y morales, crear a seres genéticamente idénticos a nosotros en laboratorios. Pero aunque éstos fueran físicamente iguales al ser vivo clonado, tendrían con toda probabilidad una personalidad propia y un pensamiento distinto.

Con todo ello, la herencia e influencia sociocultural de la religión sigue estando presente en el mundo occidental, que trata de buscar alguna fórmula para alcanzar la inmortalidad, si bien para resolver la cuestión se ha delegado en gran medida en la propia ciencia con su tecnología, a pesar de los innumerables enfrentamientos sociales y problemas morales que ello pueda ocasionar.

Varias son las vías que se están empleando para conseguir «alargar» la vida, aunque la validez de su resultado sea dudosa. Anteriormente a la mencionada clonación, estaría la criónica, que se viene practicando desde finales de la década de los años sesenta del pasado siglo. El proceso criónico puede comenzar tras haberse declarado la muerte legal, y consiste en la conservación de seres humanos —o animales— mediante frío hasta que su reanimación sea posible en un futuro. Los principios de la criónica se basan en la opinión ampliamente aceptada por la ciencia de que tanto la memoria como la personalidad y la identidad permanecen conservadas en la estructura y la química cerebrales.

Este proceso de criopreservación ha sufrido notables cambios desde su origen con el fin de ir eliminando la posibilidad de lesiones irreparables por la formación de hielo durante el proceso de congelación, sobre todo en el cerebro, lo que daría lugar a isquemia. Para ello, hoy en día se emplean combinaciones químicas crioprotectoras que hacen posible la utilización de técnicas de vitrificación que eliminan la formación de cristales de hielo y preservan los tejidos en estado vítreo sin dañarlos.

No obstante, existe un profundo recelo por gran parte de la comunidad científica que muestra su escepticismo amparándose en las limitaciones actuales de la tecnología de preservación y en la reversibilidad del proceso sin que se pierdan informaciones básicas del cerebro, tales como la identidad personal y la memoria. En contraposición a los detractores, los científicos que apoyan la criónica se amparan en las proyecciones futuras de la tecnología, en especial la nanomedicina y la nanotecnología molecular, que permitirán la cura de enfermedades y la reparación y regeneración de los tejidos y los órganos dañados, que serán llevados a cabo mediante una inmensa cantidad de organismos o dispositivos microscópicos. Aun así, todos están de acuerdo en que esos procesos no tendrán lugar a corto ni a medio plazo y que, de llegar a ser efectiva finalmente esa tecnología, provocaría un gran debate social y jurídico, puesto que los pacientes —como los llaman las empresas que se dedican a ello— están legalmente muertos.

Pero no sólo los crionicistas tienen puestas sus esperanzas en la nanotecnología, también los gurús de las nuevas tecnologías, quienes la consideran como el nuevo dios del futuro y el destino de la humanidad. A través de ella se espera poner fin a las enfermedades y limitaciones biológicas de nuestros cuerpos, y con ello retrasar indefinidamente la muerte. Como apuntan irónicamente los expertos en nanotecnología: *el corazón no es más que una bomba muy lista, los músculos y los huesos son motores y*

vigas, y el aparato digestivo un reactor químico. Sin embargo, a pesar de que en un futuro pudiésemos prorrogar la vida a nuestra elección, jamás eludiríamos a la muerte. Sólo sería cuestión de tiempo.

El descreimiento religioso, los avances y descubrimientos científicos, el ensalzamiento del materialismo y del consumismo, las constantes guerras que salpican el planeta, el surgimiento de la amenaza climática y catastrofista, fomentaron durante años una sociedad occidental pesimista, carente de principios e ideales, en la que fueron creciendo generaciones desalentadas y confusas que sentían la necesidad de exprimir la vida y el presente lo más intensa y rápidamente posible, y cuya falta de fe en el más allá ocasionó una ausencia del sentido de la vida.

Paralelamente a estos hechos, la irrupción de las filosofías y tradiciones orientales que tuvieron lugar a partir de la década de los años sesenta del pasado siglo aportó a Occidente nuevas visiones sobre la vida y la muerte y esperanzadores conceptos sobre el más allá. Reencarnación, karma, samsara, nirvana, cuerpo astral... Muchos de estos términos y creencias eran milenarios y más antiguos que el islam, o incluso que el cristianismo. Pero finalmente fueron las investigaciones del médico psiquiatra y filósofo norteamericano Raymond Moody Jr. sobre las experiencias cercanas a la muerte las que consiguieron dar un giro a la opinión escéptica de la sociedad occidental e hicieron que científicos de todo el mundo abriesen su mente a la posibilidad de una vida en el más allá, e incluso que muchos de ellos iniciaran sus propias investigaciones al respecto. Trabajos como los de Elisabeth Kübler-Ross, Kenneth Ring, Karlis Osis, Gina Cerminara, Scott Rogo o Edith Fiore, entre otros, han ofrecido una alternativa científica que apoya la existencia del alma y la de una vida después de la muerte, tal y como apuntan las filosofías y doctrinas orientales.

PRIMERA PARTE

Religiones y el más allá

CAPÍTULO 1

Creencias en el más allá

La muerte, o mejor dicho, la «no muerte», posee innumerables entresijos que el hombre, a lo largo de la historia, ha intentado desentrañar. Su búsqueda se trata evidentemente de un viaje inconcluso, ya que muchas respuestas aún están por descubrir, empezando por el eslabón primigenio y fundamental de toda esta trama evolutiva: el momento en que el hombre es consciente de la importancia y trascendencia que tiene la muerte y trata de evitar su última consecuencia: la extinción del ser. ¿Cómo se produjo el desarrollo de las creencias? ¿Es el proceso como parece, un producto de la evolución del ser humano, desde la simple toma de conciencia hasta la elaboración de elementos mágicos o la creencia en seres supremos o dioses? ¿Cómo ha plasmado el hombre en sus diferentes creencias religiosas el tránsito de la muerte y ese más allá?

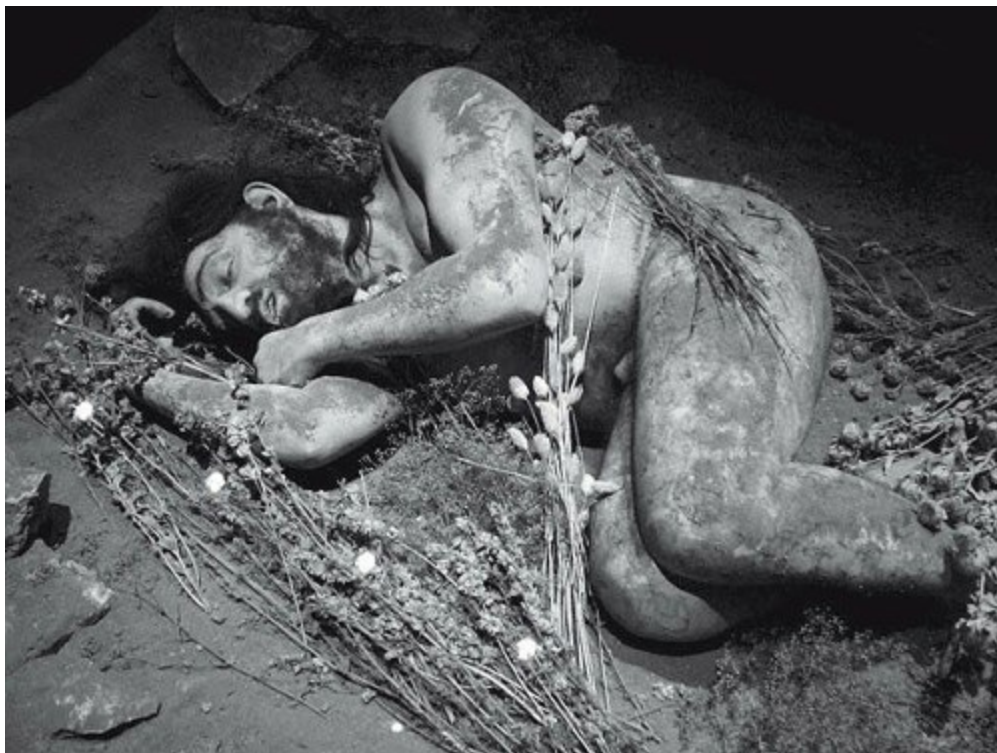
Como veremos a continuación, las ideas sobre ese más allá han sido diferentes, e incluso contradictorias, dependiendo de la cultura y hasta de la ubicación geográfica de cada sociedad. Algunos pueblos, como el egipcio antiguo, han creído que el ser humano estaba formado por varios elementos: *khet, ka, ba, akh, ab, heka...* Otros establecieron únicamente la dualidad de cuerpo y alma; no han faltado los que consideraban que todos los seres vivos poseen una fuerza vital, una energía que trasciende y que está intercomunicada. Unos han vivido con la esperanza de que el alma sobrevive eternamente, otros han admitido solamente cierta pervivencia, dependiendo de las obras que hayamos realizado durante nuestra existencia en esta vida. Las grandes religiones monoteístas han optado por la resurrección, mientras en las filosofías orientales sostenían el concepto de la reencarnación. Egipcios y tibetanos dedicaron gran atención al tránsito hacia el más allá: los primeros con los textos mágicos de las pirámides y de los sarcófagos. Los segundos con el *Bardo Thödol*, más conocido como *El Libro tibetano de los muertos*, escrito en la época de Padmasambha, siglo VIII de nuestra era, en el que se explica el proceso postmórtem, analizando detalladamente cada una de sus fases. También la mayoría de los pueblos han equiparado la muerte con un viaje que el difunto, entre peligrosas aventuras, tendrá que transitar hasta llegar a ese otro mundo, el de los muertos, el más allá. Para ello, disponían en su sepultura fórmulas mágicas, armas y demás utensilios para asegurar que el fallecido lograra efectuarlo sin percances y saliendo victorioso de cualquier contienda. Y cómo no, también en muchas de las culturas se ha

practicado la momificación artificial, es decir, de un modo premeditado, esperando mantener el cuerpo físico «vivo» para que fuera utilizado en un futuro por el «alma retornante».

Pero no nos adelantemos y emprendamos ese periplo a través del tiempo y del espacio para poder tener una visión general más adecuada...

Empecemos ese viaje por nuestro pasado más remoto. Sumergirse en el ancestral mundo de la prehistoria y la visión que sus pobladores detentaban sobre la muerte es sumamente difícil, incluso hasta cierto grado especulativo. Sin embargo, muchas de las investigaciones arqueológicas y paleoantropológicas que han tenido lugar nos han respondido en cierto modo y aportado datos de un valor incuestionable acerca de su sociedad, sus costumbres, su modo de vida... y, afortunadamente también, el modo de ver la muerte a través de sus ritos funerarios. Gracias a esas «pruebas», hoy en día nos es posible, pese a seguir siendo un terreno comprometido y sumamente resbaladizo, entrever una luz difusa que nos haga entender por qué y cómo efectuaban esos rituales, así como elucubrar sobre su posible visión sobre la muerte.

Apenas quince años atrás se pensaba que las primeras inhumaciones tuvieron lugar hace unos 120.000 años con el hombre de Neandertal, aunque pruebas recientemente descubiertas en las cavernas del importantísimo yacimiento de la sierra de Atapuerca, al noroeste de la ciudad española de Burgos, suponen una verdadera revolución arqueológica que cambia los conceptos que, hasta ahora, teníamos de nuestro más lejano pasado.



Recreación de entierro neandertal.

Las primeras cuevas fueron descubiertas durante la construcción de una línea de ferrocarril. Hoy en día, y gracias al intenso trabajo del equipo de investigación de Atapuerca, codirigido por Juan Luis Arsuaga, Eudald Carbonell y José María Bermúdez de Castro, se conoce la existencia de cuarenta cuevas. Los fósiles humanos recuperados en Atapuerca constituyen el 85 por ciento del registro fósil mundial del período del Pleistoceno medio, y con cada nueva excavación se ratifica el hecho de que este yacimiento es una de las zonas de asentamiento más importantes de los primeros europeos. Debido a la trascendental relevancia de este descubrimiento, el equipo de investigación fue galardonado con el premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica en 1997 y, en diciembre del año 2000, la UNESCO incluyó los yacimientos pleistocenos de la sierra de Atapuerca en la lista de los Patrimonios Culturales de la Humanidad.



Recreación de un *Homo Heidelbergensis* enterrando a un congénere. El hallazgo del yacimiento arqueológico de Atapuerca supone un gran avance para el conocimiento de las costumbres y creencias de nuestros antepasados.

En la actualidad, arqueólogos y paleontólogos siguen trabajando intensamente en las cuevas de la Gran Dolina, la Galería, la Cueva Mayor, la Sima del Elefante y la Sima de los Huesos. Y es precisamente en esta última zona donde encontraron, entre los huesos de veintisiete individuos, un bifaz o hacha de mano tallada en cuarcita rojiza con 400.000 años de antigüedad que, bautizada con el nombre de *Excalibur* —en homenaje a la espada mágica del rey Arturo—, se ha convertido en el centro de atención de todas las miradas. Según el criterio de los expertos, el hallazgo tiene enorme importancia porque el

bifaz fue, al parecer, una especie de elemento votivo funerario, un objeto simbólico arrojado a la Sima de los Huesos y que, por tanto, representa la evidencia más antigua de los primeros ritos funerarios llevados a cabo por seres humanos. Esto demostraría, además de la naturaleza de lugar de enterramiento de la sima, que el *Homo Heidelbergensis* —especie humana situada entre el *Homo Antecessor* y el Neandertal—, fue capaz de desarrollar un pensamiento y comportamiento simbólico mucho antes de lo estimado.

Sin embargo es a partir de la aparición del *Homo Sapiens* —aproximadamente unos 30.000 años atrás— cuando más profusión de pruebas existen sobre sus ideas de carácter religioso gracias a las muestras de arte que nos han llegado y a los enterramientos realizados, cuyas ceremonias funerarias incluían ajuares que eran colocados alrededor de los cuerpos.

De lo que no cabe duda es de que en algún momento de aquellas remotas épocas surge en el hombre la idea de la existencia de otra vida más allá de la muerte, idea que bien pudo aparecer al contemplar algún cuerpo momificado de manera natural, conservado por las propias circunstancias medioambientales del lugar: temperatura, humedad, etcétera.

La creencia en ese más allá fue evolucionando, al igual que fueron apareciendo una serie de rituales funerarios, al principio toscos y elementales, que con el tiempo se transformaron en representaciones cada vez más complejas y ricas en detalles. Desde las ingestas rituales de restos humanos o de las cenizas de los difuntos, que aún en nuestros días practican algunas tribus, hasta el embalsamamiento más complejo realizado por la cultura chinchorro hace 8.000 años en el desierto de Arica, o las perfectas momificaciones realizadas en el Antiguo Egipto. Cuanto más complejas hayan sido las creencias sobre la existencia tras la muerte, más complicados han sido los rituales practicados.

CHAMANISMO

El chamanismo ha sido descrito como «la profesión más antigua» de la humanidad debido a que existen evidencias arqueológicas que indican que se ha estado utilizando desde hace más de 20.000 años, por lo que es calificado como el antecedente de todas las religiones organizadas. De hecho, se considera que los primeros sacerdotes, sanadores y filósofos fueron probablemente los chamanes. Incluso algunos de sus aspectos, como sus prácticas místicas y simbólicas, se mantienen en el fondo de muchas religiones.



Chamán mongol con vestido ritual y su tambor como ayudante espiritual. Instantánea obtenida en 1909. National Museum of Finland.

Según el antropólogo Igor Rowest, «el chamanismo es un sistema de vida diferente que posiblemente nació con el hombre y morirá con él. Apareció cuando el ser humano se dio cuenta de que no era más que una pequeña parte del universo, una pequeña parte de la naturaleza en la que estaba integrado. Es muy posible que el chamanismo comenzara con el hombre, y, de hecho, ha estado presente en casi todas las religiones y cultos de la antigüedad».

El chamanismo se basa en la premisa de que el mundo visible está dominado por fuerzas o espíritus invisibles que afectan las vidas de los seres vivos, y que la muerte es una transición, un pasaje que marca la culminación de un ciclo evolutivo.

Para el chamán, todo objeto, mineral, animal, alimento o incluso los sueños, son cosas que viven. Así, la totalidad del mundo está tan viva como las personas. Cada una de sus partes está interconectada a todos los niveles de la realidad, es decir, todo lo que sucede tiene efecto y repercusión en el resto de las cosas.

Se estima que los orígenes del chamanismo están en los desiertos de Asia central y Siberia, desde donde se fue expandiendo a otras partes del mundo: a Europa, transmitiendo su conocimiento a los druidas, y atravesando el estrecho de Bering, a América, dando paso a los chamanes de las tribus indias y a los chamanes esquimales. Sin embargo, es importante aclarar que el chamanismo no es un fenómeno homogéneo, y

no se practica de igual forma en todo el mundo, por lo que lo más correcto sería hablar de una pluralidad de chamanismos que siguen un mismo camino y poseen unas prácticas comunes.

El término chamanismo se refiere a un grupo de creencias y prácticas tradicionales que trabajan con técnicas de éxtasis y comunican con el mundo de los espíritus, quienes juegan un papel importante tanto en las vidas individuales como en la sociedad humana. Dichos espíritus pueden ser buenos o malos, y ser los causantes de enfermedades a las que el chamán se tendrá que enfrentar. Para ello el chamán empleará técnicas con el fin de inducir trances e incitar éxtasis visionarios, donde su espíritu podrá abandonar el cuerpo y entrar en el mundo sobrenatural con el fin de buscar respuestas.

Dentro de la visión chamánica, el universo está formado por varios mundos, cuyo número conceptual puede variar independientemente de la cultura madre del chamán. Básicamente hablaríamos de tres: el mundo subterráneo, el mundo intermedio y el mundo superior, que están conectados a través de un eje. A estos tres mundos se los conoce en varias culturas como «el árbol del mundo». En el mundo subterráneo se encuentran los animales de poder y los espíritus de los muertos. En este mundo, representado por las raíces del árbol, el chamán se enfrenta a todo lo que atenta contra la salud del individuo. También en el mundo subterráneo se encuentran sus guías espirituales y las almas perdidas de sus pacientes. El mundo superior, representado por las ramas del árbol, es aquel en donde habitan los dioses, los ángeles, los espíritus superiores y los maestros espirituales. Los chamanes viajan al mundo superior para obtener conocimiento y sabiduría. El mundo intermedio, representado por el tronco del árbol, es aquel en el cual viven los seres humanos y constituye la realidad ordinaria. En la concepción chamánica polinesia añaden un mundo más a estas realidades: el *ike papakahi*, el *ike papalua*, el *ike papakolu* y el *ike papaha*, que representan respectivamente el mundo ordinario, el mundo psíquico, el mundo de los sueños y el mundo existencial.

Para el chamanismo esencial, el universo es sagrado y todo tiene un propósito y un significado: somos espíritus que han tomado forma en nuestros cuerpos y que hemos bajado desde nuestro hogar en los cielos a este mundo para aprender en diferentes vidas y existencias.

El concepto africano de religión parece conectarse con ideas relacionadas con la muerte y con el culto de los espíritus. Las ceremonias rituales funerarias que se celebran a lo largo de la vida y en el momento de la muerte de una persona revisten gran importancia para los africanos, y están integradas en la vida social.

En la sociedad africana se considera que la muerte es la puerta por la que el último aliento abandona el cuerpo en calidad de espíritu. La muerte se vive como una separación, pero no como un aniquilamiento total. Quien desaparece va a reunirse con los difuntos, y el único cambio importante es que su cuerpo se descompone; el espíritu, en cambio, sobrevive y accede a otra forma de existencia.

Según el antropólogo ugandés Y.K. Bamunoba, «mientras el matrimonio convierte al hombre en un ser creador y reproductor, relacionándolo al mismo tiempo con los antepasados y las futuras generaciones, la muerte, por el contrario, se sitúa entre el mundo de los humanos y el de los espíritus, entre lo visible y lo invisible. Lo que quiere decir que la muerte no pone término a la existencia, ya que ésta continúa en el más allá».

En las sociedades africanas, eminentemente animistas, creen que morir es partir hacia otro mundo, aunque el espíritu del muerto puede volver cuando le parece para visitar a los miembros vivos de su familia. Ésta es la razón por la que tratan de cumplir los deseos del difunto y de conservar su recuerdo. Se cree que el espíritu de los difuntos puede volver a atormentar a los vivos, e incluso en muchas etnias se llega a cavar la tumba delante de la casa para que el espíritu de los muertos pueda reunirse a voluntad con los miembros supervivientes de la familia. Eso significa que el difunto, en realidad, sigue estando vivo y continúa formando parte de la familia. Incluso los efectos y objetos personales del difunto se entierran con él para que lo acompañen y evitar así que se vea desprovisto de ellos en el más allá.

La muerte rompe el ritmo de la vida, pero ésta no llega a su fin por ello. El individuo que desaparece no está muerto realmente: pueden comunicarse con él, invitarlo a volver y atraerlo al círculo de los vivos.

La mayoría de los pueblos africanos creen que los antepasados ocupan un lugar eminente en sus sociedades, aunque es cierto que hay diferencias en las relaciones de los antepasados con los demás seres y con las fuerzas que constituyen el universo.

Dentro de la descendencia chamánica, merecen mención aparte los druidas de la cultura celta. Portadores de una gran tradición religiosa pagana con caracteres animistas heredada de sus orígenes chamánicos indoeuropeos, los druidas eran los sacerdotes celtas, responsables de los sacrificios religiosos y mediadores entre los hombres y los dioses. Además eran jueces, historiadores, médicos, maestros, consejeros, astrólogos y magos. De hecho, fueron uno de los cuerpos iniciáticos más importantes de la antigüedad.

Los druidas creían en la existencia de varios mundos —planos de existencia—, y realizaban viajes a través de ellos mediante estados alterados de conciencia. Estaban unidos a la naturaleza y se comunicaban con los espíritus de las plantas, de los árboles y de los animales. Además eran médiums que hablaban con sus antepasados y recibían información de ellos.

El sacerdote druida creía en la inmortalidad del alma o espíritu que anidaba en el interior del cuerpo; por eso la muerte era un hecho muy importante: la vida era un sueño y lo real estaba al otro lado, en el otro mundo. Normalmente la formación de los druidas se realizaba desde la niñez. El camino iniciático en las enseñanzas y prácticas druídicas era un proceso largo y arduo, en el que el aprendiz debía sufrir un proceso de muerte y resurrección hasta alcanzar el conocimiento y convertirse en un druida.

ORIENTE PRÓXIMO

Los mitos sumerios y acadios están recogidos en miles de tablillas de arcilla escritas con textos cuneiformes, una documentación que abarca desde el año 3.500 a.C. hasta la época seléucida, en la mitad del siglo III a.C. En ellos se abordan hechos litúrgicos, rituales, astrológicos, cosmológicos, etcétera.

Según la tradición sumeria, los dioses crearon el ser humano a partir del barro con el propósito de ser servidos por sus nuevas criaturas. Cuando estaban enojados o frustrados, los dioses expresaban sus sentimientos a través de terremotos o catástrofes naturales: la esencia primordial de la religión sumeria se basaba, por lo tanto, en la creencia de que la humanidad estaba a merced de los dioses.



Gilgamesh dominando un león forma parte de un relieve del Palacio de Sargón II, en Khorsabad, aunque actualmente se conserva en el Museo del Louvre.

La vida después de la muerte implicaba un descenso a un submundo vil y de tinieblas, donde el alma del muerto debía realizar un difícil recorrido a través de un río, franquear siete murallas y alcanzar una especie de infierno llamado Irkalla, la tierra del no retorno, un lugar al que según la tradición iban las impurezas, los malos hábitos, las

memorias que se pierden y, por supuesto, los difuntos. Allí, sin luz y sin esperanza, pasaba la eternidad en una existencia deplorable. Sin posibilidad de regresar; no hay renacimiento ni reencarnación, sólo un final trágico y nefasto.

Las ideas pesimistas de los mesopotámicos sobre la muerte y la ultratumba están excelentemente expresadas en el poema de la epopeya de Gilgamesh, el más famoso de sus héroes. En el texto, Gilgamesh llora amargamente por la muerte de su amigo y compañero de expedición, y obsesionado por su propio destino mortal, decide tratar de conquistar la inmortalidad de los dioses, aun a sabiendas de que el camino es largo y peligroso. Así, se dirige hacia el oeste, el país de la muerte por donde muere el sol todos los atardeceres. Al llegar, habla con la diosa Siduri, la que habita en el confín del mar, y le expone su angustia:

Me aterra la muerte, por eso llego con la paz perdida.
El destino de mi amigo me oprime pesadamente;
ésta es la razón de mi viaje.
¿Cómo podré callar?, ¿cómo podré gritar?
El amigo dilecto se ha convertido en polvo.
Enkidu, mi amigo querido, se ha transformado en tierra.
¿Deberé acaso yo también yacer en el suelo
y no renacer jamás durante toda la eternidad?

Y la diosa le contesta:

¿Gilgamesh, por qué recorres el universo?
No encontrarás la vida que buscas.
Cuando los dioses crearon a los hombres,
los destinaron a la muerte,
sólo para ellos reservaron la vida eterna.
(...) No existe ningún camino, Gilgamesh,
(...) profundas lo cortan las aguas de la Muerte;
si logras cruzar el mar, ¿qué harás cuando llegues allí?

Cuando regresa a su patria, el héroe consigue evocar al espíritu de su amigo Enkidu, para preguntarle qué hay más allá de la muerte, pero éste no le responde para no apenarlo con el oscuro porvenir. Extenuado, Gilgamesh concluye el poema con un lamento:

Trabajé mucho, hice frecuentemente el bien:
mi única recompensa es servir de alimento
a los gusanos de la tierra...

El desenlace es que la muerte no tiene remedio. Los difuntos recibían sepultura y ofrendas para evitar que se convirtieran en espíritus malignos, pero sus almas vagaban, según la fortuna de la que habían disfrutado en vida, en un país oscuro, frío, desierto, sin alegría y sin justicia. Confundidos, cubiertos de polvo o devorados por gusanos. Sólo los guerreros importantes, los héroes o los más ricos podían llegar a disfrutar de un lecho y

beber agua pura, pero nada más. En su desgracia, ningún humano podía acceder a los cielos, la morada de los dioses. La inmortalidad era algo que sólo pertenecía a los dioses, y ningún mortal tenía acceso a este privilegio.

El mazdeísmo, o más conocido como zoroastrismo, surge alrededor del siglo VI a.C. en tierras medopersas. Es una religión dualista, con el principio antagónico del bien y el mal. Por un lado está Ahura Mazda, el creador increado, y por el otro, su hermano gemelo Ahriman, que surge de las tinieblas.

La fuente principal, y casi exclusiva donde aparecen sus creencias es el *Avesta*, el texto fundamental. En él se considera la vida como un reflejo fiel del gran drama espiritual y universal. Como el hombre quedó sujeto al pecado ante la tentación del mal, fue precisa la llegada de Zaratustra, el gran reformador, señor y maestro, que consigue conmutar dicho pecado por la confesión, las purificaciones y las penitencias. Así, se crean tres mandamientos: buenos pensamientos, buenas palabras y buenas obras.



Representación de Ahura Mazda, la deidad suprema del zoroastrismo o mazdeísmo.

Tras la muerte, el alma permanece tres días y tres noches junto al cadáver, tiempo en el que todas sus acciones pasadas se presentan ante el alma del justo en un juicio inexorable, algo que es exactamente igual para reyes y mendigos, ricos y pobres. El alma es juzgada por el conjunto de sus acciones y después atraviesa el puente que separa el cielo de la tierra. Si el resultado del juicio es positivo, el puente se ensancha, de lo contrario, los malvados verán estrecharse el puente bajo sus pies hasta convertirse en el filo de una navaja y caerán en un horrible abismo infernal.

Al final de los tiempos habrá una especie de apocalipsis en el que resucitarán los muertos. Los hombres serán inmortales, y tras la última batalla entre el bien y el mal, vencerá el primero siendo el fin del dualismo y dando paso a lo eterno.

LEJANO ORIENTE

Para poder comprender en gran medida las grandes filosofías y religiones que surgen en la India —brahmanismo, budismo, jainismo e hinduismo—, es necesario familiarizarse con unos conceptos fundamentales: reencarnación, *karma*, *samsara* y *nirvana*.

Si bien existen notorias diferencias de criterios entre unas y otras que las hacen distintas, en las religiones reencarnacionistas se considera que toda persona debe pasar por varias vidas en un proceso de nacimiento, muerte y renacimiento de manera ininterrumpida, tantas veces como sea necesario (*samsara*), hasta que consiga romper el ciclo y alcanzar ese estado que trasciende a la condición humana conocido como *nirvana*.

El *karma* es el principio de la ley de causa y efecto en la vida de una persona, en la que cosecha lo que ha sembrado. Según la ley del *karma*, «somos lo que somos y lo que hacemos como resultado de lo que fuimos e hicimos en una reencarnación anterior, lo cual a su vez fue el resultado inevitable de lo que fuimos e hicimos en encarnaciones aún anteriores». Por lo tanto, lo que una persona vaya a ser en la próxima vida dependerá de las acciones que haya realizado en la vida presente. En términos populares, la ley del *karma* sirve para explicar las diferencias sociales, así como la buena o mala suerte. Sin embargo, Buda creía, a diferencia del hinduismo, donde existía el sistema de castas, que una persona puede romper el ciclo de renacimiento y alcanzar el *nirvana* sin importar la clase social en la que haya nacido.

Samsara es como se llama al ciclo de nacimientos, muertes y renacimientos, es decir, el proceso de reencarnaciones que debe realizar el alma. Su causa es el *karma* y es asumido como un hecho irrefutable. El tiempo o cantidad de reencarnaciones necesarias para librarse de él dependerá del *karma* acumulado y de las prácticas espirituales que se realicen para purificarse.

Sin embargo éste es uno de los conceptos más desconcertantes y difíciles de comprender del budismo. Buda enseñaba que las personas no tienen almas individuales, ya que la existencia de un yo individual o ego, es una ilusión. No hay ninguna sustancia eterna de una persona que pase por el ciclo de renacimiento, sino más bien un conjunto de sensaciones, impresiones, momentos presentes, y el *karma* que es transmitido. El nuevo individuo en la próxima vida no será exactamente la misma persona, aunque sí habrá varias similitudes.

El *nirvana* es muy diferente del concepto cristiano del cielo. El término significa la extinción de la existencia del individuo. El *nirvana* no es un lugar, sino más bien un estado eterno del ser donde la ley del *karma* y el ciclo de renacimientos o *samsara* llegan

a su fin. Tanto en el jainismo como en el hinduismo se suelen utilizar más los términos *mokha* o *mukti* para referirse a ese acto de liberación. Al alcanzarlo desaparecen los deseos, el sufrimiento y la conciencia individual.

El brahmanismo evolucionó a partir del vedismo primitivo. Tomó su nombre del dios Brahma como poder supremo en su concepción panteísta —la creencia de que el universo y Dios son lo mismo—. Sus sacerdotes, los brahmanes, poseían una posición predominante dentro del sistema de castas. Sus libros sagrados son los cuatro *Vedas*, los poemas *Ramaiana* y *Majábhharata*, así como los tratados filosóficos de las distintas escuelas que constituyen un cuerpo de doctrina que ha perdurado a través de la historia.

El brahmanismo consagró dos principios fundamentales y característicos: la división en castas y la reencarnación o *samsara* —que en sánscrito significa deambular—. El brahmanismo acepta la evolución del alma a través de la reencarnación dependiendo de las buenas o malas obras que se hayan realizado, ya que el estado de cada alma es el resultado de la conducta moral en una encarnación anterior.

Según esta creencia, la calidad de la reencarnación viene determinada por el *karma*, es decir, por los méritos o la falta de éstos que haya acumulado cada persona como resultado de sus actuaciones, tanto en la vida actual como en las pasadas.

Así, en el momento de la muerte, el alma abandona el cuerpo que se ha vuelto inservible y es llevada a un juicio. Dependiendo de sus acciones, de su aprendizaje y su evolución, el alma se reencarnará en una existencia superior, intermedia o inferior, es decir, desde estados de existencia celestiales a infernales, siendo la vida humana un estado intermedio.

La liberación de la rueda de reencarnaciones se consigue después de haber superado el peso de su *karma*. Cuando a través de prácticas yóguicas o ascéticas el alma individual, o *atman*, está completamente evolucionada y alcanza el estado de Brahma, el creador del mundo, abandona la necesidad de continuar con el ciclo de renacimientos y trasciende. Tras su última muerte sale del universo material y se funde en la Luz Divina con el alma universal o brahmán, ya que ambas son idénticas.

El jainismo se remonta hasta el siglo VIII a.C., y su expansión se produjo principalmente en la región del Ganges. Dos puntos básicos de su doctrina son que carece de la existencia de una divinidad omnipotente creadora del universo y posee un total respeto y compasión por todas las formas de vida, lo que se traduce en el *ahisma*, un pacifismo absoluto, la no violencia extrema para con todos los seres vivos en todos los aspectos, tanto mentales, verbales o físicos.

Sus seguidores creen que toda alma es potencialmente divina y puede alcanzar la meta verdadera siguiendo estrictas prácticas ascéticas y purificadoras. Además, la ley de la recompensa por las acciones realizadas es suficiente para explicar el destino de los hombres, que pueden renacer con una condición demoníaca, animal, humana o divina; todas ellas destinadas a un mismo fin.

Al igual que otras religiones orientales, el individuo está sometido a la rueda de reencarnaciones. En el jainismo toda alma es, en sí misma, omnisciente, pero pierde este conocimiento debido a su corrupción, a la falta de austeridad, al apego por las cosas materiales, a la agresividad y a la mentira. La única forma de llegar a recuperar su sabiduría original es a través de la liberación. Y una vez que consigue librarse de su *karma* y alcanzar el conocimiento de la esencia de la existencia, el alma liberada, o *jiva*, asciende a la cumbre del universo, permaneciendo allí inmóvil y libre de todo tipo de sufrimiento. Ese *nirvana*, sin embargo, sólo podía ser alcanzado por quienes practicaran el ascetismo de la vida monástica.

Un detalle curioso más: dado que los jainistas deben evitar herir a cualquier ser viviente, y en todos los fenómenos, en todo lo que existe, hay almas, sus practicantes no sólo cuelan el agua para salvar a los pequeños organismos, sino que además se colocan un velo en la boca para no inhalar criaturas y llevan plumeros para barrer los insectos a su paso y no pisarlos. De no conseguirlo, se hundirían cada vez más en la miseria de la reencarnación.



Jainistas durante el ritual de la *pūjā* o *puyá*, en el que se presentan respetos a un ídolo o dios.

La tradición religiosa procedente de la India que cuenta actualmente con mayor número de seguidores es el hinduismo.

Se trata de una religión extraordinariamente compleja y rica. No posee ningún fundador, y ningún dogma y ninguna reforma han impuesto restricciones en el terreno de sus creencias o prácticas esenciales. Podríamos decir que no es una religión sino una

suma de ellas, un conjunto de creencias metafísicas, religiosas, cultos, costumbres y rituales que conforman una tradición, en la que no existen ni órdenes sacerdotales que establezcan un dogma único, ni una organización central. Un hinduista puede ser politeísta, monoteísta, panteísta e incluso ateo, aunque creyente en algún tipo de principio esencial. Pero a pesar de ese aparente politeísmo, es netamente una religión monoteísta, donde cada semidios de su panteón es la personificación de una de las potencias del dios supremo: Brahma. Los hindúes deben acatar los grupos de castas, y socialmente observan las costumbres y las leyes tal como están formuladas en las sagradas escrituras. El hinduismo es al mismo tiempo un estilo de vida y un sistema religioso y social muy organizado.

Los hindúes creen en la reencarnación o transmigración de las almas. Cuando una persona muere, su alma vuelve a renacer en otro cuerpo que no tiene por qué ser humano, dependiendo de poseer un *karma* positivo o negativo. La nueva vida servirá para reparar los errores de las anteriores. Para poner fin a ese ciclo kármico y conseguir su objetivo, reunirse con Brahma, deberán recorrer diferentes caminos hasta alcanzar la perfección.

Aunque, como hemos dicho, el hinduismo carece de afirmaciones dogmáticas relativas a la naturaleza de Dios y del hombre, existen no obstante ciertas creencias recogidas en los *Vedas* que no se discuten y que son aceptadas como evidentes. Éstas son:

- *Dharma*, que es la forma de las cosas tal como existen y el poder que las mantiene tal como son.
- *Karma*, que es la ley universal según la cual toda acción es el efecto de una causa y es a su vez la causa de un efecto.
- *Samsara*, que es el ciclo de nacimiento y muerte.
- *Brahmán*, que es el sustrato eterno del universo, del que procede el eterno *dharma* y la prerrogativa espiritual de la casta de los brahmanes.
- *Moksa*, que es el alma liberada.

Alcanzar la verdad es la vía de la salvación, y para ello es preciso renunciar a todo. El hinduismo exige la creencia en el alma de uno mismo porque es el reflejo de Dios. Para otras religiones, ser ateo significa no creer en los dioses, pero para los hindúes consiste en no creer en la grandeza de la propia alma, pues ésta es también Dios. Por lo tanto, liberarse de la reencarnación y unirse con el Alma universal y con el Uno absoluto es la única posibilidad de conseguir la felicidad eterna.

Y un último apunte más, dejando a un lado la densidad teológica anterior: El hinduismo posee muchos elementos y prácticas sagradas. Posiblemente unas de las más populares sean la peregrinación a las ciudades santas y los baños de purificación en el río Ganges, especialmente a su paso por Benarés, donde se realizan las cremaciones de los difuntos y cuyas cenizas son arrojadas a sus sagradas aguas. También hay animales

sagrados, especialmente las vacas; los hindúes respetan mucho a los animales, e incluso algunas de sus sectas, al igual que en el jainismo, tienen prohibido matar cualquier animal. Por este motivo, muchos hindúes son vegetarianos.



El *Rig-veda* fue escrito en la forma más arcaica del sánscrito entre 1.200-700 a.C. Este texto sagrado es el más antiguo de los cuatro textos védicos y pilar del hinduismo.

El budismo es una concepción más moderna del brahmanismo. Su auge supuso, en cierto modo, una reacción contra la rigidez dogmática y, sobre todo, contra la casta sacerdotal como depositaria exclusiva de la religión, la ciencia y el poder socioeconómico.

Con una historia de 2.500 años, el budismo es una de las más grandes religiones del mundo. Surgió al norte de la India y rápidamente se extendió por el sureste asiático, Tíbet, China, Sri Lanka y Japón. Sin que sea necesario creer en una deidad, la senda budista ofrece un modo de vida que conduce a la resolución del sufrimiento a través del esfuerzo personal y de la meditación, y contiene un elevado código moral basado en la compasión y en la no violencia. Todo ello ha contribuido a que desde finales de los años sesenta del pasado siglo haya venido suscitando un enorme interés en el mundo occidental.

Dado que el budismo en general no cree en un dios personal, no practica la adoración, oración o alabanza de un ser divino. No ofrece ninguna forma de redención ni de perdón, no existe la esperanza celestial o el juicio final. Los budistas no hacen ofrendas a Buda. No le dan culto de adoración, sino de admiración y respeto. Por lo tanto, más que una religión, el budismo es una filosofía moral, un camino de vida ético.

En el budismo reciben el nombre de las Cuatro Nobles Verdades las siguientes afirmaciones:

- Toda existencia es sufrimiento o dolor.
- El origen del sufrimiento es el deseo.
- El sufrimiento puede ser suprimido, extinguiendo su causa (apagando esos deseos).
- Para extinguir la causa del sufrimiento, se debe seguir el Noble Camino Óctuple. Éste lleva al cese del sufrimiento mediante la elevación de la mente. Se trata de purificar la comprensión, el pensamiento, el lenguaje, la acción, la ocupación, los instintos, la atención y la concentración a través de una meditación pura. Es decir, sabiduría, conducta ética y entrenamiento de la mente o meditación.

El budismo busca la perfección del hombre en su mente y en su amor a los demás; es una escuela de sabiduría que elabora métodos que conducen al *nirvana* a través del sacrificio y la meditación.

La teoría de la reencarnación sirve de base a la filosofía budista. A menos que el adepto consiga alcanzar el *nirvana*, la muerte es algo provisional, ya que significa el preámbulo de una nueva reencarnación dentro del *samsara*. Para conseguirlo, el budista deberá liberarse de los aspectos mundanos tales como los apegos y los deseos, y realizará una meditación ininterrumpida en la que vaciará sus pensamientos de todo contenido.

La vacuidad es una de las piezas centrales del budismo. Significa que no hay nada que posea una esencia individual y, por tanto, que todo está vacío, sin una realidad independiente. Todo lo que existe está relacionado y es interdependiente, y la aparente pluralidad de individualidades es un carácter ilusorio de nuestra existencia.

Poner en práctica las enseñanzas de Buda recogidas por Ananda, su discípulo directo durante cuarenta años, es el fondo de cualquier rama o escuela del budismo, aunque además, cada una de ellas añade sus propios textos específicos o haya desarrollado prácticas adaptadas y adecuadas a cada cultura o país en el que se haya establecido. Por el tema que nos atañe, cabe destacar uno entre todos ellos: el budismo tibetano, que conserva ceremonias y ritos de tipo animista procedentes de su antigua religión Bon, emplea prácticas de *tantra* y posee un libro sagrado, el *Bardo Thödol*, también conocido como el *Libro tibetano de los muertos*. De él hablaremos más tarde en un capítulo específico. Por el momento, mencionar solamente que dicho texto sagrado es un libro de instrucciones para los difuntos y para los moribundos, donde se explica el «arte del morir», tan importante como el «arte de vivir» del que es su complemento. Es una guía para el difunto en su periplo por el *bardo*, el estado intermedio que existe entre una muerte y la siguiente reencarnación.

Paralelamente a las filosofías y religiones que surgieron en India con claros tintes reencarnacionistas, aparecieron el confucianismo y el taoísmo como las corrientes de pensamiento originarias de la antigua China.

Los fundamentos filosóficos del confucianismo parten de las enseñanzas de Confucio (551-479 a.C.), basadas en el fomento de la moralidad, el orden, el estudio y la tradición. Parte de su doctrina moral y religiosa giraba alrededor del culto a ciertos poderes, entre los cuales el Cielo era el superior, y a la adoración de los antepasados. La ética confuciana colocaba a la familia en el centro de la vida profana y ceremonial. Las almas de los antepasados vivían en el cielo con la deidad Shangdi, el Señor de lo Alto, y trataban de conseguir su protección espiritual mediante sacrificios descritos en el *Libro de los ritos*, uno de los cinco clásicos que fundamentan dicha filosofía.

Sin embargo, el confucianismo pronto se convirtió en el sistema ideológico del Estado chino, y sirvió de base para la política gubernativa en la que el emperador, o «Hijo del Cielo», gobernaba según el mandato divino. En definitiva, el confucianismo se preocupó más de la ética humanística y política que de cuestiones más trascendentales. No obstante, ese apartado fue cubierto en mayor medida por el taoísmo, y en menor porcentaje por el budismo, que se iba introduciendo lentamente en el Estado.

El taoísmo se desarrolló a partir del siglo VI a.C. con el *Tao Te King*, escrito por el legendario Lao Tsé. Con la consolidación del confucianismo como religión de Estado, los pensadores taoístas perdieron el interés por la práctica del gobierno; en cambio, se concentraron en mejorar las técnicas para alcanzar la longevidad y la inmortalidad. Para el taoísmo primitivo no existía el concepto de la vida más allá de la muerte, que fue introducido posteriormente con la aparición del taoísmo religioso.

El taoísmo diversificó su mensaje y se transformó en una religión más popular. Su teología se fue desarrollando y poblando de dioses, héroes y seres inmortales que pueden revelar las misteriosas claves para alcanzar el conocimiento y vencer a la muerte. Así se multiplicaron los ritos mágicos, las fórmulas para la confección de talismanes, las recetas médicas, las técnicas de geomancia y los consejos morales. El taoísmo influyó en numerosas áreas del conocimiento, en la meditación, e incluso en las artes marciales.

Los taoístas religiosos persiguen y prometen la inmortalidad, pero no la del alma en un paraíso incorpóreo más allá de la muerte, sino la perdurabilidad en su cuerpo físico actual, viviendo en armonía con la naturaleza, al igual que hizo antaño todo el panteón de héroes folclóricos y sabios que ya alcanzaron la eternidad; para lograrlo desarrollaron una gran cantidad de técnicas para mantener y mejorar la salud y para prolongar la duración de la vida —longevidad en plenitud—; de hecho, el taoísmo es la base de la medicina tradicional china.

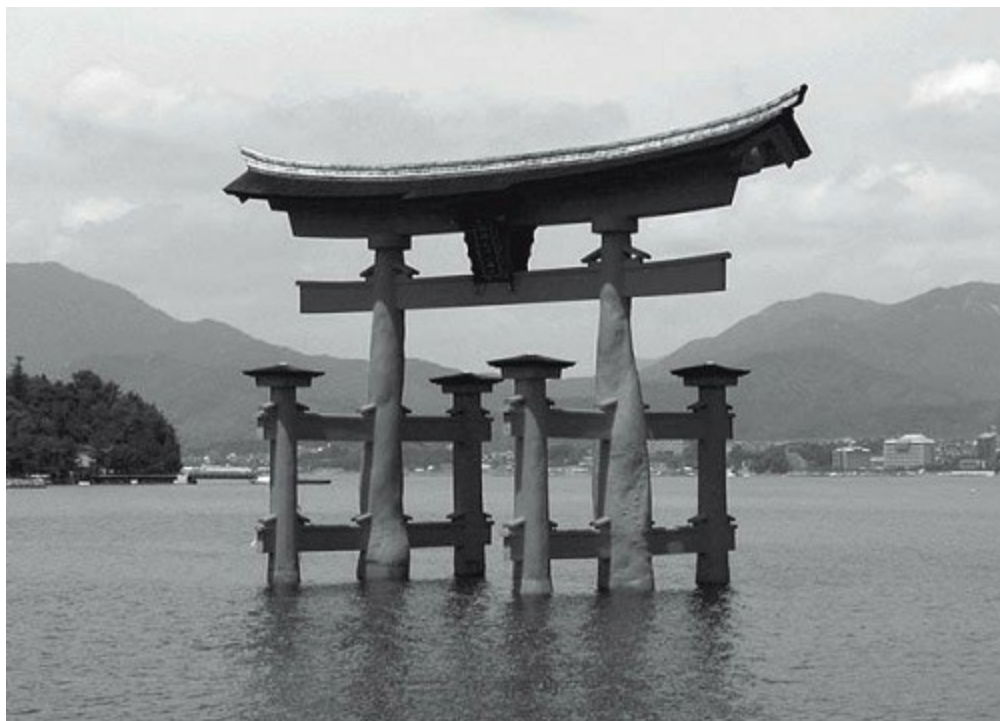
Para lograr la inmortalidad se combinaban varias técnicas:

- *Tao-yin*: ejercicios gimnásticos para estimular la correcta circulación de la energía *Chi* por el cuerpo. El *Chi* es la sustancia fundamental constituyente de todo lo que existe en el mundo físico.
- *T'ai-hsi*: técnica respiratoria embrionaria.

- *Pi-ku*: técnicas de alimentación consistentes en abstenerse de cereales, carne y alcohol y consumir productos especialmente silvestres.
- *Fu-lu*: técnica relacionada con la magia y el uso y fabricación de talismanes.
- *Wai-tan*: técnica de alquimia externa consistente en ingerir cinabrio purificado-sulfato de mercurio, también conocida como cinabrio exterior.
- *Nei-tan*: técnica de alquimia interna consistente en crear en el cuerpo del adepto la flor de oro mediante la unión del principio *yin* con el principio *yang*. También conocida como cinabrio interior.
- *Fan-chung*: técnicas de unión sexual dirigidas a obtener la inmortalidad.

Para los taoístas el cuerpo humano es un microcosmos en el que se refleja la totalidad del universo. En él se albergan múltiples espíritus, cuya dispersión debe impedirse por medio de diferentes técnicas, ya que su deterioro entraña la vejez y la muerte. El cuerpo es el encargado de ofrecer unidad a todos los principios; únicamente manteniendo el cuerpo puede vencerse a la muerte.

El sintoísmo es una forma sofisticada de animismo naturalista con veneración a los antepasados, profundamente identificada con la sociedad y la cultura japonesa. Se trata de una amalgama de creencias y ritos ancestrales centrados en la adoración de fuerzas sobrenaturales denominadas *kami*. El sintoísmo ha sobrevivido desde tiempos remotos hasta la actualidad, pero con el transcurso de los siglos ha experimentado innumerables adaptaciones y transformaciones.



El Torí, símbolo del sintoísmo, se coloca a la entrada de los santuarios Shinto para marcar la frontera entre el espacio profano y el sagrado.

El sintoísmo primigenio no contaba con una filosofía elaborada ni con un sistema metafísico. Hasta su penetración a través del budismo, carecía asimismo de textos sagrados, preocupaciones éticas y tradición artística establecida. Su visión del mundo era positiva y optimista, más ocupada en el aquí y ahora que en salvaciones remotas o distantes eternidades.

Para comprender el sintoísmo es esencial el concepto *kami*. Los *kami* son seres sobrenaturales con un poder y una capacidad superiores a los del hombre. Tiene un significado polivalente: se traduce por dioses, pero tiene también el significado de algo superior, de potencia sobrehumana, de una entidad sagrada.

El *kami* es invisible en nuestra conciencia normal, pero ejerce su influencia sobre nuestro universo y se le debe ofrecer culto. Residen o se materializan en objetos naturales o en otros contruidos por la mano del hombre. Montañas, árboles, animales, rocas, relámpagos, espadas, espejos... El objeto es el soporte material del *kami*, potencia invisible, oculta y sagrada que reside en él. El número de los *kami* es infinito; todo lo que tiene un carácter extraño, eminente, peligroso o mágico es *kami*; los emperadores, los hombres sabios e ilustres, los grandes guerreros, todos llegan a ser *kami* después de su muerte.

Han existido diferentes intentos de clasificación; uno los divide en cuatro clases: los *kami* de la tierra, los de los dioses, los de los hombres ilustres y los del universo. Otra división los condensa en tres grandes grupos: los *kami* de la naturaleza y sus fuerzas —

que son los más antiguos—, los *kami* de los *uji* (linajes) y los *kami* de individuos y de los antepasados.

Pero dentro de estas clasificaciones también existen los *ashiki-kami*; se trata de *kami* malvados, inferiores, demoníacos, espíritus de apariencia terrorífica, con cuerpo semihumano y grandes poderes a los que también se les llama *oni*. Según algunos escritores japoneses, los *kami* simbolizan e individualizan las fuerzas vitales que animan el universo; son, a la vez, las fuentes de la vida humana y las de la vida de toda la naturaleza, de todo el cosmos.

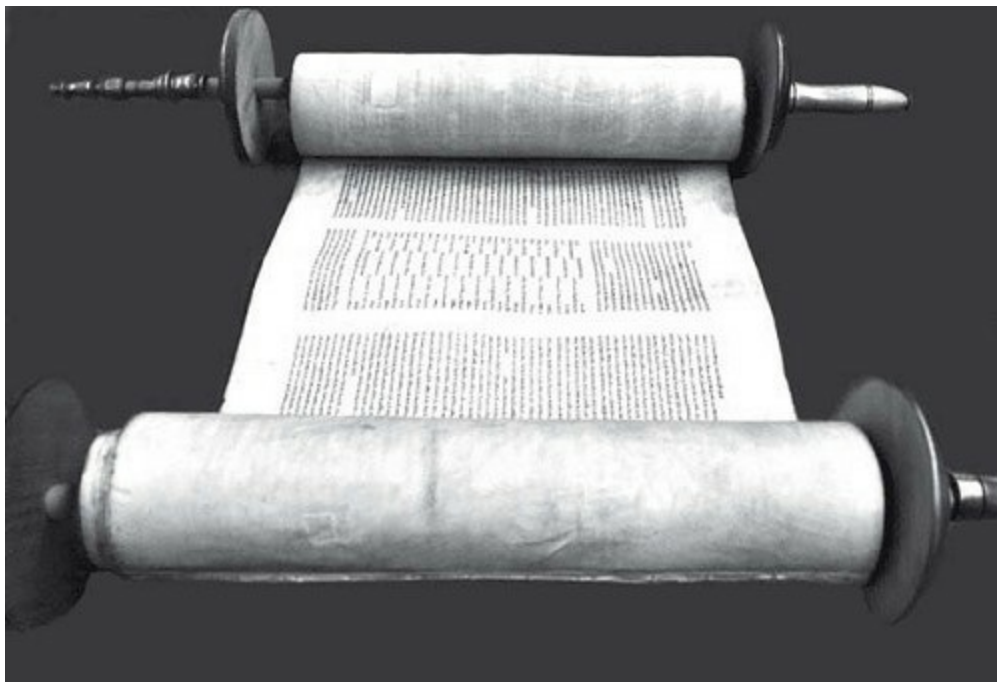
Por lo tanto, para el sintoísmo la naturaleza del hombre es a la vez divina y humana; el hombre es un hito, un lugar donde reside el espíritu; y vive gracias a la protección y a la bendición de los dioses. En él hay algo que sobrevive a la muerte del cuerpo y que es eterno: es el *mitama*, la parte esencial del hombre, que vive eternamente en un más allá.

Dentro de esta corriente religiosa también existe un infierno, donde los muertos, curiosamente, viven una vida semejante a la terrestre.

LAS GRANDES RELIGIONES MONOTEÍSTAS

El judaísmo es la más antigua de las tres grandes religiones monoteístas, conocidas como religiones del libro o abrahámicas.

Su práctica se basa en las enseñanzas escritas de la Torá —el Pentateuco cristiano, compuesto por cinco libros—, de inspiración divina, y en el Talmud, obra que contiene las enseñanzas de la tradición oral, principalmente las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, leyendas e historias, subordinadas siempre a la Torá. El compendio de estos textos forma la conocida como Ley Judía o *Halajá*.



La Toráh o Torá es el núcleo de la revelación divina según la tradición hebrea. Está compuesto por los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco de los cristianos) que fueron revelados por Dios a Moisés.

El judaísmo se basa en la creencia de un Dios omnisciente, omnipotente y providente —Yahveh—, creador del universo y que eligió al pueblo hebreo para revelarles su ley. A diferencia de las otras religiones monoteístas, el judaísmo no sólo es una religión, sino también una tradición y una cultura.

En el judaísmo la muerte se concibe como la separación del alma y el cuerpo, no ya como una de las consecuencias del pecado original, sino como el fin natural de la vida y el paso de este mundo al mundo futuro.

Este mundo en el que vivimos (*olam hazé*), es un mundo de apariencias; no es la realidad última o definitiva, sino solamente un pasaje, un lugar de tránsito, un tiempo y un lugar para el entrenamiento y el aprendizaje, una antesala que nos lleva al recinto principal del palacio, denominado *olam habá*, el mundo venidero, completamente espiritual. Se trata de algo totalmente diferente a lo percibido, es un estado del ser que no depende de la materia, y también es llamado el «mundo de la verdad».

Para el judaísmo, el pasaje por esta antesala que llamamos vida es lo que determina el estado en el cual nuestra esencia espiritual se sumirá en el *olam habá*. De acuerdo a la fidelidad e integridad al cumplir con los mandamientos, se obtiene la retribución en la posteridad. Quien más y mejor haya cumplido con los mandamientos, más y mejor gozará del placer infinito del *olam habá*.

Si bien el concepto de más allá es un tanto impreciso en el judaísmo, sí que reconoce la inmortalidad del alma a través de la resurrección, e incluso existen algunas corrientes judías que creen en la reencarnación de las almas.

Por otra parte, no parece existir un lugar de castigo eterno a modo de infierno, más bien el *gehena* es un lugar de purificación en el que quien ha obrado mal permanece durante cierto período —hasta un año—. Para la mayoría el concepto de infierno se trata más bien de un estado del ser diferente, otra manera de existir en ese mundo venidero, con el recuerdo y la conciencia de nuestras malas acciones.

En el pensamiento judeo-cristiano, la muerte es la consecuencia del pecado original cometido por Adán y Eva, la primera pareja. Al alejarse del Dios de vida transgredieron la ley divina, y con ello condenaron al hombre a privarse de la vida incorruptible. En esa perspectiva, la muerte no debe interpretarse como un castigo que Dios infligiera al ser humano, sino más bien la consecuencia intrínseca de la voluntad de autonomía. Ella provoca la ruptura de la relación inmediata y vivificadora entre Dios y el hombre.

Por eso, la resurrección de Cristo, que libera al hombre del pecado y la muerte, es la piedra angular de la fe cristiana. Es Jesús de Nazaret, el Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que, asumiendo libremente la condición humana doliente y mortal, salva al hombre del pecado y de sus consecuencias —la muerte— y le devuelve la posibilidad de comprender y afrontar de otra manera su destino. Y esta resurrección de quien soportó

los tormentos de la muerte sin tener pecado, abre la puerta a la resurrección de todos al final de los tiempos. Porque si el hombre también ha de morir, en adelante no es para dejar de vivir, sino para vivir de otra manera, recuperando la incorruptibilidad e inmortalidad perdidas por el pecado.



Escena cristiana, similar a la Sala del Juicio del *Libro de los Muertos* egipcio, donde San Miguel y el diablo discuten sobre quién debe llevarse el alma pesada. A la derecha de la imagen, un ángel entrega el alma a San Pedro. Altar de San Miguel, Suriguerola (Girona). Siglo XIII.

Heredada, entre otros, del dualismo platónico, la concepción cristiana ve habitualmente la muerte como la separación del alma y el cuerpo. Pero la visión de la antropología cristiana sobre la resurrección es más compleja que el simple dualismo. Según algunos padres de la Iglesia, se pueden distinguir esquemáticamente tres elementos para comprender la naturaleza del hombre:

- El cuerpo, que abarca generalmente el aspecto físico y material de la naturaleza del hombre.
- El alma o *psyjé*, el principio de vida, que denota tanto la capacidad de experimentar emociones, sentimientos o pasiones como la capacidad de razonar, de analizar.
- El espíritu o *pneuma*, que no puede realmente distinguirse del alma, de la que es parte extrema.

Esos tres elementos están indisolublemente unidos en el ser humano. Lo que destruye la muerte provisionalmente es su unidad biológica y material, y la resurrección del hombre es la restauración de su ser entero como comunión y relación de amor sin límite y sin fin. Esta resurrección no es solamente la supervivencia del espíritu, sino también la resurrección del cuerpo.

Ahora bien, en términos generales no está totalmente claro cómo la vida después de la muerte se ajusta con la doctrina de la resurrección general, en cuanto a si la vida eterna comienza inmediatamente después de la muerte, o al final de los tiempos; y si esta vida después de la muerte será a través de la resurrección de un cuerpo físico o en una forma espiritual glorificada. La mayoría de las diferentes facciones cristianas aseguran que un alma sin conciencia sobrevive a la muerte física del cuerpo, aunque otras lo rechazan, apuntando que solamente los buenos serán físicamente resucitados, mientras que los otros permanecerán en la tumba.

A pesar de que la muerte es siempre una fuente de angustia para los humanos, ya que representa el miedo a la destrucción, a la aniquilación, a no seguir viviendo la existencia que conocemos en este mundo, con los sentimientos, las afecciones, las sensaciones, las esperanzas, la muerte en el cristianismo no es un final definitivo, sino sólo provisional; es un tránsito de una vida terrestre, marcada por la corruptibilidad, a una vida incorruptible, o vida eterna, que, a los ojos de la tradición cristiana, es la vida verdadera.

El islam es la más tardía de las tres grandes religiones monoteístas. Su origen tiene lugar en el año 610 d.C. con la revelación a Mahoma por parte del arcángel Gabriel en el monte Hira, en Arabia. La revelación es reproducida en versículos denominados *aleyas*, que se conjuntan en capítulos o *suras*, y dan forma a lo que conocemos como el texto sagrado del Corán, su documento básico y fundacional.

El islam también posee otros textos secundarios de gran interés en la vida cotidiana de los musulmanes que están contenidos en la *Sunna* —en árabe vendría a significar tradición o método—, que son una colección de dichos y hechos atribuidos a Mahoma y transmitidos de forma oral en sus inicios.

Respecto a la visión de la muerte y el más allá, el Corán concuerda con otras culturas y religiones anteriores a él, sobre todo las del Antiguo y el Nuevo Testamento, si bien cuenta con otros matices y particulares que lo hacen diferente. En primer lugar, la muerte no es un castigo impuesto a Adán y Eva o a sus hijos con motivo de alguna desobediencia. La muerte no es ni un mal, ni un castigo, ni una aniquilación, no es más que un paso en el camino de la vida humana, un episodio en una serie de etapas que llevan a otra vida, tras la resurrección física al final de los tiempos.

La muerte no equivale a ser reducido a la nada. Es un paso, un tránsito, un hecho absolutamente natural, el destino de todo ser. Los hombres, los animales, las plantas, los *djinn* (genios), los ángeles, todo cuanto vive en los cielos, sobre la tierra y entre los dos,

está condenado a morir.

Desde el momento de su muerte, el hombre entra en el más allá, un vasto mundo complejo, lleno de secretos, sombras, colores e imágenes sin fin. Al morir, su alma permanece en un estadio intermedio, el *barzaj*, hasta el día del Juicio Final. Allí los ángeles se le presentarán y lo interrogarán sobre su religión, su dios y su profeta. El creyente será reprendido por sus faltas, pero luego recibirá el registro de sus actos en su mano derecha. Los libros que registran las obras, entonces, serán pesados con las buenas y malas acciones, y la persona será retribuida de acuerdo a ello.

Esa vida eterna puede acontecer en el paraíso o en el infierno. Mahoma promete, como recompensa futura y ultraterrena, el goce infinito en el paraíso a sus creyentes:

«Aquellos que hagan oración, que sirvan y elogien al Señor, que lo adoren, que ayunen, que ordenen la justicia, que prohíban el crimen y guarden los mandatos divinos, serán felices.»

(Cor 9, 113)

«Estarán en posesión del Paraíso y gozarán eternamente».

(Cor 2, 72)

«... vivirán en los jardines donde corren los arroyos. Cuando coman las frutas que allí crecen se dirán: “he aquí las frutas de que nos nutríamos en la tierra”; pero de las frutas terrestres sólo tendrán la apariencia. Y encontrarán allí las mujeres purificadas —las jóvenes huríes—. Y su estancia en los jardines será eterna.»

(Cor 2, 23)

«Y la paz será con ellos.»

(Cor 10, 10)

Y mientras la gente del paraíso reside cómoda y confortablemente, colmada de felicidad, los del infierno pasarán enormes sufrimientos y privaciones constantes:

«... los que han tratado de embustes los signos del cielo y los desprecian no entrarán en el paraíso hasta que pase un camello por el ojo de una aguja. El infierno será su lecho, cubierto con mantas de fuego...»

(Cor 7, 41-42)

«... y nunca podrán salir de él.»

(Cor 4, 120)

Sin embargo, aun siguiendo los Cinco Pilares —los preceptos fundamentales del islam, obligatorios para todos los musulmanes: profesión de fe, oración, limosna, ayuno y peregrinación a La Meca—, no hay garantía de salvación, ya que es una religión basada en la justicia propia. La esperanza para los musulmanes es que el Día del Juicio sus buenas obras pesen más que las malas. Aun así, será finalmente Alá quien juzgará de

acuerdo a su voluntad. La única manera de asegurarse el paraíso es morir como mártir durante una *yihad* o «defensa del islam» —lo que incluye también una guerra santa islámica.



La Kaaba, en La Meca, es el lugar sagrado y de peregrinaje más importante para los musulmanes y forma parte de uno de los cinco pilares del islam, los aspectos fundamentales de su fe.

AMÉRICA PRECOLOMBINA

Si nos trasladamos al continente americano, a la época de las civilizaciones y culturas precolombinas, nos encontramos con tres grandes imperios: azteca, maya e Inca.

Aunque es imposible intentar reducir a unos principios comunes claros todas las numerosas y complicadas culturas y religiones que se dieron en el vasto y doble continente americano, sí que existen unos principios generales o puntos de contacto que las caracterizan y las diferencian de cualquier otra parte del mundo.

La mayoría de sus dioses, como en otras religiones, no dejan de ser personificaciones de las fuerzas de la naturaleza. A ellos se les ofrecían sacrificios, animales o humanos, tanto para aplacar su ira como para conseguir sus favores. También creían que la suerte tras esta vida dependía de bajo qué circunstancias habían fallecido. Como en otras religiones, hacerlo en un combate o a causa de un sacrificio les otorgaba el favor de los dioses y el gozo de todas las delicias que pudiera haber en ese otro mundo, en el más allá.

Sin embargo, y sin ánimo de apartarme de la cuestión que nos atañe, también cabe la duda razonable de que antiguos navegantes llegaran procedentes de lejanas tierras y que, después de interactuar en aquel mundo, emprendieran el viaje de retorno dejándoles enseñanzas, leyes y demás ideas que fructificaron y, de algún modo, se desarrollaron y adaptaron en aquellas sociedades. Ejemplos de ello podrían ser las semejanzas artísticas —pirámides, rasgos orientales en las esculturas...—, o los curiosos paralelismos religiosos con pasajes bíblicos —el paraíso terrenal, el pecado original, el diluvio universal.

En estas culturas prehispánicas la muerte era abrazada con respeto y sin temor. Estaba presente en su cosmogonía, en su filosofía, en sus mitos y en sus festividades. Todo giraba alrededor de la dualidad vida-muerte, todo tenía su contrapartida, como un principio fundamental.

Para los aztecas la realidad permanente se encontraba al otro lado de la muerte, y así como la fecha de nacimiento determinaba las actividades que llevarían a cabo y las faltas que cometerían en vida, las circunstancias de su muerte iban a determinar el destino de su espíritu en el más allá.

Aquellos que morían en el campo de batalla o en el altar de sacrificios tenían el destino más honorable y glorioso, ir al *Ilhuicatl Tonatiuh*, el Camino del Sol, y se unían a éste en su eterno viaje por los cielos. Las *cihuateteo*, mujeres que morían durante el parto, también corrían esta misma suerte, pues se consideraba que habían fallecido tras una dura batalla para traer al mundo a un nuevo guerrero.

Los que fallecían ahogados o a causa del agua iban a *Tlalocan*, el paraíso de Tláloc, dios de las aguas y de la fertilidad. Se trataba de un enclave placentero, donde la vida era enteramente feliz.

Finalmente, quienes no morían en ninguna de las otras dos circunstancias, iban a parar al *Mictlán*, la Tierra de los Muertos, el lugar de reposo eterno que estaba gobernado por el dios Mictlantecuhtli y la reina Mictecacihuatl. Allí, y con la ayuda del dios Xólotl, los difuntos debían hacer un duro viaje a través de ocho lugares llenos de retos y peligros. Tras cuatro años, si conseguían vencer todos los obstáculos, su alma o *tetonalli* conseguía su liberación y accedía a la novena dimensión, donde la esperaba el ansiado y bien merecido descanso eterno.

Para los mayas la muerte tampoco significaba el final de la vida sino una especie de trámite, una mudanza a un lugar muy parecido. Por eso se sepultaba a los difuntos con sus instrumentos de trabajo, para que así pudieran continuar su labor en el más allá.

Cuando se produce la muerte, el alma emprende el camino hacia *Xibalbá*, el inframundo. Al igual que los aztecas, las almas de aquellos mayas que tenían una muerte sagrada —los guerreros muertos en combate, las mujeres muertas durante el parto, las personas sacrificadas, las que fallecían ahogadas y los leprosos— acompañaban al sol en su viaje diario. Sin embargo, transcurrido un tiempo, todos estos también acababan

descendiendo hacia *Xibalbá*, junto al resto de los difuntos. Se cree que cuando el alma de una persona llegaba al inframundo, ésta renacía en otro ser humano, sin guardar ningún recuerdo de la vida anterior ni de su devenir hasta llegar a *Xibalbá*.

Por su parte, los incas también creían en la vida después de la muerte, y que ésta era sencillamente el pasaje entre aquélla y la otra vida. En la tradición Inca concebían tres mundos o niveles de existencia. Tras la vida en el mundo terrenal o *Cay Pacha*, las almas de los muertos vivían una nueva existencia, bien fuera en el *Hanan Pacha*, o mundo de arriba, donde moraban los dioses junto a las almas de los hombres virtuosos tras su muerte, o bien en el *Uku Pacha*, el infernal mundo de los muertos, un lugar subterráneo, oscuro y frío, que cobijaba a los seres malvados.

Profesaban un profundo culto a los difuntos y cuidaban sus cadáveres. Su conservación era fundamental para alcanzar la otra vida, por lo que cuando una persona moría, su cuerpo era momificado, utilizando diferentes técnicas, que variaban según la importancia o rango social del difunto.



Xibalbá es el mundo subterráneo maya, correspondiente al infierno cristiano. Está regido por los Señores del inframundo o *Ajawab*.

Estas momias, o *mallquis*, eran motivo de veneración, sobre todo si pertenecían a grandes guerreros, a altos sacerdotes o a su emperador, el Inca. La ciudad de Cuzco, su capital, era el lugar donde se embalsamaba y cuidaba de sus reyes, cuyas momias eran sacadas periódicamente en procesión, presidían ceremonias e incluso asistían a las reuniones más importantes, como hablaremos de ello más adelante, en el capítulo correspondiente.

SEGUNDA PARTE

Magia, rituales y superstición

CAPÍTULO 2

Rituales entre la vida y la muerte

Supremo mensajero entre los vivos y los muertos, Hermes infernal, escucha mi ruego. Haz que mis votos lleguen a oídos de las divinidades infernales, que velan sobre la sangre de mi padre; haz que la tierra, esta tierra que lo engendra y lo cría todo y a la que vuelve todo lo que de ella ha salido, haz que ella lo acoja también benévola. En tanto yo derramaré mis libaciones e invocaré a mi padre...

Electra ante la tumba de su padre
mientras derrama las libaciones.
Las coéforas, perteneciente a la trilogía
de la *Orestíada*, Esquilo.

Desde tiempos remotos el hombre se ha preocupado del cuidado de sus muertos y de dar a sus cuerpos el merecido descanso de acuerdo a sus creencias. Así, se encargó de enterrarlos, de conservarlos en cuevas al abrigo de las inclemencias del tiempo, y les ha rendido culto como ordenaban sus religiones. En otras ocasiones, sin embargo, en los rituales de muerte no siempre se optaba por darles sepultura o el cuidado propio de la momificación, sino que a veces también eran comidos, incorporándolos así al seno de la familia o del clan al cual pertenecían.

La magia siempre ha estado presente y ha protagonizado todos los rituales que las diferentes culturas y pueblos de tradición han venido celebrando desde antaño, ya que el origen de todos ellos es de orden mágico-religioso. De este modo han conseguido establecer una comunicación con el mundo divino y han mantenido la armonía de su propio mundo y el equilibrio respecto a las fuerzas cósmicas que los rodeaban.

Cuando en las culturas de tradición se invoca a los dioses, a los espíritus o a las almas de los difuntos, se hace con el fin de reclamar sus energías y controlarlas. Para ello, es necesario dominar la práctica de la magia y el conocimiento ancestral de los ritos, fórmulas y salmodias. Sólo así se podrán realizar las ceremonias necesarias para conseguirlo.

Evidentemente, la magia desafía las leyes científicas, y en consecuencia su eficacia no sólo no es reconocida sino que tampoco se cree demasiado en ella en el mundo actual. Sin embargo, creer en la magia no es necesariamente señal de incultura, ignorancia o retraso en el progreso. De ser así, los antiguos egipcios o griegos, cuyas sociedades estaban tanto o más avanzadas filosófica y moralmente que las de muchos de los países que hay en la actualidad, no serían más que unos salvajes irracionales e incultos. Para estas tradiciones, según apunta el antropólogo y explorador Douchan Gersi, «la magia es

el arte de hacer posible lo que no parece serlo. Es presuntuoso por nuestra parte tachar de falsa a la magia sólo porque no nos parece que sea probable. No deberíamos negar lo que no podemos entender con nuestra lógica y lo que nuestros ojos no pueden ver. De la misma manera que no podemos negar el poder de la fe, del pensamiento y de la imaginación humana. La fe, que según la Biblia puede mover montañas, convierte sueños en realidades; transforma en realidad cualquier cosa que haya sido creada por la imaginación y concentrada en el pensamiento».

Todas las culturas de tradición creen que el ser humano posee un alma que sobrevive a la muerte. Para facilitar la separación de alma y cuerpo y ayudar en su peligroso tránsito a la vida del más allá, celebran una serie de ritos funerarios que incluso, en ocasiones, pueden llegarse a prolongar bastante tiempo después de la muerte física, con el objetivo de que el alma del difunto se una a sus antepasados y a las divinidades que habitan el mundo primordial.

Estas costumbres funerarias guardan relación tanto con la preparación del cuerpo físico como con la satisfacción de los familiares y la permanencia del alma del difunto entre ellos, y estarán en función de las creencias religiosas, del rango social del difunto y de elementos propios de la naturaleza como el clima o la orografía. Sin embargo, son tantos y tan sorprendentes los parecidos entre las costumbres de los distintos pueblos de tradición en lo referente a la experiencia de la muerte, que cabe preguntarse si entre el cientifismo, el materialismo, el individualismo y la competitividad que prevalecen en nuestra sociedad actual no habremos perdido de vista la conciencia de formar parte del ente universal.

Cuando hoy en día alguien muere intentamos que el trance de la despedida y el duelo pasen lo más pronto posible para poder continuar con nuestra vida, como si de una función teatral se tratara: *The show must go on*, «el espectáculo debe continuar». Sin embargo, esta actitud dista mucho de la de los pueblos y culturas de tradición, que dilatan la despedida el tiempo necesario para asegurarse de que el alma del difunto haya emprendido el camino correcto y a salvo.

La muerte no es un punto final para estas tradiciones, más bien es otro estado del ser, donde el alma sigue viviendo en el mundo primordial. En ese mundo invisible, la vida se desarrolla de igual manera que en la tierra, aunque como se trata del paraíso eterno, no hay que luchar por la supervivencia. Por lo tanto, la muerte es el último y el más importante de los ritos de pasaje que el individuo experimenta en esta vida, y eso se ve reflejado en la complejidad y la prolongación de las celebraciones funerarias, que incluyen plegarias, conjuros mágicos, cantos, música, bailes, ofrendas de comidas, sacrificios animales y, en algunas ocasiones, sacrificios humanos. Tanto la ofrenda como el sacrificio son necesarios para que los dioses, los espíritus, los antepasados y las almas de los recientemente fallecidos que pueblan ese mundo invisible estén satisfechos y puedan disfrutar de ello.

Pero los sacrificios de seres humanos y de animales no sólo se realizaban para agradar a los dioses o a los espíritus, ni para apropiarse de sus poderes, virtudes y fuerza, como sucede en el caso del canibalismo ritual o en la caza de cabezas. También están vinculados simbólicamente con los ritos de sangre, que vienen a reflejar diferentes aspectos de los mitos de la creación y sirven para marcar nuevos comienzos en la vida.

El sacrificio se realiza como un ritual de fertilidad, ya que la creencia de que la sangre da paso a la creación está relacionada con la idea de que una mujer puede engendrar vida mientras es capaz de menstruar. Por la misma razón, el derramamiento de sangre propicia la creación de algo nuevo. No en vano la mayoría de las culturas han llevado a cabo sacrificios humanos de una manera u otra a lo largo de la historia del hombre, y en la actualidad todavía quedan bastantes países donde aún se practica, aunque por fortuna y como mal menor, muchas de las tribus han ido sustituyendo el sacrificio humano por el animal.

En los mitos de la creación la muerte de un dios siempre da vida al ser humano, por lo tanto, para que se genere una nueva vida, un nuevo principio, tiene que venir precedido por un sacrificio, por una muerte. Esto que en un principio nos puede resultar extraño y hasta ridículo, deja de serlo si pensamos que existe una analogía simbólica dentro de los pilares de la religión cristiana: para que el hombre pudiera salvarse y acceder a la resurrección fue necesario el sacrificio y muerte de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Los rituales de las ceremonias fúnebres, realizados por los familiares del difunto y por los jefes religiosos de cada comunidad, vienen a cumplir varias necesidades en las culturas de tradición. Por una parte, ayudar a la separación del alma del cuerpo, ya que ésta, a pesar de la promesa de la existencia de un paraíso, puede mostrarse reticente al abandono de la vida en este mundo y al apego por las pasiones humanas. Con los ritos también se pretende que el alma del difunto lleve a cabo el camino hacia el mundo invisible sin percances, ahuyentando a los espíritus malignos y aportándole energía y recursos mágicos para luchar contra las entidades malévolas que pueda encontrar en su difícil y peligroso recorrido.

Además, gracias a los recuerdos y a los buenos sentimientos de los familiares y del resto de la comunidad, el alma del difunto se mantendrá con vida y será aceptada por sus antepasados, y ésta, en reciprocidad, proporcionará apoyo y ayuda espiritual al clan.

Por el contrario, si los ritos realizados durante las ceremonias fúnebres no están perfectamente ejecutados, no tienen la suficiente energía o no son los adecuados, los resultados pueden ser catastróficos, tanto para el alma del difunto como para los miembros del clan que permanecen con vida. Las devastadoras consecuencias podrían traducirse en que dicha alma permaneciera apegada a la tierra, cerca de su cuerpo inerte, que no consiguiera terminar a salvo el camino al más allá, o incluso, que una vez realizado éste, no fuera reconocida ni aceptada por sus antepasados. En cualquiera de los casos, las desgracias de todo tipo que el alma del difunto pudiera ocasionar en la vida

cotidiana de la familia sólo podrían ser solucionadas con la ayuda del chamán, quien debería encontrar el medio de reparar la situación para que el alma se uniese definitivamente a sus antepasados.

Por esta razón, aunque muchos de esos pueblos han inhumado a sus familiares difuntos en la propia casa donde habitaban, otros sucumben al temor de que el espíritu, desorientado o despechado, pueda hacerles algún daño y abandonan de inmediato la casa tras el deceso. Esto es lo que sucede con los chocóes —pueblos que desde antaño han vivido en las selvas fronterizas entre Colombia y Panamá—, quienes además queman la vivienda y construyen otra nueva en un lugar alejado.

En la etnia mexicana de los coras, los deudos ponían en la puerta de la casa los objetos y pertenencias que el difunto más apreció en vida para evitar que su alma entrara de nuevo. Incluso se recurría al chamán para que, cinco días después del deceso, realizara la ceremonia de «correr al muerto»: ésta consistía en que el chamán, salmodiando constantemente, requería la presencia del alma del difunto, que adquiriría forma de mosca; cuando el insecto se posaba sobre el bastón de plumas que portaba el chamán, éste la persuadía verbalmente para que saliera de la casa y no volviera jamás. Entonces, tanto el chamán como los familiares amedrentaban con aspavientos el alma en forma de mosca hasta que finalmente salía de la vivienda.

Otra costumbre alternativa que se realizaba con frecuencia era sepultar el cadáver cinco días más tarde de su muerte, con la finalidad de que su alma tuviese oportunidad de despedirse de todo lo que había poseído y no volviera jamás. No obstante, era común que al regresar del cementerio a casa, los deudos profiriesen gritos y gestos para espantar el alma del difunto.

Otras culturas de tradición han optado por dedicar sus esfuerzos al correcto tránsito del alma al más allá y dejar en cierto modo el futuro del cuerpo físico en manos de la naturaleza. Por ejemplo, los antiguos bactrianos, que poblaban el norte de Afganistán, dejaban los cadáveres en lugares apartados, al aire libre, para que fueran devorados por los perros salvajes; en el caso de que esto no sucediera era considerado un deshonor para el clan.

Los esquimales, sin embargo, dejan entre los hielos a sus ancianos desahuciados, aunque todavía estén vivos, a la espera de que un oso polar los devore. Cuando esto sucede, una parte de su espíritu se dirigirá al cielo y se unirá a sus antepasados; la otra, se reincorporará a un pariente recién nacido. Además, tienen la creencia de que si al neonato se le pone el nombre de algún familiar fallecido, éste le transferirá parte de sus cualidades personales.

Algo parecido ocurría con los pueblos mongoles. Éstos envolvían los cadáveres de los niños en sacos de cuero y los dejaban a la orilla de un camino bajo la creencia de que su alma se reencarnaría en el vientre de una mujer que pasara por ese lugar.

Otro caso es el de los parsis, pueblo que vive en la India y que profesa la religión zoroástrica. Aún a día de hoy los parsis dejan los cadáveres de sus familiares en unas construcciones llamadas «torres del silencio», edificios funerarios de forma circular y sin techar. Los buitres son los encargados de consumir su carne, y los huesos sólo serán retirados cuando queden absolutamente limpios y blancos, libres de toda impureza.

GRIEGOS Y ROMANOS FRENTE A LA MUERTE

Tanto en Roma como en Grecia el entierro de los muertos era un deber sagrado. Negar sepultura a un cadáver era condenar al alma a errar sin descanso y, en consecuencia, crear un peligro real para los vivos, pues esas «almas en pena» eran maléficas. El lujo, el buen gusto y la magnificencia de los sepulcros eran tan grandes entre los griegos y romanos que las leyes tuvieron que restringir varias veces semejantes excesos.

Para los antiguos griegos, cuando un ser humano moría, de su cuerpo se desprendía un «algo» que continuaba una vida propia; su sombra era considerada como su doble etéreo, el cual no se podía tocar, pero era capaz de moverse por sí mismo, de pensar y desear.

Los hijos tenían la obligación de pagar el entierro de sus padres según los ritos. Las mujeres de la familia desempeñaban un papel muy importante en los rituales fúnebres. En primer lugar, se encargaban de lavar, untar con esencias perfumadas y vestir con ropa blanca al cadáver. Luego lo vendaban y envolvían en un sudario dejándole el rostro descubierto, y lo adornaban con coronas, cintas y joyas. Además, le colocaban una moneda en la boca para que pudiera pagar a Caronte, el barquero que transportaba a las almas de orilla a orilla del Aqueronte, el río del inframundo o infierno.

A continuación, el difunto era expuesto sobre un lecho en la entrada de la casa con los pies dirigidos hacia la puerta para que amigos y familiares lo vieran por última vez. Al lugar sólo podían entrar los hombres, ya que las mujeres que no pertenecían a la familia tenían el acceso prohibido.

Las mujeres dirigían el ritual de las lamentaciones. Sentadas junto al difunto, con trajes negros y el cabello recogido, exteriorizaban la pena entonando cantos fúnebres, se arañaban las mejillas, se golpeaban el pecho, extendían la mano derecha hacia el difunto y se echaban ceniza por los cabellos. Si la familia podía permitírselo, contrataban plañideras para que hicieran esa labor.

Delante de la puerta de la casa se colocaba una rama de ciprés y un vaso con agua lustral traída de una vivienda vecina, ya que la de la propia casa se consideraba contaminada. Al salir del velatorio, las visitas se rociaban con esa agua para purificarse al haber estado en contacto con un muerto, al tiempo que la presencia misma del vaso en la puerta servía para comunicar el fallecimiento.

Antes del amanecer del tercer día tenía lugar la procesión para trasladar el cadáver al cementerio, que era portado a hombros de sus familiares o en un carro sobre el mismo lecho en el que había estado expuesto. En el cementerio, que siempre estaba situado a las afueras de las murallas de la ciudad, se inhumaba el cadáver o era incinerado —según la época y la condición social, ya que la cremación era costosa—, en cuyo caso, las cenizas y los huesos eran recogidos con un lienzo blanco y colocados en una vasija a modo de urna funeraria. Acto seguido, la tierra era purificada con libaciones de agua lustral, vino o aceite, y la comitiva regresaba a la casa donde se celebraban largas ceremonias de purificación, pues la impureza por el contacto con la muerte era la peor de todas. Los familiares se lavaban todo el cuerpo y después realizaban una comida en honor al difunto. Al día siguiente, la casa entera era purificada con agua de mar, y al tercer día, al noveno y al trigésimo se efectuaban sendos banquetes.



La barca de Caronte, de José Benlliure (1919).

En el caso de los romanos, el entierro era uno de los actos más solemnes que se realizaban. A él acudían todos los familiares, tanto los vivos como los que ya habían fallecido, representados por actores o maniqués con la máscara de cera —*ceraes*— de los antepasados. Estaba muy divulgada la creencia de que si no había alguien que se acordase de ellos, hiciese ofrendas en sus tumbas y las cuidase, sus almas deambularían errantes y sin sosiego hasta llegar a convertirse en espíritus de influencia nociva. Para evitar este mal, una vez al año, en las fiestas funerarias —semejante a nuestro día de Todos los Santos— se llevaban a sus tumbas alimentos, bebidas y flores, así como obsequios, al margen de la oración diaria de la familia y del recuerdo que representaban las mascarillas de cera de los difuntos que colgaban de las paredes de la casa.

Pero no todos los espíritus eran buenos. Los lémures o larvas eran espectros malévolos que podían dañar y atormentar a los vivos por las noches. Con el fin de alejarlos de la casa, el padre, a la medianoche, tras lavarse las manos en señal de purificación, echaba puñados de habas negras hacia atrás para que les sirvieran de alimento y así apaciguarlos, o bien, si era necesario, solicitaban la ayuda de algún hechicero y se realizaba un exorcismo para defenderse de ellos y expulsarlos.

Los rituales fúnebres que se realizaban eran muy parecidos a los griegos, aunque con mayor pompa y ostentación. Cuando un ciudadano Romano estaba a punto de morir, su cuerpo se ponía en el suelo, y el primogénito o uno de sus seres queridos le daba el último beso para recoger su último aliento. Una vez comprobada su muerte, se le cerraban los ojos y la boca y tenía lugar la *conclamatio*, por la que los presentes lo llamaban tres veces por su nombre. Luego lavaban el cadáver, lo perfumaban, lo revestían con la toga *praetexta* —o en su defecto, con su mejor vestimenta—, le colocaban bajo la lengua una moneda de plata, el precio que el difunto debería pagar a Caronte, y lo exponían sobre un lecho mortuorio en el atrio o en el vestíbulo de la casa, rodeado de flores y lámparas.

Durante varios días, las mujeres de la familia, junto a plañideras a sueldo, prorrumpían en histéricas lamentaciones mientras los hombres debían reprimir toda manifestación externa de dolor. Del rostro del difunto se sacaba una máscara de cera que pasaría a formar parte del *lararium*, un pequeño altar sagrado que había en todas las viviendas y donde se realizaban las ofrendas a los *lares*, los espíritus guardianes del hogar.

Llegado el momento, el cortejo de familiares, amigos, músicos y plañideras acompañaba a la litera con el cadáver fuera del recinto de la ciudad. Si era un personaje notable se pronunciaba el elogio al difunto y la oración fúnebre —*laudatio*— en el foro, y acto seguido era llevado a la pira donde se depositaba entre perfumes y presentes. Mientras duraba la cremación los familiares no podían alejarse. Luego se recogían los huesos, se lavaban con vino y eran colocados en una urna que se depositaba en la tumba. Al llegar a sus casas los asistentes tenían que purificarse. Los ciudadanos más modestos y pobres se agrupaban en asociaciones funerarias para garantizarse la inhumación —la cremación era muy cara—, los ritos y las oraciones fúnebres necesarias junto a una sepultura digna.

A los nueve días del sepelio tenían lugar los juegos y el banquete fúnebre, conocido como *novendalia*. Y anualmente, en el mes de febrero, se celebraban las fiestas parentales o *parentalia* en honor a los difuntos, en las que se visitaban las tumbas, se practicaban sacrificios sobre ellas y se realizaban ofrendas de alimentos.

SUPERSTICIONES FUNERARIAS CHINAS

La civilización china siempre se ha preocupado por la posible continuidad del alma más allá de la vida, y ha otorgado la merecida importancia al momento de la muerte y a los rituales necesarios para que ese tránsito sucediera sin percances. Pero además, su idiosincrasia y su eminente superstición crearon unos ritos complejos, llenos de obligados detalles y curiosos matices con los que se pretendía controlar en todo momento la situación, ya que unos rituales inapropiados eran nefastos para el espíritu del difunto y traían la mala suerte a los familiares.

El desarrollo tradicional de dichos rituales funerarios dependía en gran medida de la edad del fallecido, de las causas de su muerte, de su nivel social y de su estado civil. Hoy en día, muchos de estos rituales aún se siguen llevando a cabo, sobre todo fuera de las grandes ciudades.

Según la costumbre china, una persona mayor no debía mostrar respeto por alguien que fuera más joven. Por lo tanto, si fallecía un bebé o un niño no era necesario realizar ningún ritual y la criatura era sepultada en silencio.

Los preparativos para el funeral comenzaban antes de que se produjera la muerte. Cuando alguien fallecía, todas las estatuas de deidades que hubiera en la casa debían ser cubiertas con un papel rojo y los espejos retirados del lugar, pues existía la creencia de que si alguien veía el reflejo del ataúd en un espejo pronto habría una muerte en su familia. Además, se colgaba una tela blanca sobre la puerta de la casa y se colocaba un gong a la izquierda de la entrada si el fallecido era un hombre, y a la derecha si era una mujer.

El cadáver era aseado con una toalla mojada, espolvoreado con talco y ataviado con sus mejores galas, normalmente de color negro, marrón o azul. Éstas, sin embargo, nunca debían ser rojas, ya que eso convertiría al difunto en un fantasma. Al colocarlo en el ataúd, se maquillaba si era una mujer, y se cubría el rostro con una tela amarilla y otra azul celeste para el cuerpo.

Si el deceso había tenido lugar dentro de la casa, el féretro era colocado en su interior, y si había fallecido fuera, se ubicaba en el jardín. Las coronas y regalos —y en la actualidad, un retrato o fotografía del fallecido— se colocaban a la cabeza del ataúd, y a sus pies, un altar en el que se depositaba comida a modo de ofrenda, incienso y una vela blanca. Además se quemaba continuamente papel joss —hecho de bambú y que se utiliza para ofrendas y rituales, en especial los relacionados con la muerte—, y «dinero de oración» para proveer al fallecido de ingresos suficientes para su vida de ultratumba.

Los familiares se reunían alrededor del féretro y se colocaban de acuerdo a su posición en la familia. El hijo mayor se sentaba junto al hombro izquierdo y el cónyuge del difunto a la derecha. Aquellos que llegaban tarde al velatorio debían caminar de rodillas hasta el ataúd.

Los llantos y lamentos eran obligatorios para los familiares con vínculo sanguíneo y las nueras, como señal de respeto y lealtad, desconsuelo que debía ser particularmente notorio si el fallecido había dejado una gran fortuna.

La familia no podía usar joyas ni vestidos rojos —tradicionalmente es considerado el color de la alegría—, y los niños no podían cortarse el cabello hasta que hubieran transcurrido 49 días del deceso.

El ataúd se mantenía abierto durante todo el velatorio, cuya duración dependía de los recursos económicos de la familia, aunque jamás podía ser inferior a un día para permitir que la gente ofreciera sus oraciones y rezos. Durante ese tiempo el difunto debía estar constantemente acompañado, y era costumbre que la gente jugara a juegos de azar en el patio de la casa, algo que, lejos de ser una falta de respeto, servía para distraer el dolor de los allegados y mantenerlos despiertos durante la vigilia.

Al llegar la noche, uno o más monjes recitaban y cantaban los versos de las sagradas escrituras para ayudar al espíritu del fallecido a superar los obstáculos y penalidades que iba a encontrar y acompañarlo en su trascendental camino tras la muerte.

Los lamentos de los deudos alcanzaban el punto álgido cuando concluía la ceremonia. Antes de que el ataúd fuera sellado con clavos, como símbolo de la separación entre vivos y muertos, todos los presentes se volvían de espaldas, pues existía la creencia de que presenciar dicho momento provocaba muy mala suerte. Acto seguido, los asistentes pegaban «papeles sagrados» de color blanco y amarillo al féretro para proteger el cuerpo y alejar a los espíritus malignos.

El ataúd se llevaba con la cabeza del fallecido hacia delante. Se creía que sus bendiciones eran conferidas a quienes lo portaban, por lo que, generalmente, había muchos voluntarios.

Los cementerios estaban por lo general ubicados en las laderas de las montañas; cuanto más alta estaba la tumba, tanto mejor se creía que era la situación para el finado. En el momento que era colocado en ella, los presentes se daban la vuelta de nuevo para evitar la mala suerte.

Una vez finalizado el funeral, a la familia se le entregaba un paquete rojo que contenía dinero como signo de gratitud. De acuerdo con la tradición, el dinero debía ser gastado, y a cambio, a los visitantes se les ofrecía una toalla blanca para secarse el sudor. Quienes habían estado presentes durante el duelo quemaban toda la ropa para prevenir de nuevo la mala fortuna asociada con la muerte.

El período de luto para la familia continuaba un mínimo de cien días más, tiempo en el que cada miembro de la familia llevaba en la manga un trozo de tela de color en señal de luto: negro para los hijos del fallecido, azul para los nietos y verde para los biznietos.

Sin embargo, existía la creencia de que, a los siete días tras la muerte, el alma del difunto retornaba a su casa. Para evitar que pudiera perderse, se colocaba una placa roja con una inscripción en la puerta de la vivienda. Durante aquel día, los miembros de la familia debían quedarse en sus habitaciones, y espolvoreaban el suelo de la entrada y del pasillo con harina o talco para detectar la visita del fallecido.

Bajo el duro régimen comunista de mediados del siglo XX, los funcionarios prohibieron las costumbres funerarias tradicionales y ordenaron que todos los muertos fueran incinerados. Hoy en día la cremación es obligatoria por ley en gran parte de China. Esto se traduce en que casi el cien por cien de los fallecidos en las grandes ciudades terminan por consumirse en el fuego. Sin embargo, en las zonas rurales, donde todavía se conservan los valores tradicionales y no los comunistas, en el código moral de los funerales sigue predominando la tradición como la elección preferida.

CÓMO ATRAPAR EL ALMA

Es curioso apreciar que, mientras en la mayoría de las representaciones artísticas occidentales se ha plasmado la ubicación del alma o espíritu en el tórax, en las culturas o pueblos de tradición se tiene la creencia de que el alma se aloja en la cabeza. Ésta es la razón por la que surge el tabú de no tocar la cabeza de un niño en algunas tribus indígenas, pues existe el temor de que se consiga hechizarlo o, lo que sería aún peor, apoderarse de su alma.

Bajo esta creencia es comprensible que las tribus cazadoras de cabezas decapiten a sus enemigos cuando aún están con vida. El alma quedará encerrada en el interior del cráneo con la ayuda de un ritual mágico, y de este modo podrán aprovechar su poder y controlar su ira.

De entre los pueblos que han desarrollado esta práctica ritual, con toda seguridad los más estudiados son los indios shuar, más conocidos como jíbaros, nombre que les dieron los conquistadores españoles.

Los jíbaros habitan las zonas fronterizas selváticas entre Ecuador, Perú y Colombia. Con una población aproximada de 80.000 individuos, es el pueblo amazónico más grande, si bien las tribus que más han practicado el rito de la reducción de cabezas están establecidas en la zona del Alto Marañón, como los muratas, aguarunas, huambisas, antipas y achuaré, que vienen a sumar unos 20.000 individuos.

Para comprender su cosmovisión animista y la práctica de la reducción de cabezas es necesario conocer parte de su mitología, estrechamente vinculada a la naturaleza y las leyes del universo, que se plasma en la existencia de seres superiores relacionados con la creación del mundo, las enfermedades y, por supuesto, con la vida y la muerte.

Para los jíbaros, el mundo en el que estamos no es real, es sólo un paso previo hacia el verdadero, y la puerta para llegar a él es a través del consumo de plantas sagradas en sus rituales, como el *natem* —la ayahuasca— o el *maikiua* —el floripondio.

El *uwishin* o chamán es el único que conoce a fondo ese mundo real o mundo oculto o de lo sobrenatural gracias a sus constantes viajes. Él es un sabio que puede interpretar lo que ve en el más allá y, entre otras cosas, descubrir los orígenes de las enfermedades y curarlas. Es un hombre de gran poder en la comunidad, que ha alcanzado con la acumulación de los espíritus o almas poderosas atrapadas.

Los jíbaros creen que existen tres tipos de alma: una verdadera, que desaparece con la muerte para convertirse en niebla o nube; otra adquirida, que se obtiene mediante visiones antes de la pubertad y un ritual de ayuno, y, por último, un alma vengadora, que es precisamente la que los jíbaros intentan encerrar en el cráneo de la víctima durante el ritual mágico. El hombre que consigue el *arutam* o alma «adquirida», aumenta su poder con cada muerte de un enemigo.

La forma de alcanzar esa alma se transmite de generación en generación. Todo niño jíbaro sigue las indicaciones de un hombre sabio de la tribu, el *uunt shuar*. Llegado el momento, ambos se internarán juntos en la selva durante varios días, tiempo en el que el sabio lo instruirá sobre la vida, le hablará sobre la selva, los espíritus que la habitan y le enseñará que cada planta y animal tienen alma y vida propias. Juntos cazarán y pescarán, y el niño irá aprendiendo de un maestro las reglas de la naturaleza y de la vida.



Cabeza trofeo o *tzantza* de la tribu Mundurucu, en Brasil.

Al cumplir once años y en ayunas, el joven se adentrará en la selva junto al chamán hasta encontrar la *tuna* o cascada sagrada. Una vez allí, construirán el refugio del chamán y harán los preparativos para realizar la toma ritual de la ayahuasca. El chamán repasará todo lo sucedido durante el camino por la selva y le hablará del mundo de los sueños, donde verá cosas del pasado, del presente y del futuro. Con la toma de la ayahuasca, el joven le confiará sus visiones y éste lo ayudará a interpretarlas y a conseguir su poderosa *arutam*.

Los jíbaros de hoy prefieren mantener sus costumbres y rehuyen en la medida de lo posible el contacto con la civilización, y aunque en ocasiones les resulta difícil tal propósito, intentan aislarse en la selva que los vio crecer y que tanto conocen. Sin embargo, sus cabezas trofeo fueron durante décadas un reclamo para los coleccionistas particulares, las subastas y también, para qué negarlo, para muchos museos antropológicos y etnológicos del mundo, a pesar de que las leyes internacionales prohíben el rito de la reducción de cabezas humanas. Pero lo insólito, en realidad, es la técnica que estos guerreros empleaban hasta conseguir que el tamaño de la cabeza fuera, como máximo, del tamaño de un puño.

Permítanme que sean las palabras del prestigioso doctor José Manuel Reverte Coma, antropólogo forense y fundador del Museo de Antropología Médica-Forense, Paleopatología y Criminalística de la Escuela de Medicina Legal de la Universidad Complutense de Madrid, el Museo Reverte Coma, las que describan el proceso del ritual de las cabezas reducidas o *tzantzas*:

Muchos han creído que los indios reducen la cabeza entera, pero no es así, ya que el hueso no se puede encoger. Por lo tanto, lo primero que hacen los jíbaros es deshuesar la cabeza recién cortada, para lo cual seccionan la piel de la parte posterior y media del cuello. Hecho esto, con la cabeza ya separada del tronco, van cortando cuidadosamente, separando la piel del hueso. Previamente, los jíbaros cosen los párpados y los labios para que no se separen ni desgarren.

Una vez extraído el esqueleto cefálico y facial, hierven la piel así obtenida en agua mezclada con hierbas aromáticas, cortezas ricas en tanino y el jugo astringente del *chinchipi*, que es una liana tropical. Con esto se curte la piel y la putrefacción no tiene lugar. Al mismo tiempo la ahuman con *chamisa* y rezan extensas letanías y cantos sagrados, apartados en un lugar escondido de la selva mientras van realizando pacientemente sus operaciones. Luego colocan una piedra redondeada y caliente del tamaño aproximado de la cabeza dentro de la bolsa de piel humana que acaban de hacer, y van planchando la parte exterior sobre este molde. Añaden constantemente arena muy caliente por los espacios que quedan entre la piedra y la piel, que se va encogiéndose poco a poco.

Más tarde van cambiando la piedra caliente por otras de menor tamaño, ya que durante todas estas operaciones permanece abierto el corte de la nuca.

Cuando por encogimiento la piel llega al tamaño requerido y la cabeza ha tomado la forma adecuada, con la última piedra dan por terminado el encogimiento y suturan la incisión de la región occipital y nugal. Luego tiñen la cabecita de negro con carbón vegetal o con humo, la frotan con aceite y peinan el cabello, que se ha conservado perfectamente. A continuación hacen un orificio en el vertex —vértice craneal— para sujetar allí un cordón del que suspenderán la cabeza.

La cabeza así reducida y momificada adquiere una consistencia de cuero o cartón duro, conservando las facciones muy parecidas a las que tuvo en vida el individuo.

El proceso de esta práctica sagrada duraba entre seis y siete días, y debía hacerse siguiendo los ritos mágicos, cargados de conjuros y fórmulas. Tras ese tiempo, todos los orificios de la cabeza quedaban cerrados para impedir que a través de ellos pudiera escapar el espíritu vengativo del difunto, que estaba a merced del vencedor.

Pero la práctica de la conservación de las cabezas trofeo, reducidas o no, también ha tenido lugar en otras épocas y en otros puntos geográficos. En las cerámicas y en los mantos del período preincaico ya aparecían figuras portando cabezas humanas reducidas. De la misma manera se han encontrado tallas de piedra en la región occidental de

Panamá donde aparecen sacrificadores portando un cinturón de cabezas trofeo, u otros llevando la cabeza colgando de una mano mientras en la otra muestran el cuchillo con el que la separaron del cuerpo. También el pueblo de los dayaks en Borneo, o los indios mundurucú y los parintintins, de Brasil, practicaron la momificación de la cabeza como trofeo, estos últimos, con un sistema ritual muy parecido al de los jíbaros.

LA MUERTE VIKINGA

Siempre se ha tenido la idea de que el pueblo vikingo era guerrero, brutal y salvaje con sus enemigos y bárbaro en sus costumbres. Sin embargo, poco se ha hablado de su temor a muchos aspectos que iban asociados a la muerte.

En los funerales vikingos se utilizaba tanto el entierro como la cremación, incluso, en ocasiones, ambas, dependiendo del rango social del difunto. En la *Saga de los Ynglings* se explica cómo Odín, considerado como el dios principal de la mitología nórdica, establecía que todos los varones muertos debían ser incinerados junto a sus pertenencias —armas, herramientas y joyas— para que cuando llegaran al Valhalla pudieran disfrutar de ellas. Sus cenizas serían lanzadas al mar o enterradas, y sobre ellas se levantaría un montículo que sirviera de homenaje y recuerdo para los hombres de cierto rango. Además, en el caso de los guerreros que hubieran demostrado su valor, se erigiría un monolito.

Ejecutar el funeral según marcaba la tradición podía resultar costoso, ya que cuanto más elevada era la posición social del difunto mayores eran las ofrendas y las riquezas con las que se lo incineraba, entre las que se incluía el sacrificio de esclavos y sus propios barcos. Aun así les merecía la pena, no sólo al alma del difunto, sino también a sus descendientes, pues la tumba constituía un monumento que ensalzaba su posición social.

De la correcta realización del ritual dependía que el alma del muerto conservase el estatus de la vida terrena en el más allá y no vagara eternamente. Si el entierro no era adecuado, o le faltaban sus pertenencias o alimentos, el alma no encontraría la paz en el más allá y volvería como fantasma para atormentar a sus parientes y amigos vivos. Su aparición sería una visión terriblemente funesta y desgraciada, pues era interpretada como una señal de que más miembros de la familia morirían. Las sagas y otros relatos literarios de la época hablan de ello y de cómo tenían que actuar para librarse de esos fantasmas: la única solución era que el muerto tenía que volver a morir. Manuel Velasco, escritor y gran divulgador de la historia y la cultura vikinga, nos explica de este modo algunas de las más curiosas costumbres funerarias vikingas:

En la saga de Egil Skallagrimsson, una de las más populares sagas islandesas, se citan las costumbres que se seguían antes de enterrar a un muerto de manera que no molestase después a la familia: inicialmente se le hacían al difunto los «primeros ritos», consistentes en cortarle el pelo y las uñas. Después se rompía una

pared, por donde sacaban el cadáver. Según las creencias, un fantasma sólo podía volver a la casa por el mismo lugar por donde había salido; así, al tapiar después el agujero, no tendría posibilidad de acceder al interior.

En caso de que no se hubiese hecho así y el difunto regresara, había que realizar un ritual preciso que tiene mucho que ver con la parafernalia antivampírica, debiendo cortársele la cabeza, a ser posible con alguna de las armas con que se le enterró; en algunas ocasiones se cita también la necesidad de clavarle una estaca en el pecho o ponerlo boca abajo. Y se llegaba a quemar el cuerpo y echar las cenizas al mar.

También se escribían palíndromos en algunas tumbas,* tal vez con la intención de entretener al posible fantasma que de ella surgiese, que, supuestamente, se pasaría el tiempo intentando descifrar una palabra que no tenía ni principio ni fin, al modo de la ornamentación a base de nudos y seres entrelazados del arte vikingo.

En los países escandinavos se conservan muchos monumentos funerarios de la época vikinga; algunos de ellos son túmulos levantados en honor a sus jefes y reyes, que esconden en su interior las cenizas de los grandes barcos donde fueron depositados e incinerados sus cuerpos sin vida.

La mejor descripción de uno de estos magnos e increíbles rituales fue escrita, curiosamente, por un cronista árabe llamado Ahmad Ibn Fadlan.

En junio de 921, un grupo de viajeros partió de Bagdad portando un mensaje del califa abbasí Al-Muqtadir para el rey Igor de la Rusia vikinga. La embajada, que llegó a su destino en mayo de 922, era una delicada misión diplomática destinada a lograr una alianza contra un enemigo común: Bizancio.

Entre los viajeros se encontraba Ahmad Ibn Abbás Ibn Fadlan, secretario de la misión, quien tuvo la oportunidad de visitar Escandinavia, Rusia central, el mar Negro y el Caspio. Durante el viaje escribió en árabe un diario de ruta que tituló *Risala* —Tratado—, más conocido posteriormente como *Viaje al país de los búlgaros del Volga*. Sus objetivas descripciones son muy valiosas, pese a que de vez en cuando manifieste indignación por las costumbres poco higiénicas de pueblos no musulmanes como los eslavos y los turcos paganos.

* Palabras o frases que se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. (*N. del a.*)

Como dato curioso, mencionar que basándose en esta crónica, en el poema épico sajón *Beowulf*, y en una tribu de caníbales de descendencia neandertal que supuestamente habría sobrevivido en el norte y centro de Europa, el escritor Michael Crichton escribió la novela *Devoradores de cadáveres*. Años más tarde, ésta fue llevada al cine como *El guerrero número 13*, dirigida por John McTiernan y protagonizada por Antonio Banderas, precisamente interpretando el papel de nuestro cronista.

Pues bien; así es como Ahmad Ibn Fadlan describió los detalles del funeral de un jefe vikingo a orillas del Volga:

Un día murió uno de los jefes de la expedición vikinga y el embajador pudo seguir los ritos funerarios desde su comienzo hasta su final. Para empezar colocaron el cadáver en una tumba provisional sobre la que instalaron un tosco tejado y allí estuvo durante diez días mientras le confeccionaban el vestuario mortuario.

Si el difunto era un hombre pobre construían una rudimentaria barca en la que le colocaban y le quemaban después. Pero si era un hombre rico, de su fortuna hacían tres partes: una para su familia, otra para los vestidos mortuorios y otra para preparar una bebida muy fuerte, llamada *nabidh*,* que los deudos y amistades del difunto bebían sin descanso hasta el día de la incineración del cadáver.

Cuando un gran personaje muere, los familiares preguntan a sus esclavos, hombres y mujeres, quién quiere morir con él y acompañar al difunto a ultratumba. Si alguien dice «yo», ya no puede volverse atrás. La esclava que se presenta voluntaria, porque generalmente son mujeres las que se ofrecen para el sacrificio, se ve separada de la familia y confiada a dos jóvenes muchachas que cuidan de ella, la acompañan adondequiera que va y la lavan cuidadosamente.

* Hidromiel. (*N. del a.*)

Mientras se confeccionaban los vestidos que ha de llevar el cadáver, la esclava bebía y cantaba continuamente sin perder la alegría.

Cuando llegó el día en que el hombre tenía que ser incinerado y la muchacha con él, los asistentes llevaron su barco a tierra, lo colocaron sobre las arenas de la playa y a su alrededor pusieron gran cantidad de madera.

Sobre el barco depositaron la cama en que había dormido el difunto y la cubrieron con colchones y almohadas de brocado. Llegó en esto una vieja, a la que llamaban el Ángel de la Muerte, encargada de arreglar todo el paramento que se había preparado y de matar a la esclava.

Fueron luego todos a la tumba en que habían sepultado al muerto, al que desenterraron junto con unas botellas de *nabidh*, frutas y otros alimentos. Vistieron el cadáver con pantalones, botas, una túnica y un caftán de brocado con botones de oro y colocaron sobre su cabeza una gorra de brocado y pieles de marta. Le llevaron a la barca, le sentaron sobre el colchón y lo sostuvieron con cojines y almohadas. Colocaron junto a él el imprescindible *nabidh*, frutas, plantas olorosas, pan, carne y cebolla. Después partieron en dos a un perro y lo dejaron a sus pies. Mataron dos caballos a los que previamente habían hecho correr hasta que estuvieron sudados, los cortaron a trozos con los sables y su carne fue colocada sobre la barca; lo mismo hicieron con dos vacas, un gallo y una gallina.

Mientras esto sucedía, la esclava que debía morir visitaba a los diversos jefes del campamento y se unía sexualmente con ellos, que, cuando terminaban la agradable ceremonia, le decían: «Di a tu amo que lo hemos hecho por amor a él».

Cuando llegó el momento de la oración del viernes, pusieron los hombres a la esclava sobre una ancha tabla y la levantaron tres veces lo más arriba que podían mientras ella pronunciaba unas palabras. Cuando terminó la ceremonia le presentaron una gallina a la que cortó la cabeza y que fue depositada en la barca como se había hecho con los otros animales.

El viajero que narra esta ceremonia preguntó a un intérprete qué había dicho la muchacha mientras la elevaban sobre la tabla. La primera vez había dicho: «He aquí que veo a mi padre y a mi madre». La segunda vez: «He aquí que veo sentados a todos mis parientes muertos». Y la tercera: «He aquí que veo a mi amo sentado en el paraíso y el paraíso es hermoso y verde. Con él hay hombres y muchachas y me llama. Llévame hacia él».

La llevaron al barco, en donde ella se quitó dos brazaletes y los entregó a la mujer llamada el Ángel de la Muerte. Dio otras joyas a las muchachas y subió inmediatamente a la barca funeraria.

Después, los hombres la rodearon con escudos y bastones. Le entregaron una copa de *nabidh* que bebió de un trago. Después cantó la joven unas estrofas con las que se despedía de sus compañeras. Le entregaron una segunda copa y varias más, tras lo cual entró en el lugar que ocupaba el cadáver de su amo.

Los hombres golpeaban sus escudos para que no se oyese los gritos de la esclava y uno tras otro, hasta seis, cohabitaron con ella. A continuación la acostaron al lado de su amo. Dos la cogieron por los pies y otros dos por las manos. El Ángel de la Muerte le colocó una cuerda en el cuello dándole una vuelta y entregó las extremidades a dos hombres para que tirasen de ella. Se acercó a la muchacha y con un puñal le atravesó el corazón mientras los dos hombres la estrangulaban.

A continuación, el más joven de los parientes del muerto cogió una antorcha y, completamente desnudo, caminando de espaldas, prendió fuego a los maderos que rodeaban la barca. Después todos, con teas y leños, ayudaron a propagar el incendio, que destruyó la barca y todo lo que contenía.

Aproximadamente una hora después, cuando todo había quedado reducido a cenizas, erigieron sobre ellas un montículo y sobre él un poste donde grabaron el nombre del muerto y el de su rey.

CEREMONIAS FÚNEBRES EN JAPÓN

El ritual empezaba apenas espiraba la persona. Un familiar se acercaba al difunto y lo llamaba al oído quedamente. Esto se hacía por si el alma del finado estuviera escuchando y decidiera regresar a su vida en la tierra.

Al no contestar ni moverse —que es lo que, por lógica, habitualmente sucedía— se mojaban los labios del difunto con agua en una ceremonia llamada *Matsugo-ningún-mizu*, y se lo cubría con un lienzo. Se encendían lámparas, se colocaban dos ramas de una planta llamada *shikibi* junto al cuerpo y se preparaba un altar con incienso. La puerta de la casa se cubría con una tela blanca para proteger la vivienda de los espíritus impuros de otros muertos.

Antes del entierro le afeitaban la cabeza por completo, y le colgaban del cuello una estola con un rosario, un papel con tres monedas estampadas y las reliquias que hubiera poseído. Las monedas eran para pagar al barquero que había de trasladarlo de la orilla de la vida que acababa de dejar a la orilla de la vida a la que se había marchado.

La previsión y la cortesía que siempre han caracterizado a los japoneses se hacían patentes en los detalles y pormenores que se llevaban a cabo en la ceremonia del entierro. Generalmente la procesión se realizaba por la tarde. Hombres provistos de grandes ramos de flores y de jaulas que contenían palomas y gorriones les iban dando libertad a medida que avanzaba la comitiva.

Las personas que formaban el cortejo iban vestidas de blanco y las mujeres se cubrían la cara con un velo.

Hoy en día, todavía se mantienen algunas de estas costumbres. Además, suele haber una persona que es la responsable de recoger la tarjeta de los asistentes, y como agradecimiento les entrega una caja de dulces.

Durante el funeral, el sacerdote o monje le otorgaba un nuevo nombre al difunto y lo inscribía en una tableta de madera que era colocada sobre el altar. El *kaimyo*, o nombre póstumo, servía para que el espíritu del difunto no regresara cada vez que los amigos o familiares lo nombraran por su «antiguo» nombre.

En el momento de dar el pésame, los amigos y conocidos contribuyen a los gastos del entierro con dinero envuelto en papel de luto. A las cinco semanas la familia del difunto corresponde con obsequios diversos, por ejemplo cajitas de té, pero siempre en número par, porque el número impar es utilizado para las felicitaciones.

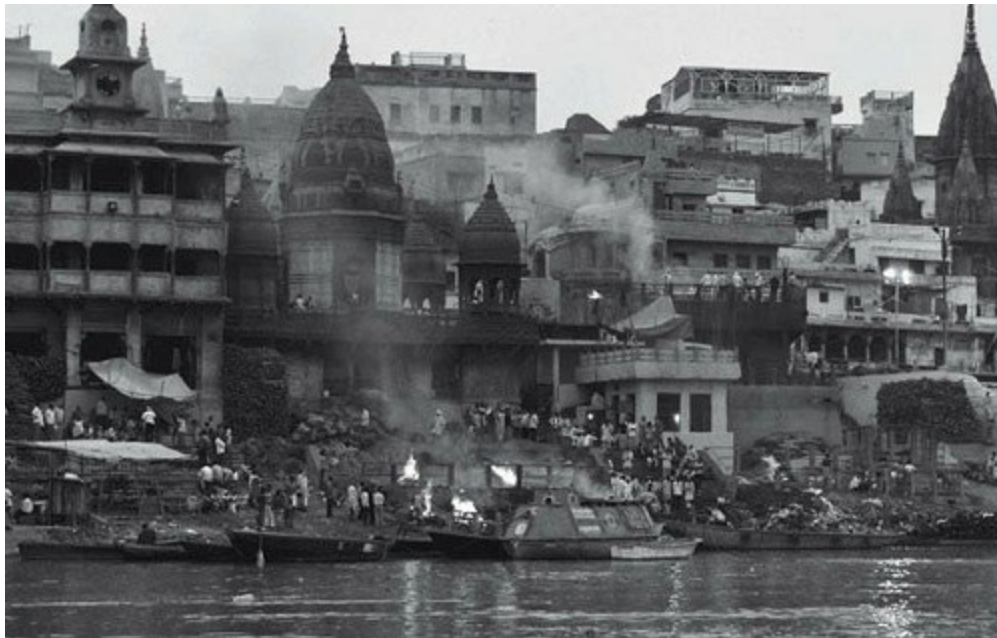
Antiguamente, el acompañamiento de un entierro volvía a la casa mortuoria y allí todos eran rociados con sal. Acto seguido se llevaba a cabo una comida en la que nunca se podían servir carnes ni pescado. Finalmente, a los cincuenta días del deceso, se invitaba de nuevo a los asistentes para repetir el banquete.

En la actualidad, y al igual que ocurre en China, los reglamentos de los gobiernos regionales establecen que la cremación en Japón es obligatoria por falta de espacio en los cementerios.

LAS CREMACIONES DE LA INDIA

Polución, purificación y reencarnación... Para los hindúes, la muerte significa la liberación del alma de su envoltorio terrenal, y como tal, preparan la purificación de sus cuerpos inertes a través del fuego, y la de sus almas, con el agua sagrada del Ganges.

Las cremaciones tienen lugar a orillas del río donde se preparan las piras funerarias con maderas. Primero el brahmán lleva a cabo una ceremonia fúnebre con ofrenda de alimentos llamada *antyești*. Luego, el cuerpo es envuelto por un lienzo blanco, en el caso de los hombres, o rosado para las mujeres, y sumergido tres veces en el río como último baño purificador. Tras llenarle la boca de agua, el difunto es colocado sobre la pira por los *dhom* —grado inferior dentro de la casta de intocables, encargados de mantener el fuego sagrado y de asistir a la cremación— y cubierto seguidamente de más madera.



Los *ghats* del Ganges a su paso por Benarés se llenan de hogueras humanas al atardecer.



A la mañana siguiente de la cremación, los restos serán entregados a las aguas purificadoras del río sagrado.

A la incineración asisten generalmente sólo los hombres de la familia, los hijos varones del difunto, que irán vestidos con lienzos blancos y la cabeza rapada en señal de purificación. Durante la cremación no hay dolor, desesperación o tragedia por parte de los familiares, sabedores de que la existencia del alma continúa. Luego, las cenizas del difunto son entregadas a la Madre Ganga, el Ganges.

Sin embargo, existen tres casos en los que no se practica la cremación: los leprosos, cuyos sufrimientos en vida los liberan de la última purificación; los *sadhus* o santones, que por haber dedicado su vida a la realización espiritual y a la santificación es innecesaria su incineración, y los niños, que son arrojados directamente al río.

Antiguamente la viuda se lanzaba a la hoguera donde ardía el cadáver de su esposo y moría abrasada acompañándolo en su viaje al más allá. La práctica del sacrificio ritual de la viuda ha estado muy arraigada en aquella cultura, aunque afortunadamente fue abandonada desde mediados del siglo XX por la prohibición que los británicos impusieron durante su período de dominio en la India.

Un dato curioso: en la actualidad se practica la cremación ritual a ocho millones y medio de hindúes cada año, según estudios estadísticos publicados por la ONU.

LOS SACRIFICIOS ANIMALES DE LOS TORAJA

Los toraja habitan la región de Tana Toraja, en la isla indonesia de Sulawesi. Allí parece que el tiempo se congeló hace mil años. Los cementerios están excavados en las rocas, la gente vive literalmente con los muertos en sus casas durante años y los funerales, en los

que se sacrifican en plena calle decenas de búfalos, son lo más sangriento y sagrado que caracteriza su vida.

Vida y muerte están totalmente entrelazadas en el día a día de este pueblo. Cuando el corazón de un hombre deja de latir, se lo declara «gravemente enfermo», pero no muerto, ya que su alma aún no ha partido hacia el más allá junto a sus antepasados.

Con la muerte de un búfalo tiene lugar el primer funeral, en el que se declara a la persona oficialmente muerta y su alma podrá emprender el largo y penoso viaje hasta la otra vida. Entonces tienen lugar los «arreglos» del difunto: se le extraen las vísceras, se taponan todos los orificios de su cuerpo, se limpia con aceite de copra y, finalmente, es amortajado.

Pero la partida del alma no significa que el cadáver pueda ser enterrado. Para ello será necesaria la celebración de la ancestral Ceremonia de la Muerte, consistente en el sacrificio ritual de un buen número de búfalos en el centro del poblado. En consecuencia, y hasta que la familia pueda costear la realización del segundo ritual que asegure la entrada en el cielo del alma del difunto, el cuerpo sin vida permanecerá en la habitación sur de la casa, que será compartida con otros familiares.

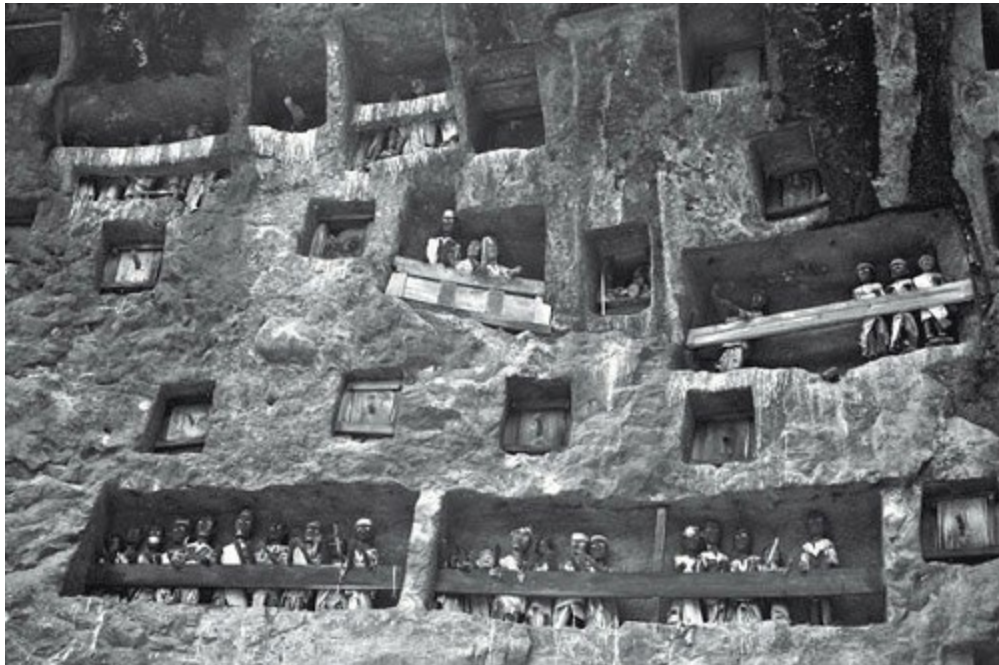
A lo largo del tiempo, los toraja han empleado varios métodos para soportar el hedor de la descomposición en sus propias casas. Antiguamente, el chamán del pueblo cogía el último aliento del finado en un tubo de bambú, lo tapaba de inmediato con un trapo y lo arrojaba al bosque. De esta manera se suponía que nadie percibiría el mal olor. Otro sistema, vigente casi hasta nuestros días, consistía en colocar el cadáver en un ataúd hermético, en el que se practicaba un orificio al que se acoplaba un largo tubo de bambú que conducía los olores hasta el exterior de la casa. En la actualidad, se limitan a inyectar formol al cuerpo sin vida, por lo que éste yace sin ataúd y sin cuidados especiales. Si la estancia del cadáver en la casa se prolonga más de un año, entonces suelen cubrirlo con telas de colores.



El búfalo, y en especial el blanco o albino, es el animal más sagrado para los toraja.

El búfalo, el animal más sagrado para los toraja y símbolo de riqueza, es criado especialmente para ser sacrificado en estas grandiosas celebraciones funerarias. Según la costumbre, el nivel social de la familia determinará el número de búfalos sacrificados, y después sus cuernos colgarán orgullosamente en la entrada de la casa.

Hasta hace pocos años, una ceremonia ritual toraja podía



Los *tau-tau* representan a los difuntos. Sus tumbas se hallan excavadas en la roca detrás de dichas tallas de madera.

La fastuosa Ceremonia de la Muerte puede durar hasta una semana, en la que continuamente van degollando a los animales, cuya sangre y hedor inunda las calles de la aldea. Durante ese tiempo los familiares vestirán de negro y únicamente comerán arroz. Sin embargo, los innumerables invitados, a menudo miles, darán cumplida cuenta del banquete, en especial de la carne de los búfalos y del vino de palma.

Finalmente, el cadáver del difunto —o lo que queda de él— recibe la merecida sepultura. Pero nunca bajo tierra. Los huesos son envueltos en tejidos que los propios familiares han confeccionado y se colocan en tumbas ordenadas y abiertas en forma de auditorio excavadas en las paredes de las rocosas montañas. En el exterior, como mirando al pueblo desde un privilegiado balcón, se representa a los muertos con tallas de madera llamadas *tau-tau*, que se cuentan por cientos.

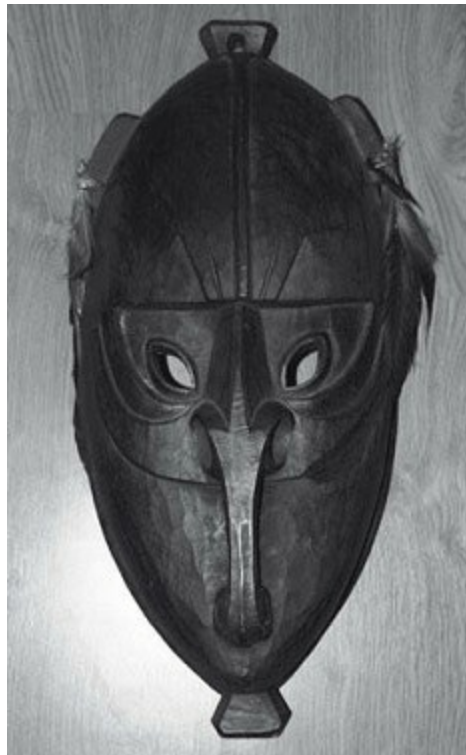
Si el difunto es un niño menor de un año, o que aún no tenía dientes, la tumba se construye en el interior de un árbol, con la idea de devolverlo a la naturaleza, ya que no llegó a pertenecer al mundo de los hombres.

Pero aún hay algo más que resulta paradójico. Estos funerales también generan nuevas vidas. Jóvenes venidos de aldeas lejanas, y ataviados con sus mejores galas, se conocen allí por primera vez. La fiesta, la carga de emotividad y el vino de palma hacen el resto. Nueve meses después, las numerosas y nuevas parejas reciben a sus retoños. Como apuntaba al principio, vida y muerte están totalmente entrelazadas para el pueblo toraja.

LA MAGIA DE LAS MÁSCARAS

Casi tan antiguas como el hombre mismo, las máscaras son una representación universal y primitiva de las fuerzas arcaicas. Pueden representar espíritus de la naturaleza, dioses, muertos o antepasados. Suelen tener rasgos extraños, a veces repulsivos y temibles; otras, grotescos. Pero la verdad es que en cualquiera de estos pueblos consideran que esos semblantes de fantasías desbordantes o de visiones de horror tienen una procedencia real. De hecho, cuando un hombre se enfunda una máscara de espíritus en las fiestas o celebraciones de culto, bien sea en las tribus africanas, en las de Oceanía, o incluso en las de culturas indígenas americanas, se mueve de forma atávica y sin coordinación. Luego empieza a saltar y a bailar de una manera furiosa y hacen su aparición las convulsiones, en el transcurso de las cuales puede atacar a los presentes, a la vez que gime y emite incomprensibles palabras silbantes o entrecortadas. El ritual puede llegar a intensificar tanto su sensibilidad que al final el portador acaba por identificarse con las fuerzas espirituales, se siente tomado y poseído por ellas, y ambos, hombre y máscara, acaban fundiéndose en uno solo, adoptando los rasgos del espíritu que ha entrado en él.

Las máscaras no tienen un único origen, sino que han aparecido en culturas, sociedades y países distantes entre sí en el espacio y en el tiempo. Las máscaras participan de la magia en la vida y en la muerte, y a través de ellas el hombre ha luchado contra los espíritus y ha tomado contacto con los dioses. Han acompañado al hombre a lo largo de su existencia, desde sus ritos iniciáticos hasta los funerarios; en su trabajo agrícola con rituales para la siembra o la cosecha; en sus juegos; en sus ceremonias preparatorias para las guerras y, por supuesto, en sus actos religiosos. Son uno de los primeros inventos que surgen de la necesidad de conseguir alimentos y de defenderse de las amenazas reales o sobrenaturales que se le presentaban.



Máscara ritual de Melanesia.

El hombre primitivo descubrió que al disfrazarse podía confundirse con la naturaleza, hacerse parte de ella, de manera que podía manipularla al creer que poseía las fuerzas mágicas necesarias para conjurar cualquier efecto negativo que lo perjudicara. Pero las máscaras son objetos religiosos y al mismo tiempo profanos y pierden su función primigenia a medida que los pueblos acceden a la civilización y las convierten en objetos de espectáculo.



Máscara ritual Je, en Costa de Marfil.

Las primeras manifestaciones mágicas del uso de las máscaras se remontan al Paleolítico, cuando se recurría a las cabezas de los animales que habían sido sacrificados para cubrirse el rostro. Así, los hombres de las tribus asumían la energía y el poder animal convirtiéndose en él de forma simbólica.

El hombre creía que su alma podía encarnar en otros seres por virtud de la magia y el misterio. Ocultar el rostro significaba convertirse en otro sujeto, ya fuera en el animal o en el ser sobrenatural que quería representar. La máscara era siempre sagrada, ya que encarnaba el espíritu guardián que se invocaba para tener éxito en la guerra o en la caza.

El uso de las máscaras empezó a evolucionar en Grecia y en Roma, cuando eran llevadas por actores en los cortejos fúnebres con el fin de que se reconociera y recordara el rostro del difunto.

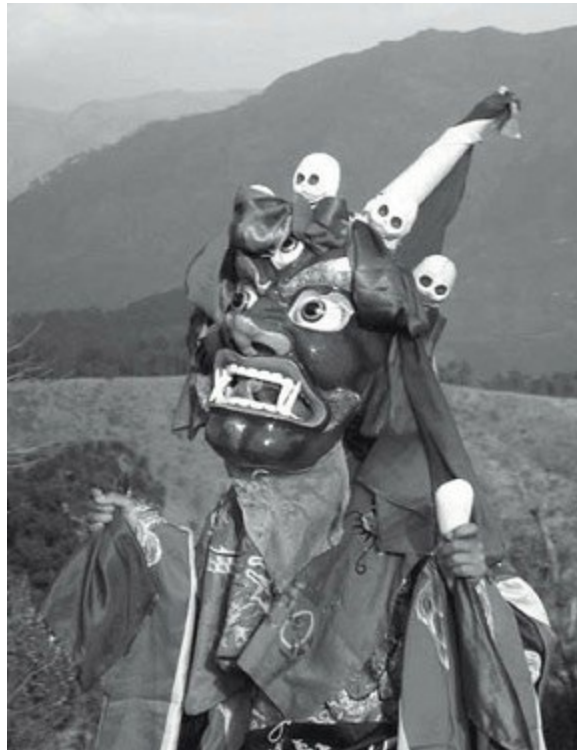
Este uso de las máscaras por parte de actores, hizo que rápidamente fuera utilizada para diferentes fines, como el de representar fielmente en sus obras los rostros de los personajes históricos que estaban interpretando. Su uso fue adoptado también en las fiestas saturnales en Roma, y ahí comenzó su carácter festivo, dando origen a la utilización en lo que hoy es nuestro carnaval.

Pero además, para las grandes civilizaciones antiguas, el objetivo cambió; ya no eran sólo para esconder las propias reacciones, sino para despojarse de la individualidad y así poder identificarse con una realidad de orden superior: los dioses.

Aunque resulta prácticamente imposible establecer una clasificación pormenorizada debido a su gran riqueza y variedad, podríamos hablar de tres tipos: antropomorfas, zoomorfas y abstractas, si bien en una misma máscara pueden conjuntarse elementos de las tres categorías. También podríamos establecer otra clasificación atendiendo al empleo que de ellas se haga: serenidad y apacibilidad si representan a los antepasados, terroríficas para los ritos de magia y ciertas sociedades secretas, groseras para satirizar defectos, burlescas para las fiestas, juveniles si marcan la alternancia de las estaciones, mostrando temor y respeto en las de los ritos de iniciación, etcétera.

Otra clasificación podría venir determinada en función de su tamaño. Algunas máscaras están construidas para cubrir todo el cuerpo, como por ejemplo, las enormes piezas de tipo ritual de Oceanía —las de los papúes llegan a medir seis metros de alto— y otras diminutas, como las de las mujeres esquimales.

El significado de cada tipo de máscara cambiará dependiendo de la cultura chamánica en que nos encontremos. Sin embargo, y en términos generales, casi todas son una representación energética, mágica y antropológica de situaciones, leyendas y mitos. En esos casos, la máscara —o en su defecto, la pintura que pueda sustituirla— es una forma de esconder el auténtico rostro de quien la porta y mimetizar y asumir los poderes que representa. Por ejemplo, en la Polinesia hay ocasiones en que las máscaras que encarnan a demonios están representadas por la cabeza previamente desfigurada de algún animal, pero cuando el chamán carece de ella, recurre a «maquillar» su cuerpo con la utilización de pinturas a base de resinas, sustancias naturales y arena teñida, con lo que consigue un aspecto bastante desagradable y terrorífico.



La máscara protectora, como objeto místico, induce a una visión monstruosa del ser que la lleva puesta. De esta manera, quien se cubre el rostro adquiere protección frente a sus enemigos tanto reales como sobrenaturales. Por eso, cuanto más terrible sea la máscara, mayor fuerza otorgará a su poseedor y más efectiva será. El objetivo final de estas máscaras de apariencia monstruosa es transmutar el rostro humano en un demonio aterrador para ahuyentar a los enemigos y a los espíritus malignos.

En las altas tierras del Tíbet la máscara es un elemento muy importante para la realización de algunas ceremonias budistas, pues ésta actúa de protección contra los demonios que hipotéticamente puedan atar al hombre y es capaz de invocar a la divinidad.

Sin lugar a dudas el uso más importante de las máscaras es el ceremonial. Si bien las estatuas sagradas son ubicadas en un recinto ya que están concebidas para la contemplación y el reposo, no ocurre lo mismo con las máscaras. Como apunta el docto historiador José Luis Cortés López, «su función no es permanecer inmóvil, recibiendo sacrificios y ofrendas, sino acompañar los ciclos de la naturaleza y del hombre con el ritmo y el éxtasis que provoca la presencia de la fuerza espiritual de cada máscara. Su portador entra en trance dominado por esta fuerza y su espíritu es poseído por lo sobrenatural, captando de este modo el mensaje que quieren darle dioses o antepasados. La máscara da sentido a la danza tanto ritual como lúdica, y se convierte en un elemento indispensable para penetrar en el mundo de los espíritus y relacionarlo con el de los hombres».



Aunque no sean instrumentos de culto, en alguna circunstancia pueden ser objeto de él, especialmente en el momento de su entronización o cuando se deba proceder a revigorizar su poderío mítico. Las máscaras rituales, sobre todo las empleadas en ritos de iniciación, pueden guardarse en lugares específicos a modo de templos, estar vigiladas por responsables especiales y recibir cierta veneración de los fieles, si bien de forma distinta a como se hace con las estatuas de los antepasados, y no pueden ser contempladas por los no iniciados. La tradición ritual de la máscara es antiquísima, como se puede ver en grabados y pinturas rupestres.

Para muchos chamanes las máscaras siguen vivas incluso cuando no se usan ceremonialmente, por eso para recurrir a ellas es preciso estar bien preparado, ya que hay ocasiones en las que el portador de la máscara deja de ser él mismo para adoptar otra personalidad. Su cuerpo, su alma y su espíritu se transforman; sólo quien se ha purificado adecuadamente puede hacer uso de ella, de lo contrario podría ser objeto de una posesión con resultados nefastos. Algunos chamanes, especialmente en las culturas amerindias, antes de recurrir a las máscaras se someten a un ayuno de entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, tiempo necesario para limpiar su organismo y prepararlo para compartirlo con otro ser.

En África, el uso de la máscara aborda la práctica totalidad de los ritos de la vida humana y de la naturaleza, cumpliendo una función reguladora en la vida de los poblados. En la iniciación y en los ritos funerarios invocarán la presencia de los buenos espíritus, el alejamiento de los malos, la protección de los ancestros, etcétera. Un ejemplo de ello lo tenemos en el pueblo pende, de África Central, en el que la máscara forma parte del ritual de iniciación para que los jóvenes sean admitidos como hombres dentro de la comunidad de adultos.

En los ritos funerarios, la máscara capta la fuerza vital que se escapa de un ser cuando muere. La máscara controla esa fuerza vital, evita que dañe a la colectividad y la distribuye en beneficio de todos.

En ocasiones el chamán tiene la misión de conducir el alma de los difuntos al otro lado, al plano en el que viven los antepasados. Cuando llega este momento puede emplear máscaras que representen la energía del ser que ha fallecido. Durante el ritual funerario, el chamán se coloca la máscara de alguna deidad y obliga al espíritu del difunto a abandonar el mundo de los vivos para encaminarse al plano en el que viven los dioses.

En las sociedades secretas, compuestas por personas ya iniciadas, la máscara es el signo de la cohesión del grupo y el canal indispensable para recibir la fuerza del espíritu protector. En cualquier acontecimiento social están presentes marcando el ritmo ritual o festivo. Lo mismo sucede con los ciclos naturales cuya celebración se hace mediante ceremonias agrícolas tendentes a pedir buena cosecha, fecundidad para los campos, lluvia, etcétera. Pero no toda la utilización de las máscaras está supeditada a momentos

sacralizados de impetración de gracias y obtención de beneficios, sino que también se usan en acontecimientos festivos donde todos pueden participar y donde la alegría se ve reforzada por la abundancia de bebidas fermentadas: cervezas, vinos, etcétera.



Máscaras indias utilizadas para rituales fúnebres.

En cambio, en ciertas comunidades indígenas como en Malí, Liberia, Alaska y Nueva Guinea, se tiene la creencia de que la máscara encarna el espíritu de un animal totémico o de un muerto. Por eso muchas veces el chamán lleva a cabo una danza ritual enmascarado para entrar en contacto con el más allá.

En India, las máscaras son parte esencial de un ritual danzado para que los espíritus de los dioses habiten en el hombre, y se convierten en el vehículo de comunicación con la divinidad. La ocasión puede ser cualquiera, desde una ceremonia relacionada con la fertilidad, la familia, el bienestar de la comunidad, la iniciación o el matrimonio; aunque en la actualidad el uso más común tiene lugar en las representaciones teatrales sobre enseñanzas hindúes.

El individuo que ejecuta la danza, como entre la comunidad de los dan, en Liberia, lleva a cabo una sofisticada pantomima y va vestido con un traje largo de fibras de árbol. Sus movimientos son aparatosos y rapidísimos acompañados de una música estridente, mientras que el pueblo entero sigue al danzante durante su baile. Mientras éste dura, la máscara protege al que la porta y lo convierte en otro ser. Para ello el portador de la máscara debe ir vestido de forma que no se lo reconozca.

Cuando se coloca la máscara y se inicia el rito o ceremonia, tiene lugar una separación entre el mundo profano y el sagrado. En ese momento el individuo se olvida de sí mismo y del mundo sagrado donde penetra y puede comunicarse con los dioses y sus antepasados.

Es en este momento cuando el danzante alcanza la libertad plena, porque ya no está ligado a su condición humana y se encuentra en un espacio y tiempo sagrados; en una catarsis donde percibe el enorme poder protector. Sin embargo, en el momento en que el danzante se quita la máscara, regresa a su mundo cotidiano lleno de problemas, pero piensa que su futuro será bendecido pues ha cumplido con su promesa de bailar para sus dioses.

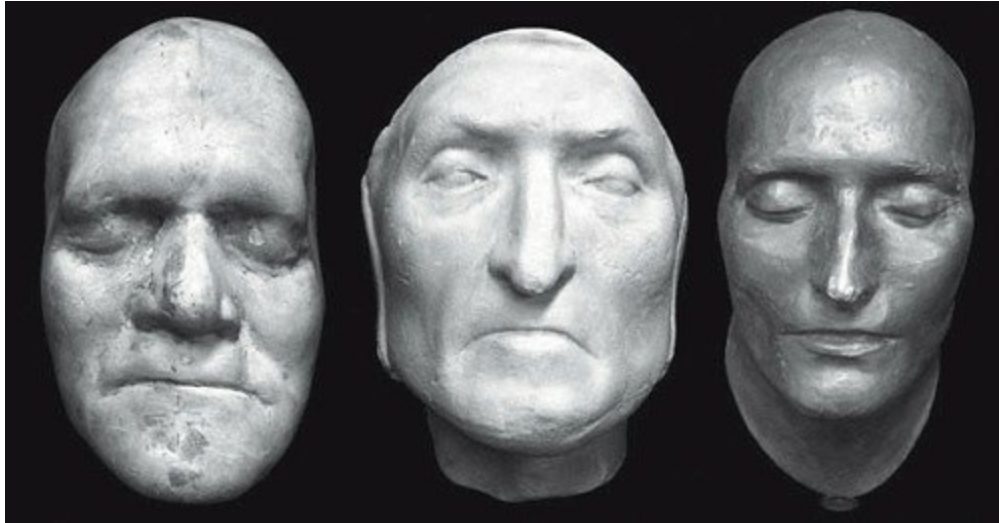
Para los indios kwakiutl, de la costa noroeste de Norteamérica, las máscaras forman parte del patrimonio simbólico de un noble o de un jefe. Se exhiben durante las representaciones religiosas y teatrales que caracterizan las grandes ceremonias del invierno, señaladas por la presencia de espíritus entre los hombres. Durante esas ceremonias, los jefes de las sociedades kwakiutl exhiben sus privilegios, mientras que el espíritu de los antepasados, debe, bajo la apariencia de una máscara, introducirse entre los hombres.

Las curiosas máscaras son articuladas y representan a distintos seres que se transforman en otros seres. Estas máscaras, exquisitamente talladas, cambian como por arte de magia al tirar el danzante de unas cuerdas que mueven ciertas partes de la misma. Se tiene incluso la creencia de que el danzante puede sentir los distintos espíritus de la máscara que lleva.

IMÁGENES DE DIFUNTOS

En la Edad Media se desarrolló una insólita práctica del uso de las máscaras. Se trataba de las máscaras mortuorias, creadas a través de moldes de cera o yeso que se aplicaban sobre el rostro del recién fallecido para que sus facciones quedaran marcadas y conservar así, no sólo el efímero recuerdo de sus rasgos en la memoria de sus familiares y amigos, sino también una huella física, palpable y duradera de la verdadera imagen tridimensional del difunto.

Esta práctica se hizo muy popular durante los siglos XVIII y XIX entre la nobleza y las monarquías del mundo occidental, extendiéndose progresivamente a la sociedad menos pudiente. Las máscaras también fueron utilizadas a menudo como guía para la realización de pequeñas esculturas recordatorias de ilustres artistas, científicos y pensadores, aunque para tal uso no limitaron su obtención al momento de la muerte, sino que también se tomaron moldes a personas vivas. En la actualidad todavía es posible ver algunas de ellas en los museos.



Máscaras mortuorias (izq. a dcha.) de Ben Franklin, Dante y Napoleón.

Posteriormente, el invento de la cámara fotográfica en el siglo XIX provocó la aparición, casi automática, de otra práctica: la fotografía de difuntos o postmórtem. Normalmente eran realizadas a las pocas horas del fallecimiento. Al principio se retrataba al difunto tumbado en la cama, especialmente si se trataba de un niño, como si estuviera dormido, rodeado de algunos elementos ornamentales como flores y plantas, con la idea de representar el descanso eterno. Pero posteriormente se desarrolló la costumbre de vestir al finado con sus mejores ropas, maquillarlo, y colocarlo sentado, en posturas que simularan que estaba vivo o que se hallaba realizando alguna actividad. En otras ocasiones se aprovechaba para hacer un retrato familiar, como si nada hubiera ocurrido y el fallecido fuera uno más al que incluso se le pintaban unos ojos ficticios sobre los párpados cerrados para dar mayor realismo.



Fotografías de difuntos.

Aunque esta práctica nos puede resultar morbosa en la actualidad, es necesario no apresurarse en juzgarla y tratar de situarse en aquella época en que la fotografía estaba únicamente al alcance de unos pocos. De hecho, fueron las clases menos favorecidas las que más la requirieron, ya que en la mayoría de los casos era la única fotografía que se tenía de los seres queridos.

Pero dicha costumbre fue más allá del mero recuerdo físico de los difuntos. Muchos creyeron que las fotografías, además de captar la imagen de las personas, también eran capaces de capturar su alma una vez que había muerto. Eso provocó una obsesión por fotografiar a los difuntos, sobre todo si eran niños, con el objetivo de salvaguardar su alma en una fotografía.

En el cine se han hecho películas que han reflejado esta realidad social, como por ejemplo *Los otros*, dirigida por Alejandro Amenábar, en la que las fotografías postmórtem son utilizadas para revelar la trama de la historia.

CAPÍTULO 3

Los libros sagrados de los muertos

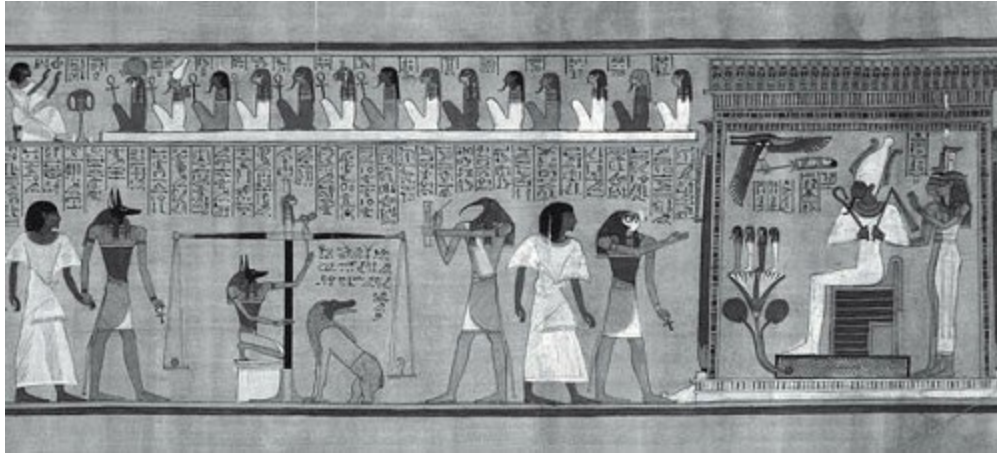
¡Levántate, enderézate Osiris! Mira, soy yo, tu hijo Horus en persona que he venido para devolverte la vida, para reunir tus huesos y juntar tus miembros. Soy Horus, el creador de tu padre, tu hijo y vengador, cuya mirada te devolverá la vida. Horus te abre la boca. ¡Te da ojos para ver, orejas para oír, pies para caminar y manos para obrar!

Ceremonia de la apertura de la Boca y de los Ojos
Libro de los Muertos

EL LIBRO EGIPCIO DE LOS MUERTOS

El *Libro de los Muertos* es el nombre moderno con que se conoce el antiguo texto funerario egipcio compuesto por una colección de fórmulas mágicas o sortilegios que se inscribían en las tumbas del Imperio Nuevo. Su función era asistir al difunto en su viaje al más allá, sorteando a seres malignos y otros peligros en su estancia en la *duat* —el inframundo—, para luego ayudarlo a superar el juicio de Osiris y conseguir llegar a los campos de Aaru, el paraíso del Antiguo Egipto, donde el espíritu disfrutaría placenteramente por toda la eternidad.

El nombre original en egipcio antiguo es *Peri em heru*, cuya traducción vendría a ser «Salida del alma a la luz del día» o «Libro para salir al día». La colección consta de 192 capítulos, aunque nunca se ha hallado un texto en el que se encontrara la totalidad de los sortilegios. La versión más completa, y posiblemente también la más conocida, es el Papiro de Ani, descubierto cerca de Luxor por el doctor E. Wallis Budge y adquirido por el Museo Británico en Tebas el año 1888. El texto de Ani está compuesto por tres capas de hojas de papiro pegadas entre sí y dividido en seis secciones con una longitud entre 1,5 y 8 metros cada una. La longitud total del texto es de 23,6 metros. No obstante, los textos más antiguos que se conocen están inscritos en la pirámide de Unas, el último faraón de la V Dinastía, ubicada en la necrópolis de Saqqara.



Escena del Juicio de Osiris del Papiro de Hunefer (Museo Británico). En la izquierda Anubis lleva al difunto Hunefer a la sala del juicio. Allí, su corazón es contrapesado con la pluma de Maat. El dios Thot actúa de notario de toda la escena mientras Ammit aguarda el veredicto. A la derecha Hunefer es conducido de la mano de Horus ante el sedente Osiris.

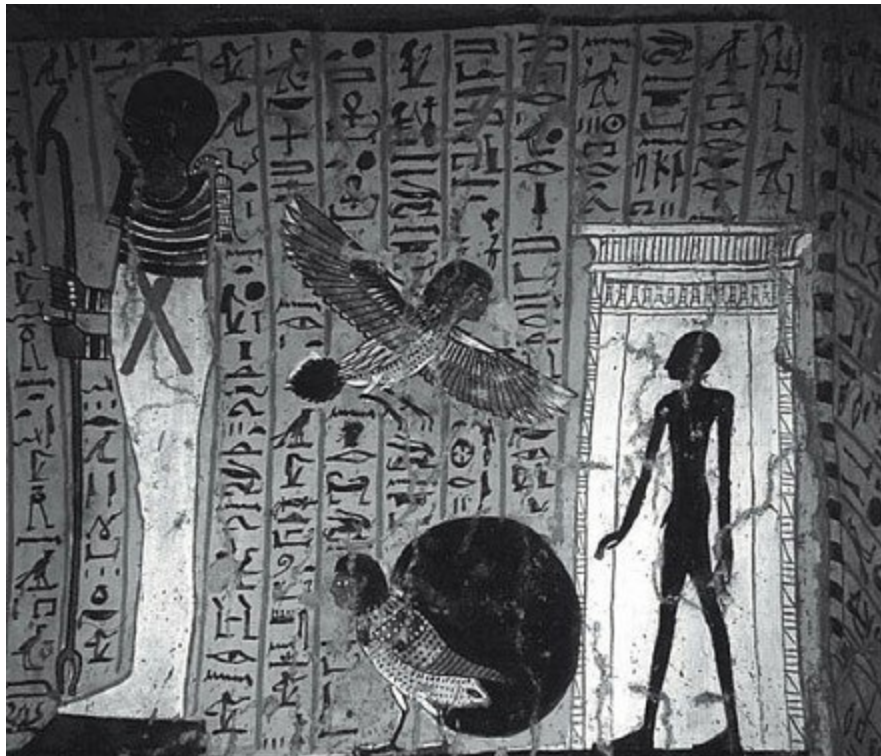
El origen del *Libro de los Muertos* se encuentra en los *Textos de las Pirámides*, escritos durante el Imperio Antiguo, y que posteriormente derivaron, de acuerdo a la evolución de sus ideas religiosas, en los *Textos de los Sarcófagos*, que datan del Imperio Medio. De este modo, las sucesivas transformaciones a lo largo del tiempo hacen que la recopilación final del libro contenga los textos funerarios —fórmulas mágicas, conjuros, himnos, oraciones y letanías— de todas las épocas de la historia del Antiguo Egipto. Sin embargo, parece ser que fue durante la XXVI Dinastía, en el conocido como período Saíta, cuando se los dotó de una estructura general definida, tanto en la forma como en el contenido, que en gran medida se mantuvo invariable.

La existencia de los textos que conforman el *Libro de los Muertos* demuestra claramente que los antiguos egipcios creían en un juicio final para el alma del difunto. Lo podemos ver en el capítulo 125, uno de los más importantes. Su futuro dependía de las acciones que había realizado en vida; para ello el difunto era llevado ante el tribunal de Osiris por Anubis, el guía de los muertos en la *duat*, el otro mundo. Allí se realizaba el pesaje de su corazón —representante de la conciencia y la moralidad— por el dios Thot, personificación de la justicia eterna, y de Maat, la verdad. Según el veredicto, el alma justa podría seguir su camino hacia la vida eterna, o por el contrario, la del transgresor, sería aniquilada, engullida por Ammit, el devorador de los muertos, un monstruo cuyo cuerpo tiene la cabeza de cocodrilo —que representa la luz y el conocimiento—, la parte trasera de hipopótamo —señal de renacimiento— y la parte delantera de león —simbolizando la fuerza, el cuidado y el despertar.

Evolución del *Libro de los Muertos*. El egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius fue el primero en utilizar dicho nombre al publicar en 1842 la traducción de los textos como *Das Todtenbuch der Ägypter* (El Libro de la Muerte de los egipcios), si bien se cree que

los profanadores y saqueadores de tumbas denominaban *Kitâb alMayyitûn* a los rollos de papiros o lienzos de lino con los textos que hallaban enrollados dentro de los sarcófagos, junto a las momias.

Es muy posible que, en un principio, las fórmulas mágicas o sortilegios fueran transmitidos exclusivamente de un modo verbal por los sacerdotes, y que no se empezaran a reflejar por escrito hasta bien entrado el período del Imperio Antiguo, en la V y VI Dinastía. Aun así, existe constancia de que algunos de estos pasajes ya aparecían en estelas y mastabas pertenecientes a las dos primeras dinastías, lo que da una idea de la importancia de estos textos, ya que, desde antes de 2.600 a.C., venían reflejando el interés que este sistema religioso otorgaba a la búsqueda de los orígenes de la vida y a qué había más allá de la muerte, transmitiéndose durante siglos sin que hayan aparecido escritos sobre ello.



Pasaje 92 del *Libro de los Muertos* en el que el difunto abandona la tumba, precedido por su *ba*. Detalle de la tumba de Arinefer, en Deir el-Medina.

Las primeras inscripciones, escritas enteramente en jeroglíficos en las paredes de los pasillos y cámaras de las pirámides de Unas, Teti, Pepi I, Merenra o Pepi II, entre otras de Saqqara, son las que conformaron lo que hoy en día conocemos como *Textos de las Pirámides*. No se trata de narraciones secuenciales que sigan ningún orden, sino más bien recopilaciones de leyendas, declaraciones de creencias cosmológicas y religiosas antiguas que habrían sido empleadas durante las ceremonias funerarias de dichos reyes y

reinas, de las que cabe destacar las fórmulas para conseguir la ascensión, resurrección y transfiguración del faraón en un ser divino, y los sortilegios para que éste consiguiera eludir los peligros de la *duat* o inframundo.

Pero a partir de la VII Dinastía se fueron produciendo algunos cambios muy significativos. Aparecieron nuevas fórmulas funerarias en las que se hacía especial hincapié en la vida después de la muerte y en la necesidad de aportar mayor ayuda para asegurar el éxito del difunto en su camino por el más allá. Por otra parte, la escritura de los textos cambió de soporte, y se hizo uso de las superficies de los sarcófagos y de los ataúdes donde iban a reposar eternamente los cuerpos momificados. Esto facilitó que la inclusión de las inscripciones y fórmulas, además de seguirse utilizando para los faraones y sus reinas, se hiciera extensiva también a la nobleza y a los funcionarios de alto rango. Estos conjuros pintados o grabados, en su mayor parte realizados en escritura jeroglífica cursiva o hierática, son los conocidos como *Textos de los Sarcófagos*, que alcanzaron su punto álgido durante el Imperio Nuevo.

Dichas modificaciones fueron derivando con el tiempo en una especie de democratización del uso de los textos, y terminaron por ser copiados sobre papiros o lienzos de lino que, una vez enrollados, se depositaban junto a las momias —en ocasiones, también se inscribían sobre los vendajes de los cuerpos momificados—. La liberación definitiva del uso de los rituales para alcanzar la resurrección del difunto supuso que cualquier persona del pueblo podía acceder a ello, siempre y cuando pudiera pagar el proceso de momificación y el copiado de alguna de las fórmulas mágicas y sortilegios en un papiro; como veremos más adelante, había tres sistemas distintos de embalsamamiento, en los que la complejidad y calidad del servicio iba en consonancia con la remuneración económica.

La selección y combinación de hechizos utilizados en cada rollo de papiro era variable; dependía de los textos a los que el escriba tuviera acceso, de los gustos de quien lo encargaba y, evidentemente, de su poder adquisitivo. Incluso las versiones más económicas eran realizadas en grandes cantidades por los templos y luego se les incluía el nombre del comprador. Durante la XXVI y XXVII Dinastía, en el período Saíta, se llevó a cabo una revisión y una estandarización de los textos, que fueron ordenados por primera vez de una manera definitiva, apareciendo los primeros papiros con series idénticas de dichas fórmulas mágicas.

Esta disposición ordenada no fue observada por los especialistas hasta que en 1967 se publicó un estudio precursor del arqueólogo francés Paul Barguet, quien clasificó los capítulos del siguiente modo:

Capítulos 1 al 16:

«Oraciones para salir al día»; tratan de la marcha hacia la necrópolis, e incluyen himnos al sol y a Osiris.

Capítulos 17 al 63:

«Regeneración para salir al día»; tratan de la alegría por el triunfo y la impotencia de los enemigos, así como del poder sobre los elementos.

Capítulos 64 al 129:

«Transfiguración para salir al día»; tratan de la capacidad del alma del difunto para poder manifestarse bajo diversas formas, utilizar la barca solar y conocer algunos misterios. También del regreso a la tumba y del gran juicio ante el tribunal de Osiris.

Capítulos 130 al 162:

Son textos de glorificación del muerto, que se deben leer por los familiares a lo largo del año, y en determinados días festivos, dentro del culto funerario y para el servicio de las ofrendas. También trata de la preservación y protección de la momia por medio de amuletos.

Capítulos 163 al 190:

Son un complemento a todo lo anterior, con fórmulas en donde se alaba a Osiris.

La magia unificadora. Pero ¿por qué era tan importante la momificación de los cuerpos de los difuntos para los antiguos egipcios? Para entender esa necesidad debemos remitirnos a sus creencias religiosas.

En las religiones monoteístas que se vienen practicando en el mundo occidental desde hace más de dos mil años, dividimos al hombre en dos partes: el cuerpo y el alma. Pero los antiguos egipcios otorgaban una diferente explicación a la naturaleza de su existencia. Según sus creencias podríamos decir que el ser humano estaba compuesto, principalmente, de cuatro partes:

- Un cuerpo físico vivo llamado *khet*, susceptible de padecer un proceso de descomposición y que sólo podía conservarse mediante la momificación.
- Una parte espiritual divina llamada *ka*, que podríamos traducir como «el doble»; el *ka* tendría la misma forma y atributos del ser humano a la cual pertenece. Su lugar de permanencia estaría en la tumba, junto a la momia del difunto, aunque podía desplazarse a su voluntad. Su representación simbólica era de dos brazos unidos y levantados.
- El alma o principio vital, llamado *ba*; no era un elemento físico pero, al igual que el cuerpo, era único para cada persona. Se solía representar como un pájaro con cabeza humana.
- El espíritu o *akh*; es la proyección, el estado más perfecto del ser que termina el proceso iniciático. Es el estado en el cual el fallecido existe en la otra vida. Es inmortal.

Para conseguir la felicidad eterna del *ka* era condición indispensable que el cuerpo del difunto se conservara perfectamente. Pero esta creencia surgió con el transcurso del tiempo y la correspondiente evolución paralela de la religión y la sociedad egipcia. Existe una leyenda egipcia que explica que sus principios religiosos les exigían el cuidado de los

muerdos, ya que el espíritu dejaba el cuerpo sólo por un tiempo, reencarnándose en un ave. Pero, algún día, terminado su peregrinar, volvería al cuerpo que lo había albergado, y si no lo encontraba, se extinguiría el *ka*.

Con la momificación se produce uno de los actos mágicos por excelencia. A los antiguos egipcios no les era suficiente la creencia en el más allá para asegurarse ese traspaso de la muerte. Así apareció el sacerdote, el mago, un verdadero especialista no sólo en las artes de la vida sino también de la muerte, convirtiendo al momificado en otro mago capaz de «resucitar».

La muerte desune alma y cuerpo junto a todos aquellos elementos que conforman el ser, unidos durante la vida. Dichos elementos, sin conexión, producirían la «segunda muerte» o muerte definitiva, la extinción final del ser. Por eso, para conservar el vínculo o conexión de todos los elementos que conforman el ser durante el tránsito de éste al otro mundo, era necesaria la acción mágica por parte del experto.

En Egipto no se concibe la reencarnación sin magia. El escarabajo del corazón era un amuleto que jugaba un papel determinante en el momento de la muerte terrestre, ya que era el símbolo de las metamorfosis y las mutaciones. En el ritual, el mago colocaba el escarabajo sobre el corazón de la momia confiriéndole el poder de atravesar las zonas más oscuras y peligrosas en las que el ser podía correr especial riesgo. Cuando conseguía llegar a orillas del paraíso, su corazón le sería restituido. De este modo, y a través de la magia, conseguía hacer palpar un corazón de origen celeste y divino en el cuerpo del muerto, despertándole la percepción de lo invisible y facilitándole la fuerza, sabiduría y ciencia necesarias para salvar los obstáculos sin ser destruido.

La momificación que se llevaba a cabo en el Antiguo Egipto ha generado el concepto erróneo de que los egipcios estaban obcecados con la muerte. Pero para la magia egipcia no existe separación entre vivos y muertos, sino que se habla de seres que sean capaces de captar en mayor o menor medida la energía contenida en el nombre de los dioses. En realidad tenían tal pasión por la vida que su única obsesión era poder alargarla hasta la eternidad. La finalidad de la momificación no era conservar el cadáver, sino prepararlo para la vida eterna ayudándose de complicados ritos mágicos.

Cabe recordar que los aspectos de la preparación de un difunto para la eternidad eran dos: el físico y el mágico. Mientras que el cuerpo era preparado en sus distintas fases para ser momificado, se llevaban a cabo rituales paralelamente, ya que sólo con la correcta combinación de ambas partes era posible preservar el cuerpo para la eternidad. Para comprender la relación entre magia-momificación y su porqué, es necesario recordar la leyenda egipcia del dios Osiris, que encarna el arquetipo de todas las momias. Según la leyenda, Osiris, patriarca de la civilización en Egipto, se ausentó durante cierto tiempo para llevar las ciencias, la agricultura y la ganadería a otras tierras cercanas. Seth, hermano de Osiris y de su esposa Isis, conspiró contra él e hizo construir una caja de

madera con las medidas del cuerpo de su hermano. Al regreso de Osiris se organizó un banquete y Seth consiguió que se introdujera en dicho cajón. Al momento lo cerró sellándolo con plomo derretido y lo echó al Nilo.

Isis descubrió lo que había ocurrido, y con la ayuda de la reina de Biblos logró recuperar el cuerpo de su esposo para darle sepultura. Seth, alertado por la situación, descuartizó el cuerpo de Osiris en catorce trozos y lo diseminó por todo Egipto. Isis, de nuevo, consiguió recuperar el cuerpo fragmentado de su esposo menos uno de los trozos, el pene, que desapareció en el Nilo. Reconstruyó el cuerpo de Osiris proporcionándole un falo artificial, y después de convertirse en ave, lo resucitó mediante palabras mágicas.

De este modo se explica por qué el cuerpo de los difuntos debía estar en buenas condiciones tras la muerte y ser enterrado con los debidos rituales para así poder resucitar. Pero además, este mito sobre la momificación ofrece una interpretación ante la antigua costumbre egipcia de introducir los cuerpos en sarcófagos antropomórficos.

Osiris se convirtió en el protector de los difuntos, y en todos los escritos mágicos relativos a los muertos, incluido el *Libro de los Muertos*, se hace especial referencia a su nombre con el fin de conseguir que el cadáver momificado resucitara.

Junto a la momia —cerca de la cabeza, de los pies, o entre las piernas del cuerpo momificado—, el mago colocaba un papiro con fórmulas eficaces, itinerarios e indicaciones a seguir que sería el encargado de rechazar a las fuerzas oscuras y hostiles, asegurando al muerto la capacidad de internarse en las regiones desconocidas del más allá con toda seguridad. También se ponían en escritura hierática conjuros mágicos sobre las vendas que iban a cubrir el torso de la momia.

Conservación mágica del cuerpo. A lo largo de todo el proceso de momificación la magia estaba omnipresente. Se tenía particular cuidado a la hora de conservar las vísceras del difunto, que eran introducidas en cuatro recipientes especiales: los vasos canopos. La tapadera de cada una de estas vasijas tenía la forma de la cabeza de la deidad a la que estaba dedicado, representando los cuatro hijos de Horus. En los *Textos de las Pirámides* viene expresado de la siguiente forma:

Amset con cabeza de hombre, es el protector del hígado y se encuentra bajo la custodia de Isis.

Hapi, con cabeza de babuino, es el protector de los pulmones, y se encuentra bajo la custodia de Neftis.

Duamutef, con cabeza de chacal, es el protector del estómago, y lo custodia Neith.

Kebehsenuf, con cabeza de halcón, es protector de los intestinos, y lo custodia Selket.

(*Textos de las Pirámides*, 1255-1375)

Los canopos eran rellenos con un brebaje llamado «el líquido de los Hijos de Horus» y las vasijas eran selladas herméticamente. Después se colocaban en un arcón con cuatro compartimientos y se recitaban los conjuros mágicos representando a los cuatro hijos de Horus para invocar la protección:

Yo soy Amset, el hijo de Osiris. Estoy aquí para protegerte. Yo haré que tu casa prospere y se robustezca por la voluntad de Ptah, por la voluntad del mismo Ra.

Yo soy Hapi, el hijo de Osiris. Estoy aquí para protegerte. Yo envolveré tu cabeza y tus miembros y aplastaré a tus enemigos. Yo te hago entrega de tu cabeza por siempre jamás.

Duamutef, Yo soy tu hijo Horus y te amo. Estoy aquí para vengar a mi padre Osiris. No permitiré que seas destruido. Yo te pondré bajo mis pies por siempre jamás.

Kebehsenuf, Yo soy tu hijo Osiris. Estoy aquí para protegerte. Yo reuniré tus huesos, yo recogeré tus miembros, yo te traeré tu corazón y lo pondré en su lugar de tu cuerpo. Yo haré que tu casa prospere.

Pero estos favores divinos no sólo estaban destinados a los órganos materiales, sino también a los principios sutiles que cada uno guarda y representa. Según el esoterismo egipcio, el ser estaba formado por varias partes con existencia independiente: el *khet* o cuerpo físico, *ba* o alma, el *ka* o doble, el *akh* o espíritu, el *ab* o corazón, el *khaibit* o sombra, el *heka*, que es la capacidad mágica que posee el individuo... Según los *Textos de los Sarcófagos* (VI, 71) el arte del mago consistía en hacerlos pasar a todos por las puertas del cielo, de modo que el ser completo pudiera ir y venir y dirigirse hacia la luz.



Vasos canopos para las vísceras. Las cabezas de los vasos canopos representan los cuatro hijos de Horus.

Otro de los factores esenciales y con un claro simbolismo son los vendajes de lino que envuelven a la momia. Estos dependen de la diosa Tait, cuyo papel consiste en preservar el cuerpo de la descomposición y del aire. Curiosamente, Tait es también la diosa encargada de crear las vestiduras reales, con lo cual ella confería ritualmente al individuo momificado una cualidad real. Incluso en algunos casos, era costumbre escribir textos mágicos con caracteres hieráticos y jeroglíficos en las vendas con el fin de reforzar su poder y asegurar una mayor protección.

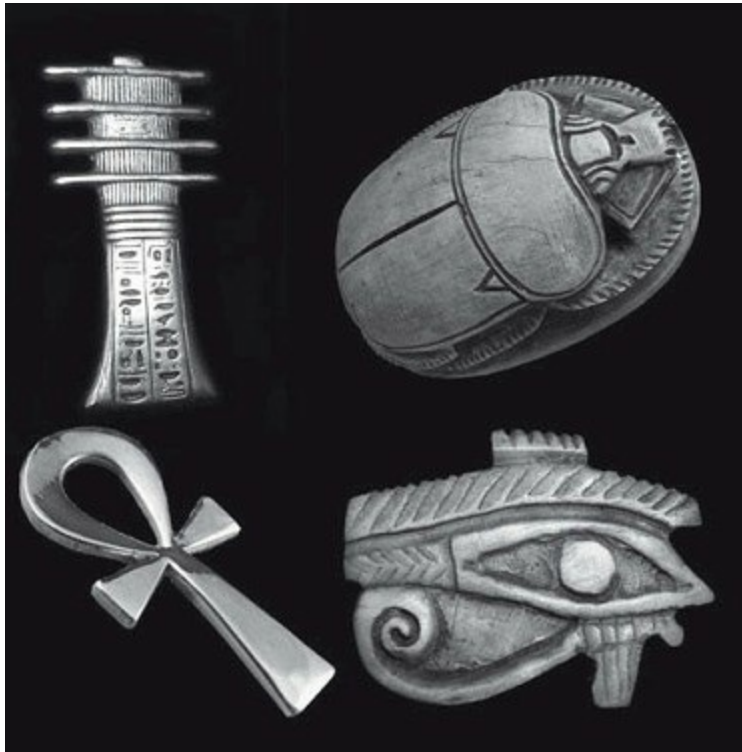
El sarcófago —y también el ataúd, sin entrar en pormenores diferenciales— era otro elemento importante, ya que estaba considerado simbólicamente como un barco y como el vientre del cielo. Tanto en su interior como en el exterior se escribían textos mágicos

cuyos fines eran de protección y lectura cuando le fueran necesarios en su viaje de tránsito al más allá. Cada elemento del ataúd tenía su correspondiente identificación con una deidad a la que se nombraba por el poder de la invocación dentro del ritual funerario. Incluso en el Imperio Medio se pintaban falsas puertas en el exterior y dos ojos de Horus a la altura de la cara de la momia. Esto servía para que el espíritu del muerto entrara y saliera del sarcófago, con lo que se deduce que la tumba era un lugar de paso. Algunos investigadores apuntan que eran pintados allí para que el fallecido pudiera orientar la mirada hacia levante, con el fin de observar eternamente al sol en su periplo diario por el cielo. En muchas ocasiones la diosa del cielo, Nut, se grababa en el interior de la tapa del sarcófago, con los brazos y piernas estirados. De esta manera, el difunto resucitaría en la unión con su madre cósmica de la misma manera que el sol renace por las mañanas después de ser tragado por Nut al anochecer.

A medida que iban sucediéndose las dinastías en sus diferentes épocas, la forma de los sarcófagos, en un principio rectangulares, fue modificándose para irse adaptando hacia un nuevo aspecto antropomórfico y casi monumental. Las tapas eran esculpidas frecuentemente en relieves que representaban la fisonomía del difunto con la típica barba postiza osiriana, así como diferentes amuletos y símbolos de poder y protección.

Los amuletos. En Egipto, hablar de ritual mágico no es una simple expresión. La magia otorgaba efectivamente la vida y conseguía vencer a la muerte. Los antiguos egipcios custodiaban a las momias con diferentes objetos bajo la creencia de que les proporcionarían protección del mal bajo todas sus formas y ante cualquier enfermedad o accidente que pudieran padecer. A estos objetos los llamaban *m'ket* (cosas protectoras). Se trata, además, de especificar uno de los simbolismos profundos que tiene la momificación, que es la iniciación: identificar un despojo mortal con un cuerpo inmortal para que el alma, provista de tal ayuda, penetre en el más allá, en el «País del Conocimiento». Así se hacía posible que el difunto pasara de su cuerpo humano a su cuerpo divino.

Posiblemente de todos los *m'ket* o amuletos que recibía la momia el más considerado en la época era el escarabeo, que simboliza el gran Escarabajo del Cielo. Esto tiene su explicación: al igual que el escarabajo hace rodar y empuja su pelota por el desierto, el Escarabajo del Cielo empujaba al sol para que pudiera renacer cada día. De este modo, las ideas del renacimiento y de la vida renovada fueron relacionadas con el escarabajo en el Antiguo Egipto, y los hombres empezaron a depositar escarabeos junto a las momias como protección mágica y para ofrecer vida eterna a sus muertos.



Los amuletos egipcios más famosos. De arriba a abajo y de izquierda a derecha, el pilar *djed*, el escarabeo, el *ankh*, también conocido como llave de la vida, y el ojo de Horus.

Otro elemento era el escarabajo del corazón. Desde el principio hasta el final del período Dinástico, los egipcios daban mucha importancia a la conservación del corazón —el protagonista principal como fuente de todas las funciones propias del intelecto— y se invocaba la ayuda de los sacerdotes y magos para evitar que le sucediera mal alguno. El corazón, que era habitualmente extraído, se sustituía por un escarabeo de piedra verde o negra con una oración grabada que el muerto tenía que recitar cuando su corazón fuese pesado en la Sala de las dos Maat, donde debía rendir cuentas ante el tribunal de Osiris. La conciencia de la diosa Maat, la regla universal que regía la justicia, consideraba que la existencia del difunto había sido armoniosa cuando el corazón del ser era tan ligero como la pluma de avestruz que simbolizaba la regla. Si las acciones habían sido negativas, el corazón pesaba demasiado y el ser sería condenado a la segunda muerte definitiva.

Las inscripciones que poseían los amuletos eran pronunciamientos mágicos que otorgaban poderes extraordinarios a los espíritus de los muertos. Cuando el mago creaba un amuleto, introducía en el objeto fuerzas esenciales para preservar la vida y garantizar la inmunidad de la momia. Como consta en los textos mágicos del Papiro de Leiden (51,10), para proteger por completo a la momia había que utilizar ciento cuatro amuletos diferentes. Atados a los dedos de los pies o a los pies, hacían que la fuerza mágica circulara a través de todo el cuerpo antes de llegar a la cabeza.

Uno de los amuletos protectores más generalizados era el *djed* o *tet*, el pilar sagrado de Osiris. *Tet* significa firmeza, estabilidad, y en el capítulo CLV del *Libro de los Muertos* viene asociado a la columna vertebral de Osiris, y tiene un parecido simbólico con su representación gráfica. Las cuatro secciones perpendiculares que cruzan el pilar, y a las que se considera símbolo de las vértebras, representan las fuerzas elementales.

Con toda seguridad, el amuleto egipcio más famoso es el *udjat*, más conocido como el ojo de Horus. Este amuleto no podía faltar nunca junto a la momia, ya que le otorgaba fuerza, vitalidad y buena salud durante los largos y duros desplazamientos a través del mundo de la oscuridad hasta conseguir llegar victorioso al reino de Osiris. Siguiendo con la leyenda de la muerte y resurrección de Osiris mencionada con anterioridad, su hijo Horus intenta vengarse de su tío Set por lo ocurrido. Pero en la batalla Set hiere a Horus en el ojo izquierdo, lo que dio pie, mitológicamente hablando, para que se considerase el ojo derecho como el sol, y el dañado, la luna. Asociado a Ra (Sol) tiene el poder de proteger tanto a los vivos como a los muertos. Puestos uno junto al otro, y conocidos como los *udjat* gemelos, se pueden encontrar en muchos sarcófagos como protección al difunto y como señal de «buena salud» en ese otro mundo.

Otro amuleto que no hay que olvidar es el *tiet*, más conocido como el nudo o la hebilla de Isis. En el capítulo CLVI del *Libro de los Muertos* se lo relaciona directamente con la diosa, más exactamente con sus órganos genitales. Como apuntaba el prestigioso arqueólogo Wallis Budge, «... con frecuencia vemos en ataúdes y estatuas que una mano de la figura sostiene el pilar sagrado *djed* y la otra la hebilla de Isis, indicando así que el muerto consideraba los amuletos hechos con la forma del sacro de Osiris y del útero de Isis como protectores poderosos en el otro mundo».

Y dentro de la interminable lista de amuletos utilizados junto a las momias o dentro de los vendajes de éstas, no debemos dejar de hacer una especial mención al *ankh*, el amuleto de la vida. Éste era utilizado tanto para los vivos como para los muertos; en el caso de los primeros servía para mantener y prolongar la vida, y en el de los segundos, era utilizado para que renovaran su vida y consiguieran la resurrección. En la mayoría de las representaciones de las divinidades egipcias se las ve portando el poderoso símbolo en representación de su inmortalidad.

El oro y las piedras preciosas —lapislázuli, turquesa, carnatina, feldespató, serpentina...— eran considerados los mejores amuletos dado su carácter de transmisores de la energía, y probablemente también porque el material precioso no se oxida y sería, en consecuencia, el más idóneo para proteger al difunto durante toda la eternidad. Al finalizar la momificación, el mago comprobaba que la transmutación hubiese sido un éxito:

Tú has sido regenerado por el oro, tú has cobrado vigor por el electro. El oro iluminará tu rostro en el mundo intermedio, tú respirarás gracias al oro, saldrás gracias al electro.

(Goyon, *Rituales* 51)

Los populares *ushebtys*. Los *ushebtys* o *shabtys* son representaciones volumétricas funerarias elaboradas para reemplazar a su propietario en las tareas de labranza e irrigación que pudieran ser requeridas en el reino de Osiris, es decir, en el más allá. Su nombre proviene del verbo responder y significa «el respondedor» o «el que responde».



Ushebtys de diferentes épocas.

Su tamaño aproximado oscila de 20 a 25 centímetros, y podía estar hecho de madera, cerámica, terracota o piedra. Unas veces eran pintados en colores o, en otras ocasiones, se aprovechaba al máximo la apariencia del material.

Ideados como parte del ajuar funerario, los *ushebtys* mantuvieron a lo largo del tiempo la misma función. Sin embargo, mientras en su inicio fueron considerados como réplicas del difunto, posteriormente llegaron a ser vistos como una especie de siervos o esclavos.

En un principio se elaboraba un solo *ushebtys* para el difunto; no obstante, en el transcurso de las diferentes dinastías de la antigua civilización llegaron a fabricarse grandes cantidades de estas estatuillas para el fallecido, entre hombres y mujeres, incluyendo especialistas en diferentes actividades, quienes ocasionalmente estaban dirigidos por otros *ushebtys* o capataces, que lograban diferenciarse de los obreros por el uso de un faldellín en lugar del aspecto momiforme acostumbrado. Tal es el caso del faraón Tutankhamón quien tenía a su disposición 365 *ushebtys*, uno por cada día del año, 36 capataces, uno por cada cuadrilla de 10 obreros, y 12 jefes de mes, uno por cada mes del año. Esto hacía un total de 413 *ushebtys* que servirían al rey en el otro mundo.

Tal era el temor que inspiraba el no llevar a cabo estas acciones exigidas por Osiris, que en algunas tumbas llegaron a incluirse *ushebtys* que actuaban como «suplentes» de los principales.

Es lógico pensar que ningún faraón deseaba ejecutar con sus manos este tipo de tareas, por lo que en el momento requerido leía la leyenda escrita sobre el cuerpo del *ushebtys* y éste adquiría vida para responder a la llamada, sustituyendo al faraón en las labores requeridas.

La elaboración de los *ushebtys* va perfeccionándose durante el Imperio Nuevo, en el que ya no sólo se colocaban como parte del ajuar funerario, sino que muchas veces se ubicaban en santuarios o en la arena.

Aun cuando se elaboraron gran cantidad de *ushebtys* sin inscripción, la mayoría de ellos hacía referencia a un extracto del capítulo VI del *Libro de los Muertos*, conocido como «el capítulo de los *ushebtys* (o *shabtys*)»:

Fórmula para que un *ushebtys* ejecute los trabajos para alguien en el Más Allá: «¡Oh *ushebtys*! Si soy llamado, si soy designado para hacer todos los trabajos que se hacen habitualmente en el Más Allá, la carga te será infligida a ti allí. Como alguien que se debe a su trabajo, toma tú mi lugar en todo momento para cultivar los campos, para irrigar las riberas y para transportar la arena de oriente a occidente. “Héme aquí”, dirás tú. “Iré a donde me mandes”».

La costumbre de los *ushebtys* estaba tan arraigada en el Antiguo Egipto que lograron superar el período de Akhenatón; sin embargo su inscripción quedó como sigue:

¡Que respire los dulces soplos del viento del norte que salen del cielo bajo la mano del Disco Viviente! Vivificación por los rayos del Disco, salud del cuerpo renovada sin cesar, capacidad de salir de la tumba a la luz del día en compañía del Disco solar.

Durante el Tercer Período Intermedio y la Época Tardía, los antiguos egipcios comenzaron a fabricar las estatuillas de menor tamaño, lo que impedía la incorporación de las largas fórmulas originales, llegando incluso a convertirlos definitivamente en esclavos, con lo que su concepción quedó hasta tal punto desvirtuada que desaparecieron en el período Ptolemaico.

Las ceremonias de apertura. La ceremonia de la apertura de la Boca y de los Ojos era un acto que transformaba el cadáver en ser vivo. De hecho, era el ritual mágico más importante celebrado durante la momificación y se realizaba el mismo día de la inhumación. Durante el ritual, largo y prescrito con exactitud, el lugar era purificado con agua procedente de cuatro vasijas que simbolizaban los cuatro puntos cardinales. Se quemaba incienso, se invocaba a diferentes divinidades y se realizaban rituales en los que se sacrificaban dos toros —uno para el norte y otro para el sur—, varias gacelas y ánares. Una vez muertos, al toro sacrificado por el sur se le cortaba una pata, que era ofrecida a la momia por el sumo sacerdote, quien tocaba con la pata del animal la boca de la momia. A este ritual le seguían muchos otros con sus conjuros correspondientes.

La ceremonia se realizaba habitualmente en presencia de la momia, pero en ocasiones tenía lugar ante una estatua que la representara, ya que los egipcios pensaban que era posible transmitir las propiedades de cualquier ser a una estatua o figura que lo encarnara. Esto tenía la ventaja de que la ceremonia podía ser realizada en cualquier lugar y momento sin que la presencia de la momia fuera necesaria. De hecho, la ceremonia normalmente tenía lugar en una antecámara a la entrada de la tumba, o incluso fuera de ésta, en un lugar debidamente purificado y consagrado.

La apertura de la Boca y de los Ojos era un rito imprescindible para conseguir de nuevo la vida, porque si bien en el *Libro de los Muertos* se mostraban las palabras y conjuros necesarios, el fallecido debía poder articularlas debidamente, de lo contrario todo esfuerzo y ritual habría sido en balde. Tenía tanta importancia, que el ritual —según el arqueólogo y egiptólogo T.J.C. Baly— llegaba a estar compuesto por unas setenta operaciones diferentes.

El mago practica la apertura de la boca con un instrumento de hierro, después de fumigar, colocando incienso en una llama, y purificar con el agua de la juventud...

(Goyon, Rituales 61)

Partiendo del mito, también se solicitaba a Ptah, padre de los dioses, que favoreciese la apertura de la boca y de los ojos como hizo con el dios Sokaris en el taller de los escultores de Menfis llamado «la morada del Oro».

Con la inevitable y necesaria intervención de la magia en la momificación se ofrecía al difunto el conocimiento y se le otorgaba la fuerza, energía y protección para ayudar a superar el tránsito hacia la vida eterna.

La muerte en el Antiguo Egipto era un proceso de metamorfosis alquímica, donde se revelaba el otro mundo, esa otra cara de la vida por donde viajan la luz y el ser resucitado, donde nada es producto de creencias, sino de conocimiento. Sólo a través de éste, el viaje del alma podrá superar las pruebas y peligros que la separan de la eternidad.

BARDO THÖDOL, EL LIBRO DE LOS MUERTOS TIBETANO

La muerte es una parte natural de la vida que todos debemos afrontar tarde o temprano. Contemplo la muerte como un proceso normal, una realidad que acepto ha de ocurrir en tanto permanezca en esta existencia terrenal. Sabiendo que no puedo eludirla, no veo que tenga sentido preocuparme por ella. Tiendo a figurarme la muerte como un cambio de ropa cuando la que llevo está vieja y gastada, no como un final definitivo. Pero la muerte es imprevisible: ignoramos cuándo o cómo ocurrirá. Así pues, resulta sensato tomar ciertas precauciones antes de que se produzca realmente.

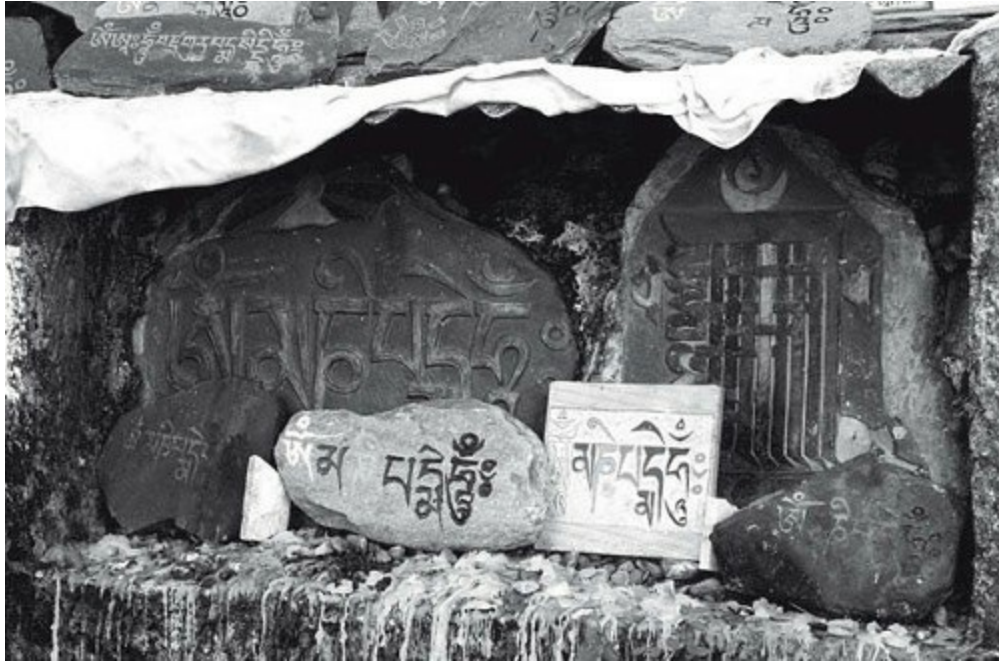
Su Santidad XIV Dalai Lama, TENZIN GYATSO

El llamado *Libro tibetano de los muertos* ha sido reconocido durante siglos como un clásico de la sabiduría budista y del pensamiento religioso. Su intención es la de preparar la conciencia del moribundo para las adversidades y transformaciones del más allá. Su profundo mensaje es que el arte de morir es tan importante como el de vivir.

Según explica el lama Anagarika Govinda, los diferentes bardos o estados intermedios no son sino los diferentes estados de conciencia de nuestra vida: el estado de conciencia despierta, de la conciencia de sueño, de la conciencia de agonía, de la conciencia de muerte y el estado de la conciencia de renacimiento. Por lo tanto, el *Bardo Thödol* no es una guía de muertos, sino una guía de cuantos quieren traspasar la muerte, metamorfoseando su proceso en un acto de liberación.

Años atrás, en el transcurso de uno de mis viajes, tuve la oportunidad de permanecer algún tiempo en los Himalayas. Después de caminar por algunos de sus pueblos y sus laderas, de charlar con lamas, monjes y ermitaños, de convivir con ellos en el monasterio budista tibetano de Dharamsala —capital de Tíbet en el exilio—, de escuchar en directo las enseñanzas del Dalai Lama, de conversar con venerables y rimpoches, de tener la oportunidad de asistir a algunas ceremonias privadas exclusivas para la jerarquía de altos lamas, uno vuelve con un concepto muy distinto de la vida... y de la muerte.

El pueblo tibetano es alegre, vibrante y bullicioso a pesar del exilio y de la opresión impuesta por China desde hace más de sesenta años. Allí la vida es austera, libre de gran parte de las comodidades que conocemos y explotamos en el mundo occidental, pero no por ello está exenta de encanto e ilusión. Nuestras pretensiones y aspiraciones, el concepto de bienestar y la razón de la existencia, no tienen sentido ni son compartidas bajo la visión religiosa del pueblo tibetano. La cultura, sociedad y filosofía tibetanas plasman una experiencia de la vida y de la muerte distinta a la que se observa en el mundo occidental, aunque posiblemente más propia y cercana a la realidad. Los tibetanos consideran una cuestión de sentido común y un hecho científico que los seres animados existen a lo largo de un continuo flujo de vidas, y que el proceso de muerte, estado intermedio y renacimiento sigue una pauta predecible. Existen «maestros» que viajan atravesando conscientemente la terrible frontera de la muerte y experimentan el estado intermedio que hay entre ésta y la nueva encarnación, regresando de ese viaje al más allá con plena memoria de todo lo visto y sentido. Para los tibetanos estos viajes son normales, y aceptan esos informes y comunicados de las experiencias de los psiconautas del mismo modo que en el mundo científico son aceptados los comentarios de los viajes al espacio que efectúan los astronautas.



Camino de las oraciones en Dharamsala.

La ciencia occidental mantiene que la «línea plana» en un electroencefalograma significa el cese de la actividad cerebral y, por tanto, la muerte. Bajo esta óptica, nuestra ilusión del yo subjetivo, nuestra conciencia individual y la actividad cerebral, deben cesar con las ondas cerebrales. Pero en realidad es una noción conceptual, no un descubrimiento científico. Como veremos en el capítulo correspondiente, existe innumerable bibliografía que explica y certifica la experiencia de muchas personas que han revivido tras un electroencefalograma plano, que han narrado intensas vivencias durante esos instantes de muerte cerebral y que estas experiencias han cambiado la visión de sus vidas por completo.

La meditación como fuente de conocimiento. Los tibetanos creen que la mayoría de las personas somos capaces de recuperar la memoria de nuestras vidas pasadas a través de la práctica de la meditación.

El maestro Sogyal Rimpoché considera que «aprender a meditar es el mayor regalo que nos podemos hacer, ya que sólo por medio de la meditación podemos emprender el viaje para descubrir nuestra auténtica naturaleza y encontrar así la estabilidad y confianza necesarias para vivir y morir bien. De hecho, la meditación es la única práctica que trasciende los dogmas de las religiones y es utilizada en todas, sea la que sea. Al meditar conseguimos conocernos mejor, saber quiénes somos realmente. Es recorrer el camino inverso al que nos hemos visto obligados a andar a causa de la agitación y la vorágine de acontecimientos con que nos distrae la sociedad. Es el reencuentro con nosotros mismos. Tenemos al alcance de las manos el poder de cambiar nuestra “suerte”, y eso significa nuestra vida».

A través de la práctica de la meditación es posible tomar contacto con nuestro yo superior, o mejor dicho, con nuestra naturaleza. De este modo, estaremos en situación de alcanzar los conocimientos necesarios sobre nuestras vidas pasadas con el fin de aprovecharlos en nuestra vida más importante: la presente.

Desde el principio podremos apreciar el cambio. Lo primero que se consigue es anular la negatividad de nuestras vidas y sentirnos a gusto con nosotros mismos, lo que nos aportará un sentimiento de liberación y tranquilidad. Sólo al eliminar la hostilidad y odio que hemos desarrollado a través del tiempo en nuestro interior y que la sociedad se ha encargado de alimentar, nos transformaremos en personas más interesantes y atractivas que, al igual que un imán, atraeremos el amor, la bondad y lo positivo.



Representación artística de la rueda de la vida.

¿Qué hay detrás de la muerte? La filosofía tibetana entiende la muerte como una puerta hacia una transición que puede resultar fatalmente peligrosa para aquellos no preparados o mal instruidos por hábitos y actitudes negativas. Su objetivo en la presente vida es el de utilizar ese conocimiento de experiencias pasadas para mejorar el comportamiento, los actos éticos y emocionales, así como para comprender por qué suceden las cosas. En definitiva, entender y aprovechar la vida y prepararse para la muerte.

Sin embargo, existe un proverbio tibetano que dice: «No te preguntes por tus vidas pasadas; preocúpate únicamente de tu mente en la presente». Este proverbio resume gran parte de su filosofía de vida. Expresa el sentido de que nuestro cuerpo presente y las

circunstancias son el resultado de una larga evolución de acuerdo con acciones pasadas, y que nuestras futuras encarnaciones serán modeladas por cómo pensemos y lo que decidamos hacer en nuestras acciones presentes. De este modo, el tiempo que permanecemos en el estado intermedio —esa transición entre la muerte y el nuevo renacer—, es la mejor ocasión para tratar de influir conscientemente en nuestro camino y desarrollo espiritual, y procurar encauzar nuestra evolución hacia la iluminación.

Los tibetanos tienen una visión de la vida ilimitada. No salimos de la nada para convertirnos en nada, carecemos tanto de principio como de fin. La vida humana se caracteriza por estar a medio camino entre los estados de excesivo dolor o placer. La filosofía tibetana considera que un ser adopta el renacimiento humano después de vivir en otras formas y acumular una gran cantidad de mérito —mediante actos de ofrecimiento, interacción moral y tolerancia— e inteligencia —gracias a desarrollar un conocimiento crítico y una penetrante concentración—. La tragedia más extrema sería morir en la ignorancia y perder la libertad y la oportunidad de la forma humana antes de alcanzar la iluminación, para luego renacer involuntariamente en condiciones extremadamente miserables durante infinitas ocasiones.

Al convivir con los monjes del monasterio Namgyal de Dharamsala, y después de unas casuales y densas charlas sobre el tema, pude observar que los tibetanos, ese pueblo aplacado por la fuerza de la violencia pero siempre sonrientes y cordiales, han aprendido a mirar a la normalmente aterradora muerte como a una poderosa fuerza cercana a la vida, y que del mismo modo que no existe el bien sin el mal o la luz sin la oscuridad, no existe separada de ésta.

Recuerdo una conversación en particular. Después de un ajetreado día de viajes, esperas y entrevistas, me senté agotado en el suelo del patio del monasterio, en la parte alta de Dharamsala, viendo cómo los últimos rayos del sol se reflejaban sobre las nieves perpetuas de las montañas. Tras unos instantes, un joven lama de rostro amable y sonriente, llevado por la curiosidad, se sentó a mi lado y empezamos a conversar sobre diferentes temas. Y cómo no, entre éstos, el tipo de vida en Europa y la equivocada visión que tenemos de la muerte. El joven lama apuntaba que todos podemos morir en cualquier momento y en cualquier lugar. Nuestro sentido y comprensión de la vida, la aparente solidez y equilibrio del mundo en que vivimos, nuestro apoyo en los cinco sentidos y sus objetos... todo es un completo error. Nada de lo que creemos ser, hacer, sentir o tener tiene ninguna esencia, substancia, estabilidad o permanencia. Todo lo que somos y lo que está a nuestro alrededor, por lo que nos preocupamos de la mañana a la noche, es potencialmente nada. Pero sorprendentemente, una vez que nos acostumbramos a la omnipresente posibilidad de morir en vida, nos sentimos enormemente liberados. Nos damos cuenta de que esencialmente somos libres a todas horas y en todas las situaciones.

Toda esta reflexión, a pesar de que no me era desconocida y rondaba mi cerebro desde tiempo atrás, me abrumaba. Nunca me la habían expuesto con argumentos tan claros y rotundos. Todas las culturas antiguas se han ocupado del enigma de la inevitable muerte, sobre todo como reflexión acerca del sentido de la vida. Sin embargo, en Occidente se ha despojado a la muerte de todo el significado que nos ofrecían los mitos y las religiones arcanas, hasta llegar al punto de profanar su razón de ser y con él, el sentido de la vida. En los albores del siglo XXI, y bombardeados a diario con noticias de guerras y de muertes en los medios de comunicación, hemos perdido el rumbo, olvidado su porqué, y ni siquiera somos capaces de mirarla frente a frente. Hemos creado una sociedad deshumanizada; apartamos a los enfermos y moribundos lejos de nuestra vista encerrándolos en habitaciones impersonales con la exclusiva y fría compañía de tubos y máquinas. Nuestra sociedad moderna es casi un desierto espiritual. El único significado que tiene la muerte es el de ser un mero proceso fisiológico: el final, la aniquilación, la destrucción. No queremos verla, nos molesta su presencia, y ni tan siquiera pensamos en nuestra inevitable cita con ella. El simple hecho de hablar de la muerte se considera morboso; sólo aspiramos a apartar cualquier referencia suya y, por encima de todo, a olvidarla.

Por fortuna, en la actualidad son muchas las personas del mundo occidental que aceptan o se plantean la posibilidad de la existencia de algo más después de la muerte. Si bien este interés por la materia no es en absoluto una moda actual. Infinidad de escritores y filósofos de todas las épocas creyeron en ello. Voltaire apuntó que «a fin de cuentas, no es más extraño nacer dos veces que nacer una vez». De hecho, desde los orígenes de la religión cristiana y hasta entrada la Edad Media se aceptaban los conceptos de reencarnación y de renacimiento.



Rueda de oración que los tibetanos hacen girar al tiempo que pronuncian el mantra de Om mani padme hum.

Por el contrario, ¿existe alguna seguridad de que no hay vida después de la muerte? ¿El hecho de que no conociéramos con pruebas concretas la existencia del átomo o de la electricidad, invalidaba su realidad? Todas las grandes religiones creen en una existencia después de la presente, y a lo largo de la historia, millones de personas cualificadas, sabios, filósofos e incluso grandes científicos, han aceptado esta visión como parte esencial de su vida. ¿Están todas equivocadas?, ¿son la ignorancia y el orgullo nuestros carceleros?

¿A qué razones nos aferramos que nos impiden aceptar o pensar seriamente en la posibilidad de la reencarnación? Posiblemente al propio miedo. Los pilares sobre los que hemos cimentado nuestra vida —nuestros valores, el poder, el dinero, la obsesión por poseer, el estatus social...— se derrumbarían ante nuestros ojos. Tendríamos que reconocer nuestro error y volver a empezar. Pero en definitiva, ¿no sería mejor elección que derrochar la presente vida sin plantearnos tan sólo esta posibilidad, e interesarnos por la posible existencia de la vida más allá de la muerte?

El nacimiento del budismo tibetano. El budismo llegó por primera vez a Tíbet alrededor del año 650. Antes de la llegada de los monjes misioneros se practicaba una religión nativa conocida como *bön* en dos formas principales. Una era una religión sacerdotal que estaba al servicio de los primeros reyes tibetanos. Puesto que los reyes eran gobernantes sagrados, y la realización de sus ritos funerarios era fundamental, la principal responsabilidad de los sacerdotes *bön* era la continuidad de los rituales

específicos para la monarquía. La otra era una religión de chamanes instaurada en las comunidades rurales. Los chamanes eran adeptos religiosos cuyas habilidades consistían en el control de deidades y espíritus locales, muchos de ellos malignos, de los que se creía que acechaban en gran número en cada rincón de Tíbet. Usando su dominio del trance, la posesión por los espíritus y el vuelo espiritual, la mayoría de los chamanes del nordeste de Asia reforzaban tradicionalmente sus ritos con danzas, canciones, tambores y amuletos personales. Dado que la desgracia se solía atribuir a los espíritus, era la capacidad del chamán, gracias a los ritos y la magia, la que ponía en marcha esos poderes para curar, adivinar y proteger a las comunidades.

El *bön* no desapareció simultáneamente con la llegada del budismo, sino que ciertos aspectos fueron absorbidos por la doctrina budista. Las diferentes escuelas monásticas tibetanas diferían en detalles de práctica y rituales, pero estaban unidas en su ortodoxia. Muchos textos budistas en sánscrito han sobrevivido gracias a las completas traducciones tibetanas llevadas a cabo por miembros de dichas escuelas.

En la actualidad, el budismo tibetano consta de cuatro grandes escuelas o tradiciones. La más antigua es la orden Nyingma, fundada en el siglo VIII, herencia de los introductores del budismo en el Tíbet. Las órdenes Kagyu —fundada por Marpa y Milarepa, y a la que pertenece el Karmapa Lama—, Guelug —la del Dalai Lama, fundada por Tsong Khapa— y Sakya, aparecieron a lo largo del siglo XI.

Los bardos y las enseñanzas sagradas. Para los tibetanos la muerte es algo muy importante, pero no más que la vida presente. Es el comienzo de otro nuevo episodio dentro de la existencia y forma parte de ésta. La muerte sirve principalmente para ver reflejado el verdadero sentido de la vida. El *Bardo Thödol*, o más conocido por el *Libro tibetano de los muertos*, es un compendio de instrucciones para difuntos y moribundos, es el «libro del arte de morir», complementario del «arte de vivir». El libro guía a través de ese «estado intermedio» que simbólicamente dura 49 días entre una muerte y un nacimiento o renacimiento, y muestra cómo la realidad de la muerte encaja en el mundo describiendo la continuidad entre las vidas pasadas, presentes y futuras.

El conocimiento de su existencia data desde las enseñanzas del gran iluminado budista Padmasambhava —el fundador del lamaísmo entre los siglos VII y VIII d.C.—, aunque es considerado un *gter-ma*, un texto-tesoro encontrado en las montañas. Las escrituras fueron ocultadas y preservadas de su destrucción a comienzos del siglo IX, durante la persecución del budismo por Langdarma, en la que la mayoría de los monjes fueron asesinados o expulsados de Tíbet. Estas escrituras permanecieron ocultas durante siglos hasta que finalmente fueron descubiertas y sus enseñanzas propagadas por los *tertones* o «reveladores del tesoro».

Según una tradición se dotó a algunos discípulos de Padmasambhava con el poder de reencarnar en el tiempo apropiado según lo determinase la astrología, a fin de recuperar esos libros junto con los tesoros ocultos con ellos y los requisitos necesarios

para cumplir convenientemente los ritos descritos en los textos. Otra tradición asegura que los *tertones* no eran sino múltiples reencarnaciones del propio Padmasambhava.

Fuese por una u otra tradición, la difusión del *Bardo Thödol* bajo su forma actual se remonta al siglo XIV, y se transmite desde entonces sin interrupción. Sus enseñanzas son una obra preciosa de la literatura universal, como la Biblia, el Corán, el *Yi King (I Ching)*, los *Upanishads*, etcétera.

Incluso estudiosos como el doctor L. A. Waddell consideran que los ritos mortuorios que se describen en las escrituras tienen probablemente una procedencia mucho más antigua a la comentada, cuyas fuentes son los ritos *bön*, la ancestral religión animista que prevalecía en Tíbet antes de la llegada del budismo y que posteriormente se alimentó de él.

En el *Libro tibetano de los muertos* hallamos conjuntamente la vida y la muerte como una serie de realidades que se van sucediendo y que están en constante transformación y evolución, a las que se denominan *bardos*. La palabra *bardo* hace referencia normalmente a ese estado intermedio en el que se intensifica la oportunidad de trascender para alcanzar el momento ansiado de la liberación y la iluminación. Son instantes que ponen de manifiesto el punto alcanzado y suponen una prueba de fuego en el que la actitud y actuación tienen unos efectos decisivos para la evolución. Aunque en realidad la palabra *bardo* no sólo nos habla de ese estado intermedio y de la muerte, sino que tiene un significado mucho más amplio.

Nuestra vida está envuelta en un constante devenir. En cada momento hay algo que muere y algo que nace dentro de nosotros. Los diferentes *bardos* no son sino diferentes estados de conciencia a lo largo de nuestra vida y evolución hasta alcanzar la liberación. Según explica el lama Anagarika Govinda, el *Bardo Thödol* «no es una guía de muertos, sino una guía de cuantos quieren traspasar la muerte, metamorfoseando su proceso en un acto de liberación». Carl Gustav Jung opinaba que «contiene una filosofía comprensiva y humana que se dirige, a diferencia del *Libro de los Muertos* egipcio, a los hombres y no a los dioses o a hombres primitivos. Su filosofía es la quintaesencia de la psicología crítica búdica y, como tal, puede decirse que es una reflexión extrema». Además, una característica del *Bardo Thödol* es que es un libro de «iniciación al revés», es decir, prepara al alma para un descenso hacia el ser físico, contrariamente a lo que suele ser usual en otras religiones, que preparan al ser vivo para afrontar el hecho de la muerte y desprenderse del cuerpo.

Además, tal y como apunta Eva K. Dargyay, traductora y especialista en budismo tibetano, «el *Bardo Thödol* no dice que el hombre haya caído de su paraíso original por culpa de un acto mítico de desobediencia o de estupidez —como argumentan las religiones monoteístas de Occidente—; por el contrario, desarrolla todo un proceso metafísico de pensamientos; a saber, que la naturaleza espiritual de luz del hombre consiste en algo inaprehensible, silencioso y luminoso, que se eleva en el corazón de cada uno cuando se apagan todos los pensamientos, todos los deseos, todas las ataduras con

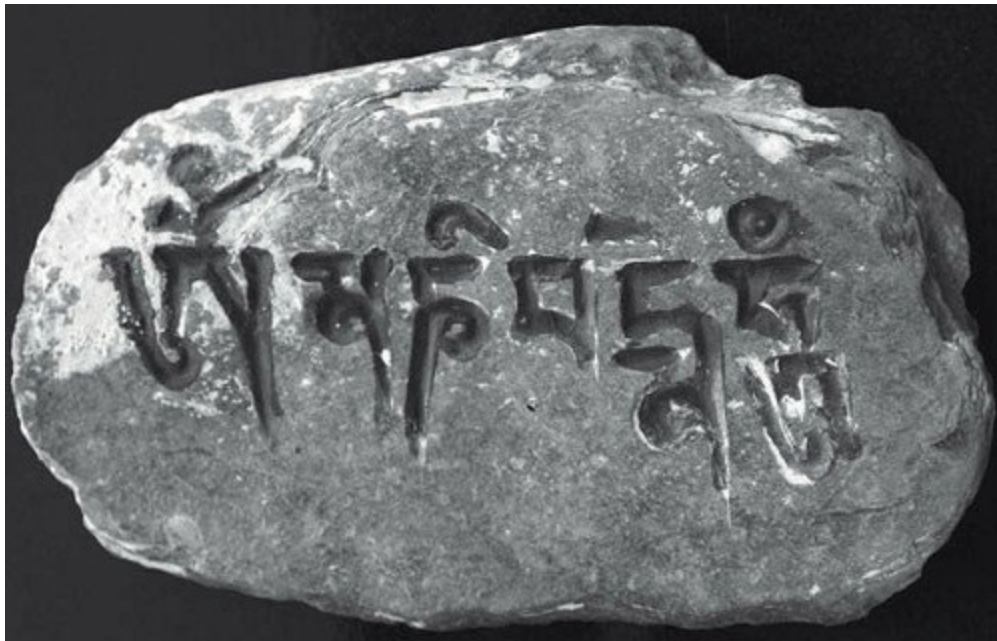
cualquier clase de objetos. Es el espíritu puro. Esta naturaleza espiritual de luz no es algo captable o presentable, no se experimenta de forma inmediata más que en lo más hondo de la meditación, tras un largo camino y un largo desarrollo espiritual».

La ceremonia mortuoria. El *Bardo Thödol* está escrito, al igual que otros textos sagrados, con metáforas y símbolos que se han tomado de representaciones arcaicas y que también podemos encontrar en la mitología de otros pueblos. Por lo tanto, no hay que tomar estas metáforas en sentido estricto, sino más bien como figuras de estilo que permiten entender mejor su significado.

Cuando se produce la muerte física, se coloca una tela blanca sobre el rostro del cadáver. El cuerpo no puede ser tocado por nadie con el fin de no interferir en el proceso de la separación completa del cuerpo y del alma, que suele durar entre tres y cuatro días.

A continuación un sacerdote *hpho-bo* —«extractor del principio de la conciencia»—, tras alejar a los parientes, ordena el cierre de puertas y ventanas, se aposenta en una silla y comienza su trabajo, una ceremonia que dura alrededor de una hora y que consiste en un canto místico que contiene directrices para que el espíritu del difunto alcance el anhelado Paraíso Occidental de Amitabha y, de este modo, y si su *karma* se lo permite, escapar del indeseable estado intermedio o bardo.

Mientras, el *tsi-pa*, o lama astrólogo dedicado a realizar el horóscopo mortuorio, decide, según el resultado de éste, qué personas pueden acercarse y tocar al cadáver, el tiempo y la modalidad del funeral, y la clase de ritos que hay que celebrar en beneficio del fallecido.



El famoso mantra Om mani padme hum.

Más tarde, el cadáver es atado en postura sedente y colocado en uno de los rincones de la cámara mortuoria. Entonces se invita a los parientes y amigos a reunirse en casa del difunto y se los alimenta y se los aloja hasta que se dispone del cadáver, momento en el que también se le ofrece al difunto una parte de todo el alimento sólido y líquido de cada comida colocándolo en un cuenco frente al cadáver, y que es renovado periódicamente. Al ser trasladado el finado hasta su destino final, se lo sustituye con una efigie del difunto en el rincón donde el cadáver había ocupado su posición, y de esa forma se le continúa ofreciendo alimento hasta expirar los 49 días que dura el *bardo* o período intermedio.

Los modos budistas de disponer del cadáver son los mismos que los que se practican en la tradición hindú, y que se corresponden con los cuatro elementos de la naturaleza —tierra, agua, aire y fuego—: la inhumación o entierro, el sepelio en el agua, dejarlo al aire libre —en donde el cadáver es devorado por los pájaros carroñeros— y la cremación.

Mientras se cumplen los ritos funerarios, incluyendo la lectura del *Bardo Thödol*, otros lamas realizan cánticos rituales en la casa del difunto o en el lugar donde se produjo la muerte, relevándose todo el día y toda la noche para conseguir que el fallecido alcance el Paraíso Occidental de Amitabha.

Después del funeral, los lamas que realizan la lectura del libro vuelven a la casa del finado una vez por semana hasta concluir el período del estado intermedio. Al finalizar todos los ritos funerarios, la efigie es quemada ceremoniosamente con la llama de una lámpara alimentada con manteca, y se da el adiós final al espíritu del difunto. El destino postmórtem que el difunto encontró se determina por el color de la llama y el modo en que ésta se agita.

Los bardos y las «experiencias cercanas a la muerte». A causa de la popularidad del *Libro tibetano de los muertos*, la gente suele asociar la palabra *bardo* con la muerte. Es cierto que los tibetanos utilizan «bardo» en el lenguaje coloquial para designar el estado intermedio entre la muerte y el renacimiento, pero su significado es mucho más amplio y profundo.

En *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, obra brillante que recomiendo encarecidamente a todo aquel que esté interesado en la materia, del maestro de meditación budista Sogyal Rimpoché, se exponen claramente el significado y la realidad de los cuatro *bardos*:

«Es en las enseñanzas sobre el *bardo* donde podemos apreciar, mejor quizá que en ninguna otra parte, hasta qué punto es exhaustivo y profundo el conocimiento de los budas sobre la vida y la muerte, y cuán inseparable es lo que llamamos “vida” de lo que llamamos “muerte” cuando ambas se ven y se comprenden claramente desde la perspectiva de la Iluminación.

»Podemos dividir toda nuestra existencia en cuatro realidades: la vida, la agonía y la muerte, el estado posterior a la muerte y el renacimiento. Son los cuatro *bardos*:

El *bardo* “natural” de esta vida
El *bardo* “doloroso” del morir
El *bardo* “luminoso” de *dharmata*
El *bardo* “kármico” del devenir.

»El *bardo* natural de esta vida abarca todo el período que transcurre desde el nacimiento a la muerte. En el estado actual de nuestros conocimientos, esto puede parecer más que un simple *bardo*, más que una transición. Pero si pensamos en ello, veremos claramente que, en comparación con la enorme longitud y duración de nuestra historia kármica, el tiempo que pasamos en esta vida es relativamente breve en realidad. Las enseñanzas nos dicen con insistencia que el *bardo* de esta vida es el único momento, y por tanto, el mejor, en que podemos prepararnos para la muerte, familiarizándonos con la enseñanza y estabilizando nuestra práctica.

»El *bardo* doloroso del morir dura desde que empieza el proceso de morir hasta que termina lo que se conoce como la “respiración interior”, la cual culmina a su vez en el amanecer de la naturaleza de la mente, lo que llamamos la “Luminosidad Base”, en el instante de la muerte.

»El *bardo* luminoso de *dharmata* abarca la experiencia postmórtem del resplandor de la naturaleza de la mente, o “Luz Clara”, que se manifiesta como sonido, color y luz.

»El *bardo* kármico del devenir es lo que generalmente recibe el nombre de *Bardo* o estado intermedio, que se prolonga hasta el momento en que asumimos un nuevo nacimiento.

»Lo que define y distingue a cada uno de estos *bardos* es que todos ellos son intervalos o períodos en los que la posibilidad de despertar está especialmente presente. Las oportunidades de liberación se presentan de manera continua e ininterrumpida a lo largo de la vida y la muerte, y las enseñanzas sobre los *bardos* son la clave o la herramienta que nos permite descubrirlas y reconocerlas, y aprovecharlas en la mayor medida posible.»

Curiosamente, no son pocos los autores e investigadores occidentales que han hallado notables similitudes y han equiparado las experiencias y descripciones de los *bardos* de la tradición tibetana con las narraciones que miles de personas de todo el mundo han realizado sobre sus vivencias personales con las conocidas Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM). Aunque profundizar en el tema se escapa al propósito de este libro y requeriría un estudio especial mucho más amplio, examinemos a grandes rasgos, y sin ánimo de profundizar en ello, cuáles son dichas semejanzas:



La Rueda de la Vida es la representación del samsara, el ciclo de reencarnaciones.

Como premisa inicial, cabe partir de la base que del mismo modo que no hay dos ECM iguales, los especialistas afirman que tampoco existen dos personas cuyas experiencias en el *bardo* sean idénticas, por lo tanto, cabe realizar dicha comparativa partiendo de las «experiencias tipo o básicas» en ambos casos.

El primer punto en común lo hallamos en el *bardo* del morir y en el episodio inicial de una ECM. En ambos casos se vive una experiencia de oscuridad total que da paso a un túnel —como reza el *Bardo Thödol*, «como un cielo vacío envuelto en las mayores tinieblas»—. La sensación en ambos casos es pacífica, maravillosa, un momento de paz y de extraña alegría.

Un segundo nexo en común está en el fenómeno de la luz. En el momento de la muerte, el *Libro tibetano de los muertos* habla de la Luminosidad Base o Luz Clara que aparece con todo su resplandor, y lo define como «el Buda de la Luz Inmutable». Muchas de las personas que han vivido una ECM describen que, tras haber dejado su cuerpo o haber viajado por el túnel, aparecía una luz blanca, tan brillante que lo abrazaba todo; sin embargo, su potente intensidad no molestaba a los ojos y generaba una sensación maravillosa de serenidad, paz y amor.

Un tercer y extenso punto de convergencia lo tenemos con las experiencias del cuerpo mental en el *bardo* del devenir, estado en el que se toma conciencia del nuevo nacimiento. En las ECM, la persona ve su propio cuerpo y el entorno que lo rodea, los médicos, los familiares y amigos... aunque no puede interactuar ni comunicarse con

ellos. Sin embargo, se siente bien y posee una movilidad y una clarividencia casi sobrenaturales. Además, y al igual que ocurre en el *bardo* del devenir, durante las ECM es posible ver y conversar con otras personas que ya están muertas.

Y aún hay algo más. Sumándose a estos paralelismos, podríamos incluir el sentido de la ley del *karma* y la visión budista de nuestra vida —en el que se valora lo bueno y malo que se ha hecho en la vida anterior, la trascendencia de nuestros actos, palabras y pensamientos— con el momento revisionista de la propia vida que se experimentan en la mayoría de las ECM, y que tiene lugar normalmente ante esa luz intensa generadora de comprensión y amor. El resultado habitual tras esa revisión, al igual que el de las enseñanzas sobre los *bardos*, es una profunda transformación y el despertar espiritual, una toma de conciencia de las cosas que verdaderamente son importantes en esta vida: el amor y el conocimiento, la compasión y la sabiduría.

TERCERA PARTE

Arqueología de la muerte

CAPÍTULO 4

La lucha por preservar los cuerpos

Las momias no son simples objetos que reflejan algún aspecto parcial de una cultura, sino que constituyen un singular nexo de unión entre la biología humana y las prácticas religiosas y culturales ancestrales de las distintas sociedades. Por ello, la momificación ha sido objeto de continua atención y estudio por parte de historiadores, antropólogos, paleontólogos y forenses, además de despertar la admiración y curiosidad de todos aquellos que han tenido la oportunidad de ver una momia «en directo».

Según los datos extraídos del análisis químico del cuerpo humano, se observa que los músculos ocupan un 43 por ciento, un 14 por ciento las grasas, al igual que los huesos, un 12 por ciento las vísceras, un 9 por ciento la piel y el tejido conjuntivo, y un 8 por ciento la sangre. Aparentemente casi todo es sólido, pero a decir verdad, todas esas partes están constituidas por agua, lo que nos lleva a determinar que, aproximadamente, el 71 por ciento de nuestro cuerpo es... agua. Por ello, el mecanismo principal para la conservación y la momificación es la desecación, la eliminación rápida del agua para retrasar y eliminar el proceso de putrefacción.

Tras la muerte, la mayor parte de los tejidos que conforman un cuerpo van desapareciendo con el tiempo, quedando el cadáver reducido a los huesos. Sin embargo, los procesos naturales y artificiales de desecación pueden llevar a la momificación con la correspondiente conservación parcial o total de los tejidos blandos, como la piel y los músculos. Los cambios que se producen después de la muerte son fundamentalmente el resultado de una carrera entre la putrefacción y la desecación, y los factores externos como la temperatura y la humedad juegan un papel fundamental determinando en gran medida la incorruptibilidad de un cuerpo humano.

Veamos, entonces, a modo de resumen, cuáles son las diferentes modalidades de momificación convenidas por investigadores y especialistas de todo el mundo pertenecientes a distintas disciplinas científicas.

Momificación natural o espontánea. Dicha momificación se produce habitualmente por una deshidratación rápida del cuerpo tras la muerte. Suele ser causada por factores medioambientales: temperaturas elevadas, clima seco, aire circulante, etcétera. Al desecarse el cuerpo, se produce un endurecimiento de los tejidos, que quedan como

apergaminados, lo que impide la proliferación de los microorganismos que inician el proceso de putrefacción, hecho que suele producirse a partir de las cuarenta y ocho horas a partir del deceso.

Los casos que tienen lugar en cementerios y otros lugares de sepelio son un fenómeno impresionante cuya observación por el hombre a lo largo de la historia ha contribuido a corroborar sus ideas sobre la continuación de la vida tras la muerte. Lo que sí puede resultar extraño son las razones por las cuales un determinado cadáver puede mantenerse intacto mientras que otros, en las mismas condiciones climáticas, e incluso ubicados en el mismo lugar, terminan por consumirse. Dejando a un lado las creencias religiosas, desde un punto de vista científico dicho fenómeno sólo adquiere cierta explicación si nos atenemos a las cuestiones particulares de cada cadáver.

A la par, existen también varios subtipos de momificación natural que derivan de ciertas variaciones en los factores climáticos y ambientales:

- **Saponificación:** La saponificación se produce en situaciones contrarias a las de momificación, es decir, exceso de humedad y temperaturas bajas. Los tejidos del cuerpo se convierten en un jabón amoniacal y la piel exterior queda endurecida adquiriendo un desagradable aspecto de color grisáceo. El proceso que tiene lugar hace que la hidrólisis rápida de los triglicéridos que se encuentran en el tejido adiposo subcutáneo —con notables cantidades de jabones y de ácidos grasos— produzca un revestimiento externo del cadáver que difícilmente es superado por las bacterias y, por tanto, es inmune a la putrefacción. La saponificación se produce en cadáveres sepultados en terrenos húmedos, en marismas y a veces también en el agua. Esta sustancia parecida al jabón se denomina adipocira (del latín *adeps*, grasa, y *cira*, cera).

A decir verdad, estos cuerpos no pueden ser considerados totalmente como incorruptos ya que los tejidos son transformados en otra sustancia. En algunos de los cuerpos que han padecido la saponificación se pueden observar las líneas del rostro del difunto, sus rasgos, su expresión o el cabello, pero la mayoría de ellos no son agradables de ver. En ocasiones, la adipocira se halla sólo en las cavidades torácica y abdominal, pero es rápidamente reconocida por los médicos

- **Corificación:** Es un proceso cadavérico que se produce preferentemente en los cuerpos que han sido introducidos en cajas cuyas paredes fueron revestidas con láminas de zinc, lo que hace que tenga lugar un proceso físico-químico de la piel por el que se coagula irreversiblemente, tomando el aspecto de un cuero recién curtido y seco de color amarillento.
- **Congelación:** Si bien no es un proceso de momificación, los resultados finales obtenidos se asemejan, ya que se bloquean los factores de degradación y putrefacción de los cuerpos, que se conservan íntegramente. La congelación tiene

una amplia distribución geográfica, aunque se concentra, como es lógico, en las zonas que tienen permanentemente temperaturas inferiores a cero grados. Es el caso de momias encontradas en zonas de alta montaña como los Alpes, los Andes o el Himalaya, aunque también puede tener lugar en Siberia, Alaska o en el Ártico.

- Las turberas: Los cuerpos se momifican sumergidos en los pantanos de turba que se encuentran diseminados por el noroeste europeo. Este proceso es debido a la ausencia de oxígeno, a las bajas temperaturas y a la presencia del ácido tánico, lo que impide que se disparen los agentes bioactivos que intervienen en la degradación de los cuerpos. El fenómeno tiene lugar especialmente en Dinamarca, Alemania, las islas Británicas y Holanda, si bien también se ha dado algún caso en EE.UU.

Momificación natural intencional. En ella intervienen factores medioambientales y humanos, ya que existe una clara intencionalidad de favorecer la conservación del cuerpo, como es la utilización de sustancias a base de grasa animal en el cuerpo del difunto, y la búsqueda de una adecuada ubicación para realizar el enterramiento — cuevas, grutas...—, si bien en algunos de estos casos es muy difícil demostrar la intencionalidad a nivel arqueológico. En otras ocasiones, también se realizaban enfiadamientos de algodón o el difunto era introducido en urnas de cerámica a fin de proteger y preservar su cuerpo.

Momificación artificial. A través de la momificación artificial se ha conseguido conservar a voluntad un cuerpo, alcanzando en algunos casos las más altas cotas de complejidad y perfección. Por su importante significado religioso, su realización era efectuada la mayoría de las veces por especialistas en la materia, es decir, personal cualificado que se dedicaba exclusivamente a la preparación y tratamiento de los cadáveres.

Los cuerpos de los difuntos eran tratados con sustancias químicas, minerales o vegetales, y en muchas ocasiones se les practicaba una evisceración de manera total o parcial; tras la evisceración, los cuerpos eran rellenados con arcillas, sales o fibras vegetales cuyas propiedades antisépticas contribuían a la conservación del cadáver. Como toque final, los cuerpos eran cubiertos o envueltos con diferentes materiales dependiendo de cada cultura y época, vendajes que podían ser textiles o realizados con láminas de metal: oro, cobre, plata o bronce.

Dentro del ámbito de la momificación artificial también podríamos realizar una clasificación dependiendo de las diversas culturas o de su ubicación geográfica:

- Egipto: A partir del 1.800 a.C. se empezó a practicar la evisceración —extracción de las vísceras—, y también se hizo lo propio con el cerebro. El cuerpo era lavado y después deshidratado con sales de natrón durante un período de setenta días. Luego

se rellenaba la cavidad torácica y se trataba con resinas, sales y sustancias aromáticas. Finalmente el cuerpo era vendado. Durante todo el proceso, tenían lugar ritos mágicos para la protección del difunto.

- Chile: Los tejidos blandos eran sustituidos con arcilla y el esqueleto se reforzaba con cuerdas y otros elementos. La desecación del cuerpo se efectuaba mediante el calor del fuego y posteriormente se curaba a través del ahumado. Más tarde se usaban hierbas con propiedades antisépticas y se untaban los cuerpos con bálsamos, betún y otras resinas.
- Perú: Aunque por las características ambientales de algunas zonas de este país se ha producido la momificación natural —al igual que sucede en Egipto y Chile—, también practicaban la momificación artificial. Tras la desecación, los «bultos» o momias peruanas eran evisceradas y preparadas con «bálsamo del Perú», mentol, sales y plantas que poseían tanino —como la planta llamada «dientes de tara»—, alcaloides, saponinas y resinas. Luego se colocaban en posición muy flexionada con el fin de ocupar menos espacio, con las manos tapando las orejas o bien cruzadas sobre los genitales. Más tarde eran envueltas en mantas ricamente tejidas conformando un saco o paquete.
- Norteamérica: La momificación artificial también se utilizó entre las tribus indias de diversos lugares de Norteamérica. Los cadáveres eran desecados con fuego y al sol; posteriormente eran colocados con los brazos y piernas flexionados en posición sentada y envueltos con pieles de venado o mantas. Finalmente eran ubicados en pozos especialmente contruidos para la ocasión y cubiertos con lajas de piedra.
- Amazonia: El pueblo shuar o jíbaro realiza el ritual del *tzantza*, donde se presta especial atención a la conservación de las cabezas de sus enemigos, guardándolas como trofeo o como talismanes mágicos, desechando la momificación del resto del cuerpo.
- Oceanía: Las diferentes tribus que poblaban las numerosísimas islas de este continente utilizaban varios sistemas de momificación, practicando también la conservación de cabezas, tanto de manera natural —en Borneo y Filipinas— como artificial —en Nueva Zelanda—. Posiblemente la manera más generalizada de conservar el cuerpo entero era la siguiente: primero practicaban la evisceración abriendo el abdomen y el tórax. Luego untaban el cuerpo con aceite de coco y lo secaban al sol —en Australia lo hacían al fuego—, envolviéndolo más tarde con vendas o fibra de cocotero. Por último, los cuerpos eran habitualmente depositados en cuevas.
- Japón: Se practicaba la momificación artificial, pero curiosamente conseguida a través de una automomificación que denominaban *nyujó* —«entrar en el nirvana»—. Esta técnica fronteriza con la autoinmolación era practicada sobre todo por bonzos o sacerdotes budistas japoneses que, una vez momificados, eran objeto de gran veneración y culto. Para ello, se autoimponían una dieta muy estricta y prolongada

en la que apenas ingerían alimentos, rodeándose de velas cuyo calor contribuía a la desecación de sus cuerpos. Colocados en posición sentada con las piernas cruzadas y los brazos sobre las piernas, los sacerdotes se dejaban morir gradualmente. Tras la muerte, el cuerpo era enterrado durante tres años en una cámara subterránea de piedra o en un amplio barril, al cabo de los cuales era exhumado.

- Siberia: Existen pocos casos estudiados en esta región, pero el sistema empleado es básicamente muy parecido al de otras zonas, con la salvedad de que, al tener unas temperaturas extremas a causa del intenso frío, el cuerpo terminaba por congelarse. Al parecer, primero se extraían las vísceras y el cerebro, y el cuerpo era rellenado con hierbas, musgos y sustancias aromáticas.

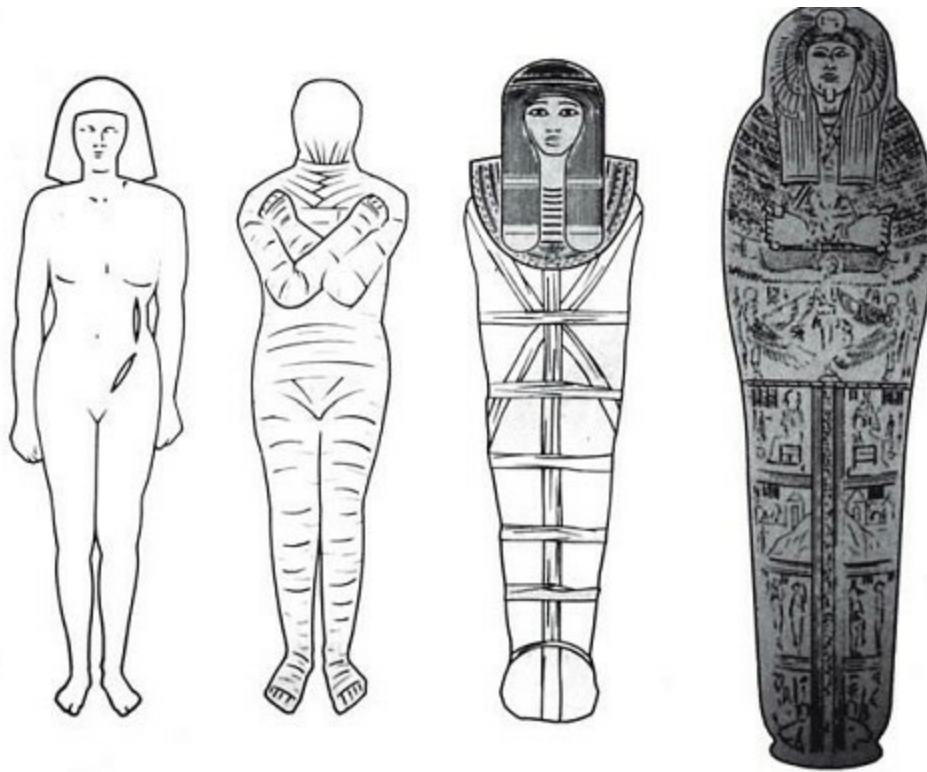
LA MOMIFICACIÓN EN EL ANTIGUO EGIPTO

La momificación o embalsamamiento que consiguieron en el país de los faraones nos demuestra que los antiguos egipcios detentaron una ingeniosa habilidad, con precisas y depuradas técnicas, que llevó el noble arte de la momificación a las más altas esferas. Pero eso no fue todo. Los embalsamadores contaron además con la inestimable ayuda de unas condiciones climáticas y un tipo de suelo extremadamente favorables que, sin lugar a dudas, contribuyeron de manera decisiva a la consecución de tales resultados. En el capítulo anterior ya hemos visto cuán importante era la momificación para las creencias de los antiguos egipcios, pero ¿cómo surge el proceso?, ¿mediante qué técnicas pudieron conseguir la efectiva perdurabilidad de sus momias?

La palabra momia deriva del árabe *mumiya*, que significa betún, aunque curiosamente también en persa *mumiai* significa asfalto.

En la obra *De materia medica*, el médico y naturalista griego Pedanio Dioscórides (40-90 d.C.) afirmaba que la sustancia llamada momia se encontraba en la región de Apollonia —Apollonia de Palestina—, donde era arrastrada por los ríos. Este dato fue corroborado por el célebre médico árabe Ibn El-Beitar, quien además la equiparaba al betún de Judea, sustancia localizada en algunos ríos que se endurecía al contacto con el agua formando masas compactas en las orillas.

Dicho betún de Judea o asfalto, que procedía del lago Asphaltites —antiguo nombre del mar Muerto—, era muy buscado y valorado por los antiguos egipcios. Se trata de una sustancia resinosa que procede del petróleo; de color pardo negruzco y cuyo aspecto de masa compacta y quebradiza desaparece al ser calentada, ablandándose y desprendiendo un intenso olor a brea o alquitrán. El betún o momia era utilizado ampliamente por los egipcios en los procesos de embalsamamiento de sus difuntos, por lo que el nombre de momia terminó por aplicarse también a los cuerpos embalsamados, y por extensión a todos los cuerpos que habían permanecido incorruptos aunque no hubiera mediado ninguna intencionalidad o técnica artificial en ese resultado.



Diferentes etapas del proceso de momificación egipcia, desde la evisceración hasta su colocación en el féretro.

La momificación no se practicaba en tiempos predinásticos. En un principio, los pueblos del norte de África despedazaban los cuerpos de los muertos, o incluso los incineraban. Pero en ocasiones también enterraban a los difuntos, colocándolos sobre el costado izquierdo en postura fetal, con la cabeza mirando hacia el sur, envueltos ocasionalmente en pieles y sin tratamientos previos, tales como el untamiento de aceites o la evisceración. Aun así, han sido muchos los cadáveres encontrados en perfecto estado de conservación gracias a haber sufrido una desecación o momificación natural.

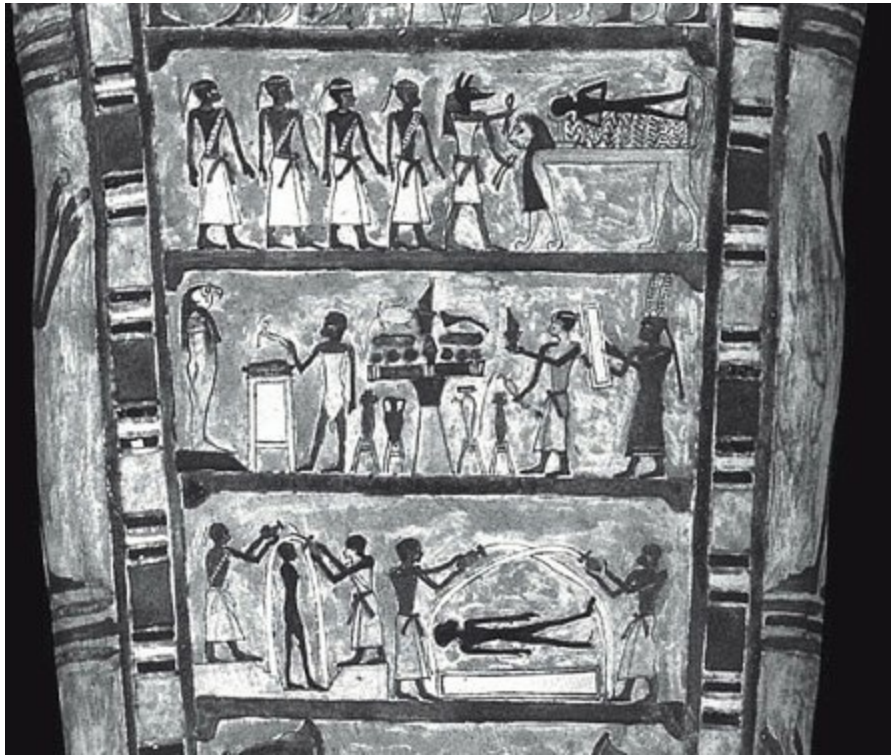
Hoy en día sigue siendo un enigma cómo se originaron las técnicas de embalsamamiento, si fueron traídas de otras regiones de Oriente o bien fueron inventadas por los mismos egipcios en un intento de imitar a la propia naturaleza. Respecto a este punto existen diversas teorías. De lo que no hay duda es de que la momificación artificial se empezó a practicar a partir de la III Dinastía, aunque tal costumbre no se impuso definitivamente hasta la VI Dinastía.

Debido a que las altas temperaturas provocaban una rápida putrefacción de las vísceras de los difuntos, pronto se decidió extraerlas con el objetivo de mantener los cuerpos en el mejor estado de conservación posible. Así fue que a partir de la XII Dinastía se generalizó la evisceración practicando un corte en el lado izquierdo del abdomen, lo que supuso un notable cambio de calidad. A partir de la XVIII Dinastía las técnicas fueron ganando perfección, llegando a su momento cumbre durante la XXII Dinastía, en el que se logró que la momia del difunto adquiriera una apariencia totalmente

«viva» gracias al relleno de mejillas y lóbulos nasales, a la inclusión de piedras preciosas en las cuencas oculares engarzadas entre los párpados, y a la consecución de una piel firme, suave y brillante.

Aunque parezca extraño, no se ha conseguido encontrar ningún papiro egipcio que nos explique detalladamente cuáles eran las técnicas que utilizaban para embalsamar los cuerpos de sus difuntos. Puede ser que el documento existiera realmente y que por alguna desgracia del destino no llegara a nuestras manos a causa de su destrucción. Esto bien pudo haber ocurrido si la ubicación de dicho papiro hubiese estado en la mítica y legendaria Biblioteca de Alejandría —se cree que llegó a albergar hasta 700.000 pergaminos antes de ser destruida por un incendio en el año 48 a.C., durante la guerra entre Roma y Egipto—. Las únicas referencias que tenemos están en las pinturas de algunas tumbas de la XXI Dinastía en Luxor, en la antigua Tebas, donde podemos ver que la momia está colocada sobre dos soportes para facilitar el proceso de vendado que llevan a cabo dos embalsamadores.

También cabe la posibilidad de que nadie hubiese llegado a escribir cómo era realizado el proceso de la momificación. El conocimiento del arte del embalsamamiento era detentado por maestros especialistas que guardaban celosamente sus secretos, pasándolos oralmente a sus alumnos. Además, según consta en la poca documentación que se tiene que hace referencia a la profesión de los embalsamadores, el trabajo era llevado a cabo por unos clanes o gremios posiblemente familiares, con lo que el concepto de secreto profesional adquiriría más valor. Siempre nos queda la esperanza de creer que algún día se encuentre una tumba en la que aparezca algún rollo de papiro que hable de los escurridizos secretos de la momificación egipcia.



Diferentes momentos del proceso de momificación. En la parte superior, el cuerpo es colocado sobre natrón. En la escena central se aprecia el rito de la Apertura de la Boca; abajo, el fallecido es limpiado y purificado.

Mientras acontece ese ansiado momento, nos conformaremos con dos fuentes documentales no egipcias que nos indican cómo se practicaban los embalsamamientos en el antiguo Egipto: la *Historia* de Heródoto y la Biblia.

Heródoto de Halicarnaso (484-425 a.C.) era un historiador griego que aproximadamente en el año 444 a.C. concluyó su obra *Historia*, una de las fuentes de conocimiento más importantes que poseemos de la antigüedad, ya que fue la primera realizada con criterio científico. Heródoto viajó incansablemente por el mundo conocido dejando constancia escrita de las costumbres, culturas y sociedades de los distintos pueblos de la época. De los nueve volúmenes que consta la magna obra, el segundo está dedicado a la civilización egipcia, la cual desgrana en 182 capítulos. Entre ellos, los que van del 85 al 90 nos narran sus amplias conversaciones con sacerdotes de los templos y embalsamadores.

Cuando en una casa acababa de morir un hombre de cierta distinción, todas las mujeres de la misma se embadurnaban la cabeza y la cara de barro. Después, dejando al muerto en la casa, vagaban a través de la ciudad, golpeándose en el pecho, con el vestido ceñido a la cintura, con los senos descubiertos, y con ellas, todas las mujeres de la familia. Por otro lado, los hombres se golpeaban también en el pecho, con el vestido igualmente sujeto a la cintura. Cumplidos estos ritos de duelo, llevaban el cadáver a embalsamar.

Hay personas encargadas de realizar este trabajo de embalsamar y a quienes pertenece esta industria. Estas personas, cuando se les lleva un cadáver a la casa de momificación, muestran a sus familiares los modelos de momias en madera, copiados del natural, y explican que, entre los modelos existentes, el embalsamamiento más suntuoso es el que se empleó para aquel cuyo nombre considero irreverente

mencionar a propósito de un asunto semejante (lo que hizo Anubis, que embalsamó a Osiris). Luego, muestran el segundo modelo, inferior al primero y menos costoso; y después el tercero, que aún es de precio más barato. Después de dar estas explicaciones preguntan a los familiares qué modelo eligen para que se le prepare el cadáver. Cuando los clientes se ponen de acuerdo con ellos en el precio, se retiran. Los embalsamadores quedan en sus talleres y proceden como sigue para el más cuidadoso (suntuoso) embalsamamiento: primero, con ayuda de un hierro encorvado, extraen el cerebro por las fosas nasales, en parte por la operación con este hierro, en parte gracias a las drogas que vierten dentro de la cabeza. Enseguida con una piedra de Etiopía muy afilada (probablemente un cuchillo de obsidiana) hacen una incisión a lo largo del flanco y sacan todos los intestinos, que limpian y purifican con vino de palma, y purifican una segunda vez con sustancias aromáticas diversas molidas.

Después, llenan la cavidad abdominal de mirra pura molida, de canela y de otras sustancias aromáticas, con excepción del incienso, y luego lo cosen (suturan). Hecho esto, salan el cuerpo recubriéndolo con natrón durante 70 días; no deben dejarlo en la sal más tiempo. Una vez transcurridos los 70 días, lavan al muerto, y envuelven todo su cuerpo con vendas cortadas, hechas de un tejido de *lyssos* (lino muy fino), y lo untan con una capa de goma que los egipcios emplean, por lo general, en lugar de cola. Se entrega entonces a los parientes, y se les hace un féretro de madera con forma humana. En él encierran al muerto y así lo guardan en el interior de una cámara funeraria donde le colocan de pie contra el muro. He aquí cómo los embalsamadores tratan a los cadáveres para los cuales se hace mayor gasto.

Con los que quieren el tratamiento medio y desean evitar grandes gastos, he aquí cómo actúan. Llenan jeringas de líquido graso que obtienen del enebro de la miera (*Juniperus oxycedrus*), y llenan con él el vientre del muerto sin abrirle ni retirar las entrañas, inyectándole por el ano e impidiendo que el líquido salga por donde entró (taponando el ano) y así le ponen en sal durante el número de días prescrito. El último día de ellos hacen salir del vientre el aceite de enebro que habían introducido. Tal es su fuerza, que arrastra consigo los intestinos y las vísceras disueltas; en cuanto a las carnes son disueltas por el natrón y no queda del muerto más que la piel y los huesos. Una vez hechas estas operaciones, los embalsamadores entregan el cuerpo sin preocuparse de nada más.

Y he aquí el tercer género de embalsamamiento aplicado a los más pobres; se purifican los intestinos con *syrmaia* (una purga a base de un desinfectante vegetal no identificado), se coloca en sal durante los 70 días y luego entregan el cuerpo a los familiares para que se lo lleven.

Las mujeres de los personajes ilustres no son entregadas para embalsamarlas nada más morir, y tampoco a todas aquellas que son muy hermosas o de notable posición; sólo después de dos o tres días después de muertas es cuando se las envía a los embalsamadores. Y lo hacen así para evitar que los embalsamadores cohabiten con estas mujeres, pues cuentan que uno de ellos fue sorprendido cuando tenía unión carnal con el cadáver de una mujer recientemente muerta, debido a la denuncia de un colega suyo.

Ahora bien, si un hombre, lo mismo egipcio que extranjero, es presa de un cocodrilo o del propio río y aparece su cadáver, son los habitantes de la ciudad a la que haya sido arrojado quienes tienen la rigurosa obligación de hacerlo embalsamar, de rodearlo de los mejores cuidados y de sepultarlo en féretros sagrados. Y absolutamente nadie, ni pariente ni amigo, puede tocar su cuerpo; son los mismísimos sacerdotes del Nilo quienes lo entierran con sus propias manos, pues consideran su cuerpo como algo más que el cadáver de un hombre.

Algunos de los datos que aparecen en la presente descripción de Heródoto vienen confirmados en la Biblia, en el capítulo 50 del Génesis, donde habla de las Exequias de Jacob. Tras la muerte de Jacob, su hijo José se echó sobre el rostro de su padre y lo lloró.

Y mandó José a los médicos familiares que embalsamaran a su padre; y los médicos embalsamaron a Israel y le cumplieron 40 días, porque así cumplían los días de los embalsamamientos y lo lloraron los egipcios 70 días.

(Génesis 50, 2-3)

En esta referencia aparecen dos datos fundamentales: por una parte los 70 días mencionados por Heródoto que corresponden a los días necesarios para que el cadáver estuviera en desecación con las sales de natrón; y por otra, a los especialistas en embalsamamiento. A pesar de que durante mucho tiempo se ha creído que dichos especialistas pertenecían a las clases más bajas de la sociedad egipcia, o incluso que eran reos que realizaban algo parecido a los «trabajos forzados», se sabe que el arte del embalsamamiento era realizado por una especie de casta sacerdotal, hacia la cual no se tenía mucha simpatía y en la que existía la especialización —los paraquistas eran los que abrían la cavidad abdominal; los teraqueutas eran los encargados de mantener el cuerpo en natrón durante los 70 días que debía durar el proceso...

Siguiendo con el Génesis, también se hace referencia a la muerte de José, que vivía en Egipto y por lo tanto, también fue momificado.

Y murió José a los 110 años de edad y embalsamáronlo, y fue puesto en un ataúd en Egipto.

(Génesis 50, 26)

Todas las informaciones obtenidas a través de estas fuentes documentales no egipcias concuerdan con lo revelado en las investigaciones científicas realizadas a las momias. Pero Heródoto no nos explica que tras la evisceración, las vísceras extraídas —todas a excepción de los riñones, y en ocasiones el corazón, que solían dejarse en su lugar— eran sometidas a un tratamiento especial. Primero eran lavadas y colocadas en una solución a base de natrón con el fin de conseguir su momificación, tras lo cual eran envueltas en vendas y depositadas en cuatro vasijas normalmente de piedra o alabastro —algunas eran de barro cocido o madera— denominadas canopos, cuyas tapaderas representaban las cabezas de los cuatro hijos de Horus, como ya he mencionado en el capítulo anterior.

LAS VIEJAS MOMIAS DE ARICA

Aunque parezca mentira, seis mil años antes de Cristo, cuando en tierras egipcias todavía no existía ni el embrión de lo que sería ese gran imperio faraónico, al norte de Chile, en unas tierras costeras, desérticas y terriblemente áridas, apareció una civilización que momificaba artificialmente a sus congéneres fallecidos mediante sofisticadas técnicas que comportaban un conocimiento profundo de la anatomía humana. Era la cultura chinchorro, llamada así por los arqueólogos chilenos porque en la playa de dicho nombre de la localidad de Arica fue donde se hallaron las primeras momias alrededor de 1917, que fueron objeto de estudio por el arqueólogo Max Uhle.

La existencia de este pueblo ancestral era sabida por los arqueólogos y antropólogos, pero no se tenía conocimiento de que las momificaciones fueran tan remotas.

Todo comenzó cuando, en abril de 1983, la compañía del Servicio de Agua Potable de Arica estaba preparando la instalación de nuevas tuberías por la falda arenosa del promontorio conocido como El Morro, con el fin de ampliar y mejorar el servicio. De pronto, el operario de una de las excavadoras observó la aparición de extraños bultos antropomorfos. Acababan de descubrir una especie de cementerio cuya datación, a priori, no se antojaba cercana. Interrumpieron el trabajo y llamaron al museo donde, por aquel entonces, trabajaba un joven recién licenciado que se convertiría con el tiempo, en la máxima autoridad en las momias chinchorro. Se trataba de Bernardo Arriaza, actualmente profesor de Antropología en la Universidad de Nevada (EE. UU.) y colaborador del Museo de San Miguel de Azapa, en Chile. Rápidamente empezó una operación de salvamento arqueológico bajo la dirección de Guillermo Focacci Aste con la que consiguieron salvar casi un centenar de momias chinchorro que fueron trasladadas al Instituto de Antropología de la Universidad de Tarapacá, en Arica. Las investigaciones empezaron de inmediato; entre ellas las dataciones mediante el carbono-14 que fueron realizadas por el laboratorio de la compañía Teledine Isotopes de EE.UU., y cuyos resultados asombraron al mundo entero, dando una antigüedad de entre 6.000 y 8.000 años.



Momias de la cultura chinchorro en el Museo de San Miguel de Azapa, Arica.

Chile es una estrecha y alargada franja territorial, delimitada geográficamente entre la cordillera de los Andes por un lado y el océano Pacífico por otro, que cuenta con unos doscientos kilómetros de anchura y cuatro mil de longitud. A consecuencia de semejante configuración geográfica no es de extrañar que cuente con una gran variedad climática. Desde el sur, donde el clima es polar por la zona del estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego, va ascendiendo a un clima oceánico para luego pasar a ser de tipo mediterráneo en el centro del país y desértico en la zona norte. Y es aquí, en el norte de Chile, donde aparecieron nuestras protagonistas, fruto de una cultura ancestral que vivió en el extremo más septentrional de una meseta desértica conocida como el desierto de Atacama.

Hacia el año 7.000 a.C. algunos grupos de cazadores de los Andes abandonaron la cordillera empujados probablemente por los cambios climáticos que se sucedieron después de las últimas glaciaciones y se acercaron a esa enorme mancha azul que verían desde la lejanía, atravesando parte del desierto. Una vez en la costa, los cazadores aprendieron a aprovechar los recursos que les ofrecía el océano Pacífico, transformando paulatinamente sus herramientas en instrumentos que pudieran ser utilizados para la pesca. De esta manera surgieron las primeras sociedades pescadoras de la región, adaptándose y progresando con la aplicación de nuevos elementos, como era la utilización de conchas de colores vistosos para la talla y confección de anzuelos, los sedales de cabellos humanos y juncos de totora —una planta andina— y las redes muy similares a las que se usan en la actualidad. Aunque los chinchorro continuaron cazando y obteniendo recursos de las cercanías, el sustento principal lo obtenían del mar.

Los nuevos pescadores habitaron la franja desértica, aunque eventualmente salpicada por algún que otro río como el Camarones, que se alimenta de los deshielos de las altas y cercanas montañas. Entre el 6000 y el 2000 a.C. abarcaron un amplio territorio extendiéndose desde la localidad de Ilo, al sur de Perú, hasta la región de Antofagasta, en Chile. Radicaron sus asentamientos en la costa, a base de construcciones que levantaban sobre depresiones circulares cavadas en el suelo.

Según ha revelado el análisis de los huesos y el contenido de los intestinos de las momias, los miembros de la comunidad chinchorro mantuvieron los mismos hábitos alimentarios durante cinco milenios. La dieta era bastante equilibrada, aunque apenas cocinaban los alimentos, ingiriéndolos crudos. Su principal fuente de alimentos era el mar, por lo que la mayor parte de su dieta se basaba en el consumo de pescados, mariscos, carne de lobos marinos y algas. También cazaban algunos animales terrestres, y les gustaba comer tomates silvestres y otros vegetales.

Pero sin lugar a dudas, el aspecto más fascinante y sorprendente de la cultura chinchorro es la elaborada manera con que preparaban a cada uno de sus muertos, sin diferencias de grado social o sexo, algo que no ha ocurrido en ninguna de las culturas posteriores que han llevado a cabo la momificación artificial. Su temprana y deliberada intencionalidad de conservar los cuerpos de los difuntos fue el reflejo de unas creencias en la existencia de un más allá, de algo que permanecía y que traspasaba ese umbral de la

vida física. Las modernas técnicas de análisis científico nos han permitido saber mucho acerca de esa cultura, de sus dietas alimenticias y sus enfermedades, de sus tradiciones y costumbres y, hasta cierto punto, de su visión de la vida y de la muerte. Sin embargo, todavía nos quedan por responder preguntas de una importancia reveladora, tales como: ¿cuáles eran las ideas religiosas que los hicieron manipular y conservar los cuerpos de sus congéneres para tratar de inmortalizarlos?, ¿cómo supieron de qué manera hacerlo? o, en última instancia, ¿cómo consiguieron detentar esos amplios conocimientos anatómicos 8.000 años atrás?...

En 1919, el arqueólogo alemán Max Uhle llevó a cabo un trabajo arqueológico en Arica y Tacna. En dicho trabajo se ocupó de establecer una clasificación de las momias de los aborígenes de Arica halladas en los falderos noroeste de El Morro y en la pampa chinchorro. Desgraciadamente, en los albores de los años veinte del siglo pasado, no existían métodos científicos que permitieran datar los hallazgos realizados hasta aquel entonces, por lo que, careciendo de mayores referencias, Uhle los consideró vestigios de poblaciones antiguas que vivieron colindando con culturas peruanas, poseedoras de un mayor y más avanzado desarrollo. De este modo, determinó que se habían dado tres tipos diferentes de momificación en el norte de Chile: las momias de tipo simple o naturales, las de preparación más compleja, fruto de una evolución en la preparación de las anteriores, y las cubiertas de barro, que aparecen como una degeneración del más complejo.

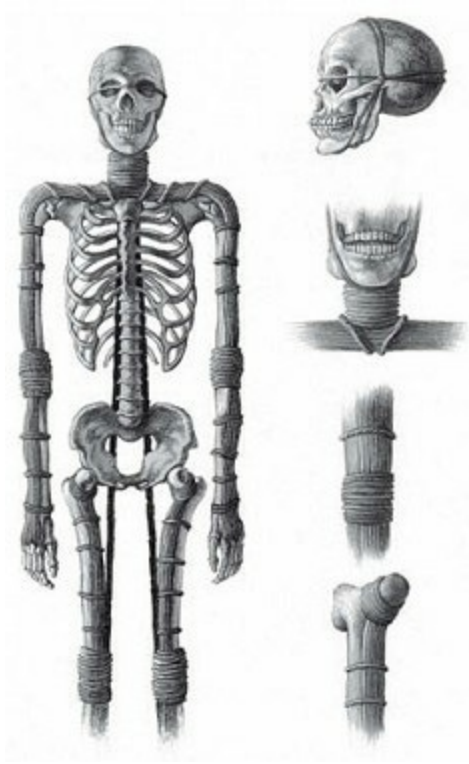
Pero los avances tecnológicos han permitido afinar más en dicha clasificación, estableciendo unas subcategorías dentro de las tres anteriores.

Las momias naturales no tienen, como es lógico, ninguna evidencia de manipulación, y aparecen únicamente cubiertas por diferentes materiales tales como esteras de fibras vegetales o pieles de diversos animales.

El segundo tipo, o de «preparación complicada», se trata de momias que han padecido una manipulación intencionada con tratamientos internos y externos del difunto, basados en una gran variedad de técnicas. La momificación era un trabajo comunitario en el que todos, incluidos los niños, participaban. El cráneo era rellenado con arcilla y cenizas y luego se le sujetaba la mandíbula con cordeles de caña de totora. En este caso, se utilizaban pelucas para la cabeza, la cara era modelada con arcilla blanca y negra, a base de manganeso, realizando pequeñas incisiones para los ojos y los orificios nasales, y la boca estaba levemente delineada. Un dato curioso es que, con frecuencia, modelaban los genitales de ambos sexos.

Estos cuerpos eran desprovistos de la piel, descarnados, eviscerados y secados al fuego o con cenizas. También es importante destacar que reforzaban la estructura ósea con palos que eran atados con cuerdas a los huesos antes de rellenar y modelar de nuevo el cuerpo con arcilla, lana y fibras vegetales. Acto seguido volvían a colocar la piel, cubriendo de nuevo el cuerpo con ella. Finalmente, el cuerpo era pintado de negro por completo con una pintura de manganeso obtenida de arena mezclada con agua.

Alrededor del 2800 a.C. el negro fue abandonado, quizá por un cambio en el simbolismo religioso. A partir de entonces, y durante cerca de mil años, las momias fueron pintadas de rojo ocre, aunque el rostro siguió siendo negro.



La estructura esquelética del difunto era firmemente consolidada. Dos varas reforzaban el eje vertical desde la nuca hasta los pies y los huesos eran amarrados con cuerdas.

Y en último lugar cabe citar la existencia de un tercer tipo de momificación que se llevó a cabo hacia 1700 a.C. conocida como «momias cubiertas de barro», en la que el proceso fue simplificándose y los cuerpos aparecen tendidos en posición de decúbito supino. En este patrón la momificación es muy básica y apenas hay casos en los que se ha practicado una evisceración del tórax y el abdomen, ni tampoco existe una descarnación ni reforzamiento de la estructura ósea. Los cuerpos, habitualmente secados con fuego, aparecen cubiertos de una capa de «barro» —arena mezclada con una sustancia aglutinante— a modo de pátina.

Dos siglos después, la cultura chinchorro parece haber desaparecido de la zona, y con ella la momificación. La sociedad habría evolucionado con la introducción de la agricultura y la alfarería, y posiblemente fueron los changos los herederos de algunas de las técnicas utilizadas por los chinchorro, tales como la pesca con redes.



Momia infantil de la cultura chinchorro con una antigüedad cercana a los 8.000 años.

Como hemos podido comprobar, los antiguos pobladores de la cultura chinchorro realizaban complejas operaciones anatómicas para lograr momificar artificialmente a sus seres queridos. Sin embargo, la utilización de estas técnicas nos puede parecer en la actualidad un sinsentido, ya que Arica se encuentra en una de las zonas más áridas del planeta, donde las precipitaciones son mínimas y el sol justiciero deshidrataría cualquier cuerpo en un período breve de tiempo. Entonces, si los cuerpos ya se momificaban de manera natural, ¿por qué realizaban la momificación? Evidentemente debieron de existir razones rituales y religiosas que justificaran tan gran esfuerzo, aunque no se conoce con certeza. De lo que no cabe ninguna duda es de que las momias conectaban el mundo real con el sobrenatural a través de la veneración de los cuerpos momificados de los ancestros.

LOS FARDOS FUNERARIOS DEL IMPERIO DEL SOL

En las culturas arqueológicas que se desarrollaron en el antiguo Perú sobresale el tardío Imperio Inca, que reunió gran parte del territorio centro y suramericano bajo sus dominios. Pero casi veinte siglos antes de ello, en la zona suroeste del actual territorio peruano, surgió una sorprendente cultura que cabe resaltar por sus costumbres funerarias, entre ellas, el empleo de la momificación.

La cultura preincaica de Paracas fue descubierta por el arqueólogo peruano Julio César Tello en 1925, y estudiada con profusión por Toribio Mejía Xesspe, entre otros especialistas.

Esta civilización se situó a lo largo de la costa sur del Perú, en la zona comprendida entre el valle del río Pisco e Ica. Su centro cultural estaba ubicado en la colina del Cerro Colorado cerca de la península de Paracas, de la que adquirió el nombre la famosa necrópolis. La cultura paracas desarrolló una religión de tipo animista, con culto a las fuerzas de la naturaleza y a los antepasados; realizó sacrificios humanos, conservó las cabezas de sus enemigos como trofeos, momificó a sus difuntos ubicándolos después dentro de elaborados fardos funerarios, y empleó la enigmática práctica de la deformación craneal.

A nivel cronológico podemos hablar de la existencia de dos períodos, Paracas de las Cavernas (del 700 al 200 a.C.) y Paracas Necrópolis (del 200 a.C. al 200 d.C.). El período más antiguo, con clara influencia de la cultura chavín, se caracteriza por las cavernas funerarias construidas artificialmente bajo tierra, en las que enterraban a los muertos en posición fetal y envueltos en telas muy sencillas formando apretados fardos. El acceso a esas cavernas, donde los cuerpos descansaban momificados, se lleva a cabo verticalmente a través de un pozo de cuatro o más metros de largo que termina en una cámara sepulcral de forma semiesférica de entre cuatro y seis metros de diámetro y una altura cercana a los cinco metros, asemejándose en su forma a una copa invertida. En estos curiosos lugares se han llegado a encontrar hasta cuarenta cadáveres, muchos de ellos con deformaciones craneales artificiales, lo que supone un enigma para la arqueología. Otro interesante detalle típico en la civilización paracas lo conforman las innumerables trepanaciones halladas en las momias. Muchas de ellas fueron realizadas por cirujanos de la época —llamados *sir kah*— cuando el paciente estaba vivo, y posteriormente cubiertas con placas de oro. La formación de tejido cicatrizado indica que muchos de los pacientes sobrevivieron a las operaciones, y demuestra el conocimiento adelantado de la medicina en el antiguo Perú. Sin embargo, en otros casos dichas trepanaciones fueron realizadas tras la muerte, lo que apoya la teoría de que su ejecución no sólo tuviera fines medicinales, sino que posiblemente fuera con propósitos religiosos.



Fardo funerario de la cultura paracas.

El período de Paracas Necrópolis recibió su nombre por el hallazgo del conjunto de cámaras funerarias que se disponían en hileras frente al mar y que recuerda una «ciudad de los muertos». Las cámaras estaban precedidas de patios y pequeñas salas que antaño servirían, supuestamente, para la realización de rituales. En el interior se colocaba el ajuar junto a los difuntos, que eran envueltos en gruesos fardos, pieza fundamental y característica de los rituales funerarios en esta ancestral cultura peruana, y que posteriormente se repetiría durante el Imperio Inca.

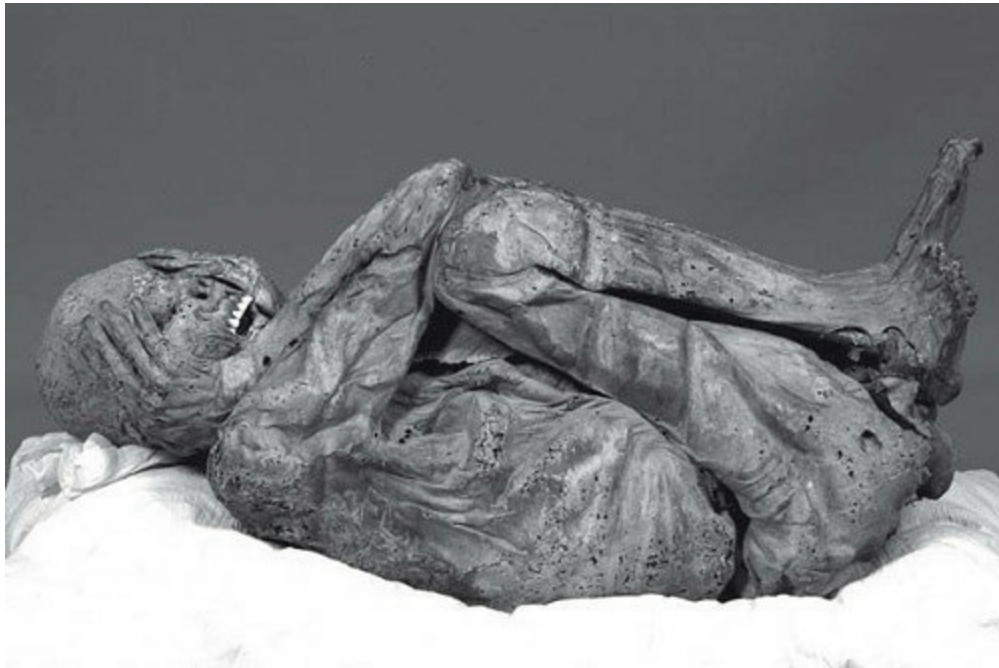
Los cadáveres eran momificados mediante un esmerado proceso en el que se les extraía la masa muscular y las vísceras. Habitualmente, los cuerpos eran colocados en posición fetal al igual que en el período anterior, pero parece existir una evolución en la que las momias adoptan la famosa postura apodada de «ovillo»: la cabeza, fuertemente flexionada hacia delante, termina por apoyarse sobre el abdomen; las piernas, también dobladas antinaturalmente, se cruzan tras la nuca mientras los brazos están plegados y colocados sobre el pecho.

Posteriormente, los cuerpos momificados eran envueltos en impresionantes y coloridos mantos de algodón, lana de alpaca y vicuña, de unos dos metros y medio de longitud, magistralmente tejidos; verdaderas joyas del arte textil y cuyo valor en la actualidad es incalculable. Estos tejidos, tan exquisitamente elaborados que llegan a tener hasta doscientos hilos por centímetro cuadrado, están rematados con una orla, y la parte central se adornaba con bordados de motivos rectilíneos y, a menudo, ajedrezados.

Una vez que los cuerpos habían sido envueltos, eran ubicados en el centro de la estructura de los fardos, que, a diferencia del período anterior, era bastante más compleja. En su interior, y entre gruesas capas protectoras de algodón, se introducían los objetos del ajuar funerario, utensilios propios de la vida diaria e incluso también alimentos, lo que implica claramente la creencia de que la vida, de alguna forma, continuaba tras la muerte. Finalmente, los fardos eran recubiertos con pieles de foca y esteras hechas a base de cáñamo.

Muchos de los cráneos encontrados pertenecientes al período Paracas Necrópolis muestran deformaciones intencionadas, lo que denota que dicha costumbre era frecuente. Su uso era tanto para distinguir el rango social como con fines religiosos. Para conseguir alargar los cráneos se colocaban tablas de madera en la parte frontal y occipital de la cabeza que se sujetaban mediante ceñidas bandas de cuero.

Pero como ya se mencionaba al inicio de este apartado, si hubo un pueblo que poblara estas tierras y que resaltara no sólo por su afán conquistador, sino también por sus creencias religiosas, sus ritos funerarios y la práctica que hicieron de la momificación, éste, sin lugar a dudas, fue el Imperio Inca.



Momia Inca que se halla en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, en la que se puede observar la costumbre de enterrar a los difuntos con los brazos y piernas flexionados y apretados contra el pecho.

Los incas creían en la existencia ultraterrena y realizaban ritos funerarios para el difunto, que lógicamente, cuanto más alta era su posición en la estructura jerárquica piramidal, más complejos eran. Según los estudios sobre religión andina precolombina realizados por el eminente arqueólogo peruano Federico Kauffmann Doig, director del

Instituto de Arqueología Amazónica, «después de la muerte, la existencia era concebida como una prolongación de la vida experimentada por el individuo en el mundo terrenal. Continuaban así las jerarquías y la necesidad de trabajar los campos para “subsistir”. La ilusión de bienestar se limitaba a disponer de abundancia de alimentos y de suelos feraces que hicieran esto posible. Las ofrendas de alimentos y bebidas en las tumbas estaban destinadas a satisfacer el hambre del difunto en su trayecto al más allá. La conservación del cadáver era requisito indispensable para sobrevivir en las moradas de ultratumba, como se desprende indirectamente por la información transmitida por los cronistas. Esta concepción debe estar enraizada en el pensamiento que regía ya desde tiempos neolíticos en casi todo el orbe, por lo que debió llegar a América desde Asia conjuntamente con otras tradiciones chamánicas antiquísimas de la humanidad».

A día de hoy sus orígenes continúan siendo inciertos. Entre los siglos XIII y XIV, una tribu quechua se instaló en algún valle de Perú, expandiéndose rápidamente hasta que, en la cúspide de su poder, en pleno siglo XVI, el territorio conquistado se extendía más de 4.000 kilómetros a lo largo de los Andes, la segunda cordillera montañosa más alta del mundo, desde la frontera sur de la actual Colombia hasta Santiago de Chile, incluyendo los territorios que hoy día conforman Ecuador, Perú y parte de Argentina y Bolivia.

En poco más de un siglo los incas crearon una de las sociedades más organizadas que el mundo ha conocido, gobernadas por una sucesión de grandes reyes guerreros, los Inca o Sapa-Inca, mediadores entre el mundo divino y el humano, considerados Hijos del Sol —el dios Inti—, y por lo tanto, objeto de culto y adoración.

La fuerza del imperio estaba apoyada en la unión entre los distintos pueblos que conformaban una civilización bastante uniforme. Sin embargo, las diferencias entre las distintas clases sociales del imperio Inca eran notorias. Se trataba de una estructura jerarquizada, organizada de forma piramidal, donde sólo una oligarquía aristocrática gozaba de ventajas y privilegios y mantenía eficazmente la seguridad y el orden. Bajo esta óptica podríamos decir que su sociedad se dividía básicamente en dos clases: el pueblo y la nobleza, a la cual se accedía por nacimiento o a través de alguna circunstancia especial, privilegio otorgado por el Sapa-Inca en gratitud por algún tipo de servicio prestado. Aun así, según escribió en 1589 Mancio Serra de Leguisamo, el último sobreviviente de los conquistadores originales del Perú, «entre ellos no había un ladrón, ni un vicioso, ni tampoco un adúltero, ni tampoco se admitía entre ellos a una mala mujer, ni había personas inmorales. Los hombres tienen ocupaciones útiles y honestas. Las tierras, bosques, minas, pastos, casas y todas las clases de productos eran regularizadas y distribuidas de tal manera que cada uno conocía su propiedad sin que otra persona la tomara o la ocupara, ni había demandas respecto a ello».



El séquito llevaba la momia del rey difunto, totalmente ataviada, a visitar a otros monarcas fallecidos y a las fiestas que periódicamente se realizaban para que participaran en los banquetes.

La momificación era un arte para los incas. Con ella perseguían la belleza de los reyes y la de los nobles fallecidos, ya que, según sus creencias, el futuro esplendor de su linaje estaba condicionado y dependía de la buena conservación y frescura de los cuerpos de sus difuntos. Evidentemente, el tratamiento de momificación que recibían los miembros del pueblo poco tenía que ver con el de los miembros de la nobleza o la del rey. Era un proceso mucho más simple en el que, antes de ser enterrado, el cadáver era vendado y envuelto en su propia túnica.

Las momias recibían el nombre de *mallqui* en la zona montañosa y *munao* en la costa. Su tratamiento dependía de una sustancia conocida como *isura*, que era extraída de una planta de la selva.

Otro cronista, el jesuita Blas Valera, explicaba brevemente cómo era preparado el cuerpo cuando se trataba de los reyes: «Cuando el rey moría le quitaban los intestinos, y embalsamaban su cuerpo con el bálsamo traído de Tolú». Sin embargo, un historiador de la época llamado Gomara, explicaba que «les embalsamaban derramando en la garganta algunos líquidos extraídos de árboles tropicales y ungían el cuerpo con resinas». Existen diversos textos de la época de los conquistadores que intentan explicar, a su manera, cómo eran embalsamados los cadáveres. En la actualidad se cree que en el antiguo Perú las momias se preparaban con bálsamo del Perú, mentol, bálsamo de Tolú, sal, tanino, diversos alcaloides, saponinas y resinas.

Juan Polo de Ondegardo halló entre 1550 y 1560 las momias de nueve Incas, describiéndolos como «muy embalsamados y enteros».

Según cuenta el padre José de Acosta en sus crónicas de finales del siglo XVI, los resultados conseguidos eran tan portentosos que incluso se refirió de un modo tajante al comentar su primer contacto con la momia del gran Pachacútec:

Estaba en cuerpo tan entero y bien aderezado con cierto betún, que parecía vivo. Los ojos tenía hechos de una telilla de oro tan puestos, que no le hacían falta los naturales, y tenía en la cabeza una pedrada, que le dieron en cierta guerra. Estaba cano y no le faltaba cabello, como si muriera aquel mismo día, habiendo más de sesenta u ochenta años que había muerto.

Todas las momias de los Incas estaban en el Cuzco guardadas en sus respectivos palacios, y las sacaban a la gran plaza de la capital para participar en ceremonias y banquetes. Riva-Agüero, uno de los historiadores que investigó el tema se refería a ello de esta forma:

Ondegardo relata que los cuerpos de los monarcas incaicos, y los de sus esposas legítimas o *coyas*, cubiertos de ricas mantas y asentados en tronos bajos o tianas, se exhibían de ordinario, siempre que el tiempo lo permitía, en la plaza Mayor frente al Coricancha, y junto a ciertas hogueras encendidas desde el amanecer hasta el mediodía; y que los capitanes designados para su servicio, y los hombres y mujeres de sus cofradías o panacas gentilicias, se ocupaban en ofrecerles sacrificios, banquetes y brindis, como si estuvieran vivos, a los que asistía a menudo el propio Inca reinante.

Pero los rituales a las momias de sus reyes no sólo se ceñían al período posterior a su muerte, sino que iban más allá. A pesar de no existir ningún texto de la época Inca que explique los ritos que se realizaban a causa de la sistemática destrucción que efectuaron los españoles en la conquista de las tierras del gran imperio, cabe resaltar el estupendo trabajo de investigación realizado por el historiador peruano José Antonio del Busto Duthurburu, catedrático de Historia del Perú en la Universidad Católica de Lima, quien, en la siguiente relación, nos apunta la increíble importancia que tenían las momias de los emperadores incas y los ceremoniales que para ellas realizaban:

Cada momia tenía su mayordomo que le alcanzaba la comida tanto de día como de noche, también velaba para que el muerto tuviera en la cabeza una gran diadema de plumas, una patena de oro en la frente y un par de grandes orejeras; dos mujeres mamaconas, con unos plumeros rojos, cuidaban que no se posasen moscas sobre el difunto, espantándolas cada vez que se acercaban; éstas mismas u otras le cambiaban la ropa al muerto, lo limpiaban y lavaban, le daban de beber, cantores y músicos trataban de alegrarlo en los días invernales, sumándose a éstos muchos danzarines cuando la momia era sacada de su palacio. Entonces el cadáver del rey difunto con su séquito iba a visitar a otros monarcas fallecidos, cruzándose saludos al momento del encuentro, sirviéndose comidas y bebida en medio de gran regocijo. Estas visitas o reuniones de parientes muertos solían ser frecuentes, pero otras veces se trocaban en reuniones públicas en la plaza Aucaypata, concurriendo a ellas los muertos en sus literas, rodeados de quitasoles y abanicos, para ser acomodados todos en hilera con prelación de antigüedad y participar en un banquete. A cada momia ubicaban sus servidores bajo un toldo de vistosa plumería y encendían delante suyo una gran hoguera para preparar la comida. Los reyes muertos, mientras tanto, con sus cascotes en la mano, eran obligados a brindar unos con otros y también con los parientes vivos. Servidas las comidas comenzaba el banquete. Los poetas

recitaban las hazañas de cada rey difunto, empezando por llamarlos Hijos del Sol... El Inca reinante y los nobles que lo acompañaban asistían a todo esto con plena evidencia que algún día concurrirían momificados a tales fiestas; era un privilegio irrenunciable.

En el año 2002, y bajo el patrocinio de la National Geographic Society, el arqueólogo Guillermo Cock localizó en la zona arqueológica de Huaquerones-Puruchuco más de 2.200 momias de unos quinientos años de antigüedad pertenecientes a la cultura Inca, a las que se conoce popularmente como las «momias de Puruchuco». El hallazgo confirmaba dicha zona como uno de los mayores cementerios prehispánicos, posiblemente el cementerio central del pueblo Inca durante el período comprendido entre 1480 y 1535 —Horizonte Tardío del incanato—, en el que descansarían cerca de 10.000 personas. Muchos de los fardos hallados albergaban hasta siete cuerpos y alcanzaban un peso superior a los 180 kilos. Incluso algunas de las momias, aparentemente miembros de la élite de la sociedad Inca, aún llevaban puesto el tocado de plumas adecuado a su rango.

A diferencia de otras momias incas de la época del Alto Imperio halladas en la región de Cuzco, en las momias de Puruchuco no existe prueba alguna de haberse practicado embalsamamiento; su momificación es producto de una desecación natural, en gran medida provocada por las capas de algodón que rodeaban al cuerpo.

Los enterramientos se dividían en tres estratos:

- Las tumbas de nobles o personas de alto rango se colocaban en la parte más profunda, a unos siete metros de la superficie.
- La capa intermedia estaba destinada a los fardos de la gente común, que solían contener un solo individuo.
- En la franja superior, a un metro del suelo, se enterraba a los niños.

El difunto era colocado en posición fetal —sentado flexionado—, junto a sus pertenencias. Acto seguido, el conjunto era cubierto con una sucesión de mantos —finos o burdos, según el rango o importancia social del individuo—, y se rellenaban los espacios vacíos con capas de hojas vegetales o algodón nativo sin procesar. Como último paso se colocaba un envoltorio —por lo general un tejido sin decorar—, que era fijado al resto del fardo mediante una soga. Tras realizar varios nudos, los extremos se dejaban sueltos con el propósito de que sirvieran para depositar al difunto en la fosa o estructura funeraria.

En la última etapa del proceso de enterramiento, se depositaban ofrendas cerámicas al pie del fardo funerario, que generalmente contenían alimentos —maíz, patatas, pescado, carne de camélidos...— o bebidas. Finalmente, la tumba era cerrada introduciendo tierra y barro en el interior de la misma, con lo que la estructura funeraria quedaba sellada.

En muchos casos se ha podido comprobar la existencia de diversos objetos (piedras, madera, etcétera), que eran colocados sobre las tumbas a modo de lápidas que señalaban la presencia del entierro. Esta costumbre está íntimamente ligada a la compleja costumbre prehispánica de culto a los muertos, lo que incluía, entre otras cosas, la exhumación de los cuerpos para atender al ancestro fallecido, realizándole una serie de ofrendas con el fin de garantizar la estabilidad social de la familia y la comunidad.

LAS MOMIAS DE LOS ABORÍGENES CANARIOS

La existencia de las momias guanches, los aborígenes de la isla de Tenerife, en Canarias, fue dada a conocer por los conquistadores castellanos en el siglo XVI, y desde entonces no sólo han sido objeto de admiración y curiosidad mundial, sino que también padecieron desgraciadamente el saqueo, la especulación y una sistemática expoliación por su traslado a diferentes museos y colecciones de todo el mundo.

Según las investigaciones realizadas con carbono-14, las dataciones aportadas para los enterramientos cubren un período que va desde el siglo III a.C. hasta la época de la conquista de las islas en el siglo XV d.C.



Rostro de la conocida momia de San Andrés, en un estupendo estado de conservación.

Para entender por qué momificaron los guanches a sus difuntos y qué papel jugaron las momias en su cultura es necesario referirse a sus creencias religiosas. La sociedad guanche era animista y guardaba especial devoción a los espíritus de sus antepasados.

Para ellos, el alma pervivía después de la muerte y tendía a fijarse en árboles y rocas, idea que permanece vigente en amplias zonas del mundo bereber norteafricano y guarda ciertas similitudes con el pensamiento egipcio antiguo.

Para los aborígenes canarios el mundo religioso estaba estructurado en tres categorías: el Ser Supremo o Dios, los espíritus ancestrales y, en último lugar, los espíritus o demonios que pululaban por las montañas, bosques y barrancos. Cada uno de los niveles era requerido en diferentes situaciones dependiendo de las necesidades y de los motivos, lo que ocasionó la aparición de cultos diferentes.

El Ser Supremo estaba en la cima de la creación, pero no era un dios «normal», ya que no parecía estar unido a los hombres. La cosmogonía de los guanches mostraba la idea de unas creencias monoteístas, un dios único, pero diferente a la visión de muchas sociedades primitivas e incluso al concepto cristiano. Para los guanches era un dios distante y hasta desconocido, ya que estaba poco ligado a los problemas y a la realidad cotidiana del hombre. Esto se traducía en que su culto apenas tenía importancia en el conjunto de prácticas religiosas que realizaba el pueblo guanche, que lo invocaba únicamente en determinadas situaciones y lugares muy específicos, careciendo de regularidad en el culto. En gran medida, y al igual que ha sucedido en otras culturas ancestrales, se ha relacionado a ese Ser Supremo con el sol, el epicentro de su visión cosmogónica.

En una gradación de poder intermedia, aunque mucho más cercana al pueblo, están los espíritus ancestrales y los propios de los diferentes clanes. Estos seres eran los que se ocupaban de atender y solucionar las necesidades cotidianas del hombre, mucho más terrenas que espirituales, y por lo tanto, a ellos se dedicaba el tiempo de atención y devoción religiosa.

El último eslabón lo ocupaban los malos espíritus, los demonios y los duendes, conocidos como *maxios*, espíritus hostiles y malvados que vivían en los campos, bosques y caminos, y de los que tenían que protegerse ya que eran los causantes de las desgracias personales más importantes.

Compartían la creencia en la reencarnación, pero no bajo el concepto de evolución; aun así, el destino final de los espíritus era regresar a la esencia y acabar morando en el sol, el *Magec*, con el que realizaban su recorrido diario desde el amanecer hasta el atardecer, lo que dio lugar a un mito solar cuya analogía a otras culturas como la egipcia es fácilmente distinguible. Sin embargo, no todos los espíritus conseguían su objetivo, y entonces se quedaban, bien como *xaxos arrimados*, o como espíritus malvados o demonios.

Para los guanches el hombre consta de dos partes al nacer: una física y otra espiritual. Con la muerte consideraban que la parte espiritual iba directamente al más allá, pero el problema surgía con la desaparición de esa otra parte física, para lo cual utilizaron la momificación.

La momificación guanche es, en muchos aspectos, parecida a la practicada por los egipcios. Para preservar los cadáveres de la corrupción cuidaban mucho el proceso, y sobre todo guardaban una especial memoria y honra a los difuntos. La momificación o mirlado, como lo llamaron los primeros cronistas españoles de las islas Afortunadas, no fue de uso general entre la población guanche, y existían diferentes procesos que muestran cierta gradación en la práctica funeraria que corresponde a la diferencia social y económica entre las diferentes castas que componían su sociedad.

La duración del proceso de mirlado oscilaba entre los quince días empleados para los reyes o menceyes, los diez para los nobles, y los cinco para los aldeanos que podían permitírselo. Asimismo, se establecía una diferenciación de sexo a la hora de preparar el cadáver, de tal modo que las mujeres embalsamaban a las mujeres y los hombres hacían lo propio con los de su sexo, evitando así hipotéticos problemas y retrasos en la momificación, tal como hacían los antiguos egipcios.

En el pasado, había en las islas un grupo de especialistas con tintes sacerdotales que hacían del arte del embalsamamiento un verdadero secreto y casi un misterio sagrado, que llevaban a cabo una especie de ritual alrededor de la momificación. Se trataba de los *achicasnai*, casta que, además de realizar el mirlado y los actos que conllevaba todo el ritual, se dedicaba a los trabajos relacionados con la sangre, tales como curtidores o matarifes.

Desgraciadamente no ha quedado constancia escrita de aquel arte, salvo las descripciones que hicieron a posteriori los historiadores españoles tras la conquista de las islas: *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, de fray Alonso de Espinosa, escrita en 1594; *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, escrita por P. Joseph de Viera y Clavijo en 1776.

A pesar de que la tradición oral ha conservado muchos detalles, no se encuentra en disposición de asegurar cuáles eran todos los elementos y materiales que se utilizaban para la momificación o mirlado. Aunque el sistema era parecido al egipcio, en el mirlado se utilizaban otros materiales propios de la zona. En la gran mayoría de las ocasiones no existía el proceso de evisceración, que se reservaba para el mencey, aunque sí se realizaba un lavado de las vísceras con plantas aromáticas. Para ello se practicaban incisiones en el bajo abdomen y se introducía resina de pino, picón, sangre de drago, leche del cardón, tabaiba, etcétera, para ayudar a que el cuerpo se secase.

Acto seguido, cavaban un agujero en el suelo del tamaño del difunto y lo llenaban de escoldos o brasas, y sobre éstos, una capa de picón, y dejaban que el cuerpo se fuera ahumando y deshidratando totalmente con el calor. Entonces se untaban a modo de barniz con resina de té, y finalmente eran envueltos con varias capas de piel finamente curtida —tanto los que habían sido sometidos a un proceso de momificación como los que no—. Dichas envolturas mortuorias, además de proteger al cadáver, servían también para señalar el rango y la identidad del difunto. Si se trataba de una mujer, sus manos eran colocadas cruzadas sobre el pubis, y si era hombre, paralelas junto al cuerpo.

Según cuenta la tradición oral, cuando el difunto era devuelto a la casa tras su momificación, la gente del pueblo acudía con el fin de llorarlo, ya que pensaban que su alma estaba junto a su *xaxo* mirlado. Las escenas eran de llanto desconsolado, incluso a veces exagerado. La momia era colocada fuera de la casa y los presentes tenían que saltar tres veces sobre su cuerpo. Este ritual, que a mediados del siglo XX todavía se seguía practicando en el sur de Tenerife, se realizaba con el propósito de evitar que el espíritu del difunto se arrimara a las personas. Aún hoy en día sigue existiendo la figura del animero, que, según las creencias, tiene la capacidad de apartar al *xaxo arrimado*.

Mientras las personas saltaban sobre el cuerpo del fallecido, iban agasajándolo con buenas palabras a fin de que su espíritu, que todavía permanecería unos ocho o diez días junto a la momia, no se enojara y tomara la errónea decisión de quedarse entre los vivos.

Entonces se celebraba un gran banquete en su presencia; incluso se le colocaba un plato para que el espíritu participara también en el homenaje. Hoy día, y a pesar de que ha sido prohibido por la Iglesia, que lo considera una práctica pagana, todavía hay pueblos del sur de Tenerife en los que la familia doliente organiza un banquete festivo haciendo participe al difunto de cuerpo presente para despedirlo en su camino hacia el más allá.

La duración de todo el proceso dependía del rango social que tuviera el difunto. En el caso de los nobles, era de diez días, en los que se ejecutaban las prácticas de momificación, el banquete y el ritual de enterramiento. El festín se podía prolongar tres o cuatro días, en los que también se cantaba y bailaba.

Cuando finalmente los sacerdotes o *iboibos* se llevaban a la momia para ser depositada en las cuevas, la actitud festiva de los familiares y amigos cambiaba: daban muestras de gran dolor, con llantos y gritos exagerados, se tiraban de los cabellos e intentaban que los *iboibos* no se llevaran al difunto, llegando incluso a insultarlos y lanzarles objetos. Dicha actitud era en realidad una representación, un paripé ritual en el que cada uno cumplía con su rol.

El enterramiento en cuevas naturales era el más generalizado en las islas, además de ser característico de la prehistoria de Tenerife. Los guanches buscaban sitios que estuvieran apartados de sus viviendas del mismo modo que en la actualidad lo hacemos con los cementerios. Eran zonas de difícil acceso; hay enterramientos, como en Anaga, donde hay tubos volcánicos y la única forma de depositar el cuerpo en la cueva era bajando con cuerdas. Una de las razones que apoyan esta hipótesis es que los guanches eran grandes escaladores habituados a las fuertes pendientes de las montañas y que habían practicado en su vida cotidiana a lo largo de los años.

La especial dificultad que supone hoy en día llegar a una de esas cuevas obedece también a los efectos naturales de la erosión. Ante muchas de las que aparecen en lugares escarpados, había un talud que facilitaba en cierta medida su acceso, y que, con el tiempo, ha ido derrumbándose y desapareciendo.

La hora guanche del «sol de los muertos», la puesta del sol, era el momento escogido para depositar al difunto en la cueva. La momia jamás era depositada directamente sobre el suelo, ya que eso, según sus creencias, la contaminaría. El cadáver reposaba sobre un lecho de plantas aromáticas que se colocaban en un tablón funerario. Para mantenerlo en alto, o bien se aprovechaban salientes naturales del interior de la cueva o, en caso de no haberlos, se apoyaba sobre unas parihuelas conocidas como *chajascos*.



El cuerpo jamás podía estar en contacto directo con el suelo según las costumbres del pueblo guanche (Momia de San Andrés. Cortesía del Museo de Arqueología de Tenerife).

Durante todo el proceso, los *iboibos*, dirigidos por un *canco* —sacerdote del sol, clase sacerdotal que oficiaba los ritos al dios astro—, entonaban cánticos para comunicar al muerto lo que tenía que hacer.

Una vez finalizado el ritual, se tapiaba la cueva dejando un pequeño hueco por donde entrar, y se marcaba la momia con una *tarja* —distintivo o señal de recuerdo— que luego era copiada en un palo o en un pellejo y entregada a la familia para que pudieran identificar al difunto —como si se tratara de un número de identificación.

Un *iboibo* se quedaba a la entrada de la cueva durante una luna —28 días— sin probar alimento alguno, para saber si el difunto era puro y marchaba al paraíso o *agere*, o por el contrario iba al *chinechi*, el infierno. El sacerdote tenía una serie de elementos para juzgar si el difunto se dirigía a uno u otro sitio. A modo de ejemplo, si al *iboibo* le crecían las uñas o el cabello era una buena señal; otro método era encender una hoguera y tirar carne de *baifo* —cría de la cabra—: dependiendo de la dirección del humo, Dios estaba contento o disgustado con el difunto.

El interés de los familiares por saber hacia dónde se dirigía el espíritu del difunto tenía también un curioso componente de egoísmo: si el difunto no emprendía el buen camino, podría molestarlos, hacer que su ganado se enfermara, e incluso llegar a poseerlos durante el sueño.

Cuando el difunto era un niño menor de siete años las circunstancias eran diferentes. Hasta los dos o tres años, el espíritu del niño no era del todo consciente de lo ocurrido, ya que se consideraba que todavía no estaba totalmente instalado en su cuerpo. Se suponía que mientras dormía, su *xaxo* regresaba al mundo de las ánimas o paraíso. Por eso a los niños no se los reñía, maltrataba ni pegaba, porque se creía que tenían la capacidad de decidir dejar el cuerpo y regresar definitivamente al paraíso. Y si fallecía, era porque su propio *xaxo* así lo había resuelto.

De las momias guanches encontradas hasta la fecha, ninguna de ellas pertenece a alguno de sus reyes o menceyes.

Juan Bethencourt Alfonso, posiblemente el estudioso que más ha indagado en la sociedad y cultura guanche, habla en su importante obra de la utilización del «bálsamo de los guanches» para el mirlado de los menceyes. Se desconoce la verdadera composición del líquido, cuya apariencia inicial de color miel, al solidificarse adquiere un color negruzco y su textura recordaría al asfalto. Posiblemente dicho líquido, empleado para estas momificaciones especiales, estaba hecho a bases de plantas y resinas, y con toda seguridad era el utilizado para la casta más elevada, tal y como también afirma la tradición.

Si bien es cierto que parte del proceso era el mismo tanto para nobles como para menceyes —lavar el cuerpo con agua salada, ponerlo al calor de las brasas para su secado, etcétera—, según cuenta la tradición, la continuación del proceso para los menceyes era diferente. El cuerpo del difunto rey era entonces desangrado, colgándolo de los pies y haciéndole una incisión detrás del cuello. Una vez vaciada toda la sangre, se le insuflaba por las venas y arterias el mencionado líquido, utilizando para ello el tallo hueco de una planta. El bálsamo tenía la propiedad de conservar el cuerpo por sí solo, siendo innecesaria la práctica de los otros procesos de momificación.

Los menceyes no eran envueltos en pieles curtidas ni tumbados, sino mantenidos de pie, y sobre su rostro se colocaba un trozo de piel curtida a modo de velo con las *tarjas* o marcas para su identificación.

CAPÍTULO 5

Tumbas sagradas, museos profanos

LAS CUEVAS SAGRADAS DE SAGADA

En un remoto lugar al norte de Filipinas existe un enclave casi inexplorado en el corazón de la región de Benguet que ha querido permanecer al margen de la civilización y se ha resistido al vertiginoso avance de la tecnología. De hecho, cuando en 1998 aterricé en el aeropuerto internacional Ninoy Aquino de Manila, más preocupado por el terrible bochorno que se respiraba y por entrevistarme con algunos de los psicocirujanos que operaban en la isla de Luzón, apenas tenía conocimiento de la existencia de esas cuevas sagradas, de su importancia arqueológica y antropológica, ni del gran interés que detentarían para mí.

Se trata de una pequeña y tranquila aldea anclada en las tradiciones ancestrales de la tribu de los igorotes, un grupo étnico de origen mongoloide malayo que habita en el noroeste de las tierras altas de Luzón. Cuando Filipinas fue colonizada por los españoles, muchas de las aldeas de este grupo se resistieron a la dominación. Protegidos por la inexpugnabilidad natural del paisaje, pudieron preservar de los invasores sus costumbres y creencias y lograron hacerlas sobrevivir hasta nuestros días. Durante los últimos años su mayor riesgo ha sido enfrentarse a los aventureros y descubridores sin escrúpulos que han pretendido aprovecharse del lugar. Sin embargo, y en más de una ocasión, estos especímenes tuvieron que salir presurosos de la zona narrando historias incomprensibles. ¿Supersticiones? Tal vez, pero lo cierto es que allí, donde pasado y presente se confunden, dicen los ancianos del lugar que están las puertas del reino de los muertos. Y no les falta razón, porque las cuevas de Sagada, en el interior de la jungla y a un kilómetro de la aldea, se alzan como murallas a nuestra vista. Convertidas en grandes cementerios naturales desde tiempos remotos, un paisaje estremecedor de cientos de tumbas colgantes, otras anárquicamente amontonadas, momias tatuadas y restos de ritos atávicos, nos muestran un universo mágico de culto animista.



Los ataúdes están en pequeñas cuevas donde eran apilados unos sobre otros. Su colocación cronológica es peculiar, los de los recién fallecidos se situaban debajo de los demás féretros.

Para llegar hasta nuestro destino hay que cruzar las extensas llanuras de la región de Luzón y, desde la interesante ciudad de Baguio, ascender la cordillera esquivando los montes Pulog y Data, los más altos del archipiélago.

Casi perdida en el espacio y en el tiempo, Sagada se encuentra rodeada de barrancos y cubierta de extensos bosques de helechos. Un lugar abrupto y antaño inaccesible de no ser por algunos caminos abiertos por buscadores de oro y misioneros a finales del siglo XVIII. Antes, ni el lugar ni sus gentes existían para la historia. Incluso hoy en día es difícil de encontrar, difuminada y escondida entre una constante niebla que otorga a la mágica jungla una humedad constante.

La historiadora y periodista Luisa Alba González nos narra de este modo el estrecho acceso a las cavidades de la necrópolis sacramental: «La humedad hace que los pies resbalen por el verdín de las piedras. Resulta difícil imaginar cómo pudieron descender hasta ellas los igorotes portando los ataúdes. La entrada parece un inmenso pozo donde reina la oscuridad, la quietud y el silencio. Se necesitan velas y linternas para dar luz a un espectáculo único. Ante nuestros ojos, abriéndose paso entre las luces y las sombras, los ataúdes dispuestos en hileras parecen como colgados entre las paredes desde un techo de piedra que se adivina en la profundidad de la cueva. Los hay de todos los tamaños y formas. Algunos parecen paralelepípedos, otros están diseñados como cascarones de nueces. Junto a los ataúdes, algunas monedas y amuletos. Todos ellos están sellados por el tabú; nadie se atrevería a tocarlos sin antes realizar una ceremonia de desagravio».

Aun así, un gran número de momias fueron extraídas de los cementerios para ser estudiadas y expuestas en el Museo Nacional de Filipinas. A pesar del control ejercido sobre estas piezas por parte del gobierno, desgraciadamente no ha podido evitarse la expoliación, como ocurrió en los enterramientos de las cuevas de Bontoc. Muchos de los robos los llevan a cabo ladrones de tumbas seducidos por las ofertas de los coleccionistas privados o de los magos negros de los alejados territorios de la Gran Cordillera. Éstos utilizan a las momias en sus ritos al existir la creencia de que quien posea un cráneo de un difunto controla su voluntad y tendrá eternamente a su servicio al espíritu descabezado.

Las momias de los enterramientos de Sagada tienen más de cinco siglos, y sus tatuajes, que se conservan en perfecto estado, no son sólo simples adornos, sino un código, un lenguaje mágico. Según los expertos, actúan en una doble vertiente, ya sea ésta durante la vida o en la muerte. En el primer caso indica el estatus social del individuo. Pero tras el deceso, tiene la misión de proteger al difunto contra los espíritus malignos que intentan atraerlo hacia el infierno, situado al otro lado del mundo intraterreno. Además, indican el lugar de origen, la familia a la que pertenece y los méritos realizados para, de este modo, alcanzar sin problemas el lugar que le corresponde orientado por los guardianes de los territorios de los difuntos. De hecho, el tatuaje es una práctica que ya se realizaba en estas latitudes durante el período Neolítico, habiéndose hallado pinturas rupestres en las cuevas de Taboec y en Mindanao, al sur de Filipinas, que representan a guerreros tatuados.

El *lakay* o chamán es el único miembro de la tribu que puede realizar los tatuajes. Para ello primero compone una mixtura a partir de un tinte obtenido a base de hollín de carbón vegetal de bambú y zumo de tomate, o bien con una mezcla a base de aceite de papaya y tinte de algodón azul. Finalmente, el compuesto líquido es introducido bajo la piel utilizando unos finos tallos de caña, donde forma dibujos y diseños monotemáticos.

En el caso de los vivos, los guerreros, jefes, curanderos y chamanes se tatúan todo el cuerpo, desde los pies hasta la cabeza; las mujeres se adornan las palmas de las manos y los brazos; las vírgenes el pubis, y las que son madres primerizas se pintan la espalda. También tatúan las figurillas protectoras familiares y algunos ídolos funerarios que colocan en las puertas de sus chozas.

Cuando se trata de los cuerpos de los difuntos, el chamán es el encargado además de decorar con el lenguaje de los dioses los cuerpos de los hombres importantes del poblado, y realizar ritos de desagravios a los espíritus cuando son molestados en sus tumbas o nombrados inapropiadamente por algún miembro del grupo. Además, y al igual que sucede en otros lugares del mundo, el *lakay* actúa de médium para pedir consejo, solicitar favores o reconciliar a los difuntos con los vivos o entre sí.

Todos los cadáveres igorotes son momificados según una costumbre ancestral. Como cualquier miembro o parte del cuerpo es sagrada por ser receptáculo del espíritu y haber sido impregnada por él, ninguna de las diferentes tribus que pueblan las islas

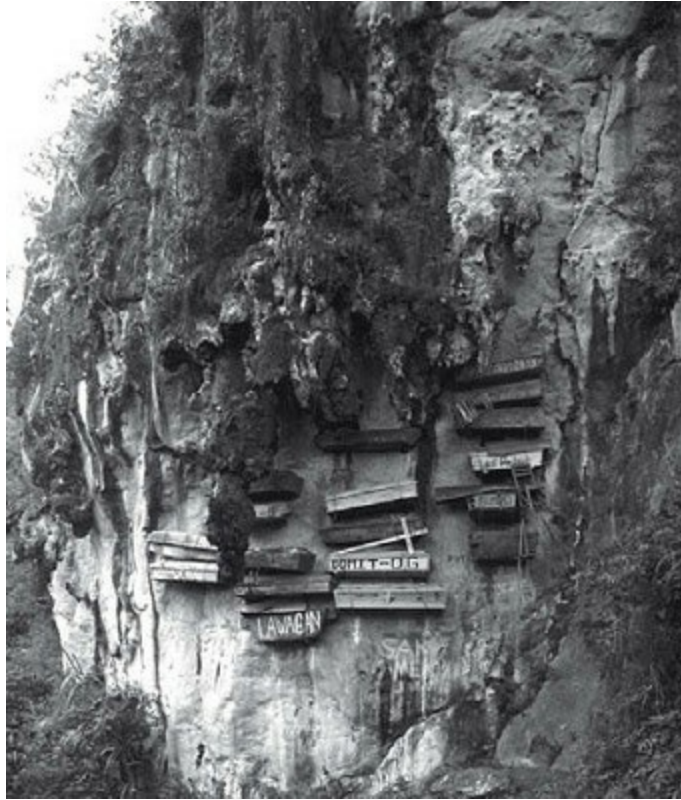
extraen las vísceras a los fallecidos. Sin embargo, y al igual que en otras culturas asiáticas, el proceso de momificación comienza antes de que se produzca la defunción. Consiste en desecar el cuerpo progresivamente, para lo cual el moribundo ingiere abundante agua salada con el fin de acelerar el proceso de secado y evitar la putrefacción de algún órgano, algo que, aunque a primera vista pudiera parecer una crueldad, sumerge al moribundo en un estado de sueño que, según los chamanes, es el principio de un estado de «trance místico» necesario para que el muerto acceda al «otro lado».



Cada persona, antes de fallecer, era la encargada de fabricar su propio ataúd; y si esto no era posible eran los hijos los responsables de hacerlo.

Una vez tiene lugar el deceso, el ritual dura siete días. Durante ese tiempo todos los orificios del cuerpo se taponan con gran cantidad de hojas secas, que son cambiadas diariamente una vez se han empapado de los fluidos corporales. Al mismo tiempo el difunto es ahumado por dentro para acelerar el proceso de secado, para lo cual se encienden pequeñas hogueras y sahumerios a su alrededor y se le llena con humo de tabaco la nariz y la boca.

Transcurridos los siete días, el difunto es sentado en una silla y velado ante la puerta de la choza familiar, haciéndolo partícipe del festín al que son invitados todos los familiares y amigos —costumbre que curiosamente también era practicada en los rituales mortuorios de los guanches, en las islas Canarias—. La gente se dirige y habla con él tratando de convencerlo para que se dirija al lugar donde se encuentran los reinos de la muerte.



Al igual que en China, las tribus kankanaey también colgaban los féretros en los acantilados.

Una vez terminado el proceso de momificación, el cadáver permanecerá la última jornada en la entrada de la aldea con el único propósito de dialogar con los dioses y los espíritus benefactores que lo ayudarán en su tránsito a la morada eterna. Al día siguiente, y sentado sobre la misma silla, el muerto es llevado en procesión hasta la cueva donde será finalmente introducido en su ataúd.

Los ataúdes se preparan en vida. Cada habitante se construye el suyo propio y lo coloca en el lugar elegido junto a los de familiares o amigos predilectos. Existe la prohibición absoluta de abrirlos, ya que, según la creencia, hacerlo es una profanación y los espíritus ocasionarían desgracias a quien se atreviera a llevar a cabo semejante acción.

LAS SAGRADAS TUMBAS COLGANTES CHINAS

Uno de los grandes enigmas arqueológicos de China es el descubrimiento de miles de ataúdes que fueron colgados en cuevas inaccesibles y escarpados acantilados a lo largo y ancho de su geografía. Su peso llega a alcanzar los quinientos kilos, la mayoría de ellos están tallados en un solo bloque de madera y llegan a alcanzar los quinientos kilogramos de peso.

Su datación más antigua corresponde al siglo VII a.C., sin embargo, los más importantes no fueron descubiertos hasta la década de los años setenta del pasado siglo, cuando, a causa del desgaste producido por el tiempo, las puertas de madera que protegían las cuevas terminaron por desmoronarse y permitieron vislumbrar los extraños y secretos enterramientos que se ocultaban en su interior. Los arqueólogos consideran que los antiguos ataúdes pertenecen a la tribu baiyue, antigua minoría étnica que poblaba la montaña Longhu, lugar sagrado del taoísmo, y que acostumbraba a vivir cerca del agua. En la actualidad, un equipo internacional de arqueólogos procedentes de China, Estados Unidos y la República de Corea están investigando dicha montaña sagrada, al sur del río Yangtsé, donde se siguen descubriendo nuevos féretros.

Los habitantes de las zonas cercanas nunca pudieron acceder a dichas cuevas, posiblemente por ello en algunos de los enclaves inventaron leyendas sobre las criptas naturales asegurando que en su interior habían sido escondidos tesoros incalculables y libros sin palabras escritos por los mismísimos dioses.

Pero ¿cómo pudieron los antiguos chinos subir y colgar en lugares tan inaccesibles féretros de hasta quinientos kilos...? Los expertos que están realizando actualmente las investigaciones reconocen que todavía no saben demasiados detalles sobre esta peculiar costumbre funeraria. En la antigüedad se utilizaban tres métodos de construcción, entre ellos el de estacas de madera. Se tallaban dos o tres agujeros en el acantilado y se insertaban las estacas sobre las que se sostenía el ataúd. Otro sistema es conocido como «talla en cavernas», cuyas paredes se cincelaban en dirección horizontal o vertical para colocar los ataúdes. El tercero consistía en aprovechar las cuevas y grietas naturales para colocar los féretros.



Ataúd en Bawuxia, en la región china de Tres Gargantas.

El ataúd, hecho generalmente de madera, era más ancho en su parte superior y más angosto en la inferior —forma de barco—, y se ensamblaba con broches de presión y espigas. El difunto era acostado boca arriba con el cuerpo envuelto en un sudario de lino, y junto a sus pies se colocaban los artículos funerarios tales como objetos de cerámica, bambú, martillos de madera, espadas de hierro y tejidos de lino o de seda.

Existen varias teorías que tratan de explicar el enigma de esta costumbre funeraria. Algunos investigadores apoyan su punto de vista en razones religiosas, afirmando que los antiguos pobladores creían que de este modo el difunto estaba más cerca del cielo y, por lo tanto, el acceso al paraíso era más inmediato, con lo que podían proteger a sus familiares y proporcionarles buena fortuna. Otra teoría, más práctica que religiosa, atribuye la explicación a que las zonas donde se practicaron estas costumbres funerarias son propensas a corrimientos de tierra e inundaciones, por lo que dicho sistema sería la forma más segura para que los muertos descansaran en paz.

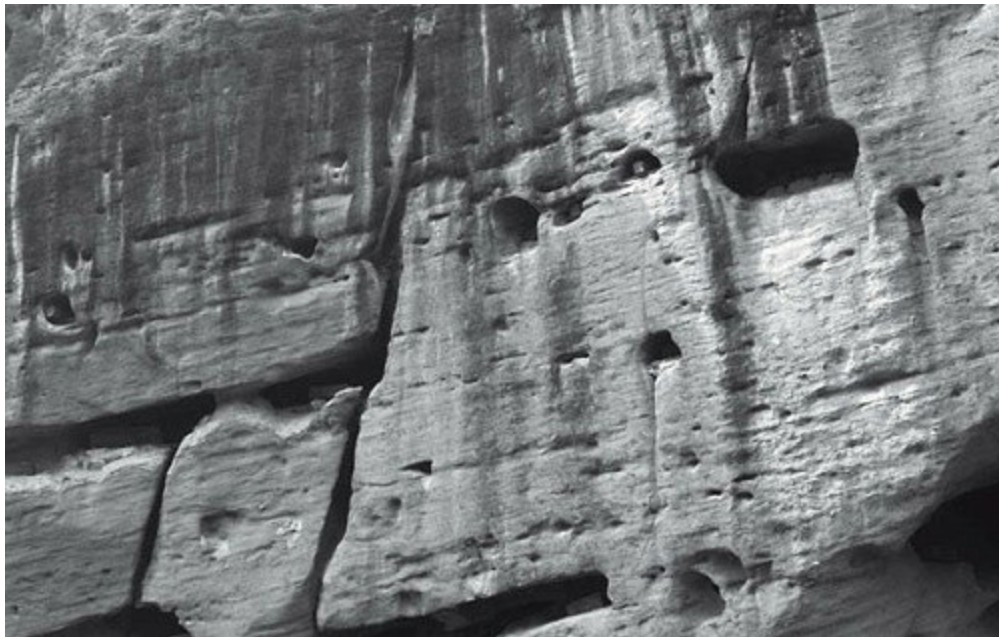


Los ataúdes se encuentran en los acantilados del río Yangtsé.

El hallazgo de mayor importancia tuvo lugar en marzo de 2003 en la provincia central de Guizhou. Se trata de una sima sepulcral con más de mil ataúdes —la mayor concentración de ataúdes colgantes de toda China— instalados a diferentes alturas que

segúan un orden genealógico, situando las generaciones más antiguas encima de las más jóvenes.

Sin embargo, son varias las zonas del país asiático donde han sido halladas este tipo de sepulturas. Cabe destacar las encontradas en el distrito de Gongxian —provincia suroccidental de Sichuan—, donde fueron hallados más de trescientos ataúdes colgantes pertenecientes a la enigmática etnia de los bo, una de las 56 minorías nacionales de la antigua China que curiosamente aún sigue preservando la singular costumbre de colgar las tumbas de sus familiares en los precipicios. Gracias a su extrañeza, han sido incluidas entre las reliquias culturales de preservación prioritaria del país.



Ataúdes del pueblo Guyue en los acantilados del monte Longhu, en Jiangxi, China.

Y no podemos pasar por alto los no menos inquietantes ataúdes de Bawuxia, situados en la orilla del río Yangtsé, en la región de las Tres Gargantas —en el centro de China—. Su peculiaridad radica en que muchos de ellos encierran en su interior a una pareja. Se cree que cuando uno de los hombres de la localidad fallecía, se mataba a su mujer para que le hiciera compañía en el más allá.

¿CATACUMBAS O MUSEO DE LA MUERTE?

Las catacumbas de los capuchinos de la ciudad siciliana de Palermo acogen más de 8.000 cadáveres, entre esqueletos y cuerpos momificados, depositados en ellas entre los años 1599 y 1880. Del total, se calcula que existen unas 850 momias, muchas de ellas naturales y otras cuya momificación ha sido intencionada.

Según rezan los panfletos turísticos de las catacumbas, «se puede considerar un museo de la muerte cuya historia se inicia en el siglo XVI con el descubrimiento, por parte de los monjes capuchinos, de un fenómeno de momificación natural que se daba durante la exhumación de algunos restos». Y es que los monjes se instalaron en el convento en 1534, junto a los muros de la iglesia de Santa María della Pace. Los hermanos que fallecían eran arrojados a una cripta excavada. Pero cuando en 1599 profundizaron en dicho lugar con el propósito de ampliar el recinto de sepelio y dar ordenada sepultura a los difuntos hasta la fecha fallecidos, aparecieron más de cuarenta cuerpos en un excelente estado de conservación. La carne estaba flexible aunque algo momificada, sin muestras de putrefacción. El fenómeno fue atribuido a las corrientes de aire que había en el lugar, a la configuración química del suelo y a estar en una zona totalmente seca. Las catacumbas se fueron ampliando hasta el año 1732, fecha en la que alcanzaron la longitud que tienen en la actualidad. Hoy día todavía es posible ver a fray Silvestre da Gubbio que, con el cartel indicador de haber fallecido el 16 de octubre de 1599, es la momia más antigua del lugar.

Aun a pesar de las facilidades existentes para que los cuerpos se conservaran, los mismos frailes utilizaron algunas técnicas para garantizar totalmente el resultado. De hecho, entre los siglos XV y XVII, los seglares solían pedir que se los enterrara en suelo monástico, siendo la principal razón por la que en Italia existen un gran número de momias naturales, sobre todo en la zona sur del país, cuyo clima contribuye a que se pueda producir el fenómeno de incorruptibilidad con mayor facilidad.

En la obra de fray Benedetto Sambenedetti, *Vita de Fra Bernardo de Carbone*, encontramos las primeras referencias sobre la momificación artificial que realizaban los frailes capuchinos: poseían un lavadero para los cadáveres, y unos coladeros o celdas donde los difuntos eran colocados para que se secaran durante ocho meses; una vez transcurrido ese tiempo, los cuerpos eran enjuagados con vinagre en otro lugar cerrado y expuestos al aire libre durante varios días más. Cuando los difuntos ya estaban listos, eran vestidos con sus ropas para ser colocados en los nichos o en cajas de madera que se ubicaban a lo largo de los corredores de las catacumbas. Existen documentos en la orden que explican que los cuerpos eran bañados en arsénico y cal. Esta medida preventiva se utilizaba en períodos de epidemias, aunque también se empleaba en otras épocas bajo la idea de que los muertos por envenenamiento de arsénico se conservaban en muy buen estado.



Muchas de las momias de las catacumbas capuchinas poseen un cartel identificativo.

Hasta el siglo XVII, en Palermo siguieron la costumbre de los franciscanos del culto a los muertos, con sepulturas exclusivas para los hermanos de la orden, y no aceptaban el entierro de seglares particulares. Sin embargo, esto cambió a principios del siglo XVII debido al traslado de los conventos a la periferia de la ciudad, donde tenían que construir capillas a expensas de algún benefactor, que a veces les cedía un edificio con la condición de que a su muerte fuera enterrado en él, reservándose así el derecho de sepultura. Fue por un decreto de la Santa Sede en 1637 que se concedió permiso a los capuchinos para enterrar en sus cementerios a extraños a la orden. Así se cumplía el deseo de los fieles de reposar cerca de las reliquias de los santos y en la iglesia, pensando que de este modo estarían en lugar santo y más cerca de la oración.

A partir de entonces la cripta se empezó a llenar con cientos de cadáveres seglares de hombres, mujeres y niños. En algunos casos hasta escribían una especie de testamento en el que exponían cuál debía ser el atuendo con el que querían permanecer momificados, o las veces que deseaban ser cambiados de vestuario por sus familiares a través del tiempo; desde ropajes militares y trajes de vestir, hasta prendas clericales, todo era válido para permanecer en exposición voluntaria hasta la eternidad.



Los 8.000 cadáveres de las catacumbas de Palermo, unos momificados, otros totalmente deteriorados, dejan justo un pasillo a lo largo de los corredores por el que el atrevido visitante tiene que circular.

Los cuerpos, momificados o no, abarcan todas las criptas, donde estaban distribuidos por sectores: hombres, mujeres, niños, sacerdotes, monjes y los pertenecientes a asociaciones gremiales y profesionales. Situados de pie, colgando de las paredes o tumbados en sus ataúdes sin tapa... un alucinante y macabro espectáculo más digno de una película de terror que de unas catacumbas cristianas. Escritores, jueces, sacerdotes, doctores, pintores, oficinistas, soldados..., personajes anónimos y otros ilustres, todos tienen su sitio en las atestadas paredes. Entre los personajes más insignes que destaca el panfleto turístico al cual me refería al principio, cabe mencionar la referencia en sus archivos de un caso en especial: el pintor español Velázquez, cuyos restos fueron buscados a principios del presente siglo en una céntrica plaza madrileña.



Entre ellos destaca el cuerpo embalsamado de Rosalía Lombardo quien, a pesar de haber fallecido en 1920, se mantiene como si estuviera durmiendo en vida.

Mención especial requiere el caso de la niña Rosalía Lombardo, posiblemente el caso más espectacular que se puede observar en las catacumbas. Rosalía falleció en 1920 a la tierna edad de dos años, y al ser depositada en la cripta se le inyectó un líquido en las venas. Desde entonces, su aspecto se mantiene con la misma frescura que antaño: con un semblante plácido, las mejillas sonrosadas, los cabellos cayendo sobre su frente y los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo un sueño eterno, apariencia por la que es conocida como la Bella Durmiente. El procedimiento fue llevado a cabo por el doctor Solafia quien le administró un compuesto de productos químicos cuya fórmula era, y sigue siendo, secreta.

Pero al igual que las catacumbas de Palermo, hay otras muchas construcciones donde las condiciones parecen ser idóneas para que se produzca la momificación natural y espontánea. Es el caso de la cripta de la catedral de Bremen, en Alemania. Todo empezó cuando, durante el siglo XVIII, un joven cayó en la cripta y murió, siendo descubierto muchos años después en un excelente estado de preservación. Al poco tiempo, los miembros de la aristocracia alemana pidieron ser enterrados en el lugar, y en la actualidad sus cuerpos momificados pueden ser vistos en los ataúdes abiertos. Pero los motivos de asombro aún no han acabado: incluso los animales allí encontrados han quedado momificados con el tiempo, y su carne se ha vuelto como el cuero, aun cuando el aire fresco circula libremente a través de las ventanas abiertas. Los especialistas han

llevado a cabo experimentos en la cripta, pero a pesar de que la preservación en este lugar es aún inexplicable, se ha podido observar que cierta radiación contribuye a que se produzca tal fenómeno.

EL HUMOR NEGRO EN GUANAJUATO

Situada a unos 365 kilómetros al noroeste de la capital mexicana, Guanajuato es una de las más hermosas ciudades del país a la que se ha otorgado el distintivo de Patrimonio de la Humanidad. Tras la independencia mexicana, y con Benito Juárez como presidente, Guanajuato fue capital del país, y en la actualidad ocupa un lugar muy destacado dentro del panorama cultural de México.

Sin embargo, no es su belleza la que nos llama la atención, sino un museo que se ha convertido en uno de los principales atractivos turísticos de la ciudad. Es el Museo de las Momias, una brutal lección de antropología cultural y de filosofía fatalista, un lugar donde la extravagancia mortuoria toca fondo, un lugar en el que hasta la muerte ha aprendido a sonreír.

A diferencia de otros museos arqueológicos del mundo, los cuerpos momificados de este recinto no interesan por su edad milenaria. En realidad son muertos más o menos recientes que, al igual que ocurre en otros cementerios, se han conservado por las condiciones singulares del lugar. Su atractivo es un producto a medio camino entre el miedo y la morbosidad, tanto es así, que un buen número de sus visitantes se han desmayado nada más entrar.



Muchas de las momias del museo de Guanajuato están expuestas de pie y sin ropa.

Antaño, durante las guerras revolucionarias, los cementerios de Guanajuato estaban repletos y no podían asumir más enterramientos. Para las familias más pudientes eso no suponía ningún problema, ya que, como solía ocurrir, sepultaban a sus difuntos dentro de las iglesias, en el lugar más cercano al altar, confiados en que así serían los primeros en ser reconocidos en el momento de la resurrección. Sin embargo, ante el acuciante problema y bajo la petición del ayuntamiento local, en 1853 el gobierno estatal se ve en la obligación de construir el Panteón Municipal. Tras su inauguración en 1861 los espacios se ocuparon rápidamente, por lo que, cada vez que el cementerio local requería sitio para depositar nuevos muertos, las tumbas antiguas eran desocupadas, dándose cuenta entonces de que la mayoría de los cuerpos permanecían incorruptos. Las familias acomodadas pagaban para que los restos de sus parientes difuntos fueran troceados «a golpe de machete», pero quienes no disponían de esos recursos para resolver el trámite, veían como sus familiares eran apilados en fosas.

Más tarde, se optó por arrendar las tumbas, y desde entonces, cada vez que se desahuciaba a un difunto porque sus familiares no pagaban la cuota, y se descubría que permanecía incorrupto, en lugar de ir a una fosa común estaba condenado a ser expuesto en el sótano del panteón. De este modo las momias acumuladas se fueron colocando en dos filas a ambos lados del corredor creando una imagen tétrica y morbosamente atractiva, una malsana curiosidad que el cineasta alemán Werner Herzog —conocido por utilizar imágenes reales para filmar— utilizó en 1979 para su película de terror *Nosferatu*, creando desde el principio el ambiente adecuado que caracteriza al filme.

En la actualidad las momias —cabe aclarar que todas proceden del Panteón Municipal de Santa Paula— están en el museo, colindante al panteón y que recibe, en temporada baja, cerca de mil visitantes cada día, y en época festiva o vacacional, alrededor de cinco mil, habiendo alcanzado el récord de ocho mil curiosos.

La primera y más antigua de las 111 momias que actualmente conforman la colección corresponde al médico francés Remigio Leroy, exhumado el 9 de junio de 1865 del nicho 214. La más joven de ellas tan sólo lleva 21 años expuesta. Todas ellas permanecen en el interior de vitrinas, que solamente son abiertas dos o tres veces al año para ser fumigadas y desempolvadas. Y no sólo por una cuestión de higiene, sino porque el público las tocaba y maltrataba para ver si eran reales o de cartón, e incluso les arrancaban trozos para llevárselos como recuerdo.

Pero ¿cuál es la causa de su momificación natural? Según explica Felipe Macías López, director del museo, «al principio se pensaba que la tierra era la responsable por los minerales que contiene; sin embargo, los cuerpos exhumados presentaban todos los signos de descomposición típicos en un cadáver. La clave está en las criptas arcillosas o calizas y el medio ambiente húmedo. Al combinarlos se crea una condición hidroscópica,

es decir, hay un control natural de humedad y temperatura, lo cual evita que las larvas y demás insectos que intervienen en el proceso de putrefacción afecten el cuerpo. En pocas palabras, la piel y los tejidos se deshidratan».



Ignacia Aguilar fue enterrada viva según narra la crónica. En el semblante de su cuerpo momificado es posible observar la ansiedad y el sufrimiento padecidos.

En el recorrido por el museo, el visitante va conociendo uno a uno a todos los difuntos que ocupan las vitrinas gracias a las narraciones que los guías van contando, casi dramatizando, sobre su vida...:

La tapa del sarcófago estaba rasguñada. El brazo izquierdo depositado sobre su estómago, sus manos entrelazadas tapando la mueca de agonía causada por la asfixia, o quizá intentando pasar los brazos por encima de la cabeza como un último y desesperado esfuerzo por alcanzar la superficie. Ignacia Aguilar fue enterrada viva. Padecía ataques epilépticos, enfermedad poco común y sobre la cual no se sabía mucho a mediados del siglo XIX. Tras un ataque, tanto su doctor como el médico forense la declararon muerta.

Seguramente Ignacia se llevó un terrible susto al despertar y encontrarse sepultada en un ataúd. Pero mayor fue la sorpresa que se llevaron las autoridades del panteón municipal años más tarde, al encontrar una momia en lugar de un montón de huesos polvorientos cuando exhumaron los restos de la señora Aguilar del nicho mortuario, debido a que había expirado su título de propiedad en el camposanto. Al fin, aunque demasiado tarde, las súplicas de doña Ignacia fueron escuchadas y alguien abrió el ataúd...

Los guías rara vez hablan de «cuerpos», sino que se refieren a ellos por sus apodosos o sus nombres: don Justo Hernández alias «el Hacendado», «La China», única oriental del lugar, Jaramillo, «el Revolucionario»... Y es que todos los inquilinos del museo tienen

nombre, edad, oficio, fecha de nacimiento y de muerte. Algunos permanecen totalmente desnudos, genitales incluidos; otros todavía están vestidos con los atuendos con los que fueron enterrados.

Hay casos en que la causa de la muerte está a la vista, como el cuerpo de un joven que murió en una operación de peritonitis, con una cicatriz mal cerrada en la parte baja del abdomen. Junto a éste, vemos la momia de un campesino que aún viste los jirones de unos pantalones azules. En un punto de su cabeza es posible advertir una protuberancia importante que nos revela el tumor que le segó la vida.

Pero con total seguridad, las estrellas de la muestra son dos momias en especial. Se trata de una mujer embarazada que no pudo sobrevivir al parto y cuyo vientre abultado y seco cae a un lado de su cuerpo. Cuando se descubrió esta momia, tenía junto a ella el cadáver momificado de su hijo, un feto que no alcanzó a vivir y que, según reza un cartel situado sobre él, se ha convertido en la «momia más pequeña del mundo». Investigaciones realizadas por National Geographic revelaron que esta mujer tenía cuarenta años al morir. La constitución de sus huesos indicó que no recibía la nutrición necesaria para continuar con un embarazo a tan avanzada edad.

El feto mide entre 19 y 20 centímetros y presenta un período de gestación de cinco o seis meses. Según los estudios realizados, probablemente murió al nacer, o tal vez nació muerto. El niño comparte vitrina con otras desafortunadas criaturas, destacando un par de gemelos de unos cuantos meses de vida que, sentados en unas almohadillas y con las cuencas de los ojos vacías, visten sus pequeños trajecitos bordados...



Según cita su identificación en el museo, esta momia está considerada como la más pequeña del mundo.

¿Cómo reaccionan los visitantes ante tal despliegue de morbosidad? A decir verdad, entre la gente que lo visita hay opiniones de todo tipo, «como en botica». Algunas personas salen encantadas; otras, las menos, piensan que es una falta de respeto hacia los muertos. Es sabido que el pueblo mexicano ha hecho de la muerte un ser cercano, de la sangre una ofrenda y de los funerales una fiesta. Su imaginería se ha plagado de calaveras y calacas —esqueletos—, y consideran una especie de sortilegio tener a un muñeco que simboliza la muerte en la mano, y lo hacen de tal forma que desconciertan al turista. Lo cierto es que pocas culturas están tan ligadas a la muerte como la mexicana. En los pasillos del museo alternan fotos de niños muertos con caricaturas y chistes de calaveras, de esqueletos y del personaje alegórico de la muerte. De hecho, los habitantes de Guanajuato se enorgullecen de poseer uno de los museos más visitados del país, y ven a las momias con fascinante admiración más que con morbo. Ahora bien, ¿nos gustaría realmente que, tras nuestra muerte, nos convirtiéramos en una momia encerrada tras una vitrina y fuéramos observados cada día por miles de ojos?

No quisiera abandonar este museo sin hacer un último y curioso comentario. Fue a partir del año 2007 que el gobierno municipal rediseñó el viejo Museo de las Momias para que su exhibición se hiciera con un sentido temático, tratando de eliminar en cierta medida el aspecto lúgubre del que tanto había hecho gala para transformarlo en un museo más didáctico y con una infraestructura más adecuada. Desde entonces la exposición viene a recibir un promedio de cuatro mil visitantes diarios, lo que supone unos ingresos de veinte millones de pesos mexicanos al año —alrededor de 1.200.000 euros—. Con esos beneficios, y tras la realización de las mejoras estructurales, ha habido varios intentos de que el museo cotice en la Bolsa de Valores mexicana. Aunque a día de hoy todavía no lo han conseguido, sus responsables siguen barajando esa posibilidad.

Como dice el refrán: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». Y es que hasta la muerte es un negocio...

CUARTA PARTE

Entre la leyenda y la realidad

CAPÍTULO 6

Antropofagia y canibalismo

El 12 de noviembre de 1944 el Kempeitai (policía militar del Ejército Imperial Japonés) decapitó a un piloto aliado. Yo vi esta escena desde detrás de un árbol y observé a algunos de los japoneses cortando carne de sus brazos, piernas, caderas, nalgas y llevársela hacia sus cuarteles... La cortaron en pequeñas piezas y la frieron.

HAVILDAR CHANGDI RAM,
prisionero de guerra de India.

Me gusta la carne humana porque es más salada y más blanda que la animal. En un banquete, es lo que más extraño cuando estoy fuera de mi país.

IDI AMÍN DADÁ,
dictador de Uganda entre 1971-1979.
También conocido como el «Calígula ugandés»,
o el «Carnicero de Kampala».

La antropofagia o canibalismo ha sido practicado de una u otra forma por los pueblos del mundo entero en alguna de sus fases evolutivas o momentos históricos. Por mucho que a algunos les cueste aceptar el hecho, esta práctica, que nuestra cultura actual considera absolutamente antinatural, fue común y corriente en el pasado. Prueba de ello la tenemos en las abundantes investigaciones que se han venido realizando y en los numerosos documentos históricos escritos por los cronistas de diferentes épocas.



Canibalismo de los indios tupinambas de Brasil. Grabado de Theodore de Bry (1557).

Resulta imposible discernir cuándo surgió el hábito del canibalismo, si bien es cierto que a la luz de las investigaciones que se han venido llevando a cabo en los importantísimos yacimientos arqueológicos de Atapuerca, el *Homo Antecessor* ya lo practicaba hace 800.000 años. Y un dato revelador: no fue a consecuencia de una hambruna, ni practicado con alguna intención ritual, sino que con toda seguridad fue realizado como un acto ancestral de canibalismo gastronómico.

Según detalla el informe de las investigaciones realizadas por el Instituto Catalán de Paleoeología Humana y Evolución Social (Iphes), publicadas en la revista *Current Anthropology*, «la antropofagia debía de estar aceptada e incluida en su sistema social, ya que no se trató de un evento puntual. Por lo tanto, nos encontramos ante el caso de canibalismo cultural más antiguo conocido hasta el momento. Queda aún por saber si se comieron entre miembros de una misma especie o eran distintas. En este último caso deberíamos hablar de canibalismo de género».

Aunque existen diferentes formas de antropofagia dependiendo de la intencionalidad de su práctica, a veces se encuentran tan ligadas que no se sabe dónde termina lo simbólico, ritual, ceremonial, mágico-religioso y dónde empieza el hambre, la necesidad de proteínas y el hábito alimentario adquirido con la práctica constante de la ingestión de carne humana.

Es el caso que nos narra fray Francisco de Bobadilla (1538) sobre las costumbres caníbales de los indios de Nicaragua. El fraile le pregunta a uno de los jefes:

«Esta carne humana que comes, ¿cómo lo haces, es a falta de manjares o por qué?» A lo que el indio contestaba: «Se corta la cabeza al que ha de morir y hácese al cuerpo pequeños pedazos y aquéllos échanse a cocer en ollas grandes y allí échase sal y ají y lo que menester para guisarlo. Después de guisado traen cebollas de maíz y con mucha alegría golosa siéntanse los caciques en sus duhos y comen de aquella carne y beben mazamorra y cacao. Y la cabeza no la cuecen ni asan ni comen: pero pónese en unos palos que están fronteros de los oratorios y templos. Y ésta es la ceremonia que tenemos en comer de aquesta carne la cual nos sabe como los pavos o puerco, que es precioso manjar entre nosotros y este manjar de la carne humana es muy preciado».

CANIBALISMO RITUAL

El canibalismo ritual o religioso ha sido practicado por el ser humano en todos los continentes y latitudes, y normalmente está ligado al sacrificio humano. Según el antropólogo escocés sir James George Frazer, esta costumbre tiene su origen en los pueblos de la antigüedad que comían simbólicamente a sus dioses para adquirir sus poderes. En la Antigua Grecia se consumía el cuerpo de Dioniso, dios del vino, en forma de trigo, y bebían el vino que representaba su sangre. Este ritual simbólico es repetido en las misas de la religión católica cuando los fieles reciben el cuerpo de Cristo en la hostia sagrada y los sacerdotes beben el vino que representa la sangre del Hijo de Dios.



Adoración del diablo y canibalismo en Sudamérica. Grabado de Caspar Plautius (1621).

Los pueblos indígenas o de tradición ejecutan la ceremonia con el fin de que las cualidades del enemigo —habilidad, inteligencia, fuerza física, valor— se transfieran a la persona que ingiere la carne y se incorporen a su ser. La creencia de estos pueblos se

basa en que, al sacrificar a una persona, se libera una poderosa energía —*numen* para los antiguos romanos, *téotl* para los aztecas, *mana* para los polinesios...— que manipulada convenientemente en un ritual podría ser empleada para conseguir beneficios personales o para la propia tribu.

El canibalismo debía ser necesariamente ritual, porque de lo contrario se convertiría en un crimen y sería rechazado por la comunidad. Por esta razón, el doctor Arthur Bordier, antropólogo francés y fundador de la Sociedad de Medicina, llegó a la conclusión de que el hombre debió de entender que comerse a uno de su propia tribu era contrario a la confianza y la seguridad; en consecuencia, practicó lo que él mismo denominó exofagia humana: comer a alguien de distinta tribu, es decir, al enemigo vencido, y de este modo podría, además, asimilar e integrar en sí mismo las virtudes guerreras de sus enemigos.

Aunque, como he mencionado antes, el canibalismo tuvo lugar en los pueblos de todo el orbe, las tres grandes zonas de canibalismo ancestral han sido África, América y Oceanía.

La costumbre de incorporar al muerto a la propia sustancia está relacionada con la idea de adquirir sus cualidades, pero en África también se realizaba para aniquilar el alma del difunto e impedir su regreso. En estos casos era suficiente con digerir el hígado del muerto para evitar la venganza de su espíritu.

En el canibalismo ritual africano consideraban que las virtudes de cada guerrero estaban ubicadas en zonas concretas de su cuerpo. A este respecto, sir Frazer decía que «entre las tribus montañosas del África suroriental siempre que matan a un enemigo de relevante valentía, su hígado, considerado asiento del valor; sus orejas, supuestos asientos de la inteligencia; la piel de su frente, que se cree es el lugar de la perseverancia; sus testículos, tenidos como centros de la fuerza, y otros miembros considerados como el asiento de otras virtudes, se separan del cadáver y se incineran. Guardan las cenizas con mucho cuidado en un cuerno de toro, y durante las ceremonias observadas en la circuncisión las mezclan con otros ingredientes formando una especie de pasta que es administrada por el sacerdote tribal a los jóvenes. Por este medio, la fuerza, el valor, la inteligencia y otras virtudes del muerto se transmiten, en su opinión, a quienes la ingieren. Cuando los basutos de las montañas han matado a un enemigo muy bravo, inmediatamente le arrancan el corazón y se lo comen, porque ello les dará valentía y fuerzas para batallar».

Otros pueblos, como los fang, de Gabón, alcanzaron gran fama como comedores de carne humana. Tanto es así que no tienen cementerios, durante las batallas no hacen prisioneros de guerra y no tienen esclavos. Además, practican la compraventa de cadáveres o los canjean con los de otras tribus vecinas.



Ritual caníbal junto a Mictlantecuhtli, dios de los muertos. Códice Magliabechiano (siglo XVI).

Mención aparte requiere el caso de los albinos en el África negra, quienes han sufrido históricamente el acoso y la persecución a causa de las creencias religiosas. Entre la etnia de los bambara, que viven en la zona oeste africana, era costumbre sacrificar víctimas humanas a sus dioses. Para ello elegían a un albino que, o bien era cortado en dos por una cuerda a la altura del vientre, o bien se le hundía un tallo de bambú en la garganta. Curiosamente, la lengua, la nariz y los ojos eran consumidos por su familia y el cráneo se enterraba en el patio de la casa.

La persecución a los albinos en el continente negro llega desgraciadamente hasta nuestros días, donde periódicamente se realizan verdaderas cacerías humanas —como ocurrió en el año 2008 en Tanzania— ante la indiferencia de la policía. Dichas cacerías están amparadas en las creencias supersticiosas de brujos tribales que aseguran que la piel, la sangre y otras partes del cuerpo de los albinos poseen todo tipo de cualidades mágicas.

La práctica del canibalismo en América existía mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a esas latitudes. Aztecas, mayas, guaraníes, mexicas tupinambas y caribes —de donde deriva el término caníbales—, son una muestra de lo extendida que estaba dicha costumbre.

Si bien es cierto que los conquistadores españoles se encontraron con diferentes pueblos antropófagos, en muchas ocasiones exageraron las descripciones en sus relatos con el fin de demostrar a la Corona que la empresa era realmente difícil y de costoso mantenimiento. Además, de esta manera justificaban la captura de esclavos y sus

discutibles acciones —en muchas ocasiones desmesuradas y abusivas— sin trabas burocráticas, basándose en las Leyes de Indias establecidas para acusar a un indígena: rebelión, homosexualidad y canibalismo.

De los aztecas sabemos que practicaban tanto el canibalismo ritual como el gastronómico, y no sólo eso, sino que según afirman algunos historiadores y antropólogos, también lo fomentaban. Al parecer eran tantos los sacrificados en sus rituales que obtener víctimas llegó a suponer un problema. Esclavos, prisioneros de guerra, fugitivos... Los padres ofrendaban voluntariamente a sus hijos para ser sacrificados en la fiesta de Tlaloc, e incluso los pobres vendían a sus hijos en el mercado.

El sacrificio ritual ordinario se realizaba en un altar que estaba en la parte más alta de la pirámide escalonada o *teocalli*. Sobre la piedra se apoyaba el torso de la víctima de manera que piernas, brazos y cuello quedaran colgando, dejando expuesto el pecho. Cuatro sacerdotes sujetaban las extremidades, y el quinto, pintado de azul, el color de los sacrificios, le abría el pecho con un cuchillo de piedra, le arrancaba el corazón con la mano y se lo ofrecía a la divinidad en un recipiente de obsidiana. Con la sangre que manaba del corazón teñían los labios de los ídolos, y luego lo quemaban o era devorado por los mismos sacerdotes. El cuerpo era arrojado por las escaleras del templo, y los familiares y amigos, que también participaban en el ritual, recogían los restos del cuerpo sin vida destrozado por la violencia de la caída. Una vez abajo, le cortaban la cabeza y se la entregaban a los sacerdotes para que la conservaran en un recinto especial conocido como «casa de los cráneos». Las vísceras eran ofrecidas a los animales y el cuerpo se troceaba y se cocía con maíz para celebrar el banquete sagrado.



Las narraciones de los cronistas cuentan que cuando los aztecas celebraban los grandes rituales que solían durar varios días, se llegaban a sacrificar hasta diez mil víctimas en una verdadera orgía de sangre. Mientras en las alturas los sacerdotes iban sacrificando con una crueldad frenética a los inmolados entre gritos desgarradores, el pueblo iba devorando en un horrendo y febril banquete los cuerpos que caían rodando por las escaleras.

Los mayas, sin embargo, carecían de la brutalidad natural y barbarie de que hacían gala los aztecas. Aun así, y a pequeña escala, además de realizar ofrendas animales, también llegaron a practicar el sacrificio humano, si bien tardíamente.

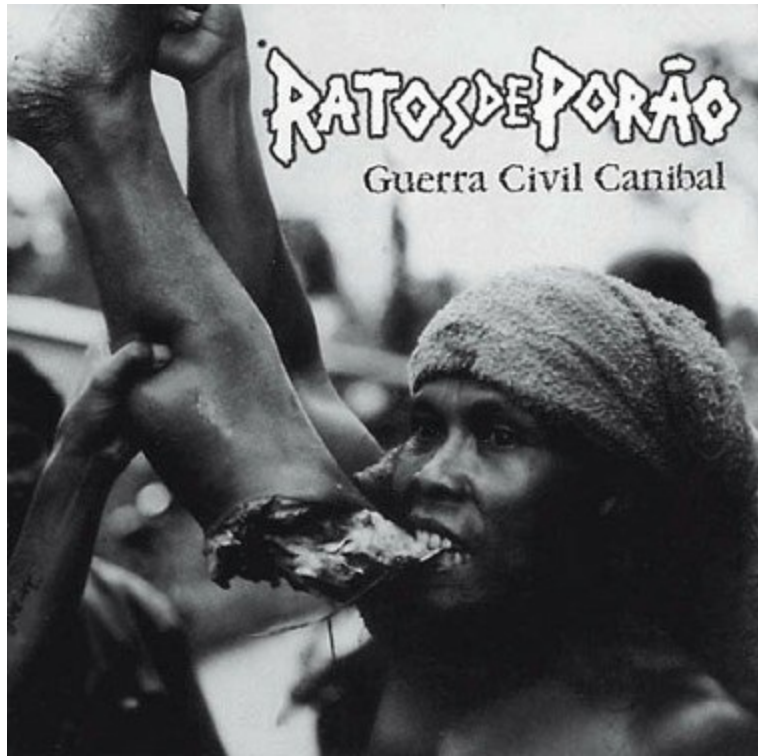
El ritual maya era muy parecido al sacrificio azteca. Tras arrancarle el corazón en el altar, el cuerpo era arrojado por las gradas del templo, y al llegar abajo, era completamente desollado salvo los pies y las manos. El sacerdote cubría su cuerpo con la piel de la víctima y bailaba mientras entre todos los presentes daban cuenta de los trozos de carne del cadáver.

Uno de los pueblos sudamericanos que en el pasado también desarrollaron ampliamente esta práctica con fines religiosos fueron los guaraníes. Éstos realizaban el canibalismo como ofrenda a los dioses y como manera de obtener el valor y la fuerza de los guerreros enemigos. Creían en el principio de la energía acumulada a lo largo de la existencia de una persona, y en la posibilidad de utilizarla para expandir su conciencia. Adquirir esa energía formaba parte de su camino de la perfección, que denominaban *aguyé*, muy parecido al «camino al paraíso» cristiano. De ahí que su canibalismo fuera selectivo: sólo lo llevaban a cabo cuando apresaban a los grandes y más valerosos guerreros.

En cuanto a la zona del Pacífico sur y el continente insular de Oceanía, hay innumerables y probados antecedentes de antropofagia. En la mayor parte de los casos se trata de un canibalismo selectivo con tintes rituales, es decir, sólo comían determinadas partes del cuerpo. Esto es evidente en la tribu de los dayaks de Borneo, quienes ingerían las palmas de las manos y la carne de las rodillas de sus víctimas con la pretensión de fortalecer sus propias manos y sus rodillas. Los miembros de la etnia minahasa, de las islas Célebes, cortaban mechones de cabellos del enemigo y los dejaban un tiempo en agua; luego se la bebían para adquirir su fuerza y su bravura. Y como último ejemplo nos pueden servir los ifugaos de Filipinas, y sobre todo varias de las tribus de Nueva Guinea, como los kai y los fore, quienes optaban por comer el cerebro de sus enemigos para adquirir su valor.

Fue precisamente esta costumbre la que al parecer causó una enfermedad, el *kuru*, de elevada mortalidad entre los indígenas de la gran isla indonesia y que los científicos empezaron a investigar en la década de los años cincuenta del pasado siglo. El *kuru* es una rara enfermedad neurodegenerativa causada por un prion —agente infeccioso compuesto por proteínas que afecta al sistema nervioso central—. Esta enfermedad se

transmitía por la ingestión de tejidos cerebrales de personas difuntas y estaba restringida casi exclusivamente a las poblaciones indígenas de Nueva Guinea, aunque en la actualidad, al abandonar dicha práctica, la enfermedad está erradicada o a punto de serlo.



Impactante fotografía que sirvió de portada a la banda brasileña Ratos de Porão en su disco *Guerra Civil Canibal*.

EL PODER CURATIVO DEL CANIBALISMO

Como hemos visto, el hombre ha practicado el canibalismo ritual como acción simbólica, creyendo que podía intervenir en el mundo de lo sobrenatural. Pero en otras ocasiones el ejercicio de la antropofagia ha ido destinado a tratar de solucionar los problemas de salud, a mejorar el estado físico e incluso a intentar eludir la muerte.

El escritor, científico y naturalista Romano Gayo Plinio Segundo (23-79 d.C.), más conocido como Plinio el Viejo, mencionaba ya en sus escritos la antigua costumbre de beber la sangre aún caliente de los gladiadores muertos en el coliseo para curar el «mal caduco (el envejecimiento) y el ánima juntamente con la sangre, y algunos buscan la médula o tuétano de las piernas y el cerebro, *id est* (esto es), los sesos de los pequeños niños de teta».

La historia ha sido testigo de numerosos casos de mutilaciones, así como del asesinato de albinos y jorobados, con el objetivo de conseguir los ingredientes necesarios para la elaboración de medicamentos tradicionales de dudosa efectividad. En el recetario europeo de la Edad Moderna —siglos XVI y XVII— es posible encontrar numerosas

fórmulas en las que tanto la sangre como la carne humana, esta última procedente de diferentes zonas del cuerpo, según el uso al que se fuera a destinar, aparecen como ingredientes principales.

En las recetas se muestra una clara preferencia por las personas que morían de forma no natural, es decir, las que habían sido ejecutadas o víctimas de un accidente. La razón es que se pensaba que si una vida era interrumpida, lo que quedaba de ella podía ser utilizado. Tal es el caso de Johann Schröder, médico y farmacólogo alemán que en el año 1649 reconoció el arsénico como elemento de la Tabla Periódica, quien en una receta utilizaba «carne de un cadáver, muerto de manera violenta con ninguna enfermedad, la cual se cortaba en pequeños trozos o rodajas y espolvoreado con mirra y un poco de aloe», como un buen remedio para el estómago.

Durante mucho tiempo el canibalismo se ha utilizado con fines terapéuticos. Carne, grasa, sangre o huesos humanos, sobre todo el cráneo, eran demandados hasta el punto de haber problemas de suministro. Richard Sugg, profesor de la Universidad de Durham y autor de *Mummies, Cannibals and Vampires: the History of Corpse Medicine from the Renaissance to the Victorians*, afirma en su trabajo que los cráneos molidos también eran utilizados como ingredientes en recetas, y que el musgo que crecía en su interior cuando eran enterrados era un buen remedio contra las hemorragias nasales, tal y como lo utilizaba el químico y físico irlandés Robert Boyle, padre de la química moderna. También la grasa de los cadáveres era adecuada para aliviar los dolores de reumatismo y la artritis, y se utilizaban emplastos para calmar las contusiones.

En cuanto a la sangre humana, en ocasiones era utilizada para curar la epilepsia. Sugg incluso considera que, para los protestantes, el uso de la sangre guardaba una extraña relación con la Eucaristía o la Santa Comunión. De hecho, algunos monjes cocinaban y comían una masa con apariencia de mermelada realizada a base de la sangre de los muertos cocida.

Pero el hombre también ha utilizado desde la más remota antigüedad una amplia variedad de elementos naturales o manufacturados como arsenal terapéutico con el fin de que contribuyeran a su bienestar. Sin embargo, la creación de esa despensa a lo largo del tiempo ha aportado algunos elementos cuyas dudosas cualidades curativas nunca han sido demostradas científicamente, pero a los que se les ha atribuido ciertos poderes mágicos por una u otra razón. Cuerno de unicornio —también conocido como diente de narval—, pezuña de alce, piedra de bezoar —que no es más que un cálculo en los intestinos de los rumiantes— o carne de víbora... son algunos de esos extraños elementos que han conformado curiosamente las nutridas y vetustas vitrinas de la farmacopea mundial.

Pero sin lugar a dudas, uno de los misteriosos elementos curativos más curiosos e interesantes que se ha mantenido a lo largo del tiempo han sido las momias. Su consumo en cualquiera de sus formas —en pasta, en polvo, enteras, su piel, sus aceites...— fue extraordinario, bien solas o en combinación, y se realizaron con ellas multitud de recetas,

aunque la forma más habitualmente distribuida era en polvo. Para la producción de dichos brebajes era combinada con otros muchos productos, entre los que cabe resaltar la teriaca, otro famosísimo compuesto que data de más de dos mil años y realizado a base de carne de víbora.

Los árabes fueron los responsables de introducir el consumo de momia en tierras europeas. Uno de ellos, el médico y filósofo Avicena, que vivió a caballo entre los siglos X y XI, consideraba al polvo de momia como una de las pociones más importantes para la sanación de enfermedades y desajustes corporales de todo tipo, desde tratamientos óseos, problemas de piel, desórdenes estomacales y de tipo interno tales como úlceras, hasta como antídoto para todo tipo de venenos, lo que casi lo convertía en la panacea de los remedios de la antigua medicina.

En su obra científica *Los discursos*, escrita en 1581, el doctor italiano Pedro Andrés Mattioli expone explícita y rotundamente los diferentes usos y grandes virtudes que posee el producto conocido como momia. La descripción que de ello hace no tiene desperdicio. Éste es un fragmento de dicha obra en la que, además de lo expuesto a continuación, ensalza su eficacia contra envenenamientos, úlceras, hemorragias o anginas de pecho, tal y como cinco siglos atrás también había hecho Avicena.

La momia que se obtiene de los sarcófagos está compuesta de mirra, áloe y otras cosas que se introdujeron con ellas, además de esa humedad que transpiran los cuerpos humanos. Pero en nuestros tiempos no se encuentra este tipo de momias en Italia, porque esta mezcla no la utilizan en Siria más que los nobles y ricos, por ser cosas de mucho valor: y estos tienen sus sepulturas muy bien ordenadas y cerradas. Por eso, a los mercaderes cristianos que van a ese país no les resulta tan fácil robar sus cuerpos, como hacen con los cuerpos de los pobres, que rellenan de asfalto mezclado con pez. Y por eso, es verdad lo que dicen, que la verdadera momia no viene de Siria. Y se equivocan aquellos que entienden por momia la carne de esos cuerpos secos, y no de su condimento, como hacen algunos boticarios, que machacan la carne y los huesos y luego la meten en todos los medicamentos, que llevan el nombre de momia en su composición. Por tanto, sería necesario, para los que quisieran tener momia buena, que mandaran rellenar los cuerpos de los cristianos que mueren en los hospitales de esa mezcla de áloe, mirra y azafrán, y a su debido tiempo sacarla. Porque, como dicen los árabes, la momia tiene muchísimas virtudes: es buena para la jaqueca, la parálisis, el dolor de muelas, la epilepsia, el vértigo, aspirándola por la nariz junto con agua de orégano. Va bien para el dolor de oídos al precio de un grano, disuelta con aceite de violetas blancas, o de jazmines, y vertiendo luego este líquido en los oídos que duelen. Alivia los dolores de garganta, disuelta al peso de un quilate, con cocimiento de faverola. Empapada con cocimiento de yoyoba, cebada y sebo, durante tres días, es útil para la tos. Si quitamos un quilate de agua de menta, vale para los dolores del corazón y con agua de comino para las ventosidades del cuerpo.

Pero además de la eficacia que le era otorgada en la época, Mattioli expone dos puntos sumamente interesantes. Por una parte, pone en claro que a todas las momias egipcias no les era practicado el mismo proceso de momificación artificial, ya que resultaba excesivamente costoso y, por tanto, se veía reservado forzosamente y casi en exclusiva para las clases más altas; en definitiva, para nobles y reyes. Existían ya por aquel entonces verdaderos problemas para obtener «buenas momias», debido al enorme tráfico furtivo existente y la protección con que las «buenas momias» o momias nobles contaban. Y en segundo lugar, también se hace eco de la distinción existente entre el

polvo de momia, es decir, los cuerpos machacados, y la momia, el mejunje que se utilizaba para conseguir la momificación y que se mezclaba con los humores del propio cuerpo. De hecho, los médicos y científicos del viejo continente definían la momia como una «sustancia que se encuentra en las tierras donde se curten los cuerpos de los muertos con el áloe que mezclado con el humor que gotea de los cadáveres forma un compuesto parecido a la pez marina».

Durante el siglo XVI se extendió e instauró el polvo de momia por las farmacopeas europeas. Eran famosos los ungüentos con base de momia que se utilizaban en la curación de contusiones, heridas, hernias y úlceras. En pleno siglo XVII los productos derivados de las momias y los abundantísimos brebajes que se preparaban con ellos, tales como el Astringente de Lémery, o el Bálsamo de Riverio, entre otros de gran fama e importancia, continuaban teniendo un consumo generalizado. Uno de dichos derivados era el «licor de momia», que era utilizado para conseguir diversos compuestos como, por ejemplo, el famoso Aceite balsámico de Cristo de Paracelso. El proceso de preparación del licor de momia, según un antiguo libro que pertenecía al Archivo de la Orden Mauriciana de Turín, era el siguiente:

Carne de hombre joven y sano, muerto de muerte violenta, como ingrediente básico; se corta en trocitos pequeños y se mete en un tarro de cristal, bien cubierta de aceite, y se precinta el tarro. Se deja durante un mes, luego se destila en una retorta. Por cada libra de producto destilado se añade teriaca y musgo. Se mezcla todo con diligencia y de nuevo se deja durante 30 días en lugar caliente.

Pero entre todos los usos, medicinales o mágicos, que se ha destinado a las momias, el más pretencioso y extendido es el de producir longevidad. En pleno siglo XVII los sectores más adinerados de la sociedad eran los únicos que podían permitirse semejante lujo, ya que para conseguir anular el envejecimiento debían tomarse infusiones de momia. Para ello, la cantidad necesaria era importante, lo que hizo que el codiciado polvo de momia alcanzara unos precios tan desorbitados como abusivos.

España no se quedaba atrás respecto al resto de países europeos en el consumo de momia y sus preparados. En 1643, fray Esteban de Villa, monje de San Benito y administrador de la botica del Hospital de San Juan de Burgos, escribió un documento histórico, el *Libro de Simples Incognitos en la Medicina*, en el que habla de la mumia (momia). El capítulo XVI está dedicado por completo a tal producto, mencionando en su disertación a Avicena y a Mattioli:

La mumia no es otra cosa que el humor o grasa que corre de los cadáveres, y se mezcla con los aromas de los embalsamados, haciéndose de todo una como mixtura de ungüento. Esto es tan evidente que no necesita de más prueba que verlo en los autores que de ella tratan, y particularmente en Mathiolo, que dice, que para gozar de la perfecta y legítima, habíamos de procurar en los hospitales embalsamar los cuerpos con semejantes aromas, y sacarla a su tiempo, y lo mismo insinúa el Doctor Laguna, que refiere tuvo la verdadera que se sacó del túmulo que mandó abrir Pablo tercero de Maria, hermana del Emperador Arcadio, que al cabo de mil y cuatrocientos años olía a mirra y bálsamo, como si fuera de un día sepultada...

Fray Esteban de Villa expone a continuación la diferencia de la momia respecto a otros productos que son confundidos con ésta, pero que una vez analizadas sus consecuencias y efectos no dejan lugar a dudas de las diferencias: licor de cedro, el humor de cuerpos galicados y apestados, betún de Judea o asfalto, el pisasfalto (hecho de pez y bitumen), la nafta... Y puntualiza:

Intormes dicios, si bien en este cap. me parece se toca en
substancia todo lo que sobre esta materia puede decirse.

De la Mumia.

Capit. XVI.

PORQUE No se nos passe la Mumia por simple
tan conocido como supponen muchos, aunque trate
della en el examen, para mayor noticia dire aqui lo
que alli note, ciñendo en dos puntos breues toda su histo-
ria. En el primero se dira de su origen y diferencias. En
el segundo, de lo que tuviere suolir su falsa. para que los

Detalle del *Libro de Simples Incognitos en la Medicina* (1643).

[...] si ninguna de estas es la momia perfecta y verdadera sino la definida que se guarda debajo de los pórfidos y jaspes de los sepulcros de grandes señores que tuvieron costumbre de enterrarse así [...] Hay otra suerte de momia, si no tan perfecta, a lo menos sí legítima y verdadera, cual lo será la que se hallare del asfalto, o pisasfalto metido en los cadáveres de la gente pobre (como no hayan muerto contagiosos) que a imitación de los ricos se han pretendido defender de la corrupción, que forzosamente ha de padecer todo cuerpo de mortal viviente...

Al final del capítulo, fray Esteban clasifica las facultades gaélicas de la momia y nos ilustra sobre algunas de sus cualidades:

Tiene la momia facultad caliente y seca en el segundo grado, sirve para la frialdad de la cabeza, perlesía, y gota coral, aprovecha dado en cocimiento pectoral a la tos antigua, y en agua de hierbabuena contra pasiones de corazón y es de único y singular remedio... para curar a los que echan sangre por la boca, tomada con vino en cantidad de dos granos...

Pero además de los escritos antiguos, hoy en día todavía se conservan restos de estas sustancias en algunos museos españoles. Una de las pruebas de este morboso pasado la tenemos en el Museo de la Farmacia Hispana, perteneciente a la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid. Entre los estantes de sus doctas paredes se encuentra un tarro de vidrio con una etiqueta cuya inscripción resulta sorprendente: Carne de Mumia. La ficha técnica del catálogo explica claramente que «la carne de momia es una sustancia grasa, procedente de cadáveres humanos

embalsamados e inhumados después de muchos años; se presenta en pedazos de aspecto resinoso, duros, negros, de sabor acre y ligeramente amargos. Estos fragmentos tenían un fuerte olor balsámico que recordaba los aceites y esencias empleadas en los embalsamamientos». El producto, de elevadísimo precio debido a la escasez de material disponible, fue falsificado por los drogueros, quienes prepararon materiales de sustitución, sometiendo a otros cadáveres, no necesariamente humanos, a procesos de embalsamamiento con betún de Judea, resinas, mirra, áloes y otros cuerpos aromáticos. «El producto fue usado como disolvente y se incorporó a remedios destinados a vencer la epilepsia, vértigos, parálisis, y otras enfermedades relacionadas con el sistema nervioso.»

Sin embargo, a pesar de las innumerables afirmaciones de los médicos de los siglos anteriores, evidentemente no existe ninguna prueba de que la momia, o cualquiera de sus derivados, fuesen realmente efectivos para ninguna de las virtudes que se les atribuía. Aun contando con el efecto placebo que podría conseguir —sustancia que, careciendo de acción terapéutica, produce algún efecto curativo por autosugestión del enfermo—, dudo que a nivel físico produjera otra cosa que malestar estomacal, vómitos e intoxicaciones de todo tipo, además, por supuesto, de un lógico y notorio asco.

En esta línea, el empleo de momia como medicamento tuvo en el francés Ambroise Paré al más grande contrincante y opositor. Paré (1509-1590) fue un ilustre cirujano y médico de la realeza francesa durante gran parte del siglo XVI. En su tratado *Discours de la Mumie*, expresaba de esta manera la animadversión y peligrosidad que bajo su experto criterio ofrecía el uso y consumo de tales productos:

[...] la momia puede perjudicar mucho más que beneficiar, por ser carne de cuerpos muertos, hediondos y cadavéricos. Y mucho menos puede parar la sangre que brota de los vasos por una contusión, más bien es una desventaja por la agitación que esta droga produce en el cuerpo. Tampoco los antiguos judíos, árabes, caldeos y egipcios jamás pensaron en hacer embalsamar sus cuerpos para ser comidos por los cristianos: aún más, tenían tanto respeto, reverencia y cuidado por los cuerpos de sus difuntos, por la esperanza de la resurrección, que pretendieron embalsamarlos para conservarlos y guardarlos para siempre [...] Por tanto, vemos cómo se nos hace tragar indiscreta y brutalmente la carroña hedionda e infecta de los ahorcados o de los más viles canallas del populacho de Egipto, o de sifilíticos o apestados o leprosos; como si no hubiera otro medio de salvar a un hombre caído, contuso y malherido que «introduciendo en él» el cuerpo de otro hombre.

Después de casi veinte siglos es curioso poder observar que la valoración otorgada al consumo de momia ha sido mayormente positiva, convirtiéndose —a pesar de las diferentes escuelas, corrientes y teorías médicas— en una auténtica panacea que ha conseguido salir victoriosa de cualquiera de las muchas críticas que, en el pasado, se efectuaron en su contra. Gracias a la técnica instrumental y los análisis, la medicina y la farmacia pudieron evolucionar hasta hoy en día, en que se han desterrado para siempre las creencias en las supuestas capacidades curativas de los derivados de momia, aunque

todavía existan vividores que afirmen que el polvo de momia es útil contra el envejecimiento, aumenta la capacidad sexual o se use en la preparación de velas rituales, todo ello, por supuesto, a cambio de elevadas sumas económicas.

A mediados del siglo XIX, Egipto se había convertido en el tema de moda en toda Europa. No se trataba sólo del consumo de momias, sino que el interés iba mucho más allá. Científicos y filólogos franceses habían elaborado un corpus documental impresionante gracias a la expedición napoleónica realizada al país de las pirámides en los albores del siglo. En 1822, el filólogo francés Jean-François Champollion consiguió descifrar la escritura jeroglífica, y con ello contribuyó a que el trabajo en el Valle de los Reyes tebano adquiriera mayor importancia.



«Carne de Mumia», la etiqueta de este frasco que se conserva en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense, es suficientemente descriptiva.

El viejo continente se sumió entonces en una obsesión por todo lo egipcio, los motivos en la moda, la estética, los museos y, cómo no, los coleccionistas particulares, quienes, orgullosos, presumían de sus nuevas adquisiciones.

La enorme y creciente demanda de momias egipcias, tanto de momias completas para su exhibición como de polvo de momia o carne de momia para su consumo en infames pócimas, hizo que la picaresca humana encontrara otro método de abastecimiento de dichos cuerpos, más rápido y menos costoso que el de la dura y lenta búsqueda arqueológica. Así, se utilizaron otros sistemas para emular los resultados de las

antiguas momificaciones, falseando el material y mintiendo sobre su procedencia. Ciertamente, los mismos médicos y mercaderes egipcios eran los que realizaban tales falsificaciones con el fin de lucrarse con dicho negocio, preparando momias cuya antigüedad no era superior a un lustro. Los cuerpos pertenecían a muertos de procedencia desconocida, a los que les era practicada una evisceración —les sacaban el cerebro y las vísceras mediante unas incisiones—; acto seguido, los huecos resultantes y los músculos eran rellenados con betún de Judea y el cuerpo entero envuelto en vendas empapadas en la misma sustancia. Como último paso, esperaban el tiempo prudencial para que se produjera la deshidratación, ayudándose de los rayos solares o del calor del fuego para acelerar el proceso.

De todo este proceso ya dio cuenta en 1564 Guy de la Fontaine, médico del rey de Navarra, quien en un viaje a Alejandría con el fin de proveer a su señor de tan codiciado material, vio el almacén de un mercader repleto de momias recientes. Pero para sorprendernos de tales actos no hace falta que nos remontemos siglos atrás. Hace apenas sesenta años, en 1952, estalló en El Cairo un gran escándalo. Un médico, Alí S. Benam, se había enriquecido a base del comercio de momias falsas, o lo que es lo mismo, vendía momias recién fabricadas como si fueran auténticas momias milenarias. Benam tenía muy buenas relaciones con algunos encargados de los cementerios de El Cairo. El pacto estaba claro: difuntos a cambio de una pequeña aportación dineraria. Una vez en su poder, y tras unos sabios arreglos, los muertos pasaban de cadáveres a momias en pocas semanas.

Pero la diosa fortuna abandonó a Benam cuando, el 2 de junio de 1952, varios aduaneros de Port Said descubrieron cuatro momias falsas que iban a ser embarcadas. Durante la investigación, la misma diosa fortuna asestó la estocada final cuando un camión que transportaba más momias contemporáneas se detuvo, averiado, en medio de Khan el-Khalili, el gran bazar de la capital egipcia. Tras ser interrogado, el conductor citó el nombre de Alí Benam. Con esa información, más de cien policías se dirigieron hacia la casa del doctor en una operación relámpago. En el momento de la detención, Benam y sus ayudantes fueron pillados «con las manos en la masa» mientras embalsamaban otros cadáveres para nuevos y engañados destinatarios, desde coleccionistas particulares hasta museos de todo el mundo, sobre todo, norteamericanos.

No quisiera dar por finalizado este apartado sin antes ofrecer un dato sumamente esclarecedor de lo acontecido con el tráfico fraudulento de momias durante el pasado siglo XX: según las estimaciones realizadas por los especialistas del Museo de El Cairo, el 70 por ciento de las momias egipcias comercializadas entre los años 1942 y 1952, son falsas.

En ocasiones, el hambre extrema ha obligado al hombre a practicar el canibalismo en su lucha por la supervivencia ante la imposibilidad de sobrevivir de otra forma. Por desgracia son numerosos los casos registrados de canibalismo por necesidad en los anales de la historia.

Posiblemente el primero del que se tenga constancia escrita aconteció a finales del tercer milenio antes de Cristo. Una larga sequía asoló al antiguo Egipto, y sus habitantes, desesperados y hambrientos, no tuvieron más remedio que sublevarse y practicar el canibalismo, como consta en los textos autobiográficos de la tumba de Ankhtifi, nomarca —gobernador— del Alto Egipto por aquel entonces. Esta época supuso el fin del Imperio Antiguo y dio paso al Primer Período Intermedio.

A finales del Imperio Medio se produjo otro desgraciado episodio de hambruna en el Alto Egipto, en el que, como se describe en los llamados Papiros de Hekanakhte, reinó el canibalismo en la zona de Tebas.

Pero siglos después, cuando medio continente europeo pasaba largos períodos de hambruna y se estaba gestando una de sus peores pesadillas con la peste negra, la sombra del canibalismo sobrevoló de nuevo el país egipcio.

En su amplia y docta obra *Viaje a Egipto*, Abd-el-Latif (1162-1231), reconocido médico e historiador oriundo de Bagdad, explica que hacia el año 1200 hubo una gran sequía y el río Nilo no alcanzó el nivel mínimo de crecimiento para abastecer las necesidades del pueblo egipcio. El agua, verdusca y fétida, no mejoraba al hervirse ni cambiaba su olor ni su sabor. Los cultivos quedaron convertidos en un campo reseco y la falta de agua apta para el consumo humano y la escasez de alimentos obligaron a los campesinos a emigrar hacia las grandes poblaciones, sobre todo a El Cairo, donde la espantosa hambruna causó una mortandad tremenda.

El cronista señala que, fustigados por el hambre, los egipcios comenzaron a comer todo tipo de carroña, perros e incluso heces de animales, situación que terminó en un período de canibalismo que afectó todos los niveles de la sociedad, donde no sólo se raptaba a niños y adultos para comérselos, sino que se extraían cadáveres de las tumbas en busca de alimento.

De acuerdo con el historiador, sólo en la ciudad de El Cairo se sobrepasaban los quinientos muertos diarios. Durante los dos años aproximadamente que duró la situación, el horror del hambre, la peste y el canibalismo diezmó y asoló al pueblo egipcio.

El periodista Ralph Graves, editor de *The National Geographic*, describe así aquella situación:

Ricos y pobres sufrieron en igual medida. Finalmente, la gente desesperada recurrió al canibalismo. La carne humana, que se vendía libremente en el mercado, era obtenida de la manera más horrorosa. Los carniceros se escondían detrás de ventanas enrejadas en los pisos superiores que daban sobre pasajes frecuentados por transeúntes. Dejando caer sogas con ganchos de carnicería, estos pescadores de carne humana atrapaban a los peatones desprevenidos, e izaban a sus chillantes víctimas por el aire. Luego preparaban y cocinaban la carne antes de presentarla para su venta en los quioscos a nivel de la calle.

El castigo impuesto a quienes eran descubiertos en el crimen de canibalismo era la muerte en el potro, pero pocos criminales eran atrapados, y la costumbre podía practicarse con impunidad por los padres que subsistían comiéndose a sus propios hijos. Hasta las tumbas de Egipto eran saqueadas para obtener comida. Los caminos se volvieron trampas mortales, mientras que bandadas de buitres y jaurías de hienas y chacales marcaban la marcha de los forajidos caníbales. Por supuesto, las pilas de muertos sin sepultar emitían pestilencia de tipo virulento.

Pero estas situaciones, lejos de pertenecer a un más o menos remoto pasado, también han tenido lugar en países del primer mundo y en pleno siglo XX.

Durante los novecientos días que duró el asedio de Leningrado en 1941 por las tropas alemanas, murieron un millón y medio de personas. La población rusa sitiada fue sometida a la más increíble lucha por la supervivencia, donde el agotamiento de los alimentos llevó a que cientos de miles de familias murieran de hambre y de frío en sus hogares y que los casos de canibalismo fueran muy comunes.

El mercado negro hizo su aparición entre los necesitados habitantes, quienes adquirirían unos cuantos gramos de azúcar o harina a precios exorbitantes. Otros, con menos escrúpulos, asesinaron a sus conciudadanos para vender grasa y carne humana. Aquellos que fueron sorprendidos realizando tales prácticas terminaron ejecutados sumariamente por el ejército, que había implantado una dura y necesaria ley marcial.

Otros casos de canibalismo ocasional se dieron durante la segunda guerra mundial en Asia y en las islas del Pacífico Sur. Allí, numerosos grupos de soldados japoneses cometieron actos de antropofagia con los prisioneros de guerra enemigos. Si bien es cierto que los ataques aliados rompieron las líneas de suministro japonesas y que las tropas niponas carecían en muchas ocasiones de alimentos, también lo es que, por parte japonesa, se llegaron a activar sistemáticamente escuadrones enteros que, bajo la dirección de sus oficiales, realizaron premeditados actos de canibalismo.

Asimismo, entre 1958 y 1961, se produjo la Gran Hambruna China, donde se practicó de forma habitual el canibalismo para subsistir. Ha sido considerada una de las mayores catástrofes del siglo XX. No se sabe con exactitud las cifras de muertos, pero se estima que en ella fallecieron entre veinte y cuarenta millones de personas —según de qué fuente provengan los datos.



Las hambrunas durante el sitio de Leningrado de 1941 provocaron estas dramáticas imágenes.

Un caso que sacudió la opinión pública mundial fue el dramático accidente aéreo producido en los Andes el 13 de octubre de 1972. En el avión viajaban cinco tripulantes y cuarenta pasajeros, entre ellos los miembros de un equipo de rugby uruguayo. Tras

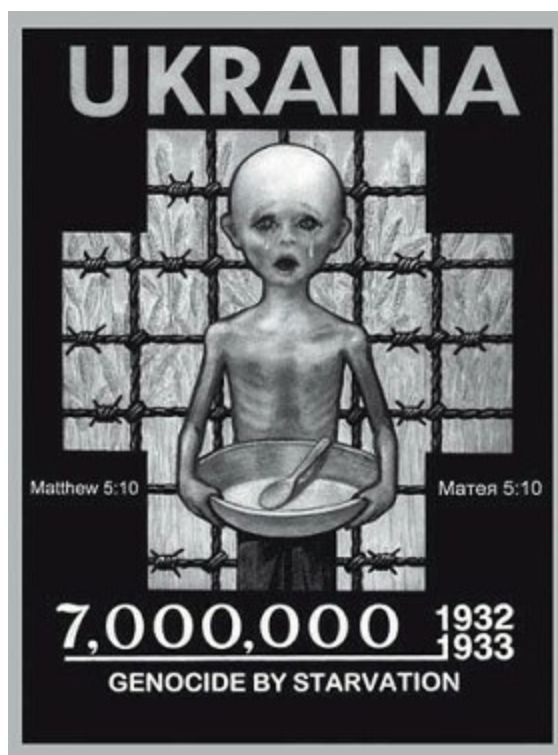
terminar con los pocos alimentos que consiguieron reunir de los equipajes, los dieciséis supervivientes tuvieron que sobrevivir alimentándose de las víctimas mortales del accidente hasta que, 72 días después, fueron rescatados.

La decisión de comer la carne de sus compañeros fue consensuada entre el grupo, y se establecieron dos principios inapelables: no alimentarse de ningún familiar ni de ninguna mujer.

Finalmente, cuando ya estaban a salvo, salió a la luz pública la medida extrema que tuvieron que tomar al borde de la muerte, lo que levantó un encendido debate social entre lo inmoral y lo necesario.

No quiero concluir este apartado del canibalismo por situaciones extremas sin hacer mención a un caso más, en el que se da una circunstancia sorprendente. Resulta curioso observar que cuando se habla de acontecimientos históricos del pasado siglo, como guerras o épocas de hambrunas en las que reaparece por desesperación y necesidad de sustento la práctica del canibalismo, siempre se enumeran unos casos y, sospechosamente, se omiten otros que, al parecer, no es políticamente correcto mencionar. Y éste es el caso del Holodomor, el genocidio ucraniano que se llevó a cabo mediante una hambruna provocada —premeditadamente, según muchos investigadores— por el régimen de Stalin, que asoló el territorio de la República Socialista Soviética de Ucrania durante los años 1932 y 1933. Al igual que en las otras hambrunas citadas, durante el Holodomor también se vieron obligados a ingerir carne humana para sobrevivir.

Pero hay algo en este caso que lo hace diferente. Las autoridades soviéticas tomaron decisiones y medidas —como aumentar las cuotas que Ucrania debía entregar a las autoridades soviéticas— para generar una hambruna generalizada y artificial con el fin de aplastar toda resistencia contra el régimen y ampliar el control sobre los campesinos. Los emigrantes ucranianos que vivían en países de Europa occidental y en Estados Unidos respondieron enviando cargamentos de comida. Sin embargo, en un acto de maldad suprema, la ayuda fue requisada por las autoridades soviéticas. A pesar de que algunos informes diplomáticos conseguían burlar el control soviético y contar lo que estaba sucediendo en Ucrania, los gobiernos y la prensa de los países occidentales observaron en silencio e hicieron caso omiso de la información durante mucho tiempo.



Cartel de denuncia realizado por Leonid Denysenko sobre el Holodomor ucraniano.

Hoy en día se sabe que fallecieron entre siete y diez millones de personas. Y lo peor de todo es que se podía haber evitado: Ucrania, llamada tradicionalmente «el granero de Europa», tenía en realidad almacenada suficiente comida como para alimentar dos veces a su población.

CAPÍTULO 7

La realidad de los zombis y el culto vudú

La mujer ofrecía un espectáculo horrible, su cara estaba lívida y sin expresión, con ojos de muerto; los párpados blancos rodeando los ojos, como si se los hubiesen quemado con ácido. No se le podía decir nada ni oír una palabra de sus labios, sino sólo mirarla, y la visión de aquel despojo humano era demasiado para soportarlo durante mucho tiempo.

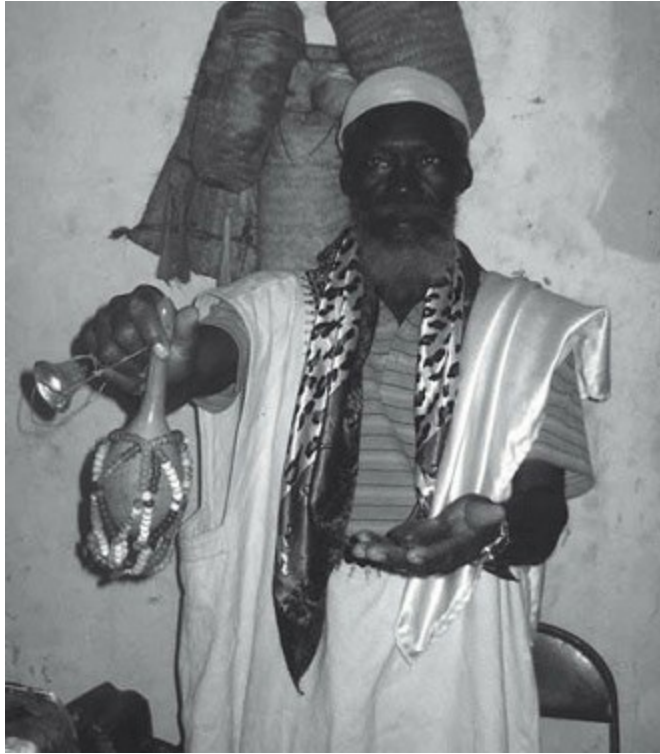
Tell my Horse (1938)

ZORA NEALE HURSTON, antropóloga y escritora

El culto vudú que se practica en Haití constituye un fenómeno sociológico religioso que propicia la práctica de la magia en sus más profundas y ancestrales raíces. Por ello, cualquier practicante del vudú admite la existencia de los «muertos vivos» o zombis, relacionándolos con ciertas prácticas de índole sobrenatural que son conocidas y realizadas exclusivamente por hechiceros del primitivo rito.

Según esta creencia, el zombi es un «muerto» vuelto a la vida por un hechicero con la exclusiva finalidad de convertirlo en esclavo. El zombi, en consecuencia, es un ser que no piensa, que no razona ni tiene la menor iniciativa. Es, simplemente, un autómata provisto de vida vegetativa, del que están ausentes todas las sensaciones de la vida cerebral.

La existencia de los zombis haitianos parece universalmente reconocida, aunque siempre haya estado rodeada de un constante hermetismo, hasta cierto punto sospechoso, tanto por parte de las autoridades civiles como religiosas del país haitiano, que nunca han contribuido a que los secretos de esta práctica vieran la luz.



Sacerdote haitiano.

No existen evidencias de que ningún hechicero o *bokor* haya sido sorprendido desenterrando cadáveres o practicando los ritos mediante los que un muerto es transformado en zombi; pero sí existen informes médicos que atestiguan la muerte de los individuos y declaraciones de muchos testigos, familiares y amigos, que aseguran haber reconocido a esas personas que, después de haber fallecido y haber sido enterradas, han sido encontradas vivas, aunque sumidas en un extraño estado de profunda e inexplicable inconsciencia. También existe informes policiales de esas reapariciones «imposibles», e incluso informes médicos tras analizar el estado físico y psicológico de esas mismas personas tras su regreso. Nadie ha sido capaz de procurar una explicación lógica a este hecho sin tener que pronunciar una palabra temida, silenciada y estremecedora: zombi.

LA RELIGIÓN VUDÚ

El vudú es una religión sincrética procedente del contacto de los cultos de las tribus de África occidental —Benin, Nigeria y Togo— con la religión católica. La captura de miembros de éstos y otros pueblos africanos como esclavos y su deportación al Nuevo Mundo supuso el trasplante de sus creencias y prácticas religiosas que se adaptaron a los cultos nativos de América y se desarrollaron adquiriendo diferentes formas: la regla de Osha o santería en Cuba, obeah en Jamaica, umbanda, kimbanda y candomblé en Brasil, el vudú en Haití, etcétera.

Aunque las creencias y prácticas mágicas del vudú se hallan sobre todo concentradas en la isla de Haití, se difundieron también en Estados Unidos, Francia y Canadá. Esto se debió a diversos factores, entre los que se encuentran la cercanía geográfica, el idioma y el comercio de esclavos. En la actualidad se estima que hay más de sesenta millones de personas que practican la religión vudú, de los cuales un mínimo de cuatro millones viven en Haití.

La palabra «vudú» deriva de la lengua de la tribu fon, hablada en Dahomey —la actual República de Benin—, cuya traducción viene a significar «dios», «espíritu» o «ser todopoderoso y sobrenatural».

El vudú se basa en el culto a los espíritus o loas, concebidos no sólo como númenes, santos o divinidades, sino como personificación de fuerzas naturales y de los antepasados, que forman un peculiar mundo intermedio en esa zona que separa al Ser Supremo de los mortales. Es un culto extático; en él se persigue la posesión del practicante por un espíritu a través de ciertos ritos y ceremonias en los que el baile y el ritmo de los tambores constituyen una parte muy importante. Dicha posesión supone un intercambio beneficioso entre ambos mundos. Se considera que si los ritos, con sus sacrificios, cánticos e himnos satisfacen a los loas y a sus necesidades, éstos a cambio, accederán a los requerimientos de los fieles y los compensarán de manera espiritual y material.

Las ceremonias vudú se desarrollan habitualmente en unas construcciones llamadas *hunfort*. El sacerdote oficiante de la religión vudú recibe el nombre de *houngan*, si se trata de un hombre, y *mambo*, si es una mujer, aunque muchas veces se refieren a ellos como papa-loa o papa-lois, y mama-loa o mama-lois.



Todo está preparado para iniciar una ceremonia vudú.

La función de estos oficiantes es muy semejante a la del chamán de cualquier tribu indígena del mundo, con la diferencia de que han asimilado algunas de las funciones del sacerdote católico.

No existe jerarquización entre los *houngan* o las *mambo*, quienes actúan por su cuenta. Dependiendo de las curaciones que hayan realizado o por los espíritus que hayan conseguido materializar en sus ceremonias, dependerá la clientela, el dinero y la fama que vayan adquiriendo.

Pero existen limitaciones éticas que un *houngan* que se precie de serlo jamás debería traspasar. Sin embargo, es evidente que muchos de ellos lo han hecho y trabajan «a dos manos» o «con las dos manos», es decir, no solamente practican la magia blanca, de fines curativos y protectores, sino también la magia negra, que trabaja con hechizos, maleficios y la creación de zombis.

Durante las últimas décadas, antropólogos y etnólogos se han preocupado por resaltar los interesantes aspectos religiosos y culturales del vudú; sin embargo, no se puede obviar que muchas de sus prácticas tienen un carácter netamente mágico, e incluso, en ocasiones, hasta oscuro: sacrificios de animales, en los que la sangre adquiere un papel fundamental, la manipulación de sus vísceras, el uso de muñecos a los que se clavan agujas, el culto de la serpiente, la implicación sexual en los rituales, el uso de velas negras para la realización de ciertos rituales, los maleficios, etcétera.



Mambo en plena ceremonia ritual de la religión vudú.

Por eso, aunque la teoría sea una, en la práctica del vudú no todo es espiritualidad, mediumnidad, sanaciones, invocaciones a los buenos espíritus, ofrendas, cantos y danzas. Como veremos a continuación, también existen los *bokor*, hechiceros malignos, muy temidos por practicar la magia negra, y expertos en la preparación de venenos, sustancias alucinógenas, filtros, maleficios, conjuros y hechizos.

Es por ello que ante la posibilidad de que alguien quiera hacerles un hechizo, todos los haitianos poseen talismanes, contrahechizos y usan toda clase de protecciones mágicas. Y es que el creyente vudú vive en un mundo que no distingue lo natural de lo sobrenatural, donde todo es realidad.

LA MAGIA EN LOS ZOMBIS

Los espíritus de los muertos juegan un papel relevante en los ritos vudú, pero no siempre es para reverenciarlos o rogar que les sean propicios. La tradición haitiana asegura que los hechiceros o *bokor* —«sacerdotes» del vudú que han hecho de la hechicería y la magia negra su profesión— poseen poderes capaces de hacer que los muertos revivan y sean convertidos en esclavos totalmente sometidos a su voluntad. No es extraño, pues, que en el ambiente descrito de superstición y terror a lo sobrenatural, los haitianos crean en la existencia de los muertos vivientes o zombis, y que éstos son concebidos por sus hechiceros merced a procedimientos sobrenaturales.

Alfred Métraux (1902-1963), reputado etnógrafo y antropólogo que pasó varios años en Haití estudiando el fenómeno, afirmaba en su obra *Vudú* que «un zombi permanece en la misteriosa zona entre la vida y la muerte. Se mueven, comen, oyen a los que les hablan, e incluso hablan, pero no tienen memoria y conocimiento de su condición».

Según esta creencia, el *bokor* elige a su víctima cuando todavía está viva, impulsado por motivos personales o por un acuerdo llevado a cabo con otra persona ávida de riqueza, honores, salud o éxito. Cuando la decisión ha sido tomada, el *bokor* se dirige de noche hacia el domicilio de la víctima montando un caballo a contrapelo, requisito fundamental para que el ritual sea todo un éxito. Al llegar, el *bokor* buscará un resquicio en una puerta o una ventana y, a través de él, aspirará una de las dos almas de la persona sentenciada, que será encerrada en una botella blanca.

A partir de ese momento la desventurada víctima empieza a sentirse mal, con fuertes dolores y mareos, y termina por caer en una especie de trance que lo conduce a la muerte. Más tarde es encontrado por sus parientes, quienes, tras velarlo, lo entierran al día siguiente.



Representación artística del Barón Samedi.

Esa misma noche el hechicero acude al cementerio e invoca a sus loas y al Barón Samedi, señor de los muertos, a quien suele representarse como un hombre misterioso y vestido completamente de negro y con sombrero de copa. El Barón Samedi es el jefe de fila de los *gedé*, genios o espíritus de la muerte. Reina entre los muertos y, por lo tanto, es necesario su consentimiento para que el *bokor* pueda apoderarse del cuerpo de uno de sus súbditos.

Cuando el hechicero considera que el Barón Samedi ya ha concedido su autorización, puede continuar con el ritual. Entonces lanza un grito de exhorto al cadáver y ordena a sus ayudantes que lo desentierren. El *bokor* pronuncia el nombre de la víctima mientras coloca la botella que contiene el alma del difunto debajo de su nariz y la destapa para que el espíritu vuelva a penetrar en el cuerpo.

Desde el cementerio hasta el lugar en que se ha de realizar la transformación, el *bokor* debe hacer pasar al cadáver por delante de la que fue su casa en vida, pues haciéndolo se asegura que éste nunca más reconocerá el lugar ni a sus familiares cuando lo haga despertar de su mortal letargo.

Una vez que la extraña compañía llega a la morada del hechicero da comienzo la última parte del ritual. En ese momento el *bokor* comienza a recitar conjuros para reanimar al hasta entonces cuerpo inerte, y apenas éste da unas leves señales de vida, le hace beber una pócima que anulará por completo su anterior personalidad. Los ojos vidriosos, la voz nasal y un aire ausente delatan que se ha convertido ya en un zombi, y pasará a ser un esclavo más del séquito del *bokor*. Será capaz de comer, caminar, hablar,

escuchar y ver, pero carecerá de recuerdos y no tendrá conciencia de su estado. Será un muerto viviente, un ser sin iniciativa ni raciocinio, sin voluntad ni inteligencia, un autómatas a las órdenes de su amo, quien dispondrá de él para trabajar en cualquier tarea, por dura que sea, e intervenir en toda clase de fechorías.

Un zombi se distingue por su estado de semiinconsciencia, letárgico, parecido al sonambulismo, como si estuviera entre la vida y la muerte; el aire ausente, los ojos apagados, vidriosos, y la entonación de su voz nasal o gangosa es propio de los *gedé*, los genios de la muerte, según las creencias vuduistas.

Hay quien afirma que para conseguir que recuperen su personalidad es necesario que coman sal. Los más ancianos, sin embargo, aseguran que la única manera de salvar el espíritu de este destino cruel es que muera nuevamente, pero en esta ocasión separándole la cabeza del cuerpo.

Para los haitianos la zombificación es fruto de un rito mágico realizado por los todopoderosos *bokor*. Es tal el terror que les produce dicha posibilidad que toman diferentes precauciones para no ser convertidos en zombis. Los más adinerados construyen las tumbas de sus familiares con sólidas obras de albañilería. Otros, con menores recursos, entierran a sus muertos en un patio trasero de la casa o bien frente a ésta, para vigilar su tumba y que ningún *bokor* pueda «despertar» al difunto. Muchos son los que lo hacen cerca de un camino muy transitado, o si es en el cementerio, se mantienen en guardia hasta que ha pasado el tiempo suficiente como para que el cuerpo del difunto haya entrado ya en descomposición. En algunos lugares incluso someten al cadáver a una «segunda muerte», decapitándolo, acuchillando su cuerpo repetidas veces o inyectándole un poderoso veneno. En ocasiones les llenan la boca con tierra y luego les cosen los labios para que no puedan contestar a la llamada del *bokor*, o los entierran boca abajo para que cuando sean llamados e intenten salir, se hundan más en la tierra.



Escena de *Yo anduve con un zombi* (*I walked with a zombie*, 1943), dirigida por Jacques Tourneur.

En fin, esto es lo que narra la tradición, con sus costumbres y, por qué no decirlo, con su buena dosis de leyenda. Ahora veamos algunos casos e investigaciones para intentar dilucidar qué hay de cierto en todo ello.

ACERCAMIENTO A UNA REALIDAD

Posiblemente uno de los primeros relatos que dieron mayor divulgación al fenómeno zombi fue contado por el reportero y escritor estadounidense William Buehler Seabrook (1884-1945), quien tras pasar una temporada en Haití, publicaba en 1929 una exitosa obra, *La isla mágica*. En ella contaba lo ocurrido en verano de 1918, un año con una excelente producción de caña de azúcar.

Una mañana, un viejo jefe de poblado llamado Ti Joseph y su esposa Croyance llevaron a las oficinas de la Haitian-American Sugar Corporation (HASCO) a un grupo constituido por nueve hombres harapientos. Joseph explicó que se trataba de unos campesinos ignorantes procedentes de una remota zona montañosa próxima a la frontera con la República Dominicana. Sólo hablaban un extraño dialecto rural y no comprendían ni el criollo ni el francés. A pesar de esta desventaja, añadió, eran excelentes trabajadores, fuertes y sanos.

Como faltaba mano de obra, el responsable contrató al grupo y aceptó la sugerencia de Ti Joseph de que trabajasen lejos de los demás grupos: el viejo explicó que eran tan primitivos que en presencia de otras personas se intimidarían y se asustarían. Sin embargo, el verdadero motivo para insistir en que el grupo trabajase aislado era otro.

Desde el primer día, la extraña cuadrilla de Ti Joseph fue la que cosechó la mayor cantidad de caña. Los extraños hombres de Ti Joseph trabajaban diligentemente durante las horas del día, y sólo paraban al atardecer para comer su potaje de mijo sin sal y descansar. Durante toda la semana mantuvieron la misma rutina sin que se les notara el cansancio y sin mezclarse con el resto de los trabajadores.

Al llegar el domingo, Ti Joseph cobró por el trabajo y se dirigió a la ciudad de Puerto Príncipe para asistir a unas ceremonias religiosas, dejando a su mujer Croyance al cuidado de la cuadrilla durante todo el día. La mujer pensó que tal vez les gustaría asistir a una procesión religiosa. Sin embargo, ninguno de los hombres mostró interés por el espectáculo ni por nada de lo que ocurría a su alrededor. Pensando que podían tener hambre, decidió comprarles algunos dulces y una hoja con cacahuets salados para cada uno. Cuando empezaron a comérselos, los nueve hombres sufrieron una transformación extraordinaria. Comenzaron a llorar y a gritar, tirándose del cabello, y salieron corriendo del poblado, dirigiéndose hacia la selva, a sus lugares de origen en las montañas.

Días más tarde, después de encaminarse al cementerio que habían habitado durante unas horas, llegaron a sus casas y fueron reconocidos por sus parientes. Todos habían muerto meses atrás y habían sido enterrados.

Incluso el propio Seabrook cuenta que, durante su estancia en Haití en 1923, él también tuvo un encuentro con un zombi, describiéndolo de este modo:

Los ojos eran lo peor. No se trataba de mi imaginación. Eran verdaderamente los ojos de un muerto, no unos ojos ciegos, sino abiertos, que miraban hacia un punto indeterminado, sin ver. Toda la cara era algo horrible. Era hueca, como si nada tuviera por detrás. No sólo parecía inexpresiva, sino también incapaz de la menor expresión. En ocasiones previas ya había visto en Haití un montón de cosas fuera de la experiencia normal, y en ese instante nauseabundo, casi de pánico, pensé, o mejor sentí: «¡Cielo santo!, tal vez estas cosas sean ciertas...».

El antes mencionado Alfred Métraux cuenta también el caso de una joven que, tras rechazar las proposiciones amatorias de un *bokor*, fue amenazada por el hechicero. La joven, como era de esperar, pronto enfermó y falleció. Por alguna razón que se desconoce, la enterraron en un ataúd muy pequeño, por lo que tuvo que ser doblada por el cuello. Al ejercer fuerza para meter el cuerpo en el ataúd, una de las velas cayó dentro y le quemó una parte del pie. Años más tarde la gente aseguró haberla visto junto a la casa del *bokor*. Era perfectamente reconocible por su encorvamiento y porque andaba descalza dejando a la vista la marca del pie quemado. Según se dijo, el brujo la había convertido en zombi y la tenía en calidad de amante y criada.

MORIR DE MIEDO

Uno de los puntos que inicialmente llama la atención, y que en su momento abrió una línea de investigación, es la forma de morir de las víctimas. Como acabamos de ver en el caso anterior, la joven fallecía realmente tras recibir una amenaza del hechicero. ¿Cuánto hay de magia y cuánto de sugestión?

El miedo puede ser un factor determinante en la muerte de las víctimas. De hecho, existen numerosos casos documentados en diferentes tribus de todo el mundo sobre personas que fallecen tras recibir una maldición. Es tal el autoconvencimiento de la eficacia de dicha amenaza que el mismo temor provoca reacciones fisico-químicas en el organismo que hacen que verdaderamente se cumpla la maldición.

El doctor Walter Cannon (1871-1945), fisiólogo de la Universidad de Harvard y eminente científico, publicó un artículo, «Voodoo death», en el que describía el proceso a través del cual un creyente en el vudú podía ser víctima de un hechizo y provocarse él mismo la muerte. Según el doctor Cannon, «el funesto poder de la imaginación obrando a través de un terror desenfrenado se traduce en un *shock* autoinducido que paraliza la circulación y hace que los órganos vitales dejen de funcionar por falta de oxígeno».

Algo parecido ocurre en la sociedad occidental actual con el estrés. En enero de 1994, *The New England Journal of Medicine* publicaba un estudio en el que se concluía que el 41 por ciento de las muertes repentinas durante la vida normal podría estar causado por sucesos estresantes. De hecho, cada año aumentan los casos de muerte por una parada cardiorrespiratoria provocada por un *shock* neurológico.

La explicación viene a ser la siguiente: cuando una persona sufre un sobresalto, o está en una situación de estrés o de peligro, las glándulas suprarrenales regulan la respuesta al estrés y segregan cierta cantidad de adrenalina en el organismo. Si el *shock* es fuerte, provoca que la dosis de adrenalina inyectada sea exagerada, y causa un aumento de la tensión arterial y del ritmo cardíaco. Cuando ante una fuerte sensación de miedo o terror la persona no reacciona, la inacción —paralización por miedo— puede concluir con un paro cardíaco.

Más recientemente, Helen Pilcher, doctora en Neurobiología molecular, publicaba un artículo, «The science of voodoo: when mind attacks body» («La ciencia del vudú: cuando la mente ataca al cuerpo») en la revista *New Scientist* de mayo de 2009. En él contaba unos casos muy reveladores:

A altas horas de la noche en un pequeño cementerio de Alabama, Vance Vanders tuvo un encuentro con el hechicero de la localidad, quien abrió una botella con un líquido de olor desagradable enfrente de su cara y le dijo que estaba a punto de morir y que nadie podía salvarlo.

De vuelta a casa, Vanders se recostó y comenzó a deteriorarse. Unas semanas después, demacrado y cerca de la muerte, fue ingresado en el hospital local, donde los médicos no pudieron determinar la causa de sus síntomas o ralentizar su declive. Sólo entonces su mujer le dijo a uno de los médicos, Drayton Doherty, lo del hechizo.

Doherty lo pensó detenidamente. A la mañana siguiente, pidió que la familia de Vanders se reuniera junto a su cama. Entonces les dijo que la noche anterior había llevado al brujo de vuelta al cementerio, donde le había cogido por la garganta contra un árbol hasta que le explicó cómo funcionaba la maldición. El brujo, dijo, había frotado un huevo de lagarto contra el estómago de Vanders, y que éste se había incubado dentro de su cuerpo. El reptil permanecía dentro y se estaba comiendo las entrañas de Vanders.

Doherty llamó entonces a una enfermera, la cual, según habían acordado, tenía preparada una gran jeringa con un potente emético. Con gran ceremonia, el doctor inspeccionó el instrumento e inyectó su contenido en el brazo de Vanders. Unos minutos más tarde, Vanders empezó a vomitar de forma incontrolable. En medio de la batahola, y sin que se diera cuenta nadie en la habitación, Doherty soltó un lagarto verde que había escondido en su bolso negro. «Mire lo que ha salido de su cuerpo, Vance.» Y a continuación exclamó: «La maldición vudú ha terminado».

Vanders pidió una nueva dosis, tras la cual se recostó en su cama y, agotado por el esfuerzo, cayó en un sueño profundo. Cuando se despertó al día siguiente se encontraba bien y tenía hambre. Recuperó rápidamente sus fuerzas y fue dado de alta una semana después.

Los hechos de este caso sucedieron hace ochenta años y fueron corroborados por cuatro profesionales de la medicina. Quizá lo más destacable de todo es que Vanders sobrevivió.

Sin registros médicos y sin resultados de autopsias, no hay forma de estar seguro de cómo estas personas llegaron a su fin. El hilo común en estos casos, sin embargo, es que una figura respetada lanza una maldición sobre alguien, tal vez cantando o apuntando un hueso hacia ellos. Poco después, la víctima muere, al parecer por causas naturales.

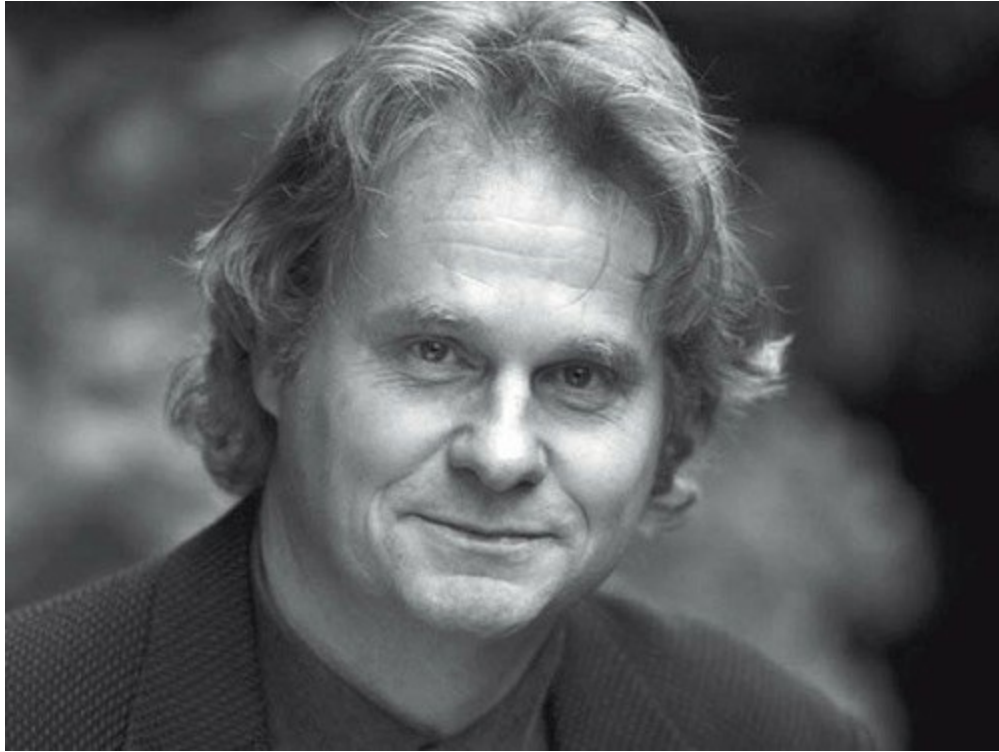
Se podría pensar que este tipo de cosas son cada vez más raras, y que se limitan a tribus remotas. Sin embargo, según Clifton Meador, un médico de la Escuela de Medicina Vanderbilt en Nashville, Tennessee, que ha documentado casos como el de Vanders, la maldición ha asumido una nueva forma.

Tomemos a Sam Shoeman, que fue diagnosticado en fase terminal con cáncer de hígado en la década de 1970 y se le habían pronosticado sólo unos meses de vida. Shoeman murió en el plazo pronosticado, pero la autopsia reveló que su médico se había equivocado. El tumor era pequeño y no había difusión. «Él no murió de cáncer, sino de creer que se estaba muriendo de cáncer —afirma Meador—. Si todo el mundo te trata como si te estuvieras muriendo, acabas convencido de ello. Todo en tu vida girará sobre la muerte.»

Casos como el de Shoeman pueden ser ejemplos extremos de un fenómeno mucho más generalizado. Muchos pacientes que sufren efectos secundarios perjudiciales, por ejemplo, podrían tenerlos sólo porque les han dicho que deben sentirlos. Es más, las personas que creen que tienen un alto riesgo de ciertas enfermedades son más propensos a padecerlas que las personas con los mismos factores de riesgo que creen que tienen un bajo riesgo. Parece que los brujos modernos visten de bata blanca y usan estetoscopios.

Está claro que la sugestión, el terror ante la amenaza de un *bokor*, podía ser la causa de muerte de muchas víctimas de hechizos. Wade Davis, antropólogo, biólogo y etnobotánico en la Universidad de Harvard, pieza fundamental en la resolución del enigma zombi, y del que ya hablaremos más tarde, expone en su trabajo de investigación la importancia del modo y el proceso de la muerte vudú. La mente de la persona sirve de intermediaria entre la maldición del hechicero y el resultado fatal.

El proceso incluye cierto número de factores complementarios pero, al parecer, es el miedo el que inicia los cambios fisiológicos. No cabe duda de que el miedo hace a la víctima psicológicamente vulnerable y que esto, a su vez, afecta a su salud física. Los neurofisiólogos están tratando de comprender la totalidad del proceso, aunque la reacción de la familia y de la sociedad a las que pertenece la víctima influye de manera inevitable sobre el bienestar psicológico y físico de ésta.



Wade Davis, antropólogo, biólogo y etnobotánico en la Universidad de Harvard.

Sin embargo, y aunque morir de miedo explica muchos casos relacionados con la hechicería, los investigadores pronto se dieron cuenta que el trasfondo de la zombificación era otro, y que si bien el aspecto más nefasto del poder de la sugestión poseía una especial importancia en el fenómeno, no era la causa ni la explicación del mismo. Ésta se hallaba en otros ámbitos.

LOS ZOMBIS EXISTEN

Sería una mujer la que, sin dudar de muchas de las historias que se producían en tierras haitianas, intuyó la verdadera realidad del fenómeno de la zombificación, y que medio siglo más tarde sería confirmada por otros investigadores.

Zora Neale Hurston (1891-1960) era una antropóloga y escritora que nació en una pequeña aldea de población negra de Florida (EE.UU.), a la que su padre inculcó la admiración por las raíces africanas de su pueblo, y que en la década de los treinta viajó a la isla para investigar el culto vudú.

Hurston empezó por recopilar varios relatos de zombis. Uno de ellos sitúa la historia en 1907, cuando falleció Marie, una joven que pertenecía a la alta sociedad haitiana. Años más tarde, una antigua compañera de escuela creyó reconocerla en una calle de la ciudad, pero Marie parecía ausente, con la mirada perdida y la ropa rasgada y sucia. Después de pensarlo, decidió comunicárselo a la familia de la joven. Al principio

incrédula, la familia terminó por exhumar el cadáver de Marie, y cuál fue su sorpresa al hallar dentro del ataúd los restos de un hombre que, evidentemente, no correspondían con los de la joven. La familia se lanzó a las calles de la ciudad en busca de la joven. Cuando finalmente fue localizada, observaron con terror el deplorable estado en el que se hallaba Marie, absolutamente alienada. Su familia no sabía qué hacer con ella y terminó por ingresarla en un convento francés.

Pero, sin lugar a dudas, el caso que marcó a Zora Hurston fue el de Felicia, quien, al parecer, había sido un zombi durante 29 años. En 1907, Felicia Felix-Mentor murió de una repentina enfermedad y fue enterrada por su esposo y su hermano en el cementerio de la localidad.

En la madrugada del 24 de octubre de 1936, en la aldea de Ennery, ubicada en las estribaciones de las montañas de Puylboreau, cerca de Cap-Haïtien, la población entera fue despertada entre tumultos y frenética consternación cuando corrió la voz de que una extraña mujer había aparecido por las calles, vagabundeando cerca de la finca de los Mentor, vestida únicamente con una vieja y medio rota camisola. Su aspecto era de una anciana visiblemente débil y asustada. Su piel era pálida y arrugada, como las escamas de un pez. Parecía que tenía una enfermedad en los ojos. Casi no tenía pestañas, la luz del amanecer la molestaba y para proteger sus ojos había medio cubierto su rostro con un trapo sucio. La gente se aproximaba tímidamente, entre la curiosidad y un pavor supersticioso. Al parecer había perdido la facultad del habla. Al acercarse, tanto el marido como su hermano reconocieron a la mujer como Felicia, muerta años atrás.



La antropóloga y escritora Zora Neale Hurston.

Una vez en el hospital, cada vez que alguien se le aproximaba, la mujer se encogía temblorosa, como temiendo algún mal trato. Unos días más tarde la noticia llegaba a oídos de Zora Hurston, quien se dirigió hacia la localidad para visitarla en el hospital. Fue allí donde la fotografió y trató de entablar conversación con ella. Después escribió:

La mujer ofrecía un espectáculo horrible, su cara estaba lívida y sin expresión, con ojos de muerto; los párpados blancos rodeando los ojos, como si se los hubiesen quemado con ácido. No se le podía decir nada ni oír una palabra de sus labios, sino sólo mirarla, y la visión de aquel despojo humano era demasiado para soportarlo durante mucho tiempo.

En su libro *Tell my Horse*, publicado en 1938, Zora Hurston expuso su hipótesis y las conclusiones a las que había llegado tras mantener varias conversaciones con los doctores que atendieron a Felicia:

Hablamos largo rato acerca de las teorías sobre el modo en que una persona llega a ser zombi. Concluimos que no se trataba de un caso de resurrección, sino de una apariencia de muerte inducida por una droga que muy pocos conocían. Un secreto traído probablemente de África y transmitido de generación en generación. Los hombres conocen el secreto de la droga y del antídoto. Es evidente que destruye la parte del cerebro que rige la palabra y la voluntad. La víctima puede moverse y actuar, pero no formula un pensamiento. Los dos médicos expresaron su deseo de enterarse de ese secreto, pero se dieron cuenta de la imposibilidad de hacerlo. Esas sociedades secretas son realmente secretas.



Felicia Felix-Mentor, supuestamente zombificada durante casi tres décadas.

Las sociedades secretas a las que Hurston hace referencia en su libro funcionan incluso a día de hoy como una especie de sectas herméticas, en las que todos los componentes —*houngans*, *mangos*, *bokor*, aprendices, etcétera—, tras aceptar un compromiso estricto de no revelar los secretos del vudú, cuentan con el apoyo de sus hermanos de religión. En realidad, estas sociedades son pequeños feudos que se hallan por encima del poder político y militar de cada zona, donde quien realmente manda es el *houngan* o el *bokor*. Éste actúa como un juez soberano que vela por el bienestar de su comunidad e imparte una justicia paralela, particular y tradicional, que nada tiene que ver con las leyes que se establecen en los tribunales del país, donde el antiguo Código Penal de la República de Haití —promulgado el 11 de agosto de 1835— poseía un artículo que fue anulado en 1953 en el que admitía la existencia y el empleo de ciertas sustancias o drogas en la zombificación, y castigaba ambas cuestiones como acto criminal cuando decía:

Se califica también de atentado por envenenamiento a la vida de una persona, al empleo que se haga contra ella de sustancias que, sin causar la muerte, hubieran producido un estado letárgico más o menos prolongado, de cualquier manera que esas sustancias hubieran sido empleadas y sean cuales fueren las consecuencias. Si como resultado de este estado letárgico hubiera sido inhumada la persona, el atentado será calificado de asesinato.

Sin embargo, en esa otra justicia tradicional vudú de la que hablaba, se ha venido empleando la práctica de la zombificación como pena capital para condenar y castigar a quien estos grupos secretos, con el *bokor* al frente, consideraban que había atentado contra la sociedad.

Pero al margen del poder de estas sociedades secretas y del ejercicio de una criticable justicia paralela, no cabe duda de que cualquier persona puede contratar los servicios de un *bokor*, o incluso de la misma sociedad secreta, para que realice la zombificación de un individuo sin preocuparse de si la víctima es merecedora de semejante desgracia, siempre y cuando, claro está, se haya abonado el pago convenido.

INVESTIGACIONES REVELADORAS

En los años setenta del siglo XX, el doctor canadiense de origen haitiano, Lamarque Douyon, en aquel entonces director del Centro Psiquiátrico de Puerto Príncipe, empezó una investigación que supuso un punto de inflexión determinante en el estudio de la zombificación, y estableció las bases precisas para hallar respuestas al enigma de los muertos vivientes.

Partiendo de las sospechas de Zora Hurston y de posteriores investigadores, el doctor Douyon estudió varios casos, alguno de ellos sumamente relevantes. Para él, el fenómeno zombi era real, aunque sus causas no guardaban relación con la brujería, sino

con la ingesta de algún tipo de droga que él desconocía. Douyon intuía que podía ser extraída de las flores de alguna familia de las *Datura*, plantas que habían sido utilizadas tradicionalmente por los chamanes de varias tribus sudamericanas en sus rituales:

Estoy completamente convencido de que los zombis existen. Sé que existen porque los he visto con mis propios ojos. Nos estamos enfrentando con individuos de carne y hueso que han caído en un estado de muerte aparente producido por drogas. Se les ha declarado muertos y han sido inhumados. [...] Esas drogas producen un estado cataléptico en el que su pulso y su presión sanguínea son casi imperceptibles. Sin embargo, permiten la oxigenación del cerebro impidiendo así que se produzcan lesiones mientras son enterrados. Luego son exhumados y reanimados por hechiceros vudú quienes les administran más drogas.

El doctor Douyon tuvo la oportunidad de estudiar el que posiblemente sea el caso más importante de zombificación, Clairvius Narcisse, y llegó a la conclusión de que los *bokor*, tras exhumar a los «cadáveres», les suministraban una droga con la que lograban despertarlos de esa muerte aparente. Luego agregaban pequeñas dosis de esa misma droga en su alimentación diaria para mantenerlos en ese estado carente de voluntad y raciocinio y tenerlos esclavizados durante el resto de sus vidas. Narcisse había sido uno de estos casos, pero gracias a determinadas circunstancias había logrado escapar de la subyugación. Por suerte, su cerebro no sufrió daños permanentes y con el tiempo fue recuperando su personalidad. Pero veamos cómo sucedió.

A las 21.45 horas del 30 de abril de 1962, Clairvius Narcisse ingresaba en el servicio de urgencias del Hospital Albert Schweitzer de Deschapelles, en el valle haitiano de Artibonite, aquejado de malnutrición, fiebre elevada y fuertes dolores en todo el cuerpo. Ya en el hospital, empezaron los problemas respiratorios y su estado se deterioró rápidamente, entrando en coma. Dos días más tarde, el 2 de mayo de 1962, fue declarado muerto a las 13.15 horas por dos asistentes médicos. Todos estos datos constaban en el registro del hospital.

Su hermana Angelina, que estaba junto a la cama, avisó a la familia, y su hermana mayor, Marie Claire, identificó el cadáver y firmó con su huella pulgar el certificado oficial de defunción. El cuerpo pasó al depósito de cadáveres, donde permaneció veinte horas hasta el momento del entierro.

A las diez de la mañana del día siguiente, Angelina, Marie Claire y el resto de la familia Narcisse daban sepultura a Clairvius en un pequeño cementerio cercano a la aldea de L'Estère.

Aquí terminaba la historia oficial de ese hombre. Sin embargo, dieciocho años después, en 1980, un personaje harapiento y con la mirada perdida se acercó a Angelina Narcisse en la plaza del mercado de la aldea y se identificó utilizando el diminutivo con el que lo conocía la familia desde su niñez. Angelina, su familia y muchos aldeanos lo reconocieron inmediatamente. Clairvius contó que recordaba su muerte. Todo había sucedido con mucha rapidez. Tras una fuerte discusión con su hermano, empezó a sentirse mal. Se encontraba débil, con malestar general y náuseas, y se dirigió al hospital. Después, sus recuerdos eran que no podía respirar ni moverse. Y finalmente oyó como el

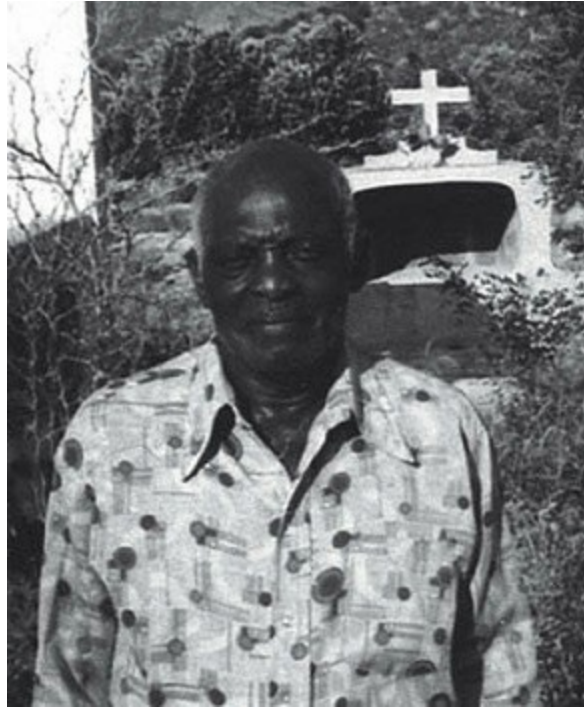
médico le daba por muerto: «Durante todo el tiempo estuve consciente, aunque absolutamente inmovilizado. Oí al médico cuando me declaró muerto y oí a mi hermana llorar. Cuando me metieron al ataúd y lo clavaron, uno de los clavos atravesó mi mejilla derecha, justo al lado de la boca...».

Sabía que lo habían convertido en un zombi. Luego recordaba que unos hombres lo sacaron de la tumba, lo golpearon y lo ataron: «Pasó el tiempo, tal vez días, cuando oí que me llamaban por mi nombre, y el suelo se abrió. Había tambores y gente que cantaba. Entre varios hombres me sujetaron y maniataron. Luego me golpearon con un látigo obligándome a caminar en la oscuridad de la noche. Caminamos durante varias jornadas ocultándonos de día, hasta que llegamos a una plantación de azúcar».

Después del largo viaje al norte del país, estuvo trabajando como esclavo junto a otros zombis en una plantación de azúcar durante dos años. Al cabo de ese tiempo, el *bokor* murió y los esclavos, una vez libres ya de la fuerza que los mantenía atados a él, se dispersaron.

Según siguió contando, Clairvius sabía que había sido su propio hermano quien había contratado a un *bokor*, Josef Jean, para convertirlo en zombi a causa de la fuerte discusión que tuvieron cuando él no quería ceder su parte de la herencia —unas tierras— para venderla. Con esa decisión había firmado su sentencia. Por temor a regresar, pasó dieciséis años vagando por diferentes lugares de la comarca. Y ahora, dieciocho años después, regresaba a la aldea tras enterarse de la muerte de su hermano.

La historia de Narcisse fue conocida pronto en todo el país, y no tardó en traspasar sus fronteras. Pero cuando realmente se convirtió en una celebridad fue cuando un equipo de la BBC llegó a Haití para grabar un documental en 1981. Con la ayuda de la familia, el doctor Douyon redactó una batería de preguntas referentes al período de su niñez que sólo Narcisse podía saber y contestar correctamente. El resultado fue completamente satisfactorio. La grabación del documental fue un éxito y sus declaraciones dieron la vuelta al mundo: «Ni siquiera estaba aquí cuando arrojaron tierra sobre el ataúd. Mi cuerpo estaba aquí, desde luego, pero yo flotaba en algún lugar indeterminado. Podía oír todo lo que sucedía. Entonces llegaron. Tenían mi alma en su poder. Me llamaron y la enviaron a través del suelo. [...] Oí que me decían “levántate” y yo me levanté y salí de la tumba contestando a los que me llamaban. Estaba muy agitado. Me senté en la tumba y me amarraron los brazos con cuerdas. [...] Después fui citado a juicio, ocho días más tarde. Son los amos de la tierra y hacen lo que les place».



Clairvius Narcisse. Su historia de zombificación dio la vuelta al mundo.

La gran trascendencia del caso Clairvius Narcisse radica en varios puntos:

- Existían informes médicos y constancia registral de su muerte, confirmada por dos médicos.
- Había sobrevivido tras sufrir un proceso de zombificación.
- Con el tiempo y el apoyo psicológico había recuperado su personalidad.
- Era un testimonio de primera mano que, con sus declaraciones, ofrecía datos fiables y pistas importantes para avanzar en la investigación.

EL SECRETO ZOMBI

El doctor Douyon mantenía contacto con dos especialistas estadounidenses, el doctor Richard Schultes, director del Museo Botánico de la Universidad de Harvard, y el doctor Nathan Kline, psiquiatra, pionero en el campo de la psicofarmacología y director del Instituto de Investigación del Estado en Rockland (Nueva York), a quienes mandaba muestras de material susceptible de poder ser el supuesto veneno zombi para que fueran analizadas en profundidad.

Aunque las muestras recibidas no aportaban gran información, sí despertaron el interés de ambos especialistas, quienes propusieron al joven y experto Wade Davis, ayudante de Schultes, realizar un viaje a Haití para encontrar hechiceros vudús dignos de crédito y obtener muestras del veneno y del antídoto, observando su preparación y, en caso de que fuera posible, documentarse sobre su uso.

Después de una investigación insólita y apasionante, que Wade Davis relata magníficamente en su obra *The Serpent and the Rainbow* —en la edición española se tituló *El enigma zombi*—, y de la que Wes Craven hizo una adaptación al cine en 1988 con el título original inglés, Davis consiguió sobornar a varios *bokor* para que le entregasen muestras de «polvo zombi» o *coup de poudre*, como es llamado en Haití.

De las cinco muestras que obtuvo y que fueron analizadas en la Universidad de Harvard, se descubrió que cuatro de ellas, cada una de regiones diferentes, contenían un mismo ingrediente activo: la tetradotoxina, un anestésico que, según Davis, «es sesenta mil veces más potente que la cocaína y quinientas veces más fuerte que el cianuro. Una cantidad de la toxina pura del tamaño de la cabeza de un alfiler supondría ya una dosis letal».

Las muestras también contenían sustancias como la bufotenina, que proviene del sapo *bufo marinus*. Estos sapos tienen veneno en unas glándulas situadas detrás de los ojos, llamadas parótidas. El veneno disminuye las pulsaciones del corazón y aumenta la presión sanguínea, lo que va acompañado de hinchazón y náuseas.

La tetradotoxina es producida por unos peces de la familia de los tetrodóntidos, y se encuentra abundantemente en el hígado, piel y ovarios del *diodon histrix*, *diodon holocanthus* o *spheroides testudineus*, más conocido popularmente como «pez globo» o *fugu* en Japón. Estas especies —existen más de cincuenta, si bien todas son venenosas—, que se encuentran en diversos mares del mundo, son especialmente frecuentes en el Caribe.

La carne de este pez es apreciada en Japón pese a su toxicidad. Allí se cocina un plato llamado *fugu*, cuya preparación requiere que los cocineros tengan una autorización especial entregada por una escuela de gastronomía oficial que certifique sus conocimientos.

Una dosis inadecuada produce una terrible agonía y una muerte segura. Como apunta el doctor Reverte Coma, «el envenenamiento o intoxicación por tetradotoxina se caracteriza por la rápida aparición de síntomas entre los cinco y treinta minutos después de la ingestión del pescado. Se presenta un estado de debilidad general, náuseas y mareos, palidez, parestesia, hormigueo en labios, lengua y garganta, manos y pies seguido de pérdida del conocimiento. No se presentan vómitos a pesar de las náuseas. A medida que avanza la intoxicación se produce palidez, sudoración, dificultad respiratoria, hipotensión, mialgias, dolores, opresión precordial y cianosis, terminando el cuadro con convulsiones y parálisis. La muerte puede sobrevenir por parálisis respiratoria entre las seis y las veinticuatro horas después de la ingestión del tóxico».

También como resultado de sus investigaciones y conversaciones con varios *bokor*, supo que los zombis son obligados a realizar una comida al día, una pasta compuesta básicamente de tres ingredientes: batata, jarabe de caña y una planta llamada en la lengua criolla como «pepino de los zombis», que les provoca un estado de desorientación y de

amnesia. Esta planta no es otra que la *datura stramonium*, una potente planta psicoactiva que contiene atropina y escopolamina. Estos activos alcaloides podían servir para contrarrestar eficazmente el veneno zombi.

Para Davis, este hallazgo cerraba el círculo de la investigación. Mientras la tetradotoxina y la bufotenina proporcionaban la muerte aparente y unas consecuencias psicológicas que apoyaban las creencias y temores culturales de los practicantes del vudú, la datura, además de neutralizar el efecto del veneno, inducía a pequeños estados de trance constantes que amplificaban sobremanera dichos procesos mentales de las víctimas y se autoconvencían de su zombificación.



El pez globo o *fugu* es un exquisito manjar que los cocineros nipones consideran un auténtico plato de lujo. De él se extrae la tetradotoxina.

¿HAY ALGO MÁS?

A pesar de que el empleo de las drogas explica la parte «química» y fisiológica de la creación de un zombi, Davis, al igual que otros investigadores, está convencido de que estos datos pueden llevar a un engaño. Sin la existencia de las creencias propias de la cultura vudú que se respiran en la sociedad haitiana, sería imposible hacer que una persona se convirtiera en zombi, ya que dichas creencias religiosas son una parte fundamental del proceso.

Así, en los casos de intoxicación que se producen en Japón a causa de la ingesta del pez globo —tetradotoxina—, la víctima, en caso de sobrevivir, racionaliza el haber ingerido el veneno porque no existe un trasfondo religioso en la mentalidad de su propia cultura. Sin embargo, con el campesino haitiano, que desde su infancia ha creído en la realidad del fenómeno zombi, el resultado es diferente, ya que en su mente se produce un proceso complejo de creencias mágicas bien arraigado. Los haitianos no temen que los zombis les hagan daño; lo que los espanta es convertirse en uno de ellos.

Cabe recordar, como he dicho al principio del capítulo, que el creyente vudú vive en un mundo que no distingue lo natural de lo sobrenatural, donde todo es realidad. Así pues, para los haitianos los zombis son creados mediante la hechicería. Todo empieza con un acto mágico en el que el *bokor* captura una de las dos almas, el *ti bon ange*, de su pretendida víctima. Más tarde, la resurrección del cadáver zombi en el cementerio necesita de otro ritual que requiere tener elevados conocimientos de magia, entre otras razones para alejar a la otra alma, el *gros bon ange*, que es la que da la vida, y no vuelva a entrar en el cuerpo físico.

De acuerdo con sus creencias, no son las drogas o el *coup de poudre* los que crean al zombi, sino la fuerza mágica del *bokor*.

CAPÍTULO 8

Enterrados vivos

Ser enterrado vivo es, sin ningún género de duda, el más terrorífico extremo que jamás haya caído en suerte a un simple mortal. Que le ha caído en suerte con frecuencia, con mucha frecuencia, nadie con capacidad de juicio lo negará. Los límites que separan la vida de la muerte son, en el mejor de los casos, borrosos e indefinidos... ¿Quién podría decir dónde termina uno y dónde empieza el otro?

El entierro prematuro
EDGAR ALLAN POE

9 de octubre de 2009. Minas de San Andrés, Copán, Honduras.

La incredulidad invadió a los guardias de seguridad de la empresa minera cuando, a medianoche, oyeron gritos desesperados provenientes del viejo cementerio cercano al lugar, quizá de alguna tumba.

El inusual hecho alarmó a los dos guardias que cumplían el turno de noche, quienes, invadidos por el temor a las historias sobrenaturales que se contaban del lugar, ignoraron los lamentos que cortaban la oscuridad.

Por fin llegó la anhelada mañana, y con ella el relevo del servicio. Algo más tranquilos, los vigilantes comentaron a sus compañeros lo ocurrido durante la noche, y fue entonces cuando se enteraron de que habían sepultado a un joven el día anterior.

Se trataba de Isaac Ramírez Pérez, de veintisiete años de edad. Había sido ingresado en el hospital de Occidente de Santa Rosa de Copán por un fuerte dolor abdominal, y fue operado de urgencia. La intervención quirúrgica, una extracción de vesícula, había ido perfectamente. Pero al cabo de unas horas su estado de salud empeoró de manera incomprensible hasta que, finalmente, el personal médico del centro notificó a la familia que Isaac había fallecido. El cuerpo sin vida del joven fue llevado a casa para realizar el velatorio, como es tradición en muchos pueblos. Al mediodía siguiente, el féretro fue llevado a la iglesia, donde se celebró un acto litúrgico, y una hora después fue trasladado al cementerio viejo de Azacualpa, donde le dieron sagrada sepultura.

Tan pronto como los guardias de seguridad supieron lo del entierro, avisaron a las autoridades y a los parientes más cercanos. Cual reguero de pólvora, la noticia corrió de inmediato por todo el pueblo. A las ocho de la mañana, los hermanos y demás familiares del fallecido llegaron al cementerio y no dudaron en romper el mausoleo y abrir el ataúd. La sorpresa, el terror y la angustia fueron enormes. El cadáver estaba empapado en

sudor y aún se lo percibía flexible y caliente, la camisa estaba desabotonada y en su pecho eran visibles varios arañazos. Nadie se atrevía a pensar en lo que había pasado. Pero ya era demasiado tarde.

De inmediato llegaron las autoridades y, tras ver lo ocurrido, trasladaron el cuerpo para que se le realizara una autopsia. El forense dictaminó que Isaac Ramírez despertó de un estado de catalepsia y que, horas más tarde se asfixió dentro de su tumba. La familia pide que se investigue su caso en medio del dolor, la incredulidad y el sentimiento de culpa por haberlo sepultado vivo.

La noticia de este dramático suceso apareció en la prensa hondureña en octubre de 2009, es decir, en pleno siglo XXI. Pero no se trata de un hecho aislado. Los casos de personas enterradas vivas o que, afortunadamente para ellas, se han despertado cuando sus familiares lo acompañaban en su velatorio son más comunes de lo que parece. Algo similar, aunque con un final feliz, tuvo lugar al sur de China el 23 de junio de 2006, cuando los médicos decretaron la «muerte» de Liang Jinshi, un diabético de cuarenta años. Dos días más tarde su cuerpo fue enterrado.

Sin embargo, tres horas después de la ceremonia, su esposa acudió de nuevo a la tumba, donde, en medio del silencio sepulcral, oyó la voz de su «difunto» esposo pidiendo auxilio. La mujer dio inmediatamente el aviso y Liang Jinshi fue exhumado del ataúd con vida para sorpresa y regocijo de todos. Los médicos señalaron que al parecer Liang había padecido un coma diabético del que su organismo había conseguido salir, aunque no se descartaba la opción de un episodio de catalepsia.

Otro caso, en la misma línea, era divulgado el 7 de septiembre de 2004 por diferentes agencias de noticias internacionales.

Nabil Ayub, un joven periodista sirio que trabajaba en Damasco, había sufrido un infarto, y tras ser ingresado de urgencias en el hospital, los médicos diagnosticaron la parada cardíaca y lo dieron por muerto. Dieciséis horas después el cadáver de Ayub fue llevado al cementerio, y justo antes de que cerrasen la tapa del ataúd, logró gritar «¡estoy vivo!», lo que causó escenas de pánico entre los asistentes.

Más tarde, el periodista «resucitado» explicó que durante las dieciséis horas que supuestamente estuvo muerto logró oír todo lo que se decía a su alrededor, pero no era capaz de moverse ni de emitir una sola palabra. Finalmente, cuando sintió que ya era el final y que lo iban a enterrar, el cuerpo reaccionó y consiguió gritar.

Y así podríamos continuar durante páginas y más páginas. En mi archivo personal poseo una abultada carpeta que contiene innumerables casos que se han venido produciendo durante la última década en todo el mundo. Y es que aunque hoy en día la medicina ha avanzado tanto que es prácticamente imposible que una persona pueda ser enterrada viva, la terrible realidad es que estos sucesos siguen teniendo lugar hasta en los países del Primer Mundo.

Sobre esta cuestión existen algunas cifras estadísticas, unas más contrastadas que otras, que podrían ponernos los pelos de punta. Por ejemplo, el británico J.C. Ouseley aseguró a finales del siglo XIX que alrededor de 2.500 personas al año eran enterradas vivas en Inglaterra y Gales. Aunque otras fuentes rebajaban la cifra por debajo de los mil individuos, no dejaban de ser unos datos inquietantemente elevados para la extensión geográfica a la que se refieren.

Otra cifra no menos polémica —sobre todo por las consecuencias sociales y políticas que implicaba— surgía tras el conflicto de la guerra de Vietnam, en el que las autoridades militares de EE. UU. habrían reconocido en un comunicado que el cuatro por ciento de los soldados norteamericanos fallecidos en dicha contienda bélica podían haber sido enterrados vivos, a juzgar por los indicios observados tanto en sus manos como en el interior de sus ataúdes cuando éstos fueron trasladados a su país.

LA MUERTE APARENTE

Ser enterrado vivo es uno de los mayores miedos que ha tenido el ser humano desde la más remota antigüedad, mayor incluso que la muerte en sí.

Sin contar los casos en los que el entierro se ha producido de manera intencionada como una forma de castigo, de tortura o de ejecución —históricamente se había utilizado en determinadas circunstancias, como en la antigua Roma o durante la Edad Media—, la llamada muerte aparente ha sido un fenómeno relativamente frecuente en el que ciertos estados patológicos se han confundido con la muerte real: catalepsia, ictus, intoxicaciones, apoplejía, etcétera.

Uno de estos casos es explicado por el famoso médico y químico Arnau de Vilanova, quien nos cuenta cómo su propio maestro, estando un amigo suyo amortajado y listo para ser enterrado, mandó suspender el entierro y se puso a hacer una comprobación. Colocó ante la boca del cadáver un copo de algodón y un vaso de agua sobre el pecho desnudo; al percibir el movimiento del algodón y el del agua dentro del vaso, declaró que estaba vivo todavía. La muerte aparente había sido provocada por una apoplejía; es decir, el enfermo había sufrido la suspensión más o menos completa de algunas funciones cerebrales debido a una hemorragia, obstrucción o compresión de una arteria del cerebro.

A la vista de tales signos, «ordenó que se le rapase la cabeza y le aplicaran sobre ella una cataplasma de mostaza mezclada con polvos de castor y vinagre bien fuerte. Ordenó también unas friegas de los pies y manos con sal y salitre al mismo tiempo que colocaba bajo la lengua un poco de castor. Mandó también sangrarlo en varios lugares del cuerpo, y pasada una hora, el paciente comenzó a dar signos evidentes de vida. Aplicó polvos estornutatorios en la nariz y una lavativa de hojas de malva, acelga, raíces de cogombrillo

amargo, zumo de tostella, benedicta laxativa, triferá sarracena, miel, sal y aceite, con lo cual sanó totalmente, ante el asombro de los presentes, que pensaron que el maestro había resucitado a un muerto».



Entierro prematuro (1854), óleo de Antoine Wiertz.

Otro caso lo protagonizó André Vesalio, famoso anatomista flamenco que llegó a ser médico de Carlos I y de Felipe II. Su obra, uno de los libros más influyentes sobre anatomía humana, *De humani corporis fabrica* (*Sobre la estructura del cuerpo humano*), lo ha llevado a ser considerado el fundador de la anatomía moderna.

La historia cuenta que, habiendo fallecido cierto caballero español, quiso descubrir la enfermedad que le había producido la muerte y pidió a los familiares que le permitieran abrir el cadáver. Concedido el permiso, Vesalio se dispuso a abrir el cuerpo, pero al clavar sus instrumentos en la cavidad torácica, el cadáver dio un lastimero grito de dolor. Los familiares, al enterarse de lo ocurrido, lo denunciaron ante la justicia ordinaria como homicida y lo acusaron de impío ante el Tribunal de la Inquisición. Finalmente fue el rey de España quien lo salvó de la muerte en la hoguera, al conmutar la sentencia por la penitencia de visitar Tierra Santa.

También es famoso el caso del novelista e historiador abate Prévost, conocido entre otras razones por su novela *Manon Lescaut*. Prévost sufrió una apoplejía el 23 de noviembre de 1763 en el bosque de Chantilly, y fue dado por muerto. Para comprobar a qué clase de muerte había sucumbido, la justicia ordenó que se le hiciera la autopsia. Pero al primer golpe del instrumento cortante, el abate despertó con un grito, ante el lógico asombro de los presentes.

¿MUERTO O CATALÉPTICO?

Una de las mayores causas de muerte aparente ha sido la catalepsia, un estado en el que el cuerpo permanece inmóvil, no responde a estímulos de ningún tipo, la piel se vuelve pálida y la respiración y el pulso se ralentizan de tal modo que casi son imperceptibles.

Sin embargo, aunque en apariencia no haya signos de vida, en realidad la persona se halla en estado de consciencia, aunque su grado de intensidad puede ser variable. Muchos son capaces de ver y oír a la perfección todo lo que sucede a su alrededor, aunque no puedan mover voluntariamente ni un músculo ni sean capaces de emitir el menor sonido.

La gravedad de la situación es que dicho estado cataléptico puede durar varios días, en los que la persona, en estado de muerte aparente, podría ser enterrada y despertar ya dentro del ataúd, como hemos visto en el relato inicial de este capítulo y ha ocurrido en innumerables ocasiones más.

En el libro *Anomalies and Curiosities of Medicine*, de Gould y Pyle, los autores afirman que los episodios de catalepsia pueden durar desde unas pocas horas a varios años. Un caso descrito en dicha obra es el de un soldado español de veintidós años, confinado en el antiguo hospital militar de San Ambrosio, en Cuba. El joven estuvo en un estado semicataléptico durante un lapso de catorce meses, en los que, ocasionalmente, estornudaba, tosía o murmuraba algunas palabras ininteligibles, si bien era imposible comunicarse con él.

El historiador Plinio el Viejo menciona algunos de estos episodios en sus escritos. Entre otros, cuenta los casos de muerte aparente de Cilio Avícula y Lucio Lamia, pretor y cónsul de Roma, respectivamente. Considerándolos muertos, y después de celebrar sendos funerales según lo establecido, fueron llevados a la pira funeraria situada a las afueras de Roma. Una vez prendieron las llamas, los supuestos difuntos recuperaron la consciencia a causa del fuego. Ante sus gritos de desesperación, todos los intentos que se hicieron para sacarlos de allí fueron vanos y al final perecieron quemados vivos.

Otro caso histórico muy famoso es el de Pedro Arias Dávila (1460-1531), más conocido como Pedrarias Dávila, primer gobernador de Castilla del Oro —hoy Panamá—, fundador de la ciudad de Panamá y posteriormente gobernador de Nicaragua. El excelso médico forense y antropólogo doctor Reverte Coma nos cuenta en su libro *Biopatología de Pedrarias Dávila* que, «ya de avanzada edad, mientras pasaba unos días en su castillo de Torrejón, sufrió un síncope y aparentemente murió. Fue amortajado e introducido en un sarcófago de madera, puesto entre cuatro grandes velas y rezado. Cuando lo iban a enterrar, uno de sus criados, que al parecer había sentido mucho su muerte, se abrazó al ataúd para darle el último adiós. Cuál no sería su sorpresa cuando oyó ruido dentro. Gritó, abrieron el ataúd y Pedrarias se incorporó preguntando que qué sucedía. Se recuperó de aquella muerte aparente que le sobrevino a los sesenta años de edad [...] y moriría de viejo a los 84 años en una época en que todo el mundo

moría de muerte violenta. Cuenta la historia que llevaba siempre consigo un pequeño ataúd y que todos los años, coincidiendo con la fecha de su muerte aparente, se hacía decir una misa de *corpore insepulto*, metido en un ataúd entre cuatro velas. Puede que sean exageraciones de sus detractores y enemigos, que los tuvo, y no pocos».

Lo que sí resulta curioso es que, en muchas de estas ocasiones, no se sabe por qué razón se produce tal estado letárgico. En otras, la duración del mismo resulta, cuando menos, providencial, pues de alargarse en el tiempo podría tener unas consecuencias desastrosas.

El eminente escritor renacentista y humanista italiano Francesco Petrarca, por ejemplo, padeció uno de estos trances en el año 1344. Fue dado por muerto y se esperó a que transcurriera el plazo legal para su entierro, que en aquella época era de veinticuatro horas. Sin embargo, a las veinte horas de su deceso, despertó. Petrarca podría haber sido enterrado sólo cuatro horas después si no hubiese sido por un afortunado y brusco cambio de temperatura que hizo que se estremeciera de frío y se sentara sobre su lecho mortuario. Entonces, según cuentan, bostezó y reprendió a los presentes por dejar entrar semejante corriente de aire. Después vivió aún treinta años más, en los que compuso sus mejores obras.

Como vemos, el motivo del despertar puede ser de lo más variado. El investigador Stephen Pile, en su libro *Book of heroic failures (Libro de los fracasos heroicos)* incluye dos casos que por su resolución podemos tildar de anecdóticos pese a lo macabro del tema. Uno de ellos es el de Nicéforo Glicas, obispo de Lesbos, quien en 1896 provocó gran turbación entre sus más devotos seguidores cuando, después de dos días de yacer en el ataúd con sus vestimentas episcopales, se irguió de pronto frente a su trono, divisando con irritación y disgusto el tumulto de personas que velaban por su alma, y exigiéndoles una explicación del porqué de aquel jaleo. El otro es el del reverendo Schwartz, antiguo misionero oriental que fue dado por muerto en 1890. Según afirma Pile, el misionero se reanimó con los cánticos de la concurrencia que había acudido para darle el último adiós. Como es normal, los asistentes quedaron atónitos, cuando no aterrados, al percatarse de que una voz salía del ataúd para unirse al coro de los presentes.

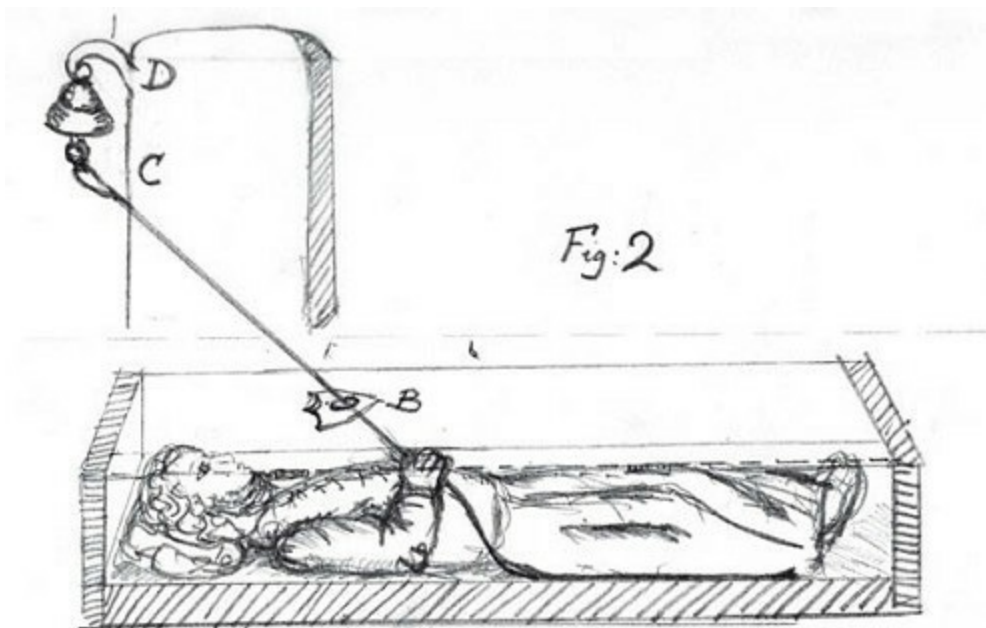
CÓMO DEMOSTRAR LA MUERTE

Dada la abundancia de casos de personas que han pasado por el trance de una muerte aparente, cuando no de haber sido enterradas vivas, no es de extrañar, pues, que se haya venido produciendo un verdadero terror colectivo a lo largo de la historia. Tan es así que muchos testamentos de siglos pasados incluyen cláusulas por las que el testamento solicitaba que se le abrieran las venas con el fin de asegurarse de que estaba realmente muerto.

Sirva de ejemplo el gran pianista y compositor Federico Chopin, quien tenía tal pánico a poder, hipotéticamente, resucitar en su tumba, que cuando supo que su muerte era inminente escribió con letra temblorosa: «Si esta tos acaba asfixiándome, os suplico abráis mi cuerpo para que no sea enterrado vivo...». Y efectivamente, aunque su cuerpo permanece en el cementerio Père-Lachaise de París, fue abierto, se le extrajo el corazón y fue llevado a la iglesia de la Santa Cruz de Varsovia, obedeciendo así su última voluntad.

En consecuencia, con el tiempo se fueron estableciendo una serie de métodos, más o menos eficaces, para cerciorarse y poder certificar la muerte de una persona. Éstos son algunos de ellos:

- Colocar un vaso lleno de agua sobre el pecho.
- Colocar un espejo delante de la boca y la nariz para ver si se empañaba con el aliento.
- Colocar una vela encendida delante de la nariz para ver si oscilaba.
- Colocar una brizna de algodón ante la nariz para ver si se movía.
- Pinchar la piel o clavar una larga aguja en diferentes partes del cuerpo.
- Quemar con un cauterio la planta de los pies.
- Gritar el nombre del difunto cerca de su oído.
- Colocar sustancias irritantes y estornutatorias en el interior de la nariz
- Abrir las venas de distintas partes del cuerpo para ver si corría la sangre todavía.
- Dar masajes en el abdomen al mismo tiempo que se ponían enemas con diversas sustancias irritantes
- En los niños, calentar con paños e insuflarles aire en los pulmones.



El temor generalizado a un entierro prematuro llegó a su punto álgido durante las epidemias de cólera de los siglos XVIII y XIX, y llevó a la invención de muchos dispositivos de seguridad que podían ser incorporados a los ataúdes. Normalmente consistían en algún tipo de artilugio para comunicarse con el mundo exterior, como el rudimentario sistema de ubicar un cable conectado a una campana para que el enterrado vivo lo pudiera accionar con sus manos una vez que hubiera despertado del trance. Otras opciones fueron incluir banderas o incluso un sistema de pirotecnia. Algunos diseños incluyen escaleras, trampillas o sondas de alimentación, pero curiosamente, muchos olvidaban que el problema fundamental era la provisión de aire para respirar.

El primer ataúd de seguridad fue construido por orden del duque Fernando de Brunswick a finales del siglo XVIII. El invento incorporaba una ventana para permitir la entrada de luz y un tubo para suministrar aire fresco. Además, la tapa no se clavaba sino que estaba provista de una cerradura. La mortaja del difunto disponía de un bolsillo en el que eran depositadas dos llaves: una para abrir el féretro y la otra para la puerta del mausoleo.

El sacerdote alemán P. G. Pessler, sugirió en 1798 que todos los ataúdes llevaran un tubo para poder respirar en caso de necesidad, y un cable que llegara hasta la campana de la iglesia.

En su afán por demostrar la eficacia de algunos de estos inventos, el doctor Adolf Gutschmuth fue enterrado vivo en varias ocasiones; incluso en una de ellas, allá por el año 1822, permaneció en el interior del ataúd durante varias horas y comió un plato de sopa, salchichas y cerveza a través de una sonda para recibir alimentos que incorporaba el absurdo invento.

Por su parte, el conde Karnice-Karnicki, miembro de la corte del zar Alejandro III de Rusia, patentó un sistema de rescate que, de manera mecánica, detectaba el movimiento en el interior del ataúd. En caso de producirse, se abría un tubo para suministrar aire mientras, simultáneamente, se desplegaba una bandera y hacía sonar una campana. El ingenioso invento tenía un inconveniente: cualquier movimiento que se produjera durante la descomposición del cuerpo, hacía que se accionaran los sistemas de alarma.

Como alternativa a estas innovaciones mecánicas, a partir del año 1792 surgieron en Alemania las *Leichenhaus*, las «casas de muertos» —precursoras de algún modo de las actuales morgues o depósito de cadáveres—, con la idea de retardar lo máximo posible el momento del entierro. En ellas los cadáveres permanecían hasta que, o bien tenían lugar los primeros síntomas de putrefacción, o bien el «muerto» despertaba. No obstante, la idea de las casas de muertos no prosperó, principalmente por dos razones: su elevado coste de mantenimiento y su escasa utilidad; de los más de 45.000 cadáveres que ingresaron en ellas, no «resucitó» ni uno solo de ellos.

Más tarde se fueron desarrollando métodos científicos más acordes con los avances en el terreno de la medicina. Una de las propuestas fue hacer uso de una inyección con una solución diluida de un colorante —fluoresceína—. Ésta ocasionaría una coloración verdosa en la córnea del ojo de una persona viva, pero que después de la muerte no surtiría efecto por la falta de circulación sanguínea. Con igual intencionalidad también se llegó a utilizar la atropina, que en vida produce una dilatación de las pupilas.

Actualmente, en los casos en los que existe duda por parte del médico se utiliza el electrocardiógrafo o el electroencefalógrafo, que miden la actividad bioeléctrica del corazón o la cerebral, respectivamente. Un electroencefalograma plano, es decir, la ausencia total de señales durante cinco minutos, certifica la muerte del individuo. En algunos países, incluso las unidades policiales aplican este método, sirviéndose de un simple cardiógrafo portátil.



Aparato multiparamétrico portátil.

SUSPENDER LA VIDA ¿ES POSIBLE?

Pero además de las causas de muerte aparente citadas hasta ahora, existen personas que, a través de ciertas técnicas nacidas en la tradición oriental, consiguen autoprovocarse un estado cuya apariencia es prácticamente la misma.

Algunos expertos del *hatha-yoga* emplean una técnica avanzada llamada *khechari mudra*, en la que el practicante obstruye con la punta de la lengua el orificio nasal interno y se sienta con la boca cerrada, permaneciendo en un estado en el que prácticamente se impide la entrada del aire. Las comprobaciones que se han realizado al encerrarlos en una

caja metálica sellada mostraron que dichos expertos son capaces de reducir el consumo de oxígeno hasta un nivel mínimo y, por tanto, también la eliminación de dióxido de carbono, sobreviviendo bajo condiciones que resultarían letales para cualquier persona.

Los reconocimientos médicos efectuados a las personas autoaetargadas revelaron que el consumo de oxígeno, por parte de los órganos y tejidos de los *yoguis*, se reducía en un 20 por ciento. También en el caso de los monjes zen de Japón se ha detectado que el coeficiente respiratorio durante sus meditaciones trascendentales se acerca mucho a las cifras de los animales en estado de hibernación. En el caso de los osos, por ejemplo, su metabolismo basal puede bajar hasta un 0,2 por ciento de lo normal, y la temperatura del cuerpo a veces se acerca a la ambiental. Estas circunstancias podrían hacer parecer que la persona está realmente muerta para un observador inexperto.

Tal vez la historia más impresionante a este respecto y de la que existe constancia médica fue protagonizada por un faquir conocido como *sadhu* Haridas. Los primeros datos que tenemos de este personaje aparecen a principios de la década de 1830 en Jammu, en la región de Cachemira, al norte del subcontinente indio, cuando el rajá Dhyán Singh hizo pública una proeza del faquir: había permanecido enterrado en vida durante cuatro meses. El propio rajá Singh había presenciado el hecho, y éste fue confirmado por varios médicos, uno de ellos europeo.

En el año 1834, Ranjit Singh, maharajá de Punjab —hoy en día en Pakistán—, hombre de gran cultura y que se mostraba muy escéptico ante tal hazaña, invitó al *sadhu* Haridas a su palacio en Lahore para realizar un experimento cuidadosamente controlado. Varios doctores británicos, así como personal militar francés y británico, fueron invitados también e instados a controlar el procedimiento.

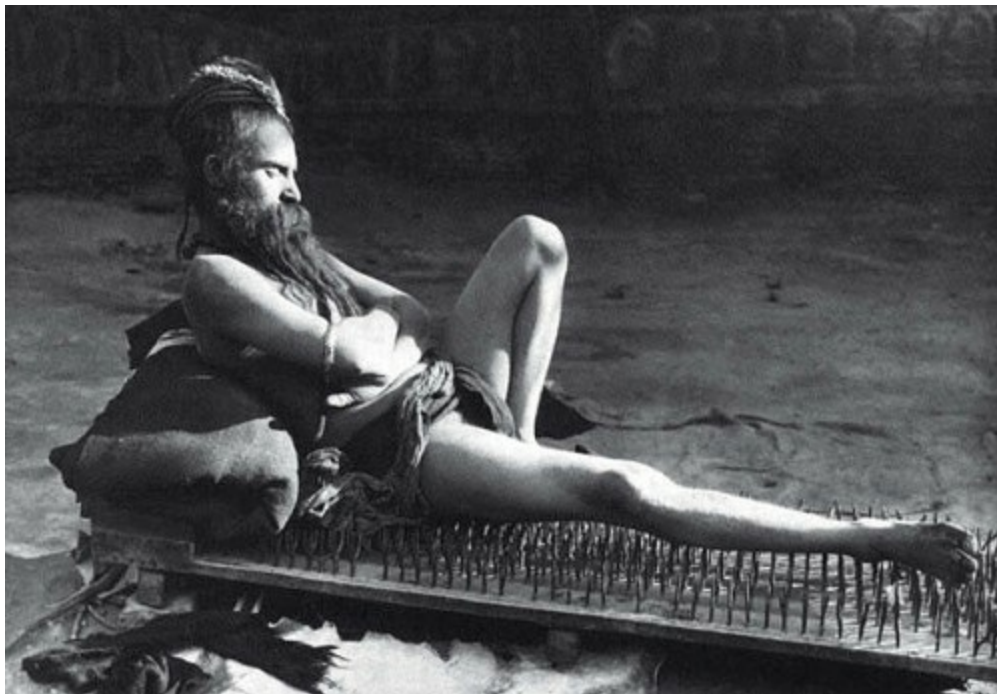
En el reconocimiento preliminar los médicos descubrieron inmediatamente que Haridas tenía cercenados los músculos de debajo de la lengua, de manera que podía doblarla hacia atrás y cerrar totalmente los conductos nasales por la parte posterior de la garganta. Según un largo informe aparecido en el *Calcutta Medical Times* en 1835, durante los días que precedieron al experimento Haridas se alimentó exclusivamente de leche y yogur, y se bañaba en agua caliente. Finalmente se sintió completamente dispuesto, y ante todos los testigos realizó algunas abluciones *yoguis* para limpiar su tubo digestivo; entre otras cosas, según se nos cuenta, se tragó una cuerda de lino de 27 metros de largo y la regurgitó después. Se taponó la nariz y los oídos con cera —medida defensiva contra los insectos—, se sentó con las piernas cruzadas y enrolló la lengua hacia atrás. Los médicos comprobaron que, segundos después, su pulso era indetectable.

Haridas fue envuelto en lino y colocado en un amplio baúl cerrado con un candado, que fue posteriormente sellado con el sello personal del maharajá. El baúl fue enterrado, y sobre la superficie de tierra que lo cubría se sembró cebada. Luego se construyó un muro que rodeaba el lugar, y unos guardias fueron apostados a su alrededor.

Cuarenta días más tarde, los invitados regresaron allí para presenciar la exhumación del faquir. Mientras tanto, la cebada había brotado con toda normalidad y el sello y el candado habían permanecido intactos. Haridas fue encontrado en la misma posición dentro de su sudario. Según el coronel británico sir Charles M. Wade, uno de los testigos, el faquir tenía la apariencia de un hombre muerto: sus piernas y brazos se habían contraído y estaban rígidos; su cabeza se apoyaba sobre un hombro, y no se detectaba pulso alguno en las muñecas ni en las sienes.

Durante varios minutos estuvieron masajeando el cuerpo del faquir hasta que empezaron a aparecer algunos signos de actividad vital. Los médicos le desenrollaron la lengua, quitaron los tapones de sus conductos nasales y auditivos e hincharon sus pulmones mediante un fuelle. Haridas recuperó su estado normal en un lapso inferior a una hora.

Después del acontecimiento, el maharajá le obsequió un puñado de diamantes, y durante cierto tiempo fue admirado y agasajado en todas partes por donde pasaba. Haridas llevó a cabo prácticas semejantes en varias ocasiones más, sin que jamás se detectara ningún tipo de fraude. Sin embargo, fue ignominiosamente expulsado de la alta sociedad india un tiempo después por haber deshonrado a varias de sus seguidoras.



Faquir indio (1907). Las proezas y el control que ejercen los faquires sobre sus cuerpos rozan lo increíble.

Alrededor de un año más tarde de la actuación de Haridas en Lahore, apareció un informe en el *Indian Journal of Medical and Physical Science* de agosto de 1836 sobre una experiencia similar protagonizada por un faquir desconocido y realizada en Jaisalmer.

Tal vez pudo tratarse del propio Haridas, pues según se cuenta en el informe, el faquir también «cerraba los orificios nasales interiores con la lengua» y efectuaba similares ejercicios *yogui* de preparación.

Este faquir fue introducido en un saco de tela muy resistente cosido en su parte superior, y luego fue colocado en una cavidad excavada en la piedra y revestida de ladrillos, que a su vez fue cubierta con losas, enladrillada de nuevo y custodiada día y noche. Al cabo de un mes entero, el faquir fue sacado de su tumba completamente inconsciente; su piel estaba tan reseca y contraída que parecía momificado; sus dientes estaban tan apretados que fue necesario utilizar una palanca de hierro para darle un poco de agua. A pesar de todo, se había recuperado totalmente a las pocas horas.

A los occidentales nos puede parecer imposible que un hombre sea capaz de ponerse deliberadamente en estado de muerte aparente mediante un incomprensible control de sus funciones corporales, permanecer enterrado bajo tierra durante horas, días o —según dicen— meses, y reaparecer vivo al cabo de ese tiempo. A lo largo de los siglos, testigos de toda confianza han dado fe de hazañas «imposibles» realizadas por yoguis o faquires hindúes; pero ¿por qué escogen una forma tan extrema de automortificación? ¿Qué sentido tiene?

Los yoguis han desarrollado estas disciplinas para minimizar las distracciones interiores y exteriores —estas últimas mediante el control de sus canales sensoriales— en su búsqueda por alcanzar el mayor grado de conocimiento. Pero parece que los objetivos de los faquires hindúes son distintos, y sencillamente pretenden obtener el control total de su cuerpo más que alcanzar un nebuloso éxtasis. Para ellos, la supervivencia bajo tierra supone la suprema demostración de su poder sobre cuerpo y mente.

Según explicaba Andrija Puharich (1918-1995), médico e investigador científico de los fenómenos psíquicos, «el faquir no queda inconsciente en el sentido habitual de la palabra, puesto que uno de sus objetivos es mantener el control total de los cuatro estados: la vigilia, el sueño, la ensoñación y la suspensión biológica que supone la muerte aparente. Durante el período de enterramiento no pierde el conocimiento, sino que entra en un profundo estado de meditación».

Esta capacidad para simular la muerte es rara, aunque no desconocida en Occidente. San Agustín, por ejemplo, describía en el siglo vi la capacidad de un sacerdote llamado Rutilut para detener deliberadamente el pulso y la respiración y hacerse insensible al dolor durante los trances que él mismo se provocaba.

En Japón existía un extraño culto de automomificación. Esta secta budista hacía votos de ayuno total durante más de 4.000 días, empezando por una dieta severamente restringida que iban limitando gradualmente hasta el ayuno total, con la finalidad de morir en el último día de ayuno. Algunos calculaban la proeza con tanta exactitud que la muerte les sobrevinía el mismo día que entraban en la tumba, provistos únicamente de un tubo respiratorio, para finalmente pasar a engrosar las filas de los monjes momificados en los templos del monte Yudono.

CAPÍTULO 9

Mitos de la inmortalidad

No hay vida en este cuerpo. Yo soy nada, sin vida, sin alma [...] odiado y temido, estoy muerto para todo el mundo. Escúchame: yo soy el monstruo al que los hombres vivos matarían. Yo soy Drácula.

Drácula,
de BRAM STOKER

EL PODER MÁGICO DE LA SANGRE

Como hemos visto a lo largo de capítulos anteriores, la consumación de los sacrificios humanos, la victoria sangrienta sobre el enemigo, y la tradición de absorber la sangre de los familiares fallecidos o de los guerreros vencidos para adquirir su sabiduría, fuerza y vitalidad se remonta a los albores de la humanidad. El hombre pronto relacionó la sangre con la vida, como el principio generador de la existencia. Y no podía ser de otra manera. Todo a su alrededor lo inducía a pensar que sin sangre no era posible la vida ni la permanencia en este mundo. Él mismo nacía mezclado con sangre.

Cazador desde el principio y luchador por instinto, observó que cuando una pieza cazada o un enemigo derrotado se desangraban perdían la vida. Y si a una persona o animal ya fallecido se le practicaban cortes no manaba ya sangre de su cuerpo, lo que evidenciaba que el fluido rojo de la vida había huido del mismo.

No debe sorprender, pues, que el hombre primitivo diera un valor mágico a la sangre y, por extensión, también al color rojo. Con el paso de los siglos, los rituales mágico-religiosos relacionados con la sangre se fueron ampliando, manteniendo siempre la concepción dualista de que la sangre era vida y que la vida era sangre, hasta llegar al convencimiento de que el uso de este líquido rojo era de vital importancia para curar enfermedades y aplacar la ira de dioses y demonios, así como para establecer todo tipo de pactos con los poderes celestes e infernales.

Con el tiempo también se extendió la creencia de que ciertos actos podían redimirse mediante un sacrificio sangriento, y que la culpa de una persona, e incluso la de un pueblo, podía ser enmendada a través del sacrificio de una víctima expiatoria: una vida humana o animal podía ser ofrendada para redimir a otra. En consecuencia, tanto en las antiguas civilizaciones como en los pueblos de tradición se fueron desarrollando diferentes rituales relacionados con la inmólación y el derramamiento de sangre de seres humanos y animales, amparándose en la idea de que dicho fluido vital detentaba un

poder mágico. Obtener buena caza, ganar la contienda ante el enemigo, conseguir grandes cosechas, conjurar calamidades de la naturaleza, borrar pecados, adquirir el favor de dioses y demonios... La magia roja, es decir, la magia que conlleva el derramamiento de sangre, se convirtió en una práctica habitual y fundamental en la historia del hombre.

Los antiguos griegos creyeron en el poder mágico de la sangre, y la vertieron para expiar sus propias faltas y para congraciarse con sus dioses. Aunque en la mayoría de las ocasiones se trataba de criminales y prisioneros de guerra, en otras, la elección de las víctimas fue exigida por los mismos oráculos o por los sacerdotes o magos oficiantes.

Los romanos, siguiendo los pasos de los griegos, los imitaron en la práctica de ritos sangrientos mágico-religiosos, los cuales llegaron a ser prohibidos por el Senado en el año 97 a.C.

Hacia el siglo II a.C. se instituyeron, en honor de la diosa Cibeles, unos sacrificios expiatorios de sangre, con fines iniciáticos bautismales, que recibieron el nombre de Criobolia y Taurobolia. Estaban basados en la creencia de que la sangre que caía sobre el cuerpo de uno lo purificaba, borrando los pecados y generando un verdadero renacimiento espiritual. Para llevar a cabo la ceremonia se hacía un gran hoyo en el suelo, en el cual se introducía el que ofrecía el sacrificio, que consistía en un toro, un buey, un ternero, un cordero, un macho cabrío o un cabrito. Una vez dentro, se cubría el hoyo con tablas perforadas y sobre ellas se colocaba el sacerdote de Cibeles revestido con gran pompa, el cual inmolaba al animal para que su sangre se filtrara por los agujeros de las tablas y cayera como una especie de ducha sangrienta sobre el que permanecía en el hoyo, es decir, sobre el penitente. Finalizada la ceremonia, éste salía de su encierro y se consideraba santificado hasta el punto de que las gentes se arrodillaban a su paso y pedían su bendición.

En los antiguos sacrificios al dios Atis, amante de Cibeles, al igual que los que se efectuaban con Adonis y Mitra, también se celebraban taurobolias sobre un estrado, donde se decapitaba al animal. La sangre del animal se derramaba sobre los cuerpos desnudos de los fieles que se colocaban debajo de la tablazón, logrando con ello la purificación y el bautismo necesario para que el iniciado naciera «a la vida eterna».

Fenicios y cartagineses también atribuían un enorme poder mágico a la sangre humana. Los historiadores cuentan que, en cierta ocasión, estando Cartago sitiada por Agatocles, los cartagineses sacrificaron doscientos niños pertenecientes a las principales familias del país para que el dios Baal salvara a su patria. A la vista de tales hechos, no sorprende que el historiador Romano Tito Livio acusara a Aníbal, el gran caudillo cartaginés, de haber hecho comer a sus soldados carne y sangre humanas para incrementar su ferocidad y valentía.

La costumbre de atribuir virtudes terapéuticas a la sangre y, por magia simpática, al color rojo es antiquísima, tan vieja como el mismo hombre. En el Paleolítico se pintaba con ocre rojo a los enfermos, e incluso a los muertos o a sus huesos, con el objeto de

devolverles la fuerza perdida; con la misma intencionalidad los egipcios pintaban de rojo las estatuas de sus dioses principales, a fin de que no perdieran la salud, y utilizaban como medicina la sangre de los animales; los romanos bebían la sangre de los gladiadores muertos en combate, entre otras razones como remedio contra la epilepsia; en la Edad Media, en algunos países del centro y del norte de Europa se creía que la sangre de los criminales decapitados curaba la hidrofobia, la tuberculosis y la epilepsia, mientras que Paracelso prescribía sangre menstrual contra la gota.

Como hemos visto ya en otros capítulos, son muchos los pueblos de tradición que han utilizado también la sangre de los difuntos, tanto de sus familiares como de sus enemigos, bebiéndola para adquirir su vitalidad, fuerza, valor o incluso la «energía» de su propia alma. Hoy en día se ha perdido este hábito de beber sangre humana gracias a los conceptos morales y costumbres de nuestra civilización, aunque en algunas regiones y países quedan todavía reminiscencias de dicho hábito en sacrificios rituales y mágicos de animales.

Pero no hace falta desplazarnos en el tiempo ni en el espacio para encontrar muestras de ello; en nuestra sociedad actual existen platos gastronómicos cuya base es la sangre de algunos animales. Más aún, antes del descubrimiento de la estreptomicina — antibiótico decisivo para la cura de la tuberculosis— por Albert Schatz y su maestro, Selman A. Waksman, en 1943, era normal que muchos enfermos de pulmón acudieran a los mataderos diariamente y por prescripción facultativa para beber un gran vaso de sangre caliente de caballo. Esta costumbre estuvo muy en boga después de la segunda guerra mundial y al finalizar la guerra civil española.

Después de todo esto, no es de extrañar que con semejante caldo de cultivo, surgieran las figuras de vampiros y hombres-lobo ligadas al consumo de la sangre y, a través de ella, a la inmortalidad.

EL MITO DE LOS VAMPIROS

El mito del vampiro se esconde en lo más profundo de nuestro ser y se halla latente en nuestra sangre como una concepción ancestral. Es un arquetipo que planea en nuestro inconsciente colectivo y que pervive a través de nosotros. Los mitos y las leyendas, así como la literatura y el cine, demuestran que la figura del vampiro es familiar a todo el mundo. Cualquier forma de vida terrenal se rige, en el fondo, por el principio del vampiro: para conservar la vida hay que «succionar» algo, asimilar otra vida. E incluso esto mismo ocurre en el vasto universo; es el caso de los agujeros negros, cuyo crecimiento, densidad y fuerza se hace mayor cuanto más materia van absorbiendo.



La crueldad y sádica personalidad de Vlad Draculea, Vlad III príncipe de Válaquia, más conocido como Vlad el Empalador —Vlad Tepes en rumano— inspiró a Bram Stoker para la creación de su personaje, el vampiro conde Drácula, convertido ya en un mito.

La figura del vampiro ejerce una considerable fuerza de sugestión. La combinación de lo real con lo irreal propicia que sea una proyección de nuestros impulsos y anhelos ocultos. La encarnación de la vida eterna, o la idea de poseer facultades extraordinarias, riqueza y elegancia para poder satisfacer completamente y sin cortapisas los instintos elementales, no sólo resulta tentador para muchas personas, sino que algunos incluso han llegado a albergar la ilusión de ser una especie de «conde Drácula». Los estudiosos del folclore popular han constatado que el vampiro aúna en sí las características de cinco tipos de creencias mágicas:

- Ser muertos vivientes.
- Al igual que íncubos y súcubos, la posibilidad de realizar visitas nocturnas a los dormitorios.
- Alimentarse de la sangre.
- Poder seguir haciendo el mal tras la muerte.
- La capacidad de transformarse en un animal para atacar a los hombres y devorarlos.

A lo largo de la historia, la figura del vampiro ha recibido diferentes nombres gracias a la gran variedad de leyendas existentes en todo el mundo. De hecho, nos es posible encontrar entidades poseedoras de la esencia del vampiro en todas las mitologías, bien

como divinidades infernales antropófagas o como pequeños diablos, espíritus errantes o monstruos capaces no sólo de «succionar» la sangre humana, sino también su aliento vital.

Durante la Edad Media el mito va evolucionando y surgen un sinfín de leyendas, la mayoría de ellas relacionadas con personajes reales, como Gilles de Rais, Vlad Tepes o Elizabeth Báthory, o sucesos con cierto trasfondo real, como ciertas mortandades que se producían «inexplicablemente» en algunas comarcas europeas.

Pero la creación de la forma clásica del mito, más o menos tal cual lo conocemos en la actualidad, se crea en el convulso siglo XVIII, donde las grandes epidemias de peste y de rabia asolaron el Viejo Continente y contribuyeron a que la figura del muerto viviente, que se levanta de su tumba para alimentarse de la sangre de otros seres humanos, encontrara un campo abonado en la incultura y el miedo del pueblo, a pesar de que nos hallamos en el Siglo de las Luces y de la Razón.

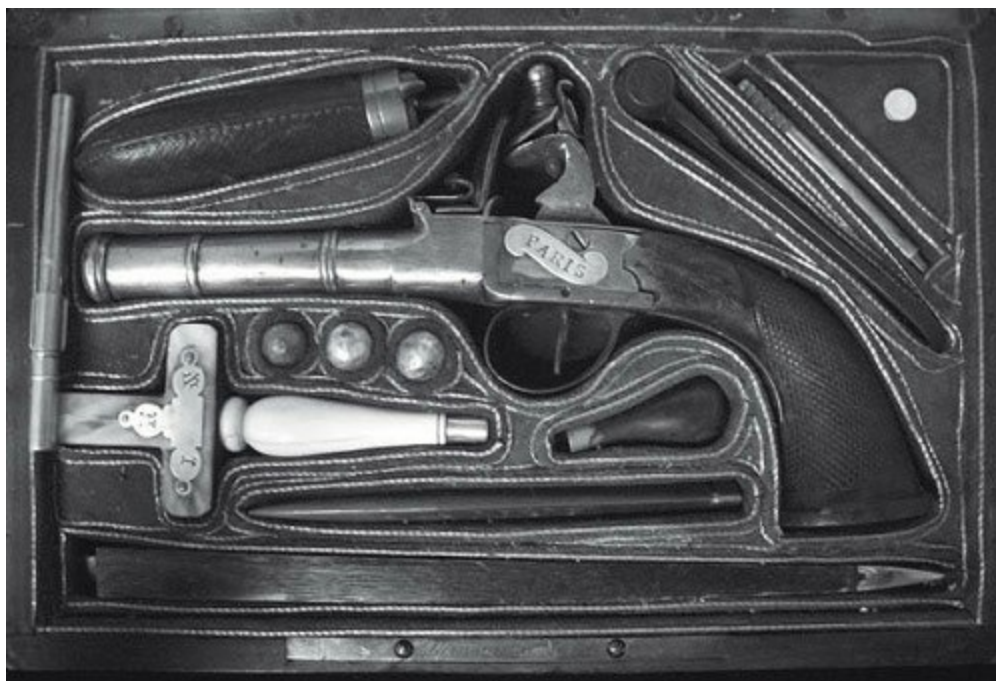
Ya a principios del siglo XVIII se produjo un incontrollable pánico al vampiro en el sureste del antiguo imperio de los Habsburgo, asociándolo a las terribles epidemias. La población de esta región tomó al vampirismo como una realidad absoluta, y los teólogos, médicos y sabios de la época recogieron aquellos acontecimientos en numerosas publicaciones, entre ellos Dom Antoine Augustin Calmet, abad de Senones, un monje benedictino que en 1746 publicó un tratado sobre fantasmas y vampiros que supuso un importante empujón a la proliferación de dicha psicosis. Incluso un médico cirujano manifestaba que «el vampirismo se ha extendido como una peste por Eslovaquia y Valaquia [...] ha causado numerosas víctimas y toda la región es presa del miedo ante los misteriosos visitantes, frente a los cuales nadie se siente seguro».

Años más tarde, en 1764, el mismo Voltaire publicó su *Diccionario Filosófico*, en el que definía a los vampiros como muertos que salían por la noche de los cementerios para chupar la sangre a los vivos, y una vez hecho esto, regresaban a sus tumbas; los vivos se iban quedando pálidos, enfermos y consumidos mientras los «muertos» engordaban y recuperaban un color saludable.

Con todo esto, la epidemia de vampirismo había conquistado Europa y se celebraron varios juicios en su contra, como el caso de Arnont Paole, acaecido en 1732 en Medraiga, uno de los relatos de vampirismo mejor documentados y detallados al haberse plasmado en actas judiciales. Incluso el escritor y filósofo ilustrado Rousseau, en sus *Lettres à l'Archevêque de Paris (Cartas al Arzobispo de París)* escribió: «Si hay en el mundo una historia justificada y probada, ésta es la del vampiro. No falta nada: informes oficiales, declaraciones de autoridades distinguidas, como cirujanos, sacerdotes y jueces; la documentación sumaria es reveladora».

Afortunadamente, tras pasado el ecuador del siglo XVIII, el sentido común que promulgaba la Ilustración hizo que se calmaran los ánimos y que el pánico a los vampiros terminara remitiendo al igual que cualquier epidemia, dando lugar a lo largo del siglo XIX a que la temática vampírica conquistara la literatura de ficción, manteniendo desde

entonces, y con la ayuda del cine, una situación privilegiada hasta la actualidad, donde el mito ha seguido evolucionando. Sin embargo, merece la pena recordar que las ejecuciones rituales practicadas a los cadáveres de supuestos vampiros se siguieron realizando en Europa central y oriental hasta principios del siglo XX.



Kits para matar vampiros de 1880.

En la naturaleza existen los murciélagos vampiro oriundos de América Central y del Sur, un grupo de estos mamíferos que sólo abarca tres especies que se alimentan de sangre. Y de ellos, sólo el conocido como *Desmodus rotundus*, cuyo tamaño oscila entre seis y nueve centímetros, es el que se alimenta succionando la sangre del ganado bovino, porcino o equino —las otras dos especies lo hacen de aves.

Pero dejando a un lado a estos animales, la razón y la medicina se han encargado de desmitificar las leyendas de los vampiros humanos y han intentado hallar una explicación plausible a ciertas realidades existentes en el mito vampírico.

Desde antaño, las enfermedades, las guerras y la escasez siempre han propiciado la difusión de la creencia en los vampiros. En tiempos de grandes privaciones por la escasez de alimentos, los mendigos entraban en los cementerios y dormían en los mausoleos durante el día, saliendo de noche a buscar comida. Habitualmente de aspecto pálido, enjuto y demacrado, no era de extrañar que cualquier persona que los viera salir de una tumba en la penumbra del atardecer o en la oscuridad de la noche pensara en los legendarios y terribles vampiros.

Pero, sin lugar a dudas, uno de los hechos que más confundiría a la razón era la muerte aparente con su correspondiente entierro prematuro. La explicación a semejantes errores la hemos visto en el capítulo anterior. Estas situaciones aumentaban exponencialmente en los períodos de grandes epidemias, donde en ocasiones ni tan sólo se esperaba a que el enfermo exhalara su último aliento para ser arrojado a una fosa común, junto a decenas de cadáveres más, con la intención de cubrirlos de cal y evitar, en la medida de lo posible, que se propagara el contagio. Resulta obvio que, en tales circunstancias, cualquier persona que intentara salir de ese pozo purificador podía ser confundida con un muerto viviente o con un «no muerto».



Desmodus rotundus, el murciélago vampiro.

Por otra parte, si se tenía el menor indicio o se rumoreaba que un fallecido recientemente enterrado era un vampiro, los aterrorizados vecinos tomaban inmediatamente las medidas tradicionales, que no eran otras que abrir el féretro para cortarle la cabeza, clavarle una estaca en el corazón o quemar su cuerpo. No cuesta imaginar, pues, en estas dos últimas soluciones de emergencia, los gritos de dolor si la persona en cuestión hubiese sido enterrada a causa de una muerte aparente. En contraposición, sin embargo, para el resto de la gente dichos alaridos no vendrían sino a confirmar su condición de vampiro.

De la misma manera que las epidemias de peste hicieron que se enterrara prematuramente a los enfermos sin constatar su muerte clínica, la medicina ha hallado también otros factores que podrían explicar en gran medida las terribles leyendas vampíricas.

En 1985, el bioquímico canadiense David Dolphin propuso un vínculo entre los vampiros y la porfiria, una rara enfermedad producida por una anomalía genética y hereditaria que se caracteriza por la producción irregular de un componente de la hemoglobina, un pigmento rico en hierro en la sangre cuya acumulación en los tejidos provoca unos efectos devastadores: fotosensibilidad en la piel que llega a la formación de ampollas, agrietamiento y sangrado; deformidades faciales, como destrucción de los labios y de los cartílagos de nariz y orejas; estado anémico, con la consecuente palidez

extrema y ansiedad por la sangre, etcétera. Sin embargo, esta interesante teoría no sirve para explicar las formas epidémicas de vampirismo que asolaron parte del continente europeo.

Una década más tarde, el neurólogo español Juan Gómez Alonso, jefe del Servicio de Neurología del hospital Xeral de Vigo, realizó una tesis doctoral sobre vampirismo que terminó por transformarse en un interesante libro, *Los vampiros a la luz de la medicina* (1995), y cuyas conclusiones aparecieron publicadas también en la revista científica especializada *Neurology*.

Según el doctor Gómez Alonso, la leyenda de los vampiros podría tener su origen en las mismas epidemias del siglo XVIII, cuando la zona de Europa oriental sufrió una epidemia particularmente devastadora de rabia que afectó a perros, lobos y otros animales, siendo especialmente intensa en territorio húngaro entre los años 1721 y 1728.

El virus de la rabia, transmitido a los hombres mediante mordedura, tiende a invadir la parte más primitiva del cerebro, conocida como el sistema límbico, y produce un comportamiento que recuerda mucho al del vampiro. De esta forma, el hombre infectado —la rabia es más frecuente en hombres que en mujeres— mostraría agresividad primitiva, apetito sexual exacerbado, insomnio pertinaz, tendencia a vagar sin rumbo, y una intolerancia a determinados olores —como el ajo— y estímulos, como la luz, los espejos, el agua y las corrientes de aire. Además, su sintomatología incluye también otros factores descritos en la leyenda vampírica, como son espasmos faciales y de los músculos vocales, que provocan rechinar de dientes, chasquidos y la producción de un fluido sanguinolento.

EL CULTO AL VAMPIRO

Aunque las primeras historias del género de vampiros se encuentran en las grandes civilizaciones antiguas, las leyendas y los mitos que se contaban sobre estos seres están íntimamente relacionados con los escritos sagrados de los pueblos antiguos. Por ello, el mundo fantástico, a nuestro parecer, que rodeaba a las grandes epopeyas no representaba para las personas de aquellas épocas unos relatos o poesías de ficción, sino que eran una realidad latente.

No obstante, el pánico que sacudió toda Europa durante los siglos XVII y XVIII fomentó la aparición de obras eruditas que intentaban compilar y analizar racionalmente el tema con argumentos filosóficos, teológicos y científicos. Su interés no era obviamente el literario, pero sirvieron para que surgiera la literatura gótica y fantástica de los siglos XIX y XX.

La fiebre literaria del vampiro llegó de la mano del Romanticismo. Sólo entre 1790 y 1820 aparecieron más de trescientas novelas de terror gótico. Lord Byron, John William Polidori, Mary W. Shelley, Matthew Gregory Lewis o Charles Robert Maturin son sólo

algunos de los autores que formaron parte de esa explosión literaria, a la que luego se sumaron los grandes Edgard Allan Poe, Guy de Maupassant, e incluso Howard P. Lovecraft.

Sin embargo, el prototipo de vampiro que iba a triunfar no era el típico que suscitó las oleadas de pánico del siglo XVIII, cuyo aspecto era sinónimo de simple campesino, sino el de un lord rodeado de un aura de misterio que ya plasmara Polidori en *El Vampiro*, a la que podemos considerar como primera novela de este género. Su protagonista, lord Ruthven, el primer «Drácula» del siglo XIX, se ha convertido en el arquetipo del succionador de sangre: seductor, cruel vividor de pasado oscuro y aristócrata. Esta descripción nos recuerda, cómo no, al más célebre, al vampiro por excelencia que surgiría medio siglo después de la mano de Bram Stoker: el conde Drácula.

EL TERROR DE LOS HOMBRES LOBO

El hombre lobo, a diferencia del vampiro, no sólo se interesa por la sangre de su víctima, sino que la devora por completo, lo que lo convierte en un violento caníbal humano bajo la apariencia de un lobo.

La facultad de metamorfosearse en animal se atribuía mitológicamente a los dioses y a los grandes héroes de las leyendas, pero también a los hechiceros y a los iniciados. En las leyendas de medio mundo es posible encontrar esta capacidad del hombre para transformarse en animal, en un claro paralelismo con el hombre lobo. Así tenemos los hombres leopardo, hombres hiena e incluso hombres cocodrilo en África; los hombres tigre en la India; los hombres oso en Rusia; o los hombres águila y cóndor en América del Norte y del Sur, respectivamente.



Es fácil suponer que el hábito de los hechiceros y chamanes de colocarse pieles de animales diera peso a las historias de las metamorfosis de hombres en animales. Óleo de George Catlin (1832), que permanece en el Smithsonian American Art Museum.



Según el Libro de Daniel, el gran rey de Babilonia sufrió una extraña transformación tras suscitar la ira divina: «Fue echado de entre los hombres, comió hierba como los bueyes y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que llegaron a crecerle los cabellos como plumas de águila y las uñas como garras de ave». William Blake, autor del grabado, plasmó esta animalización como la de un hombre lobo.

Si bien el origen de esta superstición nunca ha sido explicado de manera satisfactoria, las referencias sobre dichas capacidades se remontan al hombre prehistórico cuando, con fines mágicos, se cubría con las pieles de animales para cazar y conjurar el espíritu de un animal poderoso con la esperanza de arrebatarse sus virtudes. En este aspecto, la licantrópía es, con toda seguridad, la representación más extendida de una de estas transformaciones.

Entre los escritores de la Antigüedad clásica aparecen noticias e historias sobre hombres lobo. De hecho, numerosos sabios e historiadores griegos y romanos —Virgilio, Plinio, Herodoto, Agripa, Estrabon, etcétera— creían en su existencia. Herodoto, por ejemplo, aseguraba que los griegos y los escitas que vivían en las costas del mar Negro consideraban magos a los nativos de aquella zona, pues creían que se trataba de seres extraordinarios que tenían la capacidad de transformarse a voluntad tomando la forma de lobos durante unos días cada año. Una vez transformado, el hombre lobo poseía la fuerza y la astucia de un lobo salvaje, aunque conservaba la voz y los ojos humanos. Finalmente, eran capaces de recobrar su forma humana cuando lo deseaban y con total facilidad.

En su obra *Las metamorfosis*, el poeta Romano Ovidio (43 a.C.17 d.C.) cuenta cómo Licaón, mítico rey de Arcadia cuya apasionada religiosidad lo llevó a realizar sacrificios humanos, se atrevió a poner a prueba la omnisciencia de Zeus, presentándole un plato con carne humana. Éste, ofendido, montó en cólera y lo transformó en un lobo e incendió su palacio. Licaón dejó de ser querido por su pueblo, ya que a partir de ese momento se convirtió en una constante fuente de terror.

Las historias y leyendas sobre hombres lobo están tan extendidas por el mundo que es imposible pensar que su origen sea accidental, o que se trate de casos puntuales acontecidos en una zona determinada. Asimismo, los métodos utilizados por los hombres lobo para llevar a cabo sus transformaciones diferían mucho de una zona a otra. A veces el cambio era espontáneo e incontrolable; en otras ocasiones, como describen las sagas escandinavas e islandesas, la transformación se lograba simplemente al colocarse sobre los hombros la piel de un lobo real. Pero en otros casos, lo único que se necesitaba era la intervención de un hechizo que, aunque no provocaba ningún cambio en el cuerpo humano, hacía que cuantos lo veían imaginaran que estaban en presencia de un lobo. No faltaban las ocasiones en que la transformación se realizaba a través de un ungüento.

En los pueblos nórdicos, la superstición y los mitos relativos a los hombres lobo y a las transformaciones animales poseen capital importancia. Las fábulas y cuentos de las naciones escandinavas nos hablan de la existencia de una forma de locura o posesión bajo cuya influencia los hombres se comportaban como si se hubieran convertido en animales salvajes y feroces, aullando, echando espuma por la boca, sedientos de sangre y muerte, dispuestos a cometer cualquier atrocidad, y tan irresponsables de sus actos como los lobos y los osos de cuyas pieles se equipaban.

Algunos de los historiadores y estudiosos de antaño estaban absolutamente convencidos de que había un núcleo sólido de realidad en torno al cual había cristalizado la superstición popular. Esa realidad era la existencia de una clase de locura intermitente que cuando afectaba a la persona creía ser un animal salvaje y actuaba como tal. En algunos casos esta locura rayaba en una auténtica posesión, en la que el embrujado acababa realizando actos diabólicos y espantosos.

Sin embargo, quienes empezaron a proporcionar mayores detalles fueron los autores medievales, a partir de los cuales nace el moderno folclore relativo a la licantropía. En los escritos se puede observar que se trata de un deseo insaciable de sangre implantado en ciertas naturalezas, reprimido en circunstancias normales, pero que afloraba ocasionalmente acompañado de alucinaciones, y que acababa conduciendo en muchas ocasiones al canibalismo.

A diferencia de las tradiciones y literatura escandinava o islandesa, que penetran en el origen de las supersticiones universales, la mitología medieval, rica y espléndida, es una fusión de tradiciones celtas, escandinavas, itálicas y árabes primitivas, cada una de las cuales aporta algo bello, añade un encanto, aunque cada modificación estética hace que el análisis de los hechos y su separación de la superstición sea más difícil.

HORRORES RENACENTISTAS

De entre todas las épocas, posiblemente donde la maldición y las leyendas del hombre lobo adquirieron tintes de verdadera epidemia fue en la Europa del siglo XVI. De hecho, entre los años 1520 y 1630 fueron denunciados a las autoridades seculares y eclesiásticas unos treinta mil casos de licantropía en todo el occidente europeo.

Tan profunda era la creencia en los hombres lobo, que en los siglos XV y XVI se los equiparaba en toda Europa a los hechiceros y las brujas, y como tales eran perseguidos.

El miedo a esas criaturas llegó a tales extremos que cualquier persona de costumbres excéntricas o poseedora de rasgos lobunos —cara estrecha o largos caninos— podía ser acusada, torturada y ejecutada durante las graves crisis de pánico que afligían al pueblo llano cuando tenían lugar los sanguinarios acontecimientos que se atribuían a los hombres lobo, e incluso se organizaban grupos de voluntarios para llevar a cabo batidas populares en las que sus miembros utilizaban como munición balas de plata en sus armas de fuego.



Retrato de Antonietta Gonsalus. Se trata de una niña cubierta de pelo por padecer hipertrichosis universal congénita, enfermedad heredada de su padre Petrus Gonsalus. Dos de sus cuatro hijos sufrieron la misma enfermedad.

Una de las razones por las que existe la fantasía del hombre lobo se debe a que podría haber sido asociado a este raro síndrome. Sin embargo, se sabe que hay otras enfermedades que también han contribuido a difundirlo, como la porfiria, la licantrópía o el lupus eritematoso sistémico.

Ejemplo de ello es uno de los casos acontecidos en dicho período y que el erudito inglés Sabine Baring-Gould ilustra magistralmente en su obra *The Book of Were-Wolves. Being an Account of a Terrible Superstition (El libro de los hombres lobo. Información sobre una superstición terrible)*, publicada en 1865:

A comienzos del otoño de 1573, el Tribunal del Parlamento de Dôle autorizó a los campesinos del vecindario a dar caza a los hombres lobo que infestaban la comarca. La autorización decía lo siguiente: «De acuerdo con el anuncio del soberano Tribunal de la Corte de Dôle de que en los distritos de Espagny, Salvange, Courchapon, y pueblos colindantes, se ha visto y encontrado frecuentemente desde hace algún tiempo un hombre lobo que, según dicen, ha cogido y se ha llevado a varios niños, que no han vuelto a ser vistos desde entonces, y ha atacado y causado daño en la comarca a algunos jinetes, que sólo con gran dificultad y peligro de sus personas lo han mantenido alejado: dicho Tribunal, deseando prevenir un peligro mayor, ha permitido y permite, a quienes residen y moran en dichos lugares o en otros, que, a pesar de todos los edictos concernientes a la caza, se armen con picas, alabardas, arcabuces y palos para dar caza y perseguir a dicho hombre lobo; y que en cualquier lugar donde puedan encontrarlo o prenderlo, lo encadenen y le den muerte, sin incurrir en pena o castigo alguno [...] Dado en la reunión de dicho Tribunal, el decimotercer día del mes de Septiembre del año de 1573». Pasó algún tiempo, no obstante, antes de que fuese atrapado el *loup-garou*.*

En un lugar apartado cerca de Amanges, medio oculta entre árboles, había una choza toscamente construida; tenía el suelo de turba y las paredes parcheadas con líquen. El jardín de esta casucha se había echado a perder, y la valla que la rodeaba estaba rota. Como la choza estaba lejos de todo camino y sólo se podía llegar a ella por un sendero que cruzaba el páramo y atravesaba el bosque, era visitada raras veces, y la pareja que la habitaba no era de las que hacen muchas amistades. El hombre, Gilles Garnier, era un individuo sombrío, de aspecto enfermizo, que andaba encorvado, y cuyo pálido rostro, tez lívida y ojos hundidos bajo un par de cejas gruesas y pobladas que se juntaban en el entrecejo, bastaba para disuadir a cualquiera de tratarse con él. Gilles hablaba muy poco, y cuando lo hacía era en el *patois* más cerrado de la comarca. Su larga barba gris y sus costumbres reservadas le valieron el nombre de ermitaño de Saint Bonnot, a pesar de que nadie le atribuyera ni por un instante una pizca de santidad.

Parece que durante algún tiempo no recayó sobre el ermitaño sospecha alguna, pero un día, unos aldeanos de Chastenoy que volvían a casa del trabajo atravesando el bosque, oyeron los gritos de un niño y el profundo aullido de un lobo; y al correr en la dirección de donde procedían los gritos, descubrieron a una niña defendiéndose de un ser monstruoso que la atacaba con dientes y garras y que ya la había herido en cinco sitios. En cuanto llegaron los aldeanos, el ser se escabulló a gatas entre las sombras de la espesura; estaba tan oscuro que no lo pudieron identificar con certeza, y mientras unos afirmaban que era un lobo, otros creían haber reconocido los rasgos del ermitaño. Esto ocurrió el ocho de noviembre.

El catorce de noviembre desapareció un niño de diez años, que fue visto por última vez a poca distancia de las puertas de Dôle.

Esta vez el ermitaño de Saint Bonnot fue detenido y conducido a juicio a Dôle, en el que a él y a su esposa les arrancaron la siguiente prueba, que fue corroborada en muchos detalles por testigos:

El último día de las fiestas de San Miguel, a una milla de Dôle, en la granja de Georges, terreno perteneciente a Chastenoy cercano al bosque de La Serre, Gilles Garnier atacó en forma de lobo a una niña de diez o doce años; la mató con las garras y los dientes; después se la llevó al bosque, la desnudó, se comió la carne de las piernas y los brazos y disfrutó tanto de la comida que, movido por el afecto conyugal, se llevó algo de carne a casa, para su esposa Apolline.

Ocho días después de la fiesta de Todos los Santos, de nuevo en forma de hombre lobo, cogió a otra niña cerca de la pradera de La Pouppe, de la comarca de Authume y Chastenoy, y estaba a punto de matarla y devorarla cuando llegaron tres personas y se vio obligado a escapar. Catorce días después de Todos los Santos, también como lobo, atacó a un chico de diez años, a una milla de Dôle, entre Gredisans y Menoté, y lo estranguló. En esta ocasión devoró toda la carne de las piernas y los brazos y gran parte de la barriga; una de las piernas la había arrancado completamente del tronco con los colmillos.

El viernes anterior a la última fiesta de San Bartolomé, capturó a un chico de doce o trece años, al pie de un gran peral junto al bosque del pueblo de Perrouze, y se lo llevó a la espesura y lo asesinó con intención de comérselo, igual que se había comido a los demás niños; pero la proximidad de unos hombres le impidió llevarlo a cabo. Pero los hombres que acudieron declararon que Gilles tenía apariencia humana, no de lobo. El ermitaño de Saint Bonnot fue condenado a ser arrastrado hasta el lugar de la ejecución pública y quemado vivo, sentencia que se cumplió rigurosamente.

LA LICANTROPÍA DE JACQUES ROULET

Con su trabajo, Sabine Baring-Gould, teólogo, arqueólogo, historiador, novelista y poeta —entre otras actividades—, convulsionó a la sociedad británica de finales del siglo XIX y generó una reactivación de la investigación de los hombres lobo, a camino entre las raíces mitológicas de la legendaria criatura y el fenómeno real de la licantropía. De hecho, provocó tal interés en la sociedad y en los investigadores de aquella época, que el aluvión

de posteriores publicaciones sobre el tema traspasaron las puertas del mundo anglosajón y despertaron investigaciones paralelas en países vecinos, como fue el caso de la Bestia de Gévaudan, en Francia.

Baring-Gould supo explorar antropológicamente el mito y realizó un completo estudio de la licantropía a través de los tiempos, combinando adecuadamente la atracción por lo fantástico con la fría racionalidad del científico, salpicando su manuscrito con numerosas narraciones sobre licántropos e ilustrando su disertación con todo lujo de detalles.

Otro de los casos más curiosos y extraños recogidos en *El libro de los hombres lobo* tuvo lugar en 1598, año memorable en los anales de la licantropía, donde salieron a la vez detalles espantosos en el transcurso del juicio acontecido en Angers y que marcan la diferencia entre hombre lobo y licántropo:

En un lugar agreste y poco frecuentado próximo a Caude, unos campesinos tropezaron un día con el cadáver de un chico de quince años, horriblemente mutilado y cubierto de sangre. Al acercarse los hombres, dos lobos que estaban desgarrando el cuerpo, salieron huyendo hacia la espesura. Los campesinos emprendieron inmediatamente la caza, siguiendo los rastros de sangre hasta que los perdieron; se agacharon entre los arbustos, con los dientes castañeteándoles de miedo, y encontraron a un hombre medio desnudo, con el cabello y la barba largos, y las manos teñidas de sangre. Tenía las uñas como garras y llenas de coágulos de sangre reciente y de restos de carne humana.

El desgraciado, de nombre Roulet, declaró espontáneamente que había atacado al chico y lo había matado asfixiándolo, y que la llegada de los hombres al lugar le había impedido devorarlo por completo.

Se puso de manifiesto en la investigación que Roulet era un mendigo que iba de casa en casa en la más abyecta pobreza. Sus compañeros de mendicidad eran su hermano Jean y su primo Julien. Había recibido albergue por caridad en un pueblo cercano, pero antes de su apresamiento había estado ausente ocho días.

Ante los jueces, Roulet reconoció que era capaz de convertirse en lobo gracias a un ungüento que le habían dado sus padres. Al preguntarle por los dos lobos que fueron vistos abandonando el cadáver, dijo que sabía perfectamente quiénes eran, porque se trataba de sus compañeros Jean y Julien, que estaban en posesión de su mismo secreto. Le mostraron la ropa que llevaba el día de su captura y la reconoció inmediatamente; describió al chico al que había asesinado, dio correctamente los datos, indicó el lugar exacto donde se había cometido la acción, y reconoció al padre del muchacho como el hombre que acudió en primer lugar cuando se oyeron los gritos del chico. En prisión, Roulet se comportó como un idiota. Cuando fue detenido, tenía el estómago hinchado y duro; en la cárcel, una tarde se bebió un cubo entero de agua, y desde entonces se negó a comer o beber.

En la investigación, sus padres demostraron que eran personas respetables y piadosas, y probaron que su hermano Jean y su primo Julien habían estado ocupados en otro lugar el día de la captura de Roulet.

—¿Cómo te llamas y cuál es tu condición? —preguntó el juez, Pierre Hérault.

—Me llamo Jacques Roulet, tengo treinta y cinco años; soy pobre y mendigo.

—¿De qué se te acusa?

—De ser ladrón... de haber ofendido a Dios. Mis padres me dieron un ungüento; yo no conozco su composición.

—Cuando te untas ese ungüento, ¿te conviertes en lobo?

—No; pero por eso maté y devoré al chico de Corner: yo era un lobo.

—¿Ibas vestido de lobo?

—Iba vestido como ahora. Tenía las manos y la cara ensangrentada porque había estado comiendo la carne de ese chico.

—¿Se convierten tus manos y tus pies en zarpas de lobo?

—Sí.

—¿Se convierte tu cabeza en la de un lobo; se te agranda la boca?

—No sé cómo tenía la cabeza en aquel momento. Usé mis dientes; mi cabeza era como es hoy. He herido y comido a muchos otros niños; también he asistido al aquelarre.

El *lieutenant criminel* condenó a muerte a Roulet. Sin embargo, él apeló al Parlamento de París; y éste decidió que, como había más locura que maldad y brujería en el pobre idiota, la condena a muerte debía ser conmutada por dos años de reclusión en un manicomio, donde se le instruiría en el conocimiento de Dios, de quien se había olvidado en su absoluta pobreza.

HOMBRES LOBO Y LICÁNTROPOS

Si comparamos los dos casos expuestos podemos ver la clara diferencia entre hombre lobo y licántropo.

A principios del siglo XVII, los jueces, ante la dificultad de ignorar por más tiempo los alegatos cada vez más enérgicos de los médicos, llegaron a convencerse de que muchos de los presuntos hombres lobo eran, de hecho, enfermos que sufrían diversas formas de alucinación mental, una forma de locura que en nada aliviaban las potentes drogas que les eran suministradas.



The wolf man (1941) es el clásico de Universal Studios, dirigido por George Waggner y protagonizado por Lon Chaney Jr.

Así, finalmente, los jueces llevaron a cabo una división legal y médica de los casos, diferenciando al hombre lobo como un hombre que, por propensión natural o por efectos de la magia, poseía la habilidad de transformar su aspecto en el de un lobo, de los casos

de licantropía, en los que las personas afectadas sufrían una enfermedad mental que las llevaba a asumir el aspecto, los sonidos y el comportamiento de un lobo a pesar de que realmente no hubieran padecido ninguna transformación física.

Mitología, folclore, enfermedad... De lo que hoy en día no cabe duda es que tanto los vampiros como los hombres lobo representan, ahora y en el pasado, todas las inclinaciones asociales y animales que se encuentran escondidas bajo nuestra apariencia más amable, capaces de despertar en cualquier momento o, como sucede en las leyendas, cuando la luna llena aparezca esplendorosa entre las nubes de una noche cualquiera.

Vampiros y hombres lobo encarnan las sombras que habitan en nosotros, el animal que llevamos dentro.

CAPÍTULO 10

Buscadores de la inmortalidad

Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal.

JORGE LUIS BORGES

A principios del siglo XX, el promedio de esperanza de vida en el mundo estaba entre los 30 y los 45 años. Un siglo más tarde, los datos de dicha estadística ascienden hasta los 70 años, mostrando una ostensible diferencia entre los países más desarrollados y los del Tercer Mundo. Aun así, la media de vida actual sobrepasa con mucho las cifras de anteriores épocas, lo que en principio lleva a suponer que esta progresión seguirá aumentando. Sin embargo, muchos científicos consideran que existe una barrera difícilmente traspasable y que, aunque lleváramos una vida sana con una dieta equilibrada, nuestros cuerpos no podrían vivir más allá de los ciento veinte o ciento treinta años.

No obstante, existen casos de personas que se han saltado las estadísticas e incluso dejado atrás las previsiones, alcanzando, sin proponérselo, una longevidad fuera de lo normal. Una de ellas fue el turco Zaro Aga, que nació en 1777, durante el período reformista del Imperio Otomano, y murió el 29 de junio de 1934, con lo que vivió 157 años, según consta en su certificado de defunción. Tras su muerte en Estambul, el cuerpo fue enviado a Estados Unidos para su investigación.

Otro caso fue el de Shirali Muslimov, un pastor originario de Barzabu, en la región de Lerik, en la actual Azerbaiyán, que murió a los 168 años. Según su pasaporte nació en 1805, y falleció el 2 de septiembre de 1973. Al parecer su dieta se basaba en caldo de pollo, queso y yogur. A su muerte le sobrevivieron su tercera esposa, de 107 años, y un nieto de 100.

Pero quizá el relato más increíble de una persona longeva sea el de Li Ching-Yuen, de quien se dice que vivió nada menos que 256 años, de 1677 a 1933. Sin embargo, el mismo Li Ching-Yuen afirmaba haber nacido en 1736, lo que significa que en el momento de su muerte contaba con «tan sólo» 197 años.

La afirmación de que este hombre alcanzó los 256 años de edad proviene de que en 1930 fueron encontrados unos registros del gobierno Imperial chino en los que constaba que en 1827 se había felicitado a Li Ching-Yuen por cumplir 150 años.

Cuando Li tenía diez años se fue a vivir a las montañas. Recorrió Kansu, Shanxi, Tíbet, Annam, Siam y Manchuria, y comenzó la tarea de recolectar hierbas. Así vivió durante los cien primeros años de su vida, sobreviviendo con una dieta de hierbas —*reishi*, bayas de *goji*, *ginseng*, *gotu kola*, entre otras— y vino de arroz, y convirtiéndose en un maestro del *qigong*. En 1749, cuando tenía 71 años, se trasladó a Kai Xian para unirse al ejército chino como maestro de artes marciales y asesor táctico.

De acuerdo con un artículo de la revista *Times* del 15 de mayo de 1933, Li Ching-Yuen había enviudado 23 veces y vivía con su esposa número 24, la cual tenía sesenta años. Cuando se le preguntó por el secreto de una vida tan larga, dijo: «Mantén un corazón tranquilo, siéntate como una tortuga, camina ágilmente como una paloma y duerme como un perro».

Pero dejando a un lado estos casos excepcionales, la realidad es que nuestro tiempo de vida sigue siendo limitado. La pretensión humana de alargar la vida no es actual; ya en la época de las antiguas civilizaciones se hablaba de ello y de supuestas sustancias que permitían alcanzar la inmortalidad, o cuando menos, vivir unas décadas más.

En la alquimia de la antigua China se consideraba que materiales preciosos o duraderos tales como el jade, el cinabrio o la hematita eran capaces de conferir longevidad, por lo que eran utilizados en sus elixires y brebajes. Un caso particular, como ha sucedido siempre en la alquimia, es el oro, metal precioso que era considerado el ingrediente más importante del secreto de la longevidad. Las recetas alquímicas chinas incluían también el uso de mercurio y de arsénico, lo que provocó que en el intento de prolongar su vida más de un emperador chino muriera envenenado.

HISTORIAS LEGENDARIAS

Con el descubrimiento de América en el siglo XV, surgió una de las leyendas más famosas sobre la inmortalidad: la fuente de la eterna juventud.

La historia cuenta que Sequene, un antiguo jefe arahucano, obsesionado con conseguir la vida eterna, había partido junto a un grupo de hombres hacia el norte a través del mar en busca de una isla donde se hallaba la fuente de la eterna juventud. Ni Sequene ni ninguno de sus hombres regresó, así que los indígenas pensaron que la habían encontrado y que, cuando menos, vivían en un paraíso. Al llegar el conquistador Juan Ponce de León a esas tierras, oyó dicha historia y pensó en partir en busca de ese mítico lugar llamado Bimini, lleno de riqueza y prosperidad. Con esa idea, en 1513 organizó una expedición y partió en dirección norte. Pero jamás llegó a encontrar tal isla, y en su lugar acabó descubriendo una península a la que denominó La Florida.

Como es sabido, Ponce de León no remitió en su búsqueda de la fuente, recorriendo cada río, arroyo y laguna de La Florida, aunque evidentemente no tuvo éxito, ya que acabó muriendo en La Habana en 1521 a causa de una herida de flecha envenenada recibida en su última expedición.

Otros personajes históricos creyeron que imitando a la naturaleza podrían alcanzar la inmortalidad, o por lo menos renacer de nuevo. Es el caso de Enrique de Villena, marqués de Villena, Gran Maestre de Calatrava, escritor, alquimista y nigromante; según una leyenda, estudió artes nigromantes con el mismísimo diablo en la Cueva de Salamanca.

Cuenta la historia que, en el año 1434, Enrique de Villena vivía en Toledo. Sintiendo cerca la hora de su muerte llamó a su criado, en el que confiaba plenamente, y le dio las siguientes instrucciones: nada más morir debía descuartizar minuciosamente su cuerpo e introducir todos los trozos en una cuba en la que había una pócima preparada; la cuba se hallaba escondida en la cuadra y tendría que arrimar diariamente estiércol para darle calor al preparado. Luego, para que nadie se percatase de su ausencia, el criado debería llevar los ropajes y el sombrero de su señor durante los nueve meses que duraba el experimento; de esta manera, adquiriría su aspecto y nadie notaría su muerte.

Y así fue. Durante meses, el criado se paseó por Toledo vistiendo las ropas de su amo y cubriendo parte de su rostro con el sombrero, de modo que todos creyeron que se trataba realmente del marqués. Sin embargo, cierto día el criado se encontró de bruces con una procesión a la que no pudo esquivar. Mientras pasaba el sacerdote con los santos óleos todos se fueron descubriendo la cabeza; todos menos el sirviente disfrazado. Un vecino, indignado por semejante irreverencia, se acercó a él y le arrancó el sombrero, viendo con sorpresa que no se trataba del marqués.

El pobre lacayo fue conducido ante el Santo Oficio acusado de brujería y de matar a su señor, ante lo cual no tuvo más remedio que confesar todo lo ocurrido y conducir a los miembros del Tribunal de la Inquisición hasta el estercolero en el que se hallaba la cuba. Éstos, convencidos de que allí obraba el diablo y no Dios, rompieron la cuba y derramaron sobre el suelo su contenido. Al parecer, entre el líquido viscoso flotaba un feto de pocos meses.

Una historia similar se cuenta de Johannes de Philadelphia, un brujo de Gotinga, Alemania, que vivió durante el siglo XVIII, conocido entre la nobleza por sus trucos de magia y encantamientos. Johannes murió en 1777 rodeado de misterio y sin haberse hallado su cadáver. Pocos meses después de su muerte, la leyenda asegura que, cuando se encontró y se abrió el tonel donde supuestamente estaban sus restos mortales, apareció un embrión humano a medio desarrollar en su interior.

Pero éstos no son los únicos casos; otros de igual factura han tenido lugar a lo largo de la historia, aunque nunca se ha sabido qué elementos componían tales pócimas.

Si bien es cierto que a finales de la Edad Media comienzan a venderse elixires milagrosos de manera ambulante por todos los rincones de Europa, también es la época en la que la alquimia florece con el fin de conseguir dos metas principales: la piedra filosofal con la que convertir los metales en oro y la búsqueda del elixir de la vida.

Muy relacionada con la piedra filosofal estaba la panacea universal, un medicamento mítico con la capacidad de curar todas las enfermedades e incluso, cómo no, de prolongar la vida indefinidamente. Muchos fueron los alquimistas que buscaron esta sustancia, entre ellos el gran Paracelso, que encontró la curación para muchas enfermedades. Considerado por unos un gran médico y por otros un gran mago, Theophrast Bombast von Hohenheim, nombre con el que lo bautizaron, pasó toda su vida viajando, escribiendo y curando. Aseguran que en uno de sus viajes a Constantinopla aprendió el arte de la alquimia de boca de Salomon Trimosin, de quien se cuenta que vivió más de cien años gracias a su elixir, que lo habría rejuvenecido varias veces regenerando sus cabellos, enderezando su columna y limpiando de arrugas su cara. Cuando se le preguntó que cuánto pensaba vivir, contestó que hasta el Día del Juicio Final.

Sin embargo, Paracelso prefirió unir la alquimia del medievo con la moderna ciencia médica. Para él, «el objeto de la alquimia no es transformar metales innobles en plata u oro, sino crear un remedio para todas las enfermedades». De hecho, cuando los rivales de la época lo tacharon de mago y hechicero, él les contestó: «La magia es sabiduría, es el empleo consciente de las fuerzas espirituales para la obtención de fenómenos visibles o tangibles, reales o ilusorios, es el uso bienhechor del poder de la voluntad, del amor y de la imaginación. Es la fuerza más poderosa del espíritu humano empleada en el bien. La magia no es brujería». Es evidente que Paracelso no llegó a encontrar el remedio para todas las enfermedades, pero descubrió que lo símil se cura con lo símil. Lo mismo que te mata, en pequeñas dosis te puede salvar. Nada es medicina ni veneno en la naturaleza; todo depende de la dosis.

La alquimia fue una de las principales precursoras de las ciencias modernas, y muchas de las sustancias, herramientas y procesos de la antigua alquimia han sido los pilares fundamentales de las modernas industrias química, farmacéutica y metalúrgica.

También hay relatos de alquimistas que se asegura que triunfaron en su búsqueda. Entre ellos Alberto Magno, de quien se dice que encontró la piedra filosofal y se la pasó a su discípulo Tomás de Aquino. Ciertamente no hay prueba de ello, y lo único que nos queda es una afirmación en sus libros de haber presenciado la creación de oro por transmutación.

Las historias de rejuvenecimientos y las prolongaciones antinaturales de la vida entre los alquimistas eran moneda corriente en el período renacentista. El elixir de la vida, también llamado oro potable, se conseguía a través de la disolución de la piedra filosofal en agua destilada, capaz de eliminar de manera selectiva el agua pesada de los tejidos haciendo que éstos no envejecieran. Consumiendo una gota del elixir cada seis meses sería suficiente para conseguir la eliminación de todas las toxinas del cuerpo. Ésa sería la supuesta causa de que se supiera la fecha de nacimiento de muchos alquimistas, pero no la de su muerte.

Pero no sólo a través de la alquimia el hombre ha buscado alargar la vida o rejuvenecer constantemente. Como ya hemos visto, la sangre ha sido siempre portadora de cualidades mágicas. Al ingerirla, pensaban que tales virtudes se transferían y se absorbía su energía vital, que era añadida a la propia para prolongar la vida. De ahí surge precisamente el mito de los vampiros, quienes necesitan la sangre de sus víctimas para vivir eternamente.

Alquimia, magia y sangre, tres caminos clave para los mitos de la búsqueda de la inmortalidad que a continuación podremos observar en las figuras de tres personajes históricos.

EL SECRETO DE NICOLAS FLAMEL

A caballo entre las leyendas y la realidad, Nicolas Flamel (1330-1418) encarnó en sí mismo el auténtico misterio de la Gran Obra del Arte Real, la alquimia. La historia de la alquimia y de las artes herméticas que buscan no sólo la transformación de los metales en el plano físico, sino también la propia transformación del «filósofo» en el plano espiritual, está perfectamente plasmada en la figura de este notable hombre.

De él se asegura que no sólo consiguió completar con éxito la obra más compleja del arte alquímico, la transmutación de los metales en oro, sino que, según pública fama, traspasó la última frontera y alcanzó la inmortalidad. Tanto es así que, un tiempo después de su supuesto fallecimiento en 1418, se pretendió exhumar sus restos, pero la tumba estaba vacía. Por eso, para muchos especialistas en la materia Flamel no murió, sino que desapareció de París...

Pero no adelantemos acontecimientos.

Flamel era un amanuense —escribiente y copista— que vivió en el París del siglo XIV. Nació en una familia modesta aunque ilustrada, lo que le dio la oportunidad de adquirir una buena formación cultural que incluía el dominio del hebreo y el latín. Ubicó su despacho en el pintoresco barrio de Saint-Jacques-la-Boucherie, y pronto se convirtió en un librero y artesano reconocido. Tras conseguir algunos ahorros, decidió casarse con Perrenelle, una dama culta y viuda, algo mayor que él, que se convertiría en su compañera inseparable y también en parte importante de esta historia.

En 1357 cayó en sus manos un libro antiguo muy grande e ilustrado, en realidad un grimorio alquímico, que iba a cambiar su futuro:

Así pues, cuando tras la muerte de mis padres me ganaba la vida con nuestro arte de escritura, haciendo inventarios y cuentas, y frenando los gastos de tutores y mentores, he aquí que me vino a las manos, por el precio de dos florines, un libro dorado, muy viejo y de buen tamaño. No era éste de papel y pergamino como suelen ser los demás, sino que estaba hecho con cortezas (así al menos me lo pareció) de tiernos arbustos. Sus tapas eran de fino cobre, grabado con letras y figuras extrañas. Creo que podían ser caracteres griegos o de otra lengua antigua similar, pues no sabía leerlas; pero no eran letras latinas o galas, porque de éstas entiendo un poco. En el interior, las láminas de corteza estaban grabadas con gran perfección, y escritas con buril de hierro; con unas letras latinas coloreadas, muy bellas y claras. Contenía tres veces siete folios; así

estaban numeradas en lo alto de la hoja. El séptimo de ellos no contenía escritura alguna. En su lugar había pintados en el primer séptimo, un látigo y unas serpientes mordeándose. En el segundo séptimo estaban pintados unos desiertos por donde corrían unas hermosas fuentes, de las que salían varias serpientes que reptaban por todos. En el primer folio aparecía, con gruesas letras mayúsculas doradas: «Abraham Judío, Príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo. A la nación judía dispersa por la ira de Dios. SALUD. D. I.». Después de esto, aparecían grandes imprecaciones y maldiciones (con la palabra, varias veces repetida: MARANATHA) dirigidas a todo el que posase ahí sus ojos, si no era sacrificador o escriba. —El que me vendió el libro no sabía lo que valía, ni tampoco yo cuando lo compré—. Creo que se lo robaron a los miserables judíos, o lo encontraron oculto en el antiguo lugar en que habitaban.



Casa de Nicolas Flamel, en Rue de Montmorency 51, París.

Consecuentemente a lo leído, Flamel se refirió a este manuscrito como «el libro de Abraham el Judío», y aunque en él se maldecía a cualquiera que pudiera leer el libro si no fuera sacerdote o escriba, Flamel se sintió autorizado a desentramar su contenido.

El autor se proponía ayudar a los judíos dispersos a pagar sus impuestos a las autoridades romanas enseñándoles a transmutar metales inferiores en oro. Flamel irá encontrando, poco a poco y con enorme esfuerzo, la simbología sagrada de la Obra. Las instrucciones que iba resolviendo parecían claras, pero desgraciadamente se referían sólo a la última etapa del proceso. Desilusionado, descubrió que aunque esas ilustraciones se conservaban bien «nadie podría interpretarlas sin estar muy versado en la Cábala y haber estudiado sus libros».

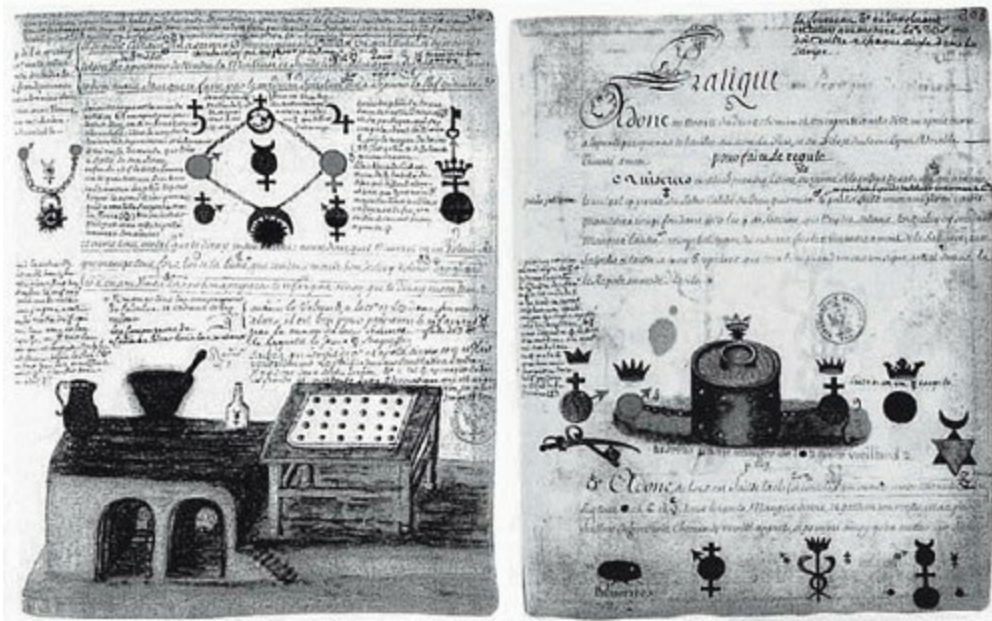
Acuciado por el deseo de descifrar el contenido del manuscrito, termina por confesar el motivo de sus pesares a su esposa. Perrenelle trata de ayudarlo llevada por la mejor disposición; pero aunque no lo consigue, ya que aquellos signos también son

demasiado abstrusos y esotéricos para ella, no puede evitar quedar fascinada y se une a la gran aventura apoyando en todo momento a Nicolas.

Durante veintiún años, Flamel trató infructuosamente de resolver las soluciones, y buscó sin éxito a alguien que pudiera explicarle esas imágenes:

... Ésta fue la causa de que a lo largo de veintiún años hiciera mil mezclas, no siempre con sangre —cosa fea y vil—, pues hallé en mi libro que los filósofos llaman «sangre» al espíritu mineral que hay en los metales, sobre todo en el Sol, la Luna y Mercurio, cuya conjunción intenté siempre. Pero estas interpretaciones eran, por lo general, más sutiles que reales, ya que nunca vi en mis operaciones los signos que estaban escritos en el libro. De este modo, volvía a empezar una y otra vez. Y cuando estaba a punto de perder la esperanza de entender estas figuras, decidí hacer una promesa a Dios y a Santiago de Galicia, para impetrar la interpretación de tales figuras de algún rabino judío, en alguna de las sinagogas que hay en España.

Así pues, con el consentimiento de mi esposa Perrenelle, y llevando conmigo el resumen de estas figuras, tomé el hábito y el bordón.



Escritos de Nicolas Flamel.

Después de visitar devotamente el santuario se dirigió a León, donde por casualidad —¡rara palabra esa!— conoció a un tal maese Canches, un sabio anciano y médico judío que se había convertido al cristianismo. Cuando éste vio las láminas quedó «embelesado de asombro y júbilo», al reconocerlas como parte de un manuscrito que había creído perdido.

Entusiasmado, maese Canches decidió acompañar a Flamel, y juntos volvieron a Francia. El tiempo invertido en el viaje no fue en balde, ya que le enseñó a descifrar su contenido. Sin embargo, al llegar a Orleans las fuerzas abandonaron a Canches, quien enfermo y cansado, falleció.

Flamel terminó el viaje de regreso a París solo, pero con el conocimiento necesario para enfrentarse al mayor reto de su vida.

Hagamos aquí un breve paréntesis. ¿Podría ser que Flamel no hubiera viajado físicamente a Compostela y que esta peregrinación fuera en realidad una alegoría del camino iniciático que ha de emprender todo aquel que desee llegar al conocimiento? Para algunos autores, entre los que está Fulcanelli, el gran alquimista del siglo XX, es así: el viaje no es más que un símbolo. «Flamel nunca salió de su casa ni abandonó su laboratorio», afirma Fulcanelli en su obra *Moradas filosóficas*; y continúa: «No fue más que una alegoría, una ficción muy hábil e ingeniosa de la labor alquímica a la que se entregó aquel hombre caritativo y sabio».

Fuera un viaje real o simbólico, la cuestión es que tuvieron que pasar algunos años más hasta que Flamel llegó a la consecución de la piedra filosofal, esto es, su primera transmutación a oro. Según nos dice, tal acontecimiento tuvo lugar al mediodía de un lunes 17 de enero de 1382:

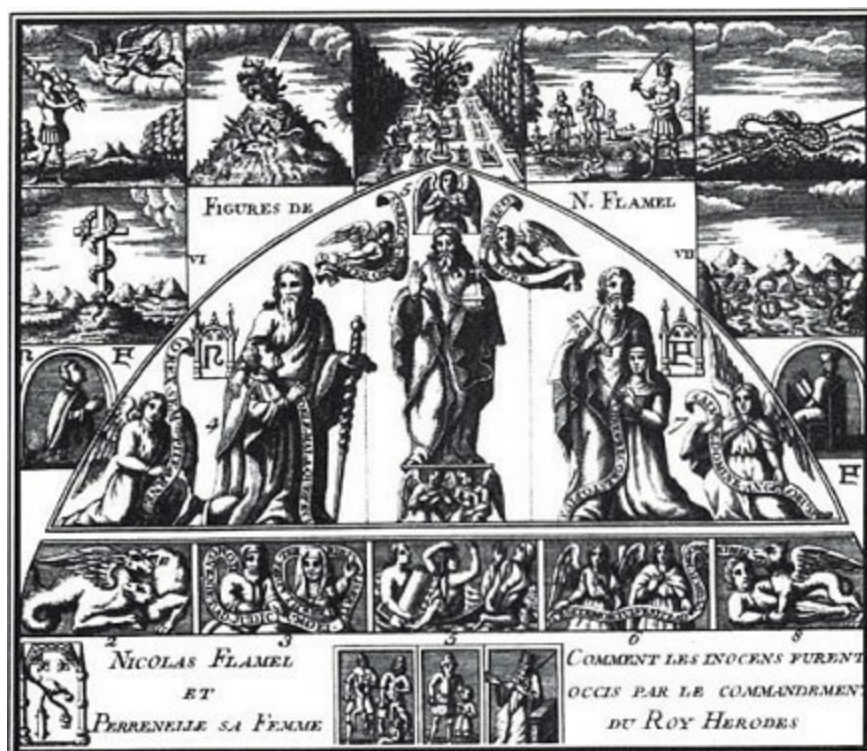
Tenía ahora la «prima materia», los primeros principios, pero no su primera preparación, que es una cosa muy difícil, por encima de todas las cosas del mundo [...] Finalmente, encontré lo que deseaba, que también conocí por el fuerte aroma y el olor de ello. Teniendo esto, fácilmente logré la Maestría [...] La primera vez que hice proyección* fue con mercurio, del cual transformé media libra (227 gramos) más o menos, en plata pura mejor que la de la mina, como yo comprobé e hice comprobar a otros muchas veces. Esto sucedió un lunes, el 17 de enero, alrededor de mediodía, en mi casa, estando presente sólo Perrenelle, en el año 1382 de la restitución de la humanidad.

Tres meses más tarde, en abril de ese mismo año, vuelve a repetir la operación con el mismo éxito, y obtiene...

...un oro puro, mucho mejor que el oro corriente, más suave y maleable. Ciertamente, ya puedo hacer esta operación. La he realizado tres veces más con ayuda de Perrenelle, que la entendía tan bien como yo pues me había ayudado en todo el proceso. Si ella hubiera querido hacerlo sola, lo habría conseguido. Por mi parte, ya tenía bastante haciéndolo una sola vez, pero me complacía mucho contemplar en los recipientes las obras admirables de la Naturaleza.

El alquimista se convierte rápidamente en un hombre acaudalado, propietario de numerosas casas y fincas. Sin embargo, el matrimonio Flamel siguió viviendo como antaño y dedicó una buena parte de sus riquezas a construir hospitales, restaurar iglesias y capillas, y entregó elevadas cantidades de dinero a las instituciones de caridad, tanto en la ciudad de París como en Boulogne.

* Es decir, «logré la transmutación». (N. del a.)



Grabado del siglo XVIII que reproduce los frescos pintados para Flamel en la iglesia de los Santos Inocentes de París. Los siete cuadros de la parte superior pertenecen a ilustraciones de El libro de Abraham el Judío, y en el segundo panel del friso inferior aparecen Flamel y su esposa.

Cuando finalmente murió, en el año 1418, a la longeva edad de ochenta y siete años, sobre todo teniendo en cuenta la corta esperanza de vida existente en aquella época, donó todos sus bienes a la parroquia de Saint-Jacques-la-Boucherie, a la que pertenecía y tenía gran estima.

Pero es a partir de este momento cuando realmente empieza la leyenda.

Los rumores comenzaron en 1419, tras la muerte de Flamel. Suponiendo que la piedra filosofal podía seguir oculta en alguna de sus casas, la gente las registró una y otra vez, hasta el punto en que una de ellas quedó reducida a escombros. La creencia de que Perrenelle y Nicolas seguían vivos era cada vez más fuerte, punto que se reafirmó tras comprobar que sus dos ataúdes estaban vacíos. El rumor generalizado era que Perrenelle se había ido a vivir a Suiza mientras él enterraba un madero en su tumba —ella «había fallecido» cinco años antes—, y que después él hizo lo mismo en su propio «funeral».

La leyenda de su inmortalidad persistió durante los siglos posteriores: el rico alquimista había conseguido la Gran Obra y derrotar a la muerte.

Durante un viaje al Asia Menor, Paul Lucas (1664-1737), viajero y arqueólogo contratado por el rey Luis XIV, conoció a un distinguido filósofo turco en 1712. En la crónica de dicho viaje escribió:

Estando en Burnus-Bachi, tras haber mantenido una charla sobre filosofía hermética con el derviche de los usbecs, este levantino me dijo que los verdaderos filósofos poseían el secreto de prolongar el término de su existencia hasta mil años, preservados de cualquier enfermedad. Finalmente le hablé del ilustre Flamel, quien, de cualquier modo y pese a la piedra filosofal, había muerto. Al oírme se echó a reír de mi simpleza. Como ya había comenzado a creerle sobre todo lo demás, me quedé muy extrañado de verlo poner en tela de juicio lo que le decía. Aperciéndose de mi sorpresa, me preguntó con el mismo tono si era tan ingenuo como para pensar que Flamel hubiera muerto. «No, no, amigo, usted se equivoca; Flamel está vivo, y ni él ni su esposa conocen todavía lo que es la muerte. No hace ni tres años que los dejé en las Indias, y es uno de mis mejores amigos.»

Incluso se dice que en 1761 Flamel y su esposa fueron vistos en la Opera de París. Aun más tarde corrieron historias parecidas.

Y un último apunte. *Le corbeau menteur (El cuervo mentiroso)* es un relato decimonónico y prácticamente desconocido de Ninian Bres, supuestamente escrito en 1851. Pues bien, en él, el autor narra un encuentro con Nicolas y Perrenelle Flamel:

Era de estatura algo más que mediana, algo encorvado por el peso de los años pero con paso aún firme y mirada clara; su complexión era extrañamente ligera y transparente, como alabastro fino. Tanto él como la mujer que lo acompañaba —evidentemente su esposa, aunque parecía imperceptiblemente mayor y más decidida— estaban vestidos en un estilo que parecía pasado de moda sólo unos años, y, sin embargo, tenían un aire indefinido de antigüedad. Yo me hallaba semioculto en un pequeño arco, cerca del final del Boulevard du Temple; mis manos estaban manchadas de ácido y mi abrigo hedía a horno. Cuando la pareja llegó al lugar donde me hallaba, Flamel me miró y pareció a punto de hablar, pero Perrenelle lo obligó a seguir y casi inmediatamente se perdieron en la multitud. Probablemente se esté preguntando cómo estoy tan seguro de que se trataba de Nicolas Flamel. Le diré que he pasado muchas horas en la Biblioteca Nacional, inclinado sobre el libro de Abraham el Judío. Observe cuidadosamente la quinta página, y allí, en el rincón inferior derecho de la ilustración de los que buscan oro en el jardín, verá la cara que se me quedó mirando aquella noche en el Boulevard du Temple, y que aparece en mis sueños desde entonces...

RASPUTÍN, UN DIABLO CASI INMORTAL

La vida de Rasputín, así como su imagen, su faceta religiosa, lasciva y desenfrenada, su capacidad sanadora o sus supuestas facultades paranormales, continúan siendo un gran misterio. Pero por encima de todo ello existía una profunda creencia generalizada de que era un ser inmortal. ¿Qué había en este extraordinario hombre de mirada penetrante que provocaba reverencia en las masas, adoración en los zares, respeto entre los jefes de la Iglesia, pasión lujuriosa en las mujeres, y un acérrimo odio entre algunos miembros de la nobleza?

El 1 de enero de 1917, según nuestro calendario gregoriano —trece días antes según el juliano que regía en Rusia hasta 1918—, fue hallado un cadáver que emergió en las heladas aguas del río Neva en Petrogrado, la antigua San Petersburgo o Stalingrado. El cuerpo, entre bloques de hielo, mostraba el rostro desencajado y golpeado, mientras sus manos, que habían sido atadas, se hallaban ahora liberadas y crispadas en un gesto amenazador. Se trataba del temido y odiado Rasputín, también conocido como «el monje loco», quien después de haber recibido varios disparos y destrozada su cabeza a golpes, había seguido viviendo e intentado liberarse tras haber sido arrojado a las heladas aguas

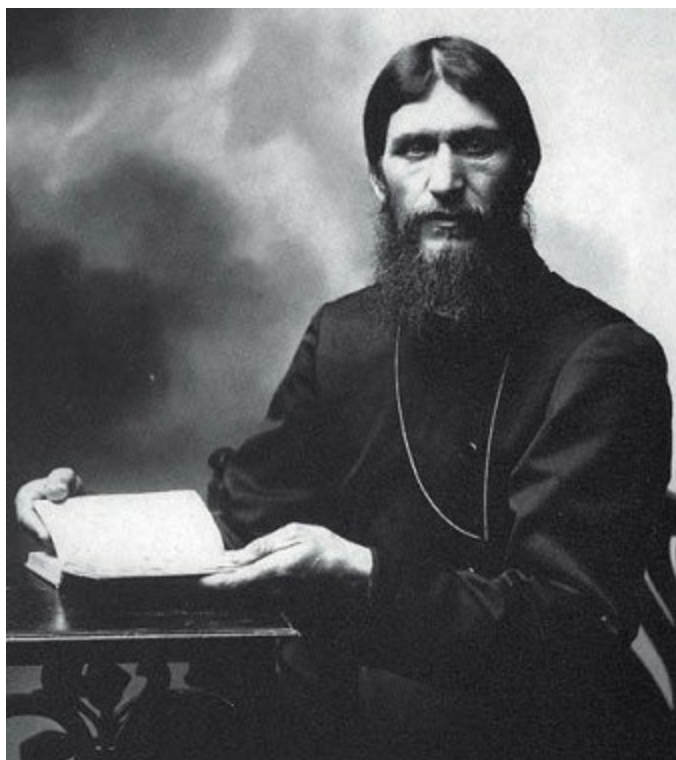
del río. Para los cientos de personas que acudieron a presenciar el hallazgo y a recoger muestras del agua donde había permanecido su cuerpo inerte, las circunstancias sólo podían indicar que se trataba de un siervo del Anticristo, un cadáver diabólico cuya increíble fuerza lo había convertido, ya antes de su muerte, en un mito para la posteridad. Pero ¿era realmente tan depravado, siniestro, virulento y detestable como se ha querido mostrar durante tantos años?



La misteriosa lápida de Flamel se conserva en el Museo de Cluny, Francia.

En 1995 aparecieron unos documentos inéditos que, con toda seguridad, cambiaron la única visión histórica que hasta la fecha habían ofrecido las biografías sobre la figura de Rasputín, poniendo de relieve nuevos y reveladores datos que acaban de ver la luz gracias a la mano del afamado historiador y escritor Edvard Radzinsky en su obra *Los archivos secretos de Rasputín*. Se trata de uno de los expedientes de las investigaciones llevadas a cabo en marzo de 1917 por el Consejo ejecutivo del Gobierno Provisional formado tras la abdicación del zar Nicolás II. Dicho consejo constituyó la Comisión Extraordinaria de Inspección para la Investigación de Actos Ilegales por parte de los Ministros y Otras Personas Responsables del Régimen Zarista; y dentro de ella, estaba la

Sección Decimotercera, que fue la encargada de investigar «la actividad de las fuerzas oscuras», es decir, la influencia que Rasputín había detentado sobre el gobierno del Estado y la familia real.



Fotografía de Rasputín obtenida en 1900.

El trascendental documento refleja todas las transcripciones de los interrogatorios efectuados a las personas que habían rodeado la vida y presenciado las correrías de Rasputín; desde el obispo Feofán —jerarca de la Iglesia que introdujo al monje loco en el ámbito de la familia real— y los monjes de varios monasterios, entre ellos el de Verjoturie, donde se había iniciado como monje, hasta las declaraciones del jefe de la policía política Vladimir Dzhunkovsky, el ministro de Interior Jvostóv, el astuto doctor en medicina tibetana Piotr Badmaev o la mismísima Anna Vyubova, dama de honor y amiga íntima de la zarina Alejandra Fiódorovna... Un volumen de información que, por supuesto, contenía también los interrogatorios de todos los obnubilados por la figura de Rasputín, incluyendo las damas de la alta sociedad y las «no tan damas» de Petrogrado.

Según los datos hallados en el archivo de Tiúmén, Grigori Yefimovich Rasputín nació el 10 de enero de 1869 en la localidad de Pokróvskoie. Su juventud transcurrió entre constantes borracheras —algo habitual entre los campesinos siberianos—, episodios de libertinaje, diversión y las frecuentes peleas a puñetazos. Sin embargo, Grigori Rasputín no era como los demás. Según sus propias declaraciones, a menudo se refugiaba en la bebida porque en su atormentada cabeza «había cosas para las que no encontraba respuesta». A los veintiocho años, y tras una de las innumerables

detenciones, hubo un cambio en la actitud de Rasputín, un despertar espiritual que lo llevó a menudo a visitar lugares sagrados y a contraer matrimonio con Praskovia Fiódorovna, una campesina del pueblo vecino, con la que tuvo tres hijos.

Pero la metamorfosis fue a más, y en poco tiempo se volcó en una vida errante de peregrinaje por los caminos que llevaban a los monasterios y a la adoración de los iconos sagrados y las santas reliquias, teniendo varias experiencias visionarias con las presencias del Salvador, de la Virgen, e incluso de Satán con «forma de mendigo», con el que luchaba dialécticamente durante sus largos viajes entre los monasterios de Kiev, Petersburgo, Moscú y su favorito, el de Nikolaev en Verjoturie. Allí fue donde obró sus primeras curaciones y tuvo sus iniciales visiones de futuro. Pero análogamente a todo ello, también aprendía los conocimientos de esa otra «iglesia del pueblo» de pasado pagano que subsistió paralelamente en Siberia a la Iglesia ortodoxa oficial, con sus curanderos y hechiceros ancianos que conservaban la sabiduría de los remedios secretos y los sortilegios y conjuros ancestrales. Así, por los antiguos claustros ocultos, conoció una de las muchas sectas que coexistían con la Iglesia ortodoxa y que imprimió una fuerte huella en Rasputín: la secta de los *jlisti* (flageladores), una mezcla entre paganismo y cristianismo, cuyos seguidores intercalaban momentos de degeneración y pecado en su virtuosa vida, pues sólo a través de estos actos licenciosos y de depravación sin límites era posible llegar al arrepentimiento y a la purificación.

En 1903 Rasputín llegó a la capital rusa con una carta de presentación del archimandrita Chrysanthos, uno de los jerarcas de la Iglesia, ante el obispo, Sergio, rector del Seminario de Teología. Rasputín pronto sorprendió al obispo quien lo presentó a las más altas e influyentes personalidades de la sociedad. Poseía un don especial con el que conseguía transmitir la esencia profética y mística de la que carecía la Iglesia en aquellos momentos. Sin embargo, todavía había de pasar algún tiempo hasta que su reputación llegara a oídos de los zares.

La pareja real vivía inmersa en un mundo de preocupaciones por el futuro. Nicolás llevaba la carga interna y el estigma trágico de la muerte violenta y sangrienta en su familia, un sentimiento místico de predestinada infelicidad que sobrellevaba resignadamente. Él mismo dijo: «Tengo la profunda certeza de que estoy condenado a terribles experiencias». Sin embargo, a pesar de que Alejandra Fiódorovna compartía ese sentimiento trágico de inminente destrucción, se rebelaba y luchaba contra el fatal destino rodeándose de hombres santos y aferrándose a ellos como auténticos talismanes. De este modo, el palacio real se convirtió en un lugar de reliquias sagradas, iconos, milagros y hombres de Dios, en la esperanza de encontrar la protección divina y el hijo varón deseado.

Poco después, el 30 de julio de 1904, la pareja real tenía su primer y ansiado hijo varón, Alejo, el que debería gobernar el futuro del país. Por desgracia, el destino golpeó nuevamente al matrimonio. Alejo había heredado una enfermedad fatal, la hemofilia. Pero la situación fuera de palacio también era un hervidero de problemas: la

desafortunada guerra contra Japón, el patente descontento social y la burla ante tanto misticismo en palacio dieron fuerza a los revolucionarios para mostrar sus quejas con huelgas y atentados que sembraron de terror la vida rusa y forzaron la creación de la primera constitución del país.



La familia Romanov.

El año 1905 fue el momento propicio para que el padre Grigori, como así se lo conocía, apareciera en escena. Ningún «hombre de Dios» rondaba en aquellos momentos la familia real, que se hallaba sumida en un profundo bache. La princesa montenegrina Militsa Nikoláievna, consciente de ello, aprovechó para presentar a su enigmático amigo con el fin de que asombrara a los zares y seguir teniendo poder e influencia sobre ellos. Desde el principio a Rasputín le fue fácil causar una profunda impresión en la zarina. Pero en los planes del monje no había sitio para Militsa. A partir de entonces su relación con los zares se mantuvo al margen de la princesa, y le bastaría una segunda reunión, en la que mejoró la salud al pequeño Alejo, para conquistar a Nicolás y convertirlos en sus más sumisos creyentes. El poder de Rasputín fue en aumento hasta el punto de que hubo varios intentos de desacreditarlo. Entre ellos, el de la princesa Militsa, que furiosa por la traición, hizo que secretamente se abriera una investigación en la que se acusaba al padre Grigori de difundir la falsa doctrina *jlist* y de practicarla. Más tarde, el primer ministro ruso Piotr Arkádievich Stolypin, irritado por las constantes muestras de manipulación política y social que ejercía Rasputín sobre Nicolás

II, fue el que protagonizó otro intento de difamación y menoscabo. Pero la fe ciega que habían puesto los zares en Rasputín-Novy, como ahora era llamado, había creado un fuerte vínculo en el que cualquier intento de atacarlo era como atacarlos a ellos, terminando con la destrucción del enemigo común.



Rasputín rodeado de algunos de sus acólitos en 1914. Gran parte, eran mujeres.

Rasputín había conseguido hacerse con el poder y control total de la familia real y de un amplio círculo de admiradores y devotos, entre los que cabía destacar un gran número de damas de la alta sociedad.

Aparentemente era un anciano sabio que no consumía alcohol ni carne, que oraba constantemente y practicaba toda clase de ayunos junto a una total abstinencia. Pero al parecer, la realidad era otra muy distinta. Numerosas cartas de denuncia de tocamientos, abusos sexuales, violaciones y de «tentación espiritual» relacionada con el diablo llegaron a manos de la Iglesia, que, preocupada, remitió sus fundadas inquietudes a los zares. Aun así, éstos mantuvieron el apoyo incondicional que, a la postre, acabaría con su reinado.

Se realizaron diferentes investigaciones policiales en las que los agentes de vigilancia externa seguían constantemente las andanzas y «vida alegre» del venerado monje, entregando sus informes al Departamento de Policía. Sin embargo, los partes diarios mostraron una realidad confusa. Era habitual que pasara tardes enteras en casa de alguna

devota; a menudo visitaba con cualquiera de ellas las casas de baños, o cuando no, buscaba la compañía de prostitutas. Pero aunque con toda probabilidad se tratara de relaciones sexuales, realmente no se sabía qué ocurría durante sus constantes visitas acompañadas en las casas de baños, hoteles o casas de prostitución. Sólo en una ocasión, según narran los recientes expedientes encontrados, pudieron averiguar qué había sucedido: «Tras acercarse a una prostituta, Rasputín le compró dos botellas de cerveza, pero él no bebió... le pidió que se desnudase, observó su cuerpo y se fue». Pero eso no era todo. Los agentes pudieron constatar algo aún más curioso cada vez que salía de visitar a una prostituta: «Mientras pasea solo, el ruso —como se referían en clave a Rasputín— habla consigo mismo, agita los brazos y se golpea el cuerpo, llamando con ello la atención de los transeúntes».

Cuando su santidad estaba al límite de la duda, ocurrió algo que hasta sus enemigos más feroces se vieron obligados a reconocer como un hecho paranormal y milagroso. El 5 de octubre de 1912 la familia real estaba en el castillo de Spala. El hemofílico Alejo se había caído y sufría de fuertes dolores por las hemorragias internas. Después se produjo una hinchazón y sobrevino una infección sanguínea que hacía esperar el peor desenlace. Los zares estaban totalmente consternados, e inmediatamente enviaron un telegrama a Rasputín suplicándole sus oraciones. Entonces el monje les contestó con otro telegrama: «Dios ha visto vuestras lágrimas y escuchado vuestras plegarias... Vuestro hijo vivirá».

A pesar de la incredulidad de los médicos que habían dado por desahuciado al joven heredero, el chico pasó aquella noche. Y las siguientes. Los especialistas no daban crédito a lo que estaba sucediendo. Finalmente, el 21 de octubre se comunicaba que la etapa crítica había pasado y que el infante se recuperaba rápidamente.

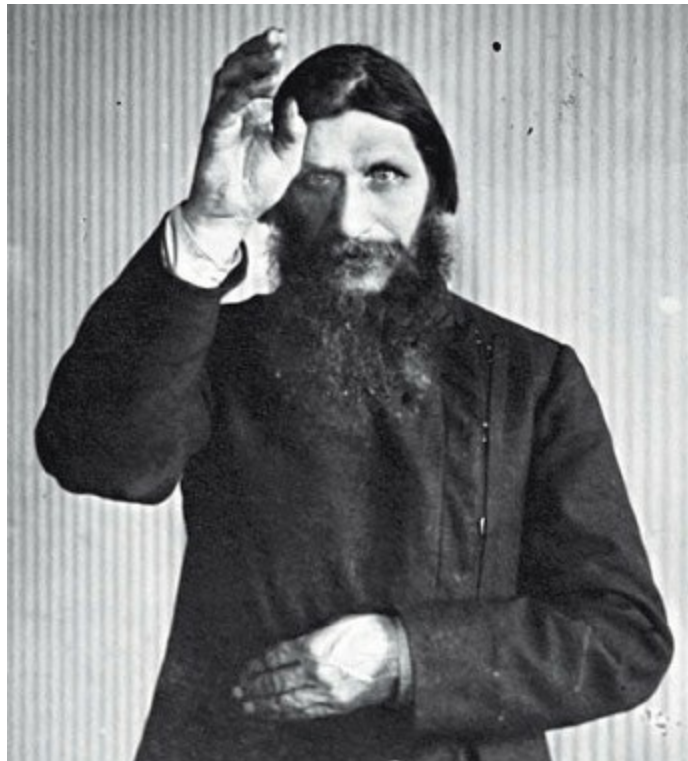
¿Magia? ¿Sugestión?... La verdad era que, a cientos de kilómetros de distancia y con la fuerza de la oración, Rasputín había salvado milagrosamente, una vez más, la vida del zarevich Alejo. A los ojos de la familia real se había convertido en un dios.

Ni los investigadores ni sus más cercanos amigos dudaban de que Rasputín fuera *jlisti*. En alguna de sus pláticas propugnaba que «todo hombre podía convertirse en Cristo y toda mujer en la Madre de Dios». Esto se conseguía preparando el alma para el descenso del Espíritu Santo mediante una vida virtuosa y de oración en la que el pecado de la carne servía para la supresión de la lujuria.

Pero no se trataba de un *jlisti* normal. Rasputín había creado una doctrina y enseñanza personal propia partiendo de la doctrina ortodoxa *jlist*, de la cual se había alejado.

Grigori creía que tenía que cumplir una misión que se le había revelado. Como él había alcanzado una gran perfección y realizado proezas espirituales, estaba en la obligación de servir a los demás en la curación de los tormentos de la carne y la lujuria, y en especial, a las mujeres. Sin embargo, al menos inicialmente, no existía contacto carnal: a través de la contemplación del cuerpo desnudo de las prostitutas conseguía vencer al pecado y eso le reportaba una gran y satisfactoria energía. Eran ejercicios de

impasividad, de victoria sobre el diablo carnal. Pero para las ocasiones en las que el diablo de su interior vencía, estaban las damas, sus más fervientes seguidoras; en ese caso la unión carnal se llevaba a cabo con el fin de expulsar al diablo de sus cuerpos a través del arrepentimiento, ya que, como él mismo decía: «Sin pecado no hay vida porque no hay arrepentimiento, y si no hay arrepentimiento no hay alegría». Rasputín se había convertido en un santo demente a la antigua usanza, quienes voluntariamente aceptaban simular locura para poder soportar el sufrimiento y las vejaciones. Al transgredir el decoro social conseguían abrir las puertas que encierran los vicios secretos del hombre.



Rasputín poco antes de morir.

Rasputín ya no era el de antaño. Todos los que lo rodearon desde que apareció en la corte afirman casi unánimemente en sus declaraciones que hasta 1914 fue una etapa totalmente espiritual, en la que no bebía, daba muestras de una sobresaliente modestia, y en la que había alcanzado «una elevación espiritual de la que después descendería». A partir de esa fecha dijo sentirse exhausto de tantos años de lucha contra el demonio y empezó a beber.

A las puertas de la primera guerra mundial, Rasputín sufrió un atentado premeditado: una mujer desconocida le clavó un cuchillo en el abdomen. Grigori se recuperó de aquel incidente, pero adquirió mayor conciencia de que a éste pronto le seguirían otros y que su fin se iba acercando.

Pero al estallar la guerra la situación fue cambiando. El zar se hallaba fuera de palacio y la responsabilidad del gobierno interno recayó en Alejandra. Ante una corte hostil, Rasputín fue adquiriendo mayor repercusión y poder político, a la par que sus arcas iban aumentando desmesuradamente con las comisiones y sobornos indirectos. La zarina y el santo demente eran el tándem perfecto: él sabía lo que la emperatriz quería oír y lo transmitía en forma de profecías y visiones, a la vez que aconsejaba las líneas de gobierno que debía seguir. Mientras tanto, y totalmente restablecido del atentado, sus sanaciones milagrosas continuaban, y sus orgías y borracheras eran cada vez mayores, al igual que el odio que despertaba en la aristocracia y la cúpula política. Las conspiraciones en su contra se sucedían, y tras cada una de ellas, Rasputín salía victorioso y con más fuerza y poder. No había nada que hacer, salvo... su eliminación.

Mientras los zares permanecieran bajo la influencia de Rasputín, ninguna otra voz sería escuchada. Pero además, se había convertido en el terrible instrumento a través del cual la fuerte oposición revolucionaria pretendía derrocar a la monarquía.

Finalmente, el príncipe Félix Yusúpov, el gran duque Dimitri Pávlovich y el miembro de la Duma Purishkiévich, decidieron eliminar al cáncer de Rusia. Existe mucha falsa leyenda sobre la muerte de Rasputín basada fundamentalmente en la adulterada historia que contaron los propios asesinos. Dicho relato contribuyó a que se acrecentara aún más la poderosa figura de Rasputín así como la gran victoria sobre esa bestia maligna con poderes sobrenaturales. Pero según los expedientes secretos encontrados y las posteriores investigaciones de Edvard Radzinsky, en ningún momento fue envenenado con cianuro potásico introducido en los pasteles, ya que seguía una dieta especial en la que «nunca comía dulces, carne ni pastas». De lo que no cabe ninguna duda es que, después de tres disparos e innumerables golpes que destrozaron su cabeza, aún seguía vivo.

Muchas de sus visiones proféticas se cumplieron, pero de entre todas hubo una que no sólo marcó su destino, hasta ese momento aparentemente inmortal, sino que además sentenció el destino de los Romanov y el futuro de toda Rusia:

Siento que debo morir antes del año nuevo. Quiero hacer presente, no obstante, al pueblo ruso, al Padre, a la Madre de Rusia y a los Muchachos, que si yo soy asesinado por comunes asesinos, y especialmente por mis hermanos aldeanos rusos, tú, Zar de Rusia, no tengas miedo, permanece en tu trono, gobierna y no temas por tus hijos, porque reinarán por otros cien o más años. Pero si soy asesinado por los nobles, sus manos quedarán manchadas por mi sangre y, durante veinticinco años, no podrán sacarse de la piel esta sangre. Ellos deberán abandonar Rusia. Los hermanos matarán a los hermanos; ellos se matarán entre sí. Y durante veinticinco años, no habrá nobles en el País. Zar de la tierra de Rusia, si tú oyes el tañido de las campanas, que te anuncian que Grigori ha sido asesinado, debes saber esto: Si han sido tus parientes quienes han provocado mi muerte, entonces ninguno de tu familia, o sea ninguno de tus hijos o de tus parientes, quedará vivo durante más de dos años. Ellos serán asesinados por el pueblo ruso.



Rasputín falleció en 1916. La sociedad rusa de la época no se lo creyó.

Grigori Rasputín no sólo preconizó su propia muerte, la caída de los zares o la Revolución rusa, sino que además tuvo innumerables visiones proféticas, algunas de las cuales a día de hoy se siguen cumpliendo. Sus increíbles capacidades de sanación fueron incuestionables, y supo manejar a la familia real, la religión y la política rusa con suma destreza. Por todo ello Rasputín se ha convertido en uno de los personajes más enigmáticos y carismáticos de la historia.

LA CONDESA BÁTHORY Y LA ETERNA JUVENTUD

La historia de la condesa Báthory es horripilante, indescriptible. Muestra el lado más oscuro del ser humano, si es que así se puede denominar al ser capaz de cometer todas las monstruosidades de las que hizo gala en sus diarios —hallados en 1995—, y que aparecen en los documentos de su juicio que reposan en los Archivos Nacionales de Budapest, en Hungría. Y todo, supuestamente, con un único fin: alcanzar la eterna juventud.

En poco más de diez años torturó más allá de todo límite y asesinó alrededor de 610 muchachas vírgenes, la mayoría de ellas niñas que no alcanzaban a sobrepasar los doce años. Infancias rotas a base de infames aberraciones sádicas en las que eran mordidas, pellizcadas con alicates de plata, marcadas con látigos de puntas de hueso, quemadas con atizadores al rojo vivo, ensartadas por infinidad de alfileres o cortadas en partes de su cuerpo, todo ello y aún mucho más cuando todavía estaban vivas y mientras la condesa profería retahílas de insultos obscenos y vejatorios, o escuchaban sus crueles y

enfermizas carcajadas de placer cuando la sangre, saliendo a borbotones de sus cuerpos, teñía su camisión blanco, empapaba su piel o llenaba una copa que, cual grial, Erzsébet bebía con ansia.



Castillo de Cachtice, residencia de la condesa Báthory.

Hoy en día, curiosamente, la historia de la condesa Báthory y las leyendas que han surgido a su alrededor han calado en nuestra sociedad hasta convertirla en un icono, entre el horror y la fascinación, del imaginario colectivo asociado al vampirismo nigromántico.

Erzsébet (Elisabeth o Isabel) Báthory nació el 7 de agosto de 1560 en una de las familias más antiguas y adineradas de Transilvania. Era sobrina directa del rey de Polonia por parte materna y del príncipe de Transilvania por vía paterna. Pero además, su rancio abolengo albergaba cardenales, varios príncipes y hasta un primer ministro húngaro. En contrapartida, también tenía algunos familiares singulares, como un tío adorador de Satán o una tía ninfómana, por no hablar de otros parientes con serios problemas mentales, producto, con toda seguridad, de la endogamia.

Pasó la infancia en el castillo de Ecsed. Las únicas cosas destacables de este período fueron su preparación para ocupar su puesto entre la nobleza transilvana, unos episodios de epilepsia a los cuatro o cinco años y cierta tendencia a las jaquecas.

Al cumplir once años fue prometida al conde Ferencz Nádasdy, costumbre muy habitual en la época, y poco tiempo después se trasladó a vivir al castillo de los Nádasdy. Allí va conociendo a su próxima familia y a Orsolya, su futura suegra, quien se encargará de ofrecerle la más exquisita y completa educación y con la que jamás llegará a tener buenas relaciones.

Cuatro años más tarde, en 1575, contrae matrimonio con Ferencz, quien adopta el ilustre apellido de soltera de Erzsébet, y se van a vivir al castillo de Csejthe — actualmente Cachtice—, en los montes Cárpatos. Debido a la constante lucha contra el Imperio Otomano, el joven conde pasa la mayor parte del tiempo fuera, combatiendo contra los turcos. Sin embargo Erzsébet vive de espaldas a la guerra y sigue las costumbres de cien años atrás, cuando la corte húngara, bajo la regencia de Corvino, era una de las más renacentistas, lujosas y eruditas de Europa. En ausencia de su marido, su vida se torna licenciosa y si cabe aún más refinada, obsequiándose con opulentos vestuarios, deslumbrantes joyas y exquisitos perfumes, preocupándose por mantener y pasear su belleza, en una muestra de su naciente narcisismo patológico. No hay fiesta, boda o baile donde no sea invitada, admirada y recibida con los más grandes agasajos, tanto en Hungría como en Austria, donde adquiere una gran casa palacio.

Su egocentrismo exacerbado, junto al poder que detenta, hace que se vaya convirtiendo en una joven absolutamente insoportable que no admite críticas y que castiga duramente a su servicio o a sus ayudantes de cámara, infligiéndoles penalidades y escarmentos que muestran el desmesurado sadismo que va creciendo en su interior. Porque, si bien en la época era costumbre castigar y torturar a los siervos por sus errores, las prácticas disciplinarias que aplicaba Erzsébet Báthory excedían lo habitual. En ellas mandaba a Dorkó y Jó Ilona, sus dos criadas más fieles y de aficiones brujeriles, colgar a las sirvientas por los tobillos y les propinaba palizas con un pesado bastón; les colocaba púas en la boca y en los labios de la vulva; las quemaba con antorchas o, en pleno invierno, las hacía salir a la nieve desnudas y empapadas de agua, o cubiertas de miel en verano para que las atacasen los grandes insectos de la zona. Y si se trataba de un sirviente, era el enano jorobado Ficzkó, el brujo leal y siniestro de su séquito, quien solía solventar la cuestión arrancando la piel del desdichado a tiras con un látigo de puntas de hueso.

Aunque apenas se veían, Ferencz y Erzsébet mantenían una unión bien avenida, a pesar de que los escarceos extramatrimoniales y divertimientos de ambos eran conocidos. Diez años después de la boda nació Anna, la primera hija del matrimonio. En los nueve años siguientes dio a luz a Katalin y a Orsolya, y en 1598 nació Pál, su único hijo varón.

El 4 de enero del año 1604 murió de repentina enfermedad el Caballero Negro de Hungría, como se conocía a Ferencz por su fiereza a la hora de combatir y su despiadada costumbre de empalar a todos los prisioneros enemigos. Y fue a partir de este suceso, siendo ya una viuda de cuarenta y cuatro años, cuando empezaron sus mayores atrocidades en busca de la juventud perdida.

A pesar de su belleza, su rostro muestra el desgaste de los años, la piel se le empieza a ajar y las arrugas hacen acto de presencia. Los hechizos realizados, los ungüentos y las pomadas empleadas son incapaces de detener el envejecimiento y encubrir las consecuencias del paso del tiempo, lo que hace que crezca su agresividad y mal humor. Hasta que un día se le revela la solución.



Elisabeth Báthory estaba convencida de que se mantendría eternamente joven gracias a la sangre de jóvenes doncellas.

Según cuentan los documentos del juicio, era una mañana de primavera cuando una joven sirvienta estaba peinando a la condesa, entresacándole mechones rizados a través de una malla cuando, en un desafortunado descuido, tiró de los cabellos más de la cuenta. La respuesta de Erzsébet no se hizo esperar, y un bofetón con el dorso de la mano impactó en el rostro de la criada, de tal suerte que los anillos hicieron brotar la sangre de la nariz y la boca de la desdichada, manchando la mano y el vestido de la condesa. Cuando otras sirvientas acuden a limpiarla, ella cree percibir que las partes de su piel donde había caído la sangre estaban más pálidas y tersas, como si hubieran recuperado su lustre juvenil. Entonces recordó que una de las brujas le había dicho tiempo atrás que la sangre de las vírgenes tenía la virtud de hacer recuperar la lozanía. Dicho y hecho. Ese mismo día a la infeliz sirvienta le practicaban un corte en el cuello y su sangre era recogida en una cuba para que Erzsébet ungiera todo su cuerpo, por fuera y por dentro. Hasta ese momento los castigos al servicio eran sólo prácticas crueles con las que divertirse o una forma de paliar el dolor de sus migrañas; sin embargo, ahora acababa de encontrar el anhelado elixir de la juventud, la forma con la que seguir siendo bella y no envejecer. Era su secreto particular, su receta mágica, y por nada del mundo iba a renunciar a ella.

A partir de entonces su séquito fiel se encargaba de reclutar con esmero a las jóvenes que vivían en sus tierras para abastecerla del milagroso líquido rojo, sangre fresca que era obtenida mediante rituales lascivos y obscenos, fiestas atroces en las que, a pesar de tener lugar en las estancias subterráneas del castillo, los desaforados gritos de dolor y terror llegaban a traspasar los gruesos muros.

Su situación política era delicada al haber apoyado a un noble que se había sublevado contra el emperador; aun así, las prácticas sanguinarias fueron *in crescendo*. Además, para que el resultado fuera óptimo, debían ser muchachas vírgenes, altas, sanas, preferiblemente rubias y, por supuesto, bellas.

Al principio, el sistema que la condesa utilizaba para extraer la sangre a sus víctimas era muy simple: tras colgarlas por los pies a cierta altura, ordenaba cortarles el cuello como si fueran ganado para que la ducha roja mojase todo su cuerpo. Pronto se percató de que este método no era eficiente, ya que al matarla, a la joven no se le podían hacer posteriores extracciones sanguíneas. En consecuencia, comenzó a desangrarlas lentamente a lo largo de prolongadas sesiones de tortura, donde trataba de preservar su vida para utilizarlas de nuevo en el futuro.

Sin embargo, el hecho de ralentizar las sesiones e incorporar sistemas de sangrado menos copiosos implicaba a su vez un mayor contacto físico, con lo que adquirían una cierta carga erótica. Cuando Erzsébet creyó observar que la sangre de una víctima excitada sexualmente resultaba mucho más eficaz para transmitirle su belleza y juventud, las sesiones se fueron transformando en largas escenas de un sadomasoquismo extremo.

Con los años, la condesa fue perfeccionando sus técnicas de sangrado hasta tal punto que la cruel sofisticación de los rituales apenas le permitía dormir unas pocas horas al día, y su alimentación se ceñía prácticamente a la carne y la sangre que obtenía de los cuerpos de sus víctimas.

Los cuerpos sin vida, totalmente exangües, eran enterrados en los bosques circundantes, y a veces arrojados al foso del castillo; al principio los entierros se llevan a cabo con sigilo, pero con el tiempo se vuelven más descuidados y no tardan en descubrirse algunos grupos de cadáveres cuyo pésimo estado no hace posible su identificación pero sí despiertan las alarmas.

Sin embargo, tras casi cinco años de constantes tropelías, de brutales y sádicos asesinatos encubiertos tras los muros de sus castillos, la ansiada juventud parecía no volver, y Erzsébet, mal aconsejada por una de sus brujas, que argumenta que los baños resultan inútiles porque no se trata de sangre azul, comete el gran error de mandar a sus fieles a reclutar muchachas de sangre noble, más adecuada para el tratamiento. ¿Cómo hacerlo? La condesa posee el reclamo perfecto: dada su fortuna, su posición y su fama de mujer culta y bien preparada, los nobles acceden encantados a enviar a sus hijas para que aprendan modales, cultura y todas las artes de los usos cortesanos.

A la vez que esto sucede, los rumores de las carnicerías que tienen lugar en las propiedades de la condesa, especialmente en el castillo de Csejthe, pronto llegan a oídos del rey Matias II, hermano y sucesor de Rodolfo II en el trono húngaro. Las denuncias de las desapariciones no hacen más que aumentar y cuando éstas proceden de bocas nobles, el rey no puede permanecer impasible y no tiene otra opción que tomar cartas en el asunto.

Además, una de las muchachas nobles logró escapar del cautiverio antes de que la matasen e informó a las autoridades religiosas de todo lo que estaba pasando en el castillo de Csejthe. Poco tiempo atrás también había escapado otra joven, pero al tratarse de una sirvienta los religiosos no quisieron entrar en problemas y la devolvieron al castillo y el caso no vio la luz hasta el juicio:

... una joven de doce años llamada Pola logró escapar del castillo de algún modo y buscó ayuda en una villa cercana. Pero sus ayudantes se enteraron de dónde estaba gracias a los alguaciles, y tomándola por sorpresa en el ayuntamiento, se la llevaron de vuelta al Castillo de Csejthe por la fuerza, escondida en un carro de harina. Vestida sólo con una larga túnica blanca, la condesa Erzsébet le dio la bienvenida de vuelta al hogar con amabilidad, pero llamaradas de furia salían de sus ojos. Con la ayuda de Ficzkó y Jó Ilona, arrancó las ropas de la doceañera y la metieron en una especie de jaula. Esta particular jaula estaba construida como una esfera, demasiado estrecha para sentarse y demasiado baja para estar de pie. Por su (cara) interior estaba forrada de cuchillas del tamaño de un dedo pulgar. Una vez la muchacha estuvo en el interior, levantaron bruscamente la jaula con la ayuda de una polea. Pola intentó evitar cortarse con las cuchillas, pero Ficzkó manipulaba las cuerdas de tal modo que la jaula se balancease de lado a lado, mientras que desde abajo Jó Ilona la punzaba con un largo pincho para que se retorciera de dolor. [...] (El tormento) terminó al día siguiente, cuando las carnes de Pola estuvieron despedazadas por el suelo.

Finalmente, a principios del mes de diciembre de 1610, el rey ordenó a Gyorgy Thurzó, gobernador de la provincia y casado con la prima hermana de Erzsébet, que se desplazara hasta el castillo con un grupo de soldados y que realizara las investigaciones pertinentes para aclarar el espinoso asunto.

Dada toda la información que había y previendo lo que se podía encontrar, Thurzó se presentó sin avisar el día 29 de diciembre en el castillo de Csejthe acompañado de su secretario, del cura de Csejthe, de los yernos de Erzsébet y de un pequeño grupo de soldados, ya que la condesa carecía de fuerza militar propia.

Al entrar en el recinto, los sirvientes, que parecen sentirse liberados por su presencia, les comunican que la condesa Báthory se encuentra descansando en otro de sus castillos. A pesar de ello, conducen al grupo a los subterráneos donde tienen lugar los terribles castigos. Una vez abajo, la estampa que contemplan es dantesca. Hay sangre por todas partes, por las paredes, por el suelo, llenando algunas cubas y en los instrumentos de tortura de toda índole que aparecen diseminados por doquier. La horrible visión se ve amplificadas por el nauseabundo hedor de restos de carne humana arrancada a diferentes cuerpos mutilados que van apareciendo ante sus miradas atónitas. Y entre dichos despojos, dos muchachas aún vivas; una de ellas agonizando, la otra, escondida, llena de cortes y llagas producto del martirio infligido. Agotadas por la tarea, la condesa y

sus ayudantes habían marchado a descansar dejándolo todo sin recoger. Luego, al fondo del subterráneo descubren una mazmorra donde permanecen alrededor de una docena de aterradas jóvenes, hacinadas cual despensa para las próximas necesidades de la sanguinaria condesa. No sabían ni el tiempo que llevaban allí. Varias de ellas ya habían sufrido en fechas anteriores el trance de los rituales nigrománticos y mostraban heridas provocadas por decenas de azotes, otras por punzones; dedos y pezones cortados por unos alicates de plata que el grupo salvador ya había visto durante el espantoso recorrido subterráneo. Alguna tenía llagas supurando causadas por hierros candentes, y otras marcas de algún que otro mordisco que se había llevado carne de senos y nalgas.

Thurzó subió a las estancias de Erzsébet mientras liberaban a las inocentes muchachas, y allí encontró unos diarios donde llevaba la cuenta, con todo tipo de detalles, de las víctimas a las que había quitado la vida en su obsesión por recibir sus manantiales sanguíneos en el colmo del desenfreno.

El juicio tiene lugar poco tiempo después de detenerla. Los diarios de la condesa aportaron nuevos e increíbles detalles. De las 610 víctimas sacrificadas, ochenta pertenecían a las clases más pudientes. Todos los colaboradores, como el jorobado Ficzkó, son decapitados y sus cadáveres quemados. El Tribunal reservó la hoguera para Dorkó y Jó Ilona, las dos seguidoras que participaron activamente y con deleite en las torturas. Pero el Tribunal no puede emitir sentencia para Erzsébet Báthory, que incluso se negó a declarar en el juicio. Su condición nobiliaria y la imagen que debía guardar el Imperio húngaro frente al resto del continente la salvaron de una muerte inmediata; a cambio, desde enero de 1611, pasaría el resto de su vida emparedada en una de las estancias del castillo, donde su único contacto con el exterior sería un pequeño agujero abierto en una de las paredes para poder pasarle la comida.

Tres años y medio más tarde, el 21 de agosto de 1614, a los pocos días de haber cumplido 54 años, la condesa Erzsébet Báthory fallecía.

Según se rumoreó tras su muerte, parecía que la condesa hubiese realizado un pacto con el diablo, pues sus guardianes durante el encierro forzoso, soldadesca joven que no atendía a los encantos que pudiera tener la madurez, se turnaban para espiarla por el agujero por donde le pasaban la comida. Tanto es así que aquellos que la vieron durante sus últimos días aseguraban que, a pesar de saber que tenía más de cincuenta años, no aparentaba más de treinta.

La leyenda de la Condesa Sangrienta había comenzado.

QUINTA PARTE

¿Existe vida tras la muerte?

CAPÍTULO 11

Fenómenos entre la vida y la muerte

Nos guste o no, son reales. Están ahí como inquilinos invisibles y molestos, a veces aterradores.

DOCTOR FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

APARICIONES FANTASMALES

«Es tarde, ha sido un largo día de trabajo y estamos recostados cómodamente en el sillón de nuestra casa frente al televisor. Medio adormilados, sentimos que nuestros ojos ya no pueden más. El silencio es casi total y sólo oímos el murmullo de nuestro televisor sin tan siquiera llegar a entender las voces que de él salen. En este momento y con mucho esfuerzo, decidimos levantarnos e irnos a la cama, donde podremos relajarnos y desconectar nuestra mente hasta el día siguiente. Moviéndonos torpemente, apagamos las luces de la casa y la vivienda se sumerge en una total oscuridad. Comenzamos a caminar, tanteando por la habitación, y sólo las débiles luces de la calle que entran sutilmente por las rendijas de las ventanas nos guían en nuestro camino. Al llegar al dormitorio, nuestros ojos ya se han ido acostumbrando a la escasa luz y distinguimos la cama. Ya en ella, cerramos los párpados. Tras dar un par de vueltas y adoptar una posición cómoda, parpadeamos levemente antes de conciliar el sueño. Y entonces... ¿qué es eso?

»Aun con los ojos cerrados pensamos haber visto algo, un débil destello. ¿Habría alguna luz encendida? Abrimos los párpados y frente a nuestra cama observamos atónitos una imagen evanescente, espuria, envuelta en un halo tenue y turbador. Inmóviles, asustados, sin dar crédito a lo que estamos viendo, advertimos que esa imagen se acerca y empezamos a distinguir dentro de esa neblina blanco azulada, muy difusa, el rostro amable de nuestra difunta abuela que se acerca a escasos palmos de nuestra cara. Tras una sonrisa y un gesto de afecto, se retira sutilmente hasta el punto donde apareció por primera vez, y allí se desvanece dejando en el ambiente un frío intenso y un agradable y característico olor que nos recuerda a esa persona querida.»

Éste podría ser uno de los muchos supuestos casos de apariciones fantasmales de familiares o amigos que forman parte de los archivos de la Sociedad Española de Investigaciones Parapsicológicas (SEIP), casos que en la Sociedad venimos estudiando desde un punto de vista serio, riguroso y escéptico.

Pero ¿existen realmente los fantasmas? Si tuviéramos que contestar a esta pregunta con sensatez diríamos que no. Pero con total seguridad nos estaríamos equivocando a tenor de la gran cantidad de testimonios e innumerables fotografías y filmaciones que afirman lo contrario. Personas normales, como el lector o como yo, que hasta el momento de tener la experiencia pensaban que este tema era pura fantasía.

La ciencia argumenta que se trata de alucinaciones, de percepciones delirantes, de sugestión... Eso sin duda serviría para explicar muchos de los casos, pero no todos. Además, la existencia y el uso de las máquinas fotográficas o de vídeo hacen que la sugestión pase a un segundo plano cuando captamos la prueba visual de eso que llamamos fantasma.

Por lo tanto la cuestión no es si existen o no, sino qué son los fantasmas. ¿Son entidades de otras dimensiones, o tal vez espíritus que vienen del otro mundo a reclamar algo, aunque sea simplemente nuestra atención? ¿Son una especie de cáscara vacía, un residuo de energía que queda en la casa donde vivió esa persona? ¿Son proyecciones fabricadas por nuestro inconsciente?... Por el momento no tenemos respuestas definitivas a estas preguntas, y tal vez nunca las tengamos. Pero hasta entonces merece la pena acercarnos un poco más a la realidad que provoca este misterio.



Instantánea de la supuesta materialización del espíritu de Katie King.

El fenómeno de los fantasmas no es algo actual, ni tan sólo de los últimos doscientos años. Si analizamos la historia de los pueblos de la antigüedad y sus creencias al respecto, vemos que fue casi universal la convicción de que los dioses se aparecían de

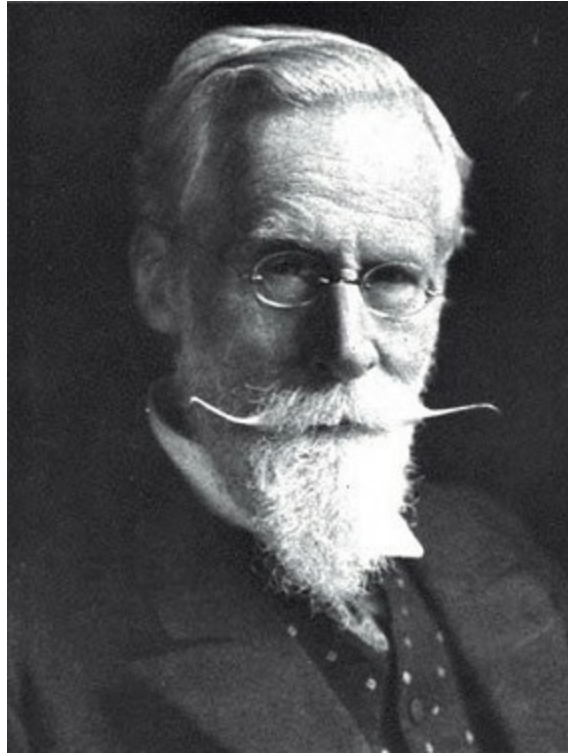
vez en cuando, así como los genios y los espíritus de los difuntos. Los antiguos filósofos enseñaban que muchas veces se podía conversar con los espíritus y narraban gran número de apariciones. En la mitología griega hay varios ejemplos, donde se conduce al alma, después de la muerte, como una sombra, un espectro, un fantasma, a los infiernos, de donde puede ser evocada por procedimientos mágicos. Y Sócrates, en el *Fedón* de Platón, nos habla de las almas de los hombres demasiado sensuales, que al separarse del cuerpo llevaban demasiados elementos materiales y volvían siempre a los lugares en que habían vivido, vagando por las cercanías de los sepulcros y apareciéndose a los hombres, a modo de castigo por haber descuidado perfeccionar su espíritu inmortal. En el Imperio Romano creían que los fantasmas eran las almas de personas asesinadas, que volvían para llevar la inquietud y el terror a la casa en que se había cometido el crimen, y también que dichos espíritus se aparecían para predecir desgracias futuras.

Para los antiguos germanos, los espíritus imperfectos, o que no habían conseguido el reposo eterno, se cernían entre el cielo y la tierra como sombras o fantasmas que se aparecían de noche, asustando a los seres humanos y adoptando las formas más siniestras.

La misma Iglesia católica decía que las apariciones de tal índole eran permitidas por Dios, ya fuera para instruir a los hombres, para atraerlos al camino de la virtud o para castigar su impiedad. De hecho, en la Biblia se nos habla de la aparición de muertos en varios pasajes. En el Libro Primero de Samuel (28, 8-21) del Antiguo Testamento, se relata que el rey Saúl, preocupado por la inminente batalla contra los filisteos, acude a la hechicera de Endor para que invoque al espíritu de Samuel y le pregunte qué va a suceder. Ante la llamada de la nigromante y el espanto de todos los presentes, el espectro de Samuel se presenta vaticinando la futura derrota y muerte del rey Saúl, como más tarde sucedió. También en el Libro Segundo de los Macabeos (15, 11-16), Onías y Jeremías se aparecen en sueños a Judas Macabeo para anunciarle la derrota de Nicanor, el enemigo de los judíos.

En la casuística de los últimos siglos abundan los relatos de personas que acaban de fallecer y se presentan ante los vivos en mitad de la noche, a los pies de la cama, para dar cuenta de su muerte. Otros, al parecer, lo hacen sencillamente con el propósito de reclamar el cumplimiento de alguna promesa.

Sin dejar de creer en la veracidad de algunas de las narraciones o testimonios, lo cierto es que existen un buen número de leyendas que, cuando menos, poseen tintes románticos. De hecho, parece ser que ambientes sugestivos como ruinas, castillos o casas abandonadas, entre cuyos muros se vivieron con total seguridad acontecimientos dramáticos o sangrientos, resultan ser los lugares más propicios para las apariciones de estos entes fantasmales.



Sir William Crookes, además de ser uno de los científicos más importantes del siglo XIX, fue un destacado investigador y defensor del espiritismo.

Tampoco faltan las apariciones de personajes ilustres. Una de las más famosas sea la de la reina Isabel I de Inglaterra, cuyo fantasma ha sido visto por numerosos testigos recorriendo las estancias del palacio de Richmond, donde falleció en 1603.

Pero posiblemente los lugares más históricamente propicios para la aparición de fantasmas sean los salones donde, durante el siglo XIX, se celebraban sesiones de espiritismo.

Si bien es cierto que con la aparición de la fotografía se intentaron acreditar burdos montajes como auténticos, no todas las instantáneas de fantasmas obtenidas en aquella época fueron falsas. Uno de los que podría ser auténtico, a pesar de su sospechosa claridad y de los encendidos debates en su contra, es el fantasma de Katie King, un espíritu que se materializaba durante las sesiones de la médium Florence Cook, una de las más célebres de Inglaterra y la primera que consiguió materializar un cuerpo humano completo. Pero lo que hace de este caso uno de los más interesantes en la historia del espiritismo es que las sesiones eran celebradas bajo el control de sir William Crookes, uno de los científicos ingleses más prestigiosos, que recibió el Premio Nobel de Química en 1907.

Dado el asombroso parecido entre la médium Florence Cook y el fantasma de Katie King, lo lógico es pensar que ambas eran la misma persona. Sin embargo, el científico certificó que no era así y que existían notables diferencias. Además, como muestran las fotografías obtenidas y analizadas en repetidas ocasiones, sir William tuvo la oportunidad

de verlas juntas durante una de las sesiones, e incluso fue fotografiado junto al espíritu materializado. Por lo tanto, y hasta que se demuestre lo contrario, las fotografías del fantasma de Katie King podrían considerarse auténticas.

A pesar de las innumerables pruebas fotográficas existentes obtenidas fruto de la casualidad o de la más ardua persistencia, la realidad certifica que no es nada fácil conseguir fotografiar a una de esas escurridizas entidades. Aun así, los fantasmas pueden ser captados por el objetivo de una cámara en cualquier sitio. Desde los pasillos de viejas mansiones o lugares con una fuerte carga emocional hasta los cementerios, junto a los restos de lo que fue su soporte físico, aunque la casuística de estas últimas es menor.

Muchas de ellas, a pesar de haber pasado el tamiz de la actual investigación, no son aceptadas por los negadores —que no escépticos— de los fenómenos paranormales que siguen dudando de su autenticidad, tal vez porque ellos no han logrado obtenerlas.

Pero en ocasiones las apariciones de fantasmas no se quedan ahí, en simples fotografías o filmaciones de cuerpos luminosos que nuestros ojos no perciben habitualmente a simple vista. A veces, esas energías inteligentes deciden interactuar con nuestro mundo físico, moviendo objetos, dando golpes en paredes, puertas o muebles, y convirtiéndose, para nuestra desgracia, en problemas de mayores proporciones, como ocurre con el fenómeno de los *poltergeist*.



Una mesa levita durante una sesión de espiritismo en 1939. La imagen fue tomada a oscuras mediante infrarrojos y flash.

La existencia real de los fantasmas es incuestionable. Ahora bien, ¿qué son?

El término fantasma ha sido definido de muchas maneras. El ensayista inglés Frederic W.H. Myers, cofundador en 1882 de la Society for Psychical Research en Londres, consideraba que eran alucinaciones verídicas colectivas con una cierta presencia

«metaetérica».

Una definición más correcta y actualizada, aportando los últimos datos en referencia a los análisis de cientos de testimonios desde un punto de vista técnico, psicológico y físico, es la que formula el investigador Pedro Amorós, presidente de la SEIP, quien define a los fantasmas como un fenómeno físico de tipo luminoso, visible bajo ciertas condiciones de luz, que puede ser observado por una o más personas sin necesidad de que se produzcan estados alterados de conciencia, alteraciones psicosomáticas, ni la disposición puntual de facultades psíquicas extraordinarias para su observación.

Como bien puntualiza Amorós, al hablar de apariciones es necesario establecer una diferencia entre fantasma y espectro: «Desde un punto de vista descriptivo, utilizamos los vocablos fantasma y espectro para definir una misma cosa, es decir, una aparición. Sin embargo, desde el punto de vista de la investigación paranormal existen una serie de diferencias que distinguen los dos términos. Nos referimos a fantasma cuando hacemos alusión a una aparición etérea, lumínica, evanescente y que por lo general interactúa de una manera directa con los testigos o bien desarrolla una situación actual, normal y en tiempo real. El espectro, a pesar de estar catalogado como fantasma, actuaría con atemporalidad, es decir, repetiría una y otra vez los mismos pasos realizando supuestamente las mismas acciones hasta que una acción inacabada que fuera la causa de lo que lo hubiese retenido en este mundo, se terminase. Realizaría acciones repetitivas en el tiempo y en términos generales no interactuaría con los testigos. Los espectros supuestamente podrían realizar acciones con objetos, como por ejemplo abrir y cerrar puertas, pero dada su inconsistencia física, consideramos que los objetos con los que se relacionara también pertenecerían a su propio plano existencial y temporal, de forma que si el espectro abre una puerta, ésta parecerá abrirse incluso produciendo el sonido de la apertura, pero en la realidad física, la puerta permanece estática.

»Otra característica del espectro que lo diferenciaría de la aparición fantasmal sería que la manifestación visual no tendría una característica luminosa evanescente y espuria, sino que los matices tanto de color como de textura parecerían situaciones de imágenes reales.»

APARICIONES ESPECTRALES EN MASA

La creencia en la existencia de fantasmas es un hecho generalizado que aparece en todas las sociedades y culturas del planeta. Leyendas, cuentos populares, folclore o investigaciones sobre espíritus y aparecidos testimonian, directa o indirectamente, el interés que los hombres poseen por saber qué sucede más allá de la muerte. Sin embargo, la aparición de multitud de figuras fantasmales que reproducen acontecimientos que han tenido lugar en el pasado supone un paso más allá de las meras creencias personales, con mayor razón cuando dichas apariciones en masa son vistas simultáneamente por un colectivo de personas.

Pero ¿por qué este tipo de apariciones suelen presentarse asociadas a grandes sacudidas emocionales? ¿Qué mecanismo causa esta «repetición» de acontecimientos pasados? ¿Proviene del suceso original la reproducción de los hechos y los sonidos, o son un mero producto de la mente humana? ¿Puede tratarse de verdaderos saltos en el tiempo, en los que coexisten transitoriamente el pasado y el presente, o el presente y el futuro? Más allá de cualquier apriorismo acientífico, existen numerosos casos que traspasan la barrera de la creatividad literaria y de las leyendas, y acaban instalándose en la más impactante duda razonable. ¿Qué son? ¿Existe una única respuesta para todos los casos?

Gran parte de estas apariciones grupales tienen que ver curiosamente con acciones bélicas, las cuales suelen ir acompañadas de una actividad mental y emocional fuera de lo normal. El doctor James McHarg sugería que los responsables de tales fenómenos eran los recuerdos acumulados en el inconsciente colectivo. ¿Es posible por tanto que el proceso sea desencadenado por la mente de los testigos, por interacción con la información almacenada en el entorno físico? De ser así, tiene que haber algo en el marco físico que desencadene el fenómeno, y que haga que el cerebro capte esos recuerdos almacenados.

Veamos algunos de estos casos...

Batallas en los cielos. La más célebre leyenda de los campos de batalla fantasmales tiene lugar en Edgehill, en el condado inglés de Warwickshire. Allí se libró el 23 de octubre de 1642 la primera batalla de la primera guerra civil inglesa, una terrible contienda en la que intervinieron más de 40.000 hombres entre las tropas monárquicas, bajo el mando del príncipe Rupert del Rin, sobrino del rey Carlos I, y las parlamentarias, conocidas como Cabezas Peladas, al mando de Oliver Cromwell. Al terminar el día, el campo estaba cubierto de cadáveres, heridos y moribundos.



Grabado sobre la sangrienta Batalla de Edgehill.

Un mes después, varios aldeanos vieron y oyeron en el mismo lugar lo que al principio pensaron que se trataba de otra batalla. Cuando de repente todo aquel cuadro desapareció, se asustaron y huyeron. Pero el día de Nochebuena la batalla fantasma se reprodujo de nuevo con todo lujo de detalles. Las noticias de semejantes eventos llegaron al rey Carlos I, quien, desconcertado por los relatos, nombró una comisión de oficiales de su confianza para que investigaran en su nombre.

Al parecer, unos pastores estaban cuidando de sus rebaños durante el día de Nochebuena cuando de pronto oyeron el inesperado sonido de tambores que se aproximaban. En un instante vieron cómo los dos ejércitos aparecían en el cielo, con sus banderas y pendones desplegados, disparando mosquetes y cañones. Los dos bandos lucharon encarnizadamente durante varias horas hasta que, finalmente, desaparecieron sin dejar rastro en la madrugada del día de Navidad. A la noche siguiente los pastores montaron guardia en el campo, pero esta vez acompañados por ciudadanos ilustres y respetados de su parroquia, así como de las poblaciones vecinas. Y todos los testigos quedaron asombrados cuando los dos ejércitos fantasmales aparecieron de nuevo «con el mismo tumulto guerrero, luchando con la misma fiereza y furia que antes». Ésta no fue la última aparición. El domingo siguiente los soldados espectrales retornaron al campo de batalla y lucharon «con un tumulto todavía mayor» durante cuatro horas. Al día siguiente, las tropas volvieron a enzarzarse. Y el fenómeno se repetiría en tres ocasiones más durante los días sucesivos, de suerte que los oficiales enviados por el rey pudieron contemplar por sí mismos la batalla, e incluso reconocieron a alguno de los combatientes que habían intervenido y fallecido en la contienda original.

A su vuelta, los oficiales no sólo trajeron el testimonio de los pastores que recorrían la zona con su ganado, sino que aportaron una detallada confirmación de los hechos al haberlos vivido en primera persona.

A partir de entonces se registraron numerosas denuncias en diferentes puntos de la geografía inglesa acerca de extraños estruendos y de la aparición de batallas fantasma. Una de ellas fue la de Naseby, en Northamptonshire, que tuvo lugar el 14 de junio de 1645. Fue uno de los episodios más importantes de la guerra y acabó con la derrota de las fuerzas monárquicas por los ejércitos parlamentarios. Sin embargo, en este caso las leyendas aseguran que la representación tuvo lugar el mismo día de cada año... ¡durante casi un siglo! Ese día los habitantes de los pueblos de la zona se reunían en una colina cercana para ser testigos del extraño espectáculo que tenía lugar en el cielo, en el que se repetía el tronar de los cañones, las luchas de los hombres, el ondear de las banderas al viento y las cargas de la caballería. Incluso oían los gritos y los lamentos de los heridos.

Sucesos parecidos a éstos, tuvieron lugar en septiembre de 1680 en la localidad alemana de Chemnitz, donde numerosos ciudadanos respetables firmaron una declaración jurada que se dio por llamar Protocolo de Chemnitz, en la que aseguraban haber visto en el cielo, en el momento de ponerse el sol, dos ejércitos de espíritus que combatían entre sí.



Edificio del Pennsylvania Hall, en el campus del Gettysburg College.

La batalla de Gettysburg. Siguiendo el gusto por los fantasmas del que parece hacer gala la cultura anglosajona, también alrededor de la guerra civil norteamericana han tenido lugar «contiendas fantasmales». La más importante de todas se produce en la ciudad de Gettysburg, considerado uno de los enclaves más embrujados de Estados Unidos.

Allí, entre los días 1 y 3 de julio de 1863 se produjo la mayor batalla que haya tenido lugar en territorio norteamericano, donde fallecieron miles de hombres. La gran victoria del ejército de la Unión, al mando del general George G. Meade sobre las tropas de la Confederación, a las órdenes de Robert E. Lee, ha sido considerada como un punto de inflexión en la guerra civil y el inicio de la ofensiva unionista.

Son innumerables los testimonios de visitantes que han observado y oído figuras de soldados luchando por los alrededores del Gettysburg College —antaoño Pennsylvania College—, cuya ubicación fue el centro de la sangrienta batalla y que además sirvió como hospital de campaña para alojar a los heridos en la dura contienda. En la actualidad los testimonios continúan entre los estudiantes y empleados del centro —sobre todo en el Pennsylvania Hall, edificio tomado por los confederados como punto de vigilancia—, que han visto soldados fantasmales deambulando de un lado a otro del edificio y extrañas luces en la zona.

También se han venido realizando diferentes investigaciones paranormales por todo el campus, aportando fotografías y filmaciones que, por desgracia, no son concluyentes.

Apariciones de soldados griegos y romanos. Uno de los casos más interesantes es el que tuvo la oportunidad de vivir el mayor A.D. McDonagh, oficial británico destinado al ejército de la India.

Un día, mientras cabalgaba por unas colinas boscosas próximas al río Indo, se encontró de repente en medio del campamento militar de un grupo de soldados con apariencia de antiguos griegos. Tras la sorpresa inicial, comprobó que se podía mover por él con total libertad. Allí vio tres altares, y más allá divisó a un grupo de hombres, en el otro extremo del valle, reunidos alrededor de un objeto que, desde su posición, no alcanzaba a distinguir. McDonagh decidió acercarse, y entonces pudo observar una gran piedra con una inscripción en griego que parecía recién grabada. El mayor desconocía el idioma, sin embargo, sin saber cómo, pudo leer y entender lo que estaba escrito: era una referencia a la muerte de uno de los generales de Alejandro Magno. Al igual que los hombres que lo rodeaban, también él experimentó una gran sensación de pena. De repente, como si de una ensoñación se tratara, el fenómeno terminó y se encontró de nuevo sobre la colina, mirando hacia el valle, totalmente consciente de lo que acababa de experimentar, aunque sin entender cómo había ocurrido.

Días después, McDonagh regresó a la zona para explorarla en profundidad junto a un grupo de trabajadores. La vegetación estaba más crecida de lo que él recordaba y tuvieron que abrirse camino para llegar al extremo del valle donde habían visto el monolito con la inscripción. Cuando finalmente lo encontraron, descubrió los restos de una inscripción griega muy erosionada por el tiempo. El mayor no había tenido ninguna duda sobre lo que había visto en la extraña aparición. Posteriormente se comprobó que ese valle resultó ser uno de los lugares elegidos por Alejandro Magno para levantar sus campamentos en el año 326 a.C. antes de cruzar el río Indo.

Otros testimonios de una aparición en grupo tuvieron lugar en las cercanías de Oldbury Camp, el condado inglés de Wiltshire, donde fue visto un destacamento de soldados romanos mientras marchaba a lo largo de la antigua carretera. La narración de un pastor que vio la columna romana fue muy descriptiva: «Hombres con barba, que llevaban faldas y grandes cascos con un plumero arriba. Un pájaro con garras, encaramado en un asta —el estandarte Romano—, iba desfilando delante de ellos».

A comienzos de los años setenta del pasado siglo tuvo lugar un extraño fenómeno en el hogar de la familia Wakefield Smith, en Windsor, Inglaterra. Se encontraban paseando por el jardín cuando, de repente, empezaron a oír extraños y contundentes ruidos. Marido y mujer creyeron hallarse en medio de una batalla, puesto que a su alrededor oían el entrec chocar de metales, como el de espadas golpeando armaduras. Acto seguido presenciaron las visiones de la batalla. Había una frenética actividad por todas partes. Aterrorizados, al cabo de un tiempo que no fueron capaces de precisar, el fenómeno terminó tan de repente como había comenzado, y el jardín recuperó su tranquilidad habitual.

Según la historia y la tradición local, la contienda correspondía a un enfrentamiento entre romanos y bretones que tuvo lugar en la zona cientos de años atrás.

La «revuelta fantasma» de Holme Hale. El siguiente caso fue relatado por el matrimonio Reeves, e investigado en profundidad por un equipo de la televisión británica.

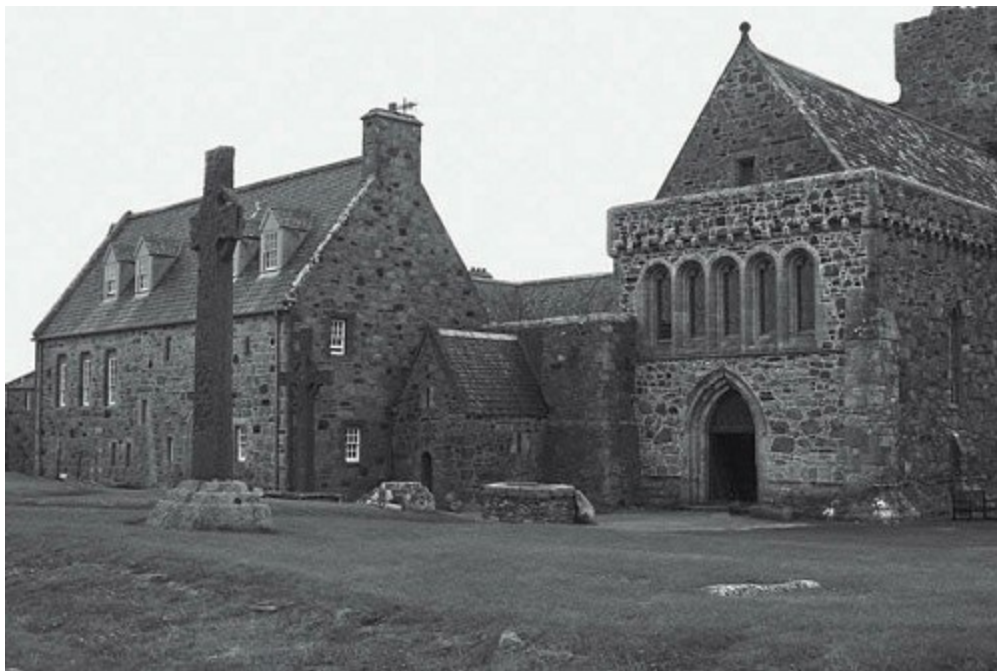
Tras visitar a unos amigos, la pareja regresaba a su casa de Holme Hale, en el condado inglés de Norfolk. Era de noche, la luna brillaba y había ráfagas de niebla. La señora Reeves bajó del coche para abrir la puerta del garaje. «Entonces oí unos gritos cercanos y le dije a mi marido que alguien parecía necesitar ayuda. Inmediatamente se oyeron más gritos, acompañados de ruidos de pies que corrían. El sonido parecía proceder del otro lado de un puente que había a unos cientos de metros de casa.»

Preocupado e intrigado, el matrimonio fue a ver qué ocurría, pero no vieron nada. «Sin embargo, los ruidos no sólo continuaban, sino que iban a más. Empezamos a oír el galope de caballos... Entonces pensamos que podían ser de una granja vecina. Estábamos dispuestos a volver a casa cuando el galope y el griterío parecieron acercarse. Seguíamos sin ver a nadie, pero entonces los diferentes ruidos y voces parecieron rodearnos... Luego se oyeron otros sonidos, como de palos chocando con espadas. Era como escuchar la banda sonora de una película de Robin Hood.»

El matrimonio estaba asustado y retrocedió rápidamente hasta refugiarse junto a la pared de su casa, tratando de evitar la confusión que reinaba a su alrededor. Al cabo de un rato los ruidos fueron alejándose de la casa en dirección a un campo cercano y se perdieron en la distancia. «Cuando eso, fuera lo que fuera, desapareció, todos los perros del pueblo comenzaron a aullar a la vez durante varios minutos.»

El programa «Timeslips» («Saltos en el tiempo») de la cadena de televisión británica BBC investigó posteriormente este incidente. En los archivos históricos no constaba que hubiera habido ninguna batalla en los alrededores de Holme Hale; sin embargo, averiguaron que la experiencia de los Reeves, que también había sido oída por otros vecinos de la localidad, podía explicarse de diversas maneras: por una parte, la zona había sido saqueada en dos ocasiones por los daneses en el siglo II; hacia 1530 también habían tenido lugar varios disturbios en contra del cercado de los terrenos comunales; y más tarde, en 1549, durante la rebelión agraria de Robert Ket, algunos campesinos rebeldes recorrieron un camino que pasaba a través de Holme Hale. Las fuerzas rebeldes tenían su campamento en Hingham, no lejos de allí, y al parecer ese campamento fue atacado por tropas enemigas.

Invasores vikingos fantasmas. La isla de Iona, al nordeste de Escocia, en las islas Hébridas, está considerada como una tierra sagrada, y allí se encuentran las tumbas de varios soberanos escoceses, irlandeses, noruegos y franceses, entre ellas, la de Dalriada y las de sus sucesores, los primeros reyes de Escocia. Pero por encima de todo, es donde san Columba fundó en el año 563 un monasterio, conocido hoy en día como la abadía de Iona. Numerosos visitantes y vecinos de la isla aseguran que, en ocasiones, cuando cae la noche, es posible oír una música misteriosa que «no viene de ninguna parte», los sonidos de unas campanas inexistentes y la aparición de fantasmales monjes junto a luces inexplicables que parpadean en la noche.



Abadía de Iona, en Escocia.

John MacMillan, uno de los pobladores de la isla, caminaba una noche de verano por un sendero que pasa por la abadía y que desemboca en la playa del norte de la isla. «Al acercarme a la playa pude ver, iluminada por la claridad de la luna, una flotilla de barcos vikingos que navegaban hacia el norte. Eran catorce embarcaciones, cuyos remos se hundían rítmicamente en las aguas. En las grandes velas cuadradas se veían pintados los emblemas vikingos. Como las embarcaciones se estaban acercando a la costa, pude distinguir los rostros de los marineros, que parecían gritar, aunque yo no llegué a oír ningún sonido. Al borde de la playa, un grupo de monjes los observaba al principio con recelo y pronto con terror. Vi después cómo los invasores se precipitaban sobre los monjes, los masacraban y se dirigían seguidamente hacia la abadía. No podría decir si transcurrieron unos instantes o una larga hora antes de verlos regresar, cargados con su botín y llevándose el ganado de los monjes. Entonces el cielo se iluminó con rojos fulgores y la abadía se convirtió en pasto de las llamas. Los vikingos cargaron su botín en los barcos y volvieron a adentrarse silenciosamente en el mar. Después, la playa retomó su calma habitual.»

Curiosamente, a comienzos del siglo IX, en el año 806, la abadía sufrió un saqueo y todos los monjes fueron encontrados muertos. En menos de once años desde esa fecha, la abadía sufrió otros tres ataques similares, todos ellos atribuidos a incursiones vikingas.

Las primeras apariciones de los monjes columbinos se remontan a los tiempos de la Reforma, cuando se profanaron las tumbas y se arrojaron las cruces al mar. La narración de MacMillan, junto a las de otros testigos que en el transcurso de los años vieron cómo se desarrollaba el mismo drama (llegaron a pensar que se trataba del rodaje de alguna película), hacen del lugar un sitio aún, si cabe, más especial.

Fantasmas que buscan cadáveres. Otro caso bien documentado fue el investigado y publicado por el doctor James McHarg en el boletín de la Society for Psychical Research británica en diciembre de 1978.

En enero de 1950, la señorita Smith se dirigía a pie hacia su casa, en el pueblo de Letham, en Angus, Escocia, tras pasar la velada en casa de unos amigos. Iba en coche, pero había sufrido un percance y había tenido que abandonar su vehículo y hacer a pie los 13 km que faltaban hasta su casa. Se encontraba más o menos a 800 m de su pueblo cuando comenzó la extraña aparición que duró unos 12 minutos aproximadamente.

La zona que atravesaba en aquel momento era el emplazamiento de un antiguo lago, ya desaparecido, conocido como Nechtanesmere. Había sido escenario de una batalla en mayo del año 685. Egfrith, rey de Northumbria, había sido derrotado allí por los pictos, capitaneados por su rey Brude Mac Beli. Egfrith había resultado muerto. Tras caer en una emboscada, su ejército había sido puesto en fuga en las orillas del antiguo lago, donde tuvieron lugar las luchas más enconadas.

La experiencia empezó cuando hubo alcanzado la cima de una colina desde donde se dominaba Dunnichen Hill. Eran más o menos las dos de la madrugada cuando vio unas antorchas que se movían a lo lejos. Siguió adelante, y las antorchas quedaron a su derecha; más adelante, vio otras figuras que también portaban antorchas. Una de ellas estaba en un campo que se hallaba a unos 45 m de distancia de donde ella se encontraba. La señorita Smith tuvo la impresión de que había tropezado con una actividad que ya estaba en marcha en el momento de llegar ella.

Aunque hacía ya mucho tiempo que la tierra había sustituido a las aguas del lago, en el relato de lo ocurrido ella se refería a figuras «que seguramente bordeaban el agua y que trataban de identificar a sus muertos», ya que se había fijado particularmente en una figura que daba la vuelta, uno tras otro, a los cuerpos yacentes.

La señorita Smith ofreció una excelente descripción del modo en que iban vestidas las figuras. Vio «mallas oscuras» y «una especie de guardapolvo con cuello alto». Al final de las túnicas había una especie de anilla. El sombrero parecía una gorra enrollada y aplanada. Las antorchas eran muy largas y estaban hechas de un material de color rojo brillante.

Tras entrevistar a la mujer, el doctor McHarg investigó minuciosamente la experiencia. Averiguó que en Escocia las antorchas se hacían antiguamente con las raíces resinosas del abeto escocés —de color rojizo y notablemente largas—, y la descripción del ropaje, asimismo, se asemejaba mucho al atuendo de un guerrero picto que aparecía en un conocido bajo relieve.

Esta aparición presenta un notable parecido con otra ocurrida el 14 de enero de 1969 en la isla de Wight, en la que el matrimonio White vio «a una multitud de figuras con antorchas bajo la luz de la luna» que parecían dedicarse a la misma actividad: buscar a las víctimas de una batalla para enterrarlas. Sólo diferían los atuendos, que correspondían a diferentes épocas históricas.

La representación de un hundimiento. Merigomish es una aldea de pescadores en Nueva Escocia, Canadá, poseedora de unos interesantes restos arqueológicos que revelan cómo fueron los primeros asentamientos preeuropeos. Sin embargo, no son estos los que más llaman la atención de esta localidad, sino la leyenda que narra la cita anual del hundimiento de una vieja carabela.

Al atardecer de un día de otoño, los habitantes de Merigomish fijan sus ojos en el estrecho de Northumberland, que separa la isla Príncipe Eduardo del continente. Fiel a su cita, en medio de un silencio sepulcral, aparece una carabela de tres mástiles, totalmente aparejada, que desliza sus cien toneladas de peso a una velocidad de veinte nudos en dirección nordeste.

La leyenda afirma que la carabela aparece todos los años, el mismo día y a la misma hora desde hace más de cuatro generaciones. Según aseguran los pescadores, si el tiempo es claro y sereno, los espectadores de tan raro fenómeno perciben incluso el brillante cobre de su quilla. Si el tiempo es brumoso, el barco despide un halo fosforescente. En la cubierta se distinguen luces que parecen parpadear. De pronto, y ante los ojos de la curiosa multitud que acude a ver el espectáculo, la carabela cabecea, como si hubiera chocado con algún escollo sumergido. Unos minutos más tarde, varias figuras oscuras

saltan por la borda, claramente siluetadas por una fragorosa explosión. Las llamas no tardan en devorar al buque, hasta los mástiles, incendiando las velas. Poco después, todo se derrumba sobre la cubierta y la nave se va a pique.

No se sabe nada más de la nave, ni tampoco sobre sus antecedentes, si bien la opinión más popularizada es que se trata de un antiguo barco pirata que se hundió durante una tempestad.

Los sonidos de batallas fantasmas en España. En España hay dos puntos donde las leyendas parecen concentrarse sobre estos extraños fenómenos. Uno es el desfiladero navarro de Roncesvalles, escenario de la derrota de las tropas francesas al mando de Roldán, sobrino del emperador Carlomagno, en el año 778. Según las leyendas, en las noches de luna llena se oyen allí los trágicos sonidos de aquel encuentro bélico. Otro es el cabo de Trafalgar, en Cádiz, donde el 21 de octubre de 1805 cientos de marineros fallecieron en la famosa batalla que enfrentó a las escuadras aliadas de Francia y España contra la Armada británica. Hoy en día todavía hay quienes afirman que, en las noches cerradas sin luna, los sonidos de la batalla y los gritos de los desgraciados marineros se confunden con el viento.

Y los espíritus... continuaron luchando. Atila, rey de los hunos, fue derrotado en la batalla de los Campos Cataláunicos (451) por el general Romano Aecio, coligado con el rey franco Meroveo y el rey visigodo Teodoredo. El filósofo neoplatónico Damascius escribió en el siglo vi:

Según se cuenta, después que los combatientes hubieron caído, los espíritus de los agotados físicamente continuaron luchando con los brazos y la furia de la lucha tres días enteros con sus tres noches, después de haber dejado la guerra de los vivos. Fueron vistas figuras de sus almas, y se escuchó cómo se desafiaban mutuamente y cómo entrechocaban furiosamente las armas, apagando el ruido de las voces. Se dice que hasta hoy pueden ser percibidas también otras viejas apariciones bélicas de este tipo.

Los espíritus de la batalla de Maratón. Pausanias, geógrafo e historiador griego del siglo II d.C., escribió sobre los extraños fenómenos ocurridos tras la batalla de Maratón (490 a.C.), en la primera guerra médica:

Se podía escuchar en los campos de Maratón los relinchos de los caballos y los gritos de los hombres que luchaban todas las noches. Quien pretende poner sus cinco sentidos para comprobar esto, no puede afirmarlo. Quien no ha oído nada de esto y se encuentra con ellos por casualidad, no tiene que temer nada de la cólera de los espíritus.

Posteriormente, Eustaquio de Goldhagen, traductor de Pausanias, tras viajar por la zona escribió en 1766: «Es verdad que las gentes que habitan esta región afirman que oyen por la noche, frecuentemente, voces desconocidas que los asustan».

Dicen que los cementerios son lugares donde los difuntos descansan en paz. Pero no siempre es así. La oscura e incomprensible historia de algunos de ellos hace que dudemos de tal realidad. Ruidos perturbadores, voces misteriosas, ataúdes que se desplazan solos, como si una potente y extraña fuerza se empeñara en mostrar su presencia, tal vez su inconformismo ante el eterno reposo.

Los más osados e ignorantes hablan de folclore, o incluso de leyendas urbanas, como si el mero hecho de negar estos enigmáticos sucesos borrara su inexplicable existencia y veracidad.

Uno de los que más ríos de tinta han provocado se halla en la isla de Barbados, en las Antillas Menores, entre el mar Caribe y el océano Atlántico. Allí se encuentra el cementerio de Christ Church, en la costa sur de la isla, junto a la bahía de Oistins, donde, en una de sus tumbas y durante un período de ocho años, tuvieron lugar escalofriantes fenómenos que se dieron a conocer por todo el mundo y a los que jamás se ha hallado una explicación satisfactoria y plausible: se trata de los conocidos como «ataúdes deslizantes de Barbados».

No fue un fenómeno aislado, ya que los acontecimientos ocurrieron entre 1812 y 1820, repitiéndose con escalofriante regularidad hasta que, finalmente, los propietarios del panteón y los funcionarios locales, acosados por la presión social y por su propio nerviosismo, decidieron poner fin a la dantesca situación. Pero no adelantemos acontecimientos...

Los orígenes de esta curiosa tumba se remontan al año 1742, cuando fue construida para la familia Walrond, propietaria en aquella época de una importante plantación de caña de azúcar, que aún en la actualidad tanto abunda en la isla. El panteón es una edificación sólida, con una superficie de cuatro por dos metros. Construida semienterrada con grandes bloques de coral unidos con cemento, está cubierta con una gran losa de mármol que le sirve de bóveda. Tras su construcción, y antes de ser ocupado, los Walrond decidieron vender el mausoleo familiar a sus amigos, los Elliot.



Panteón de los Chase en el cementerio de Christ Church, Barbados.

El lugar de sepelio iba a ser estrenado por los restos mortales del coronel Thomas Elliot, pero en última instancia, y cumpliendo con los deseos del finado, su cuerpo finalmente fue arrojado al mar.



Inscripción y escudo familiar en el panteón de los Chase.

En el panteón tuvieron lugar dos enterramientos antes de que sucediera nada extraño. El primero fue el 31 de julio de 1807, cuando se celebraron los funerales de la señora Thomasina Goddard, indirectamente emparentada con la familia. Sin embargo, a los pocos meses, el mausoleo fue traspasado a los Chase, un rico y bastante importante clan en Barbados que poseía fama de ser gente violenta y en el que, al parecer, algunos de sus miembros contaban con antecedentes criminales. Varios escritores afirman incluso que el patriarca de la familia, Thomas Chase, fue uno de los hombres más odiados de la isla.

Un ejemplo de ello se cuenta en *The People's Almanac* (David Wallenchinsky e Irving Wallace, 1975): «El jefe de la familia, un hombre con un temperamento vicioso, era tan cruel con sus esclavos que habían amenazado su vida».

Poco tiempo después, el 22 de febrero de 1808, los restos mortales de la niña Mary Anna Maria Chase, hija menor del coronel Thomas Chase, fueron introducidos en el panteón. Según las malas lenguas, la joven murió a manos de su propio padre en un ataque de furia homicida. El cuerpo de la pequeña fue inhumado dentro de un ataúd revestido de plomo en el transcurso de una ceremonia sencilla y fría.

Cuatro años más tarde, el mausoleo volvió a ser abierto para dar sepultura a otro miembro de la familia. En esta ocasión se trataba de Dorcas Chase, hermana mayor de Mary Anna. El 6 de julio de 1812, portadores y familiares llegaron ante la tumba. Varios de los hombres levantaron con gran esfuerzo la pesada losa y el ataúd fue alzado hasta la entrada. Iluminados con quinqués, atisbando las tinieblas desde los primeros peldaños, los portadores que iban delante se enfrentaron con una visión realmente sepulcral y aterradora. El ataúd de Mary Anna había sido movido hacia el rincón opuesto al que ocupaba, y el de la señora Goddard había sido empujado contra una pared. Ambos féretros estaban revestidos de plomo, por lo tanto resultaba evidente que algo más que una simple corriente de aire los había desplazado. Tras la sorpresa inicial, y con el firme propósito de no pasar ni un segundo de más en el panteón, los sorprendidos y atemorizados esclavos negros se dieron prisa en volver a colocar los ataúdes en los lugares de origen, ubicaron el de la recién fallecida, y volvieron a colocar la gran losa de mármol que cerraba la cripta.

Pero ¿quién había movido los ataúdes? En un intento por buscar culpables y racionalizar lo sucedido, el clan, con Thomas Chase al frente, acusó a los esclavos negros de tal profanación. Si bien era sabido que los negros antillanos tenían poco aprecio por el patriarca Chase, cuya conducta tiránica y cruel había incitado al suicidio a su hija Dorcas, éstos no sólo lo negaron, sino que por sus arraigadas creencias religiosas animistas atribuyeron el suceso a los espíritus. Quizá por ello, y a menos de un mes de estos acontecimientos, la muerte decidió robarle el último aliento al jefe del clan. El 9 de agosto de 1812 la comitiva fúnebre abrió la tumba y colocó el féretro de Thomas Chase junto a los otros tres, que en esta ocasión permanecían en el mismo lugar y posición en que se los había dejado, circunstancia que hizo pensar a los asistentes que los insólitos desplazamientos habían sido causados por un seísmo que se dejó sentir con mayor intensidad en el lugar.

El extraño suceso casi se había olvidado por completo cuando, cuatro años después, el 25 de septiembre de 1816, la tumba volvía a abrirse para acoger los restos de Samuel Brewster Ames Chase, otro de los hermanos. Para sorpresa de todos los presentes, los ataúdes estaban de nuevo desordenados. Y una vez más adjudicaron la autoría de los

hechos a los negros, quienes seguían negando su culpabilidad e insistían en que los desplazamientos eran obra de los malos espíritus. Además, la cripta sólo tenía una entrada, y la enorme losa que la cubría no mostraba indicios de haber sido manipulada.

Poco tuvieron que esperar en Oistins para que, de nuevo, se creara una gran expectación ante el ya tan conocido misterio que rodeaba a la tumba. Un féretro iba a ser trasladado al panteón de la familia Chase desde su emplazamiento anterior, en el cementerio de St. Philips. De este modo, el 17 de noviembre del mismo año se congregó en el lugar una gran multitud de curiosos para observar si había habido nuevos y extraños movimientos. Cuando fue levantada la losa nadie quedó decepcionado. Todos los ataúdes habían sido cambiados de lugar: el de la señora Goddard, que «descansaba en paz» desde hacía casi diez años, había cedido al paso del tiempo y se hallaba roto y desplazado a la pared opuesta, y todos los demás, desordenados por el suelo. Se revisaron minuciosamente paredes, techo y suelo, pero cualquier búsqueda por hallar algún indicio que explicara lo sucedido resultó infructuosa. El habitáculo seguía estando en buen estado y no existía rendija alguna por la que pudiera acceder algún grupo de macabros e infatigables bromistas. ¿Cómo era posible? ¿Volvería a producirse? Una terrible sensación de resignada premonición embargaba a los deudos mientras reordenaban los ataúdes y sujetaban los restos del de la señora Goddard contra la pared, antes de volver a cimentar la pesada losa de mármol que cubría la inviolada entrada.

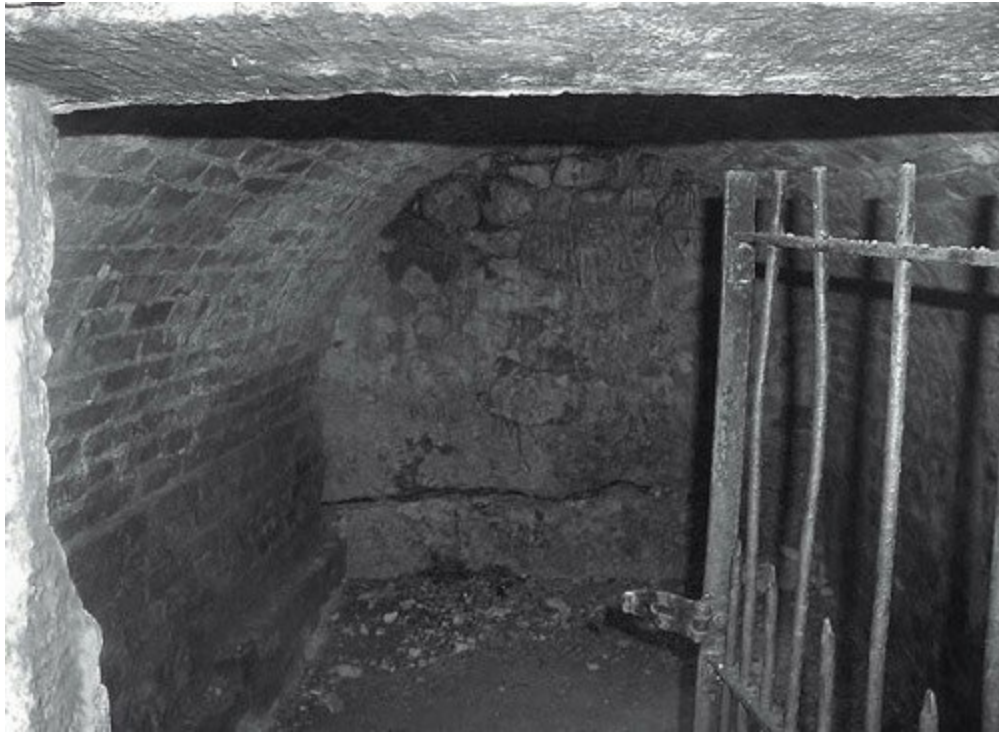
Pasaron casi tres años antes de que la tumba fuera abierta de nuevo. Durante ese tiempo miles de curiosos se acercaron al cementerio de Christ Church, gente proveniente de todos los lugares, incluso de Europa, hasta donde la fama de los «ataúdes deslizantes» había llegado y despertado un notorio interés.

Al funeral de Thomasina Clarke, que tuvo lugar el 17 de julio de 1819, acudió hasta el mismísimo vizconde de Combermere, a la sazón gobernador de Barbados. Junto a él asistieron dos funcionarios y centenares de expectantes observadores que, en silencio, aguardaban deseosos el momento en el que se abriera el panteón para desvelar si se había producido el misterioso fenómeno de nuevo. La losa de mármol fue liberada por los albañiles y retirada por una cuadrilla de esclavos.

El interior era un verdadero caos. Salvo el de la señora Goddard, que permanecía sujeto a la pared, los demás ataúdes se encontraban desparramados por todo el suelo, algunos cabeza abajo, otros, apoyados contra la pared. ¿Quién había podido moverlos si cada uno de ellos pesaba alrededor de doscientos kilos y eran precisos varios hombres para cargarlo?

Tras contemplar la situación, el gobernador quiso tomar cartas en el asunto y solicitó a sus hombres de confianza que procedieran a buscar algún pasaje secreto o alguna pista que arrojará algo de luz sobre lo que allí estaba ocurriendo, pero no hallaron respuesta alguna. Los féretros fueron ubicados de nuevo en sus lugares y acto seguido el vizconde

de Combermere ordenó cubrir el suelo con arena fina; de este modo, de existir algún visitante escurridizo, sus huellas lo delatarían. Entonces se volvió a colocar y cimentar la pesada losa y finalmente el gobernador estampó su sello sobre el aún húmedo cemento.



Cripta del panteón de los Chase en la actualidad.

A pesar de que afortunadamente no había ningún finado para ocupar un lugar en la sepultura, el panteón volvió a abrirse el 18 de abril de 1820. En esta ocasión, las especulaciones públicas y el nerviosismo causado por los extraños acontecimientos habían aumentado tanto que nadie tuvo la paciencia de aguardar hasta poder desvelar el misterio y hallar algún culpable. Después de un prolongado debate que, a todas luces, sólo podía tener una conclusión, el vizconde de Combermere, su secretario, el mayor J. Finch, Nathan Lucas, R. Bowcher Clarke, Rowland Cotton y el reverendo Thomas Orderson se trasladaron al cementerio Christ Church dispuestos a entrar en el panteón.

Lo primero fue comprobar que todo estuviera en orden y que los sellos estampados permanecían efectivamente intactos. Una vez confirmado, parecía obvio pensar que el interior habría corrido la misma suerte. Pero...

Al retirar lateralmente la losa que cubría la entrada, sus corazones fueron perturbados por un extraño rozamiento, mientras un chirrido que retumbó tétricamente en la oscura bóveda hacía pedazos las esperanzas de que todo permaneciese en orden. Y es que uno de los grandes ataúdes revestidos de plomo estaba incomprensiblemente apoyado contra la losa, que, al ser retirada, lo había arrastrado con ella. Por su parte, el féretro de la joven Mary Anna había sido arrojado al fondo de la cripta con tanta

violencia que incluso había dañado la pared de coral. El resto de los ataúdes se encontraban diseminados por el suelo. Sin embargo, y ante el asombro de todos los presentes, especialmente del incrédulo gobernador, no había huellas en la arena que hicieran pensar qué podía haber provocado semejante desbarajuste. Ningún ser humano podía haber entrado en la cripta. Tal vez por eso la escena resultaba aún, si cabe, más espantosa y espeluznante.

Las notas de Nathan Lucas dan cumplida muestra de lo que allí vieron:

Examiné los muros, el arco y toda la bóveda: todo era igualmente antiguo; un albañil, en mi presencia, golpeó minuciosamente el suelo con un martillo: todo era sólido. Confieso que no puedo explicar los movimientos de esos ataúdes de plomo. Ciertamente, no se trata de ladrones, y en cuanto a bromas pesadas o trucos, hubiese sido necesaria la participación de demasiada gente y el secreto habría sido descubierto; y en cuanto a que los negros hayan tenido algo que ver, su miedo supersticioso a los muertos y a todo lo que con ellos se relaciona excluye cualquier idea de esa clase. Todo lo que sé es que ocurrió y que yo fui testigo del hecho.

¿Qué es lo que hizo que los ataúdes se movieran? No hay ninguna explicación sencilla. No había señales de inundación de ningún tipo. Las «trampas» dispuestas por el gobernador —los sellos secretos y el suelo cubierto de arena— estaban intactas, lo que parecía indicar la inexistencia de intervención humana; ni de los temerosos esclavos negros ni de cualquier otro «mago bromista».

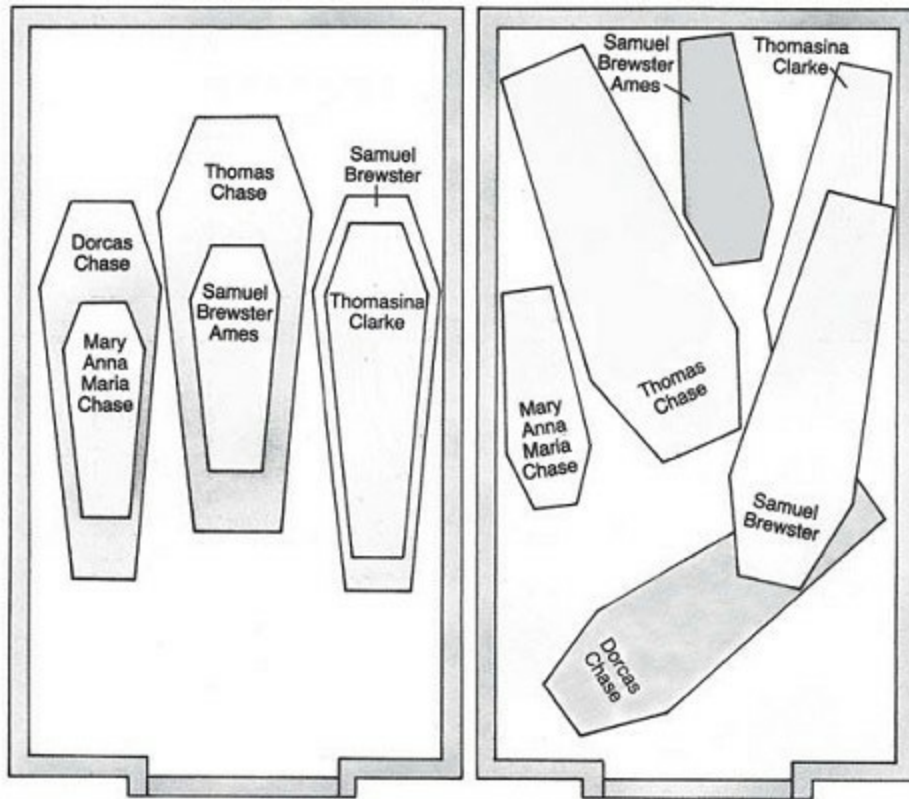
¿Tenían que buscar la causa tal vez en los siniestros espíritus que tanto temían los negros, en las influencias del más allá? ¿O tal vez en alguna capacidad psíquica desconocida hasta el momento, capaz de mover objetos pesados y ocultos con la única fuerza de la mente? Entre quienes consideraron las posibilidades sobrenaturales y paranormales figura sir Arthur Conan Doyle, quien creía que los ataúdes de Oistins se movían a causa de las extrañas energías o fuerzas sobrenaturales que, supuestamente, poseen los cuerpos de quienes mueren prematuramente, como las jóvenes Mary Anna y Dorcas o el niño Samuel Brewster Ames. Ante esta opinión resulta a todas luces más creíble la hipótesis de George Hunte, autor de *Barbados*, quien sugiere que «el gas de unos cuerpos en descomposición, y no espíritus malignos, fue el responsable de las violentas separaciones y del desorden que desbarató el trabajo de los enterradores».

¿Y si hubiese entrado agua en el panteón? ¿Podrían haber flotado los ataúdes? El panteón del clan Chase no sólo era estanco, sino que estaba en una zona elevada del terreno en el que tampoco había corrientes subterráneas.

Otro intento de explicar los insólitos sucesos parte de unos hipotéticos temblores de tierra. Es cierto que la isla de Barbados no sólo se halla en un cinturón sísmico, rodeada de zonas de fractura, sino que además hay un volcán en la cercana isla de San Vicente. De haberse producido ligeros temblores, éstos podrían haber desplazado los ataúdes. Pero ¿por qué sólo afectaría a los que estaban en el panteón de la familia Chase y no a los de otros sepulcros? La hipótesis parece caerse por su propio peso...

Fuera lo que fuese lo que provocó semejante desbarajuste nunca tendremos la oportunidad de saberlo, ya que, tras los últimos acontecimientos, el vizconde de Combermere dio la orden de sacar todos los ataúdes y trasladarlos a otros lugares del cementerio, dejando el panteón totalmente vacío. ¿O tal vez no?

No puede faltar en la historia de los «ataúdes inquietos» de Barbados una leyenda que, como suele ocurrir, mezcla la realidad con otros hechos sugerentes que se presume acontecieron un siglo después.



Disposición de los ataúdes dentro de la cripta.

Dicha leyenda afirma que algunos miembros de la logia masónica de Bridgetown se presentaron ante el mismo panteón el día 24 de agosto de 1943. ¿El motivo? Trasladar los restos mortales de Alexander Irving, el primer maestro masón de Barbados que, supuestamente, habían sido depositados allí. El mausoleo albergaba también otro difunto, un tal sir Evan McGregor, que había sido enterrado años atrás en un ataúd de plomo.

Tras apartar la losa, hallaron una escalera de seis peldaños que terminaba en un muro de ladrillos. Parecía evidente que nadie había penetrado en la cripta. Sin embargo... al quitar los ladrillos vieron aparecer la punta de un ataúd de plomo que estaba apoyado entre el acceso que estaban derribando y la pared de coral.

Una vez dentro, los masones descubrieron que, de manera inexplicable, el ataúd de sir Evan McGregor había abandonado su nicho. Pero no fue ésta la única sorpresa. En el interior de la cripta no había ningún otro féretro. ¿Se habían equivocado de tumba?

Angustiados ante tal posibilidad, se dirigieron a la iglesia contigua para verificar la información. Sin embargo, no había duda, el ataúd del compañero masón debía hallarse en aquella cripta. Entonces, ¿cómo había desaparecido? ¿Dónde estaban los restos mortales de Alexander Irving?

En la investigación para tratar de corroborar los datos de esta leyenda, pude acceder a algunos archivos y publicaciones masones guardados en la biblioteca de la Universidad de Michigan (EE. UU.) que, sin llegar a especular sobre la autenticidad de la leyenda, sí que aportan detalles, cuando menos, curiosos.

El establecimiento y la expansión social de la masonería en Barbados fueron totales. Efectivamente, Alexander Irving fue el primer Gran Maestro masón en Barbados, y curiosamente, sir Evan McGregor no era alguien desconocido, sino el gobernador general de Barbados.

Pero aún hay más. R. Bowcher Clarke, que fue uno de los que accedió al panteón en 1820, era jefe de Justicia, y a partir de enero de 1842 fue nombrado Gran Maestro Provincial de Barbados, bajo la Gran Logia de Inglaterra. De hecho, todos los que accedieron al mausoleo aquel 18 de abril de 1820, o guardaban relación con la masonería o bien eran masones. ¿Coincidencias?

Pero el caso del cementerio de Barbados no es el único en el que los ataúdes parecen negarse a quedarse quietos. En el número de la revista *European Magazine* publicado en septiembre de 1815 se menciona el caso de un panteón en Stanton (Suffolk, Inglaterra) donde por lo menos en tres ocasiones diferentes, como en Oistins, los ataúdes se habían desplazado de sus soportes; durante una de esas «maniobras», el ataúd más pesado — que según se cita habría necesitado de ocho portadores— había trepado hasta el cuarto escalón del panteón. «¿De dónde surgió esta actividad en la que, sin lugar a dudas, nadie tuvo participación?», se preguntaba el redactor de la publicación. No es necesario aclarar que la gente de Stanton estaba tan conmocionada como la de Barbados.

Otro de estos misteriosos casos aconteció en 1867. F. C. Paley, hijo del rector de Gretford, cerca de Stamford (Lincolnshire, Inglaterra), escribió a *Notes and Queries*, una publicación semanal londinense, acerca de los repetidos movimientos de pesados ataúdes de madera, también revestidos de plomo, en un panteón local; su carta fue confirmada por un testigo, que comentó que «algunos de los féretros se habían desplazado hasta quedar erguidos y apoyados contra la pared». Como supuesta explicación argumentaba que podían haber flotado hasta alcanzar sus extrañas posiciones a raíz de una inundación, pero desgraciadamente no se hallaron pruebas de que se hubiera producido ninguna.

En la localidad de Arensburg, sita en la isla báltica de Oesel, también ocurrieron similares sucesos en el cementerio local en 1844, aunque allí los supersticiosos pobladores inmediatamente culparon a vampiros y hombres lobo.

Los insólitos sucesos empezaron en el mes de junio en el panteón familiar de los Buxhoevden. Durante el transcurso de un funeral en la capilla de la familia se oyeron extraños sonidos que provenían de la bóveda adyacente. Los más animosos de los Buxhoevden entraron en la tumba y descubrieron que los ataúdes de sus parientes difuntos habían sido desparramados. Hubo rumores de «maniobras diabólicas»; incluso se aseguraba que algunos caballos pertenecientes a visitantes del cementerio habían sufrido un «encantamiento». Algunos de estos animales huyeron; otros perdieron el sentido o murieron, y muchos, según se afirma, enloquecieron.

El presidente del tribunal eclesiástico local, el barón de Guldenstabbe, tomó cartas en el asunto y encabezó una investigación oficial. Cuando visitó personalmente el panteón, que había sido reordenado y cerrado con llave, los ataúdes habían vuelto a moverse.

Decidido a llegar hasta el fondo del misterio, el barón nombró un comité de investigación. Decidieron arrancar el pavimento de la bóveda, esperando, en vano, encontrar algún pasadizo secreto. Pensaron en profanadores de cementerios pero, de hecho, ninguno de los ataúdes había sido robado. Obligado a dar término a su estéril investigación, el comité hizo derramar cenizas en el suelo de la bóveda y en el de la capilla y, al igual que en el caso de Barbados, también colocaron sellos ocultos que se romperían si la puerta era abierta. Durante tres días con sus noches el lugar fue vigilado por soldados. Transcurrido dicho período, el comité regresó. Los sellos seguían intactos, en las cenizas no había ninguna pisada ni señal sospechosa, pero los ataúdes, cómo no, habían sufrido cambios: algunos se hallaban cabeza abajo, y otro estaba tan roto que incluso un brazo asomaba a través de él. Consternados, el comité de Arensburg y los Buxhoevden trasladaron de inmediato los féretros a otro sitio y pusieron así punto final a las actividades del panteón.

CAPÍTULO 12

Más allá de la vida: los retos científicos

La ciencia es sólo un ideal. La de hoy corrige la de ayer, y la de mañana la de hoy.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

EXPERIENCIAS EXTRACORPÓREAS (EEC)

¿Es posible viajar fuera de nuestro cuerpo físico? Muchas personas afirman haberse encontrado flotando en el aire mientras observaban desde un punto exterior su propio cuerpo y todo lo que ocurría a su alrededor.

Universidades de todo el mundo se han interesado por el estudio de las experiencias extracorpóreas o extracorporales (EEC) —en inglés *Out of Body Experience* (OBE)—, también denominadas estados ecsomáticos. La Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia es una de ellas, y ha llevado a cabo investigaciones cuyos resultados fueron claramente significativos: entre la población adulta, el 14 por ciento de las personas habían reconocido haber tenido EEC, mientras que en el ámbito estudiantil contestó afirmativamente un 25 por ciento. Del total, un 34 por ciento afirmó haber «estado fuera» de su cuerpo físico al menos en ocho ocasiones.

Las diferentes investigaciones combinadas del fenómeno han llevado a la conclusión de que, a pesar de que existe cierta variedad dentro de las EEC, concurren algunos rasgos o características comunes que son más frecuentes y que determinan el fenómeno. Al contar sus experiencias, muchas personas coinciden en afirmar que ese segundo cuerpo es una réplica exacta, aunque transparente, del cuerpo físico. Sin embargo, otros lo comparan con una niebla o nube blanca, con forma ovoide o esférica, y poseedora de una especie de campo magnético o eléctrico. En todo caso, los testimonios afirman que esa forma extracorporal posee luz propia y que está unida al cuerpo físico mediante un cordón luminoso extremadamente flexible.



Doble astral en un fotograma de la película *Ghost* (Paramount, 1990).

Posiblemente el libro más antiguo que habla de forma completa de la teoría y práctica de las EEC sea *La proyección del cuerpo astral*, escrito por H. Carrington y S. Muldoon, publicado en Londres en 1929. Los autores describían cómo el cuerpo etéreo coincide con el físico durante los períodos de conciencia plena y despierta, saliendo del cuerpo físico cuando dormimos. Esta evasión es un ejemplo de proyección automática o involuntaria. En contraposición con ésta, cuando la persona quiere abandonar su cuerpo físico de modo consciente e intencional, es capaz de viajar a voluntad, a veces contemplando escenas y visitando lugares que desconocía.

En dicho libro también se explica cómo los cuerpos astral y físico están conectados por medio de un cordón por el que pasan las corrientes vitales. Ese «cordón de plata» es elástico y con gran capacidad de extensión, y es lo que constituye el lazo esencial entre ambos cuerpos.

No obstante, el fenómeno de las EEC es puesto constantemente en tela de juicio por una intensa corriente crítica. En realidad, son muchos los escépticos que consideran dichas experiencias como un producto del deseo, como simples sueños, más en consonancia con alucinaciones de la mente humana o pseudopercepciones. Los críticos basan parte de sus opiniones en los resultados de los experimentos de privación sensorial. En éstos, un sujeto es encerrado en una cámara aislada y privado de todo estímulo físico. Al cabo de poco tiempo, el sujeto padece alucinaciones que le hacen creer que camina y flota en el vacío.

En el año 2007, el investigador Olaf Blanke, a la cabeza de un equipo técnico de la Escuela Politécnica Federal de Lausanne (Suiza), intentó demostrar, a través de investigaciones realizadas con realidad virtual, que las experiencias extracorpóreas

podrían ser sólo producto de una confusión cerebral.

Según el informe de la investigación, colocaron a los participantes unas gafas de realidad virtual y los situaron de espaldas frente a una cámara. La imagen —retocada para crear una versión virtual 3D o avatar— que veían los voluntarios a través de sus gafas era, por tanto, la de su propia espalda. Acto seguido, los científicos rozaron la espalda de los participantes con un bolígrafo. Al hacerlo, consiguieron que los voluntarios sintieran que estaban en el avatar situado frente a ellos, es decir, tuvieron la sensación de que el cuerpo virtual era, realmente, su propio cuerpo.

De esta forma, los científicos consiguieron confundir a los voluntarios, a pesar de que su cuerpo real y el cuerpo del avatar estaban separados por una distancia de dos metros.

Sin embargo, intentar reproducir el fenómeno confundiendo la mente de una persona no implica hallar una explicación al origen real de dicho fenómeno. Estos experimentos siguen sin responder a cuestiones puestas de manifiesto por las EEC cuando ocurren fuera del laboratorio, ni afectan a las importantes investigaciones realizadas durante décadas ni a la gran abundancia de casos y datos existentes que han hecho que muchos científicos de la actualidad acepten el fenómeno como auténtico.

¿Cómo explicar que algunas personas consigan, sin moverse de la cama de su casa o la de un hospital, «trasladarse» a otros lugares y saber qué está ocurriendo allí? ¿Qué tiene eso que ver con una ilusión virtual?

La experiencia extracorporal lleva a pensar a los investigadores que la conciencia que aparentemente abandona el cuerpo puede ser un yo real aunque etéreo, y que es capaz de funcionar con independencia de la estructura sólida que compone nuestra parte física. Científicos y miembros de universidades de reconocido prestigio, como el biólogo y geólogo doctor Robert Crookall, el físico Russell Targ, el doctor Karlis Osis (American Society for Psychical Research), el doctor Charles Tart (Universidad de California), el doctor Arthur Ellison (City University de Londres), entre otros, han llevado a cabo investigaciones con resultados sorprendentes.

Con todo, la existencia de ese cuerpo etéreo, cuerpo astral, alma, llamémosle como queramos, todavía no es admitida por la totalidad de la comunidad científica. Para ello sería necesario su estudio en condiciones de laboratorio, sin falsear la realidad, y repetir el fenómeno a voluntad, aunque las circunstancias de relajación y concentración fueran evidentemente adversas para los sujetos voluntarios.

Como se ha esbozado en el primer capítulo, la idea de la existencia de un doble etéreo y sutil es una creencia arquetípica del hombre que data de la antigüedad. Se pueden encontrar referencias en textos hindúes, tibetanos, egipcios, griegos, e incluso en la Biblia (Eclesiastés 12, Corintios I. 15, Corintios II. 12). Los antiguos egipcios lo denominaban *ba*, y lo representaban como un pájaro con cabeza humana. Los hebreos lo conocían como *ruach*; los antiguos griegos lo llamaban *eidolon* y los romanos *larva*; dentro de las

culturas orientales, los taoístas lo conocen como *thank*, en el Tíbet todavía se lo conoce por *bardo*, los budistas lo llaman *atman*, y los antiguos hindúes el *lingasharîra*. También encontramos esta creencia arquetípica en las culturas de los países del norte de Europa, como en Noruega, donde lo conocían por *vardogr* o *fylgja*, en Alemania por *jüdel* o *doppelgänger*, en Escocia por *talash*, y los antiguos bretones lo llamaban *fetch*.

Empédocles (490-430 a.C.), filósofo y médico griego, hacía referencia en sus escritos a una especie de sustancia luminosa que emanaba del cuerpo. Demócrito (460-370 a.C.) amplió esta información apuntando que dicha sustancia luminosa estaba formada por corpúsculos, explicándolo como lo que hoy en día entenderíamos por radiaciones, de composición semejante a la del átomo.

Aristóteles (384-322 a.C.), que elogiaba los estudios de Demócrito, llamaba *pneuma* —aliento— a esa energía que hoy conocemos como aura, y apuntaba que formaba parte esencial del hombre y de los animales, y que era igual al elemento del que estaban hechas las estrellas. La idea del cuerpo astral fue retomada por los filósofos neoplatónicos, y su continuidad en Occidente se produjo a través de ciertas corrientes heterodoxas relacionadas con la tradición hermética. El conocimiento del fenómeno se relanzó a principios del siglo XVI gracias a Paracelso, quien creyó descubrir que los seres humanos eran capaces de proyectar unas radiaciones particulares. De este modo, los filósofos esoteristas apuntaron que ese doble astral del ser humano tenía aspecto luminoso y era capaz de separarse del cuerpo físico y atravesar la materia.

Sin embargo, la situación en Oriente era distinta. En India ya se conocía y practicaba este fenómeno plasmado en la doctrina del *prana*, la energía del cosmos que era contenida en los elementos físicos y biológicos, y que podía ser captada mediante ejercicios como el *yoga*. Pero también en el pasado del mundo occidental los místicos eran capaces de conseguir ese desdoblamiento, e incluso la bilocación —presencia simultánea de una persona en dos lugares distintos—, fenómeno que en el catolicismo se ha incluido dentro de los éxtasis místicos. Son conocidos muchos casos, varios de ellos con constancia escrita de la época. Posiblemente uno de los más famosos sea el del cardenal Alfonso de Liguori, que permaneció dos días en su cámara de la diócesis de Ariezo, tiempo en el que fue visto por varios prelados junto al papa Clemente XIV en su lecho de muerte. Existen otros muchos casos contrastados de desdoblamiento astral y bilocación protagonizados por grandes personalidades de todos los ámbitos, desde la madre María Jesús de Ágreda o el gran escritor alemán Goethe, hasta el poeta inglés lord Byron o la zarina Isabel I de Rusia. Alguno de los testimonios es cuando menos sorprendente, ya que no sólo afirman haber viajado largas distancias sino, aunque parezca increíble, incluso fuera de nuestro planeta. Es el caso del gran psicólogo suizo Carl G. Jung, quien en su obra autobiográfica *Recuerdos, Sueños, Pensamientos*, describe una asombrosa experiencia extracorpórea que protagonizó en 1944 tras una grave enfermedad: «Me pareció como si me encontrase allá arriba, en el espacio. Lejos de mí veía la esfera de la Tierra sumergida en una luz azul intensa. Veía el mar azul

profundo y los continentes. Bajo mis pies, a lo lejos, estaba Ceilán y ante mí estaba el subcontinente de la India. Mi campo de visión no abarcaba toda la Tierra, sin embargo, su forma esférica era claramente visible, y sus contornos brillaban plateados a través de la maravillosa luz azul [...] Posteriormente me informé a qué altura debería encontrarme para poder alcanzar una visión de tal extensión. ¡Aproximadamente a unos 1.500 kilómetros! La contemplación de la Tierra desde tal altura es lo más grandioso y lo más fascinante que he experimentado».

Dentro de las EEC, cabe establecer una clasificación elemental dependiendo de la manera en que se producen:

- Las voluntarias y conscientes.
- Las involuntarias aunque conscientes, dentro de las cuales podemos incluir los primeros estadios de experiencias cercanas a la muerte.
- Las inconscientes, y por ende involuntarias, que son las que se producen mientras dormimos y que a menudo interpretamos como sueños muy vívidos.

En las investigaciones realizadas sobre el abandono del cuerpo físico de manera consciente se han conseguido elaborar unos patrones generales de las sensaciones vividas. Algunas personas, justo antes de que se produzca el desdoblamiento, sienten una desasosegada sensación de parálisis y rigidez que puede asustarlos, provocando la alteración de ese estado de relajación, normalmente necesario para que se produzca la experiencia. Hay quienes aseguran oír un pitido o chasquido acompañado de una sensación de cosquilleo en el pecho o en la cabeza. Para otros, ese cosquilleo se muestra después de una sensación total de entumecimiento.

Según los relatos de quienes afirman haber experimentado el fenómeno, al «salir» del cuerpo es frecuente un sentimiento de confusión acompañado de una total oscuridad, como si se estuviera viajando por un largo túnel, e incluso puede haber una pequeña pérdida de consciencia. A continuación, ese «yo» toma conciencia del desdoblamiento cuando se observa desde un punto exterior al propio cuerpo —generalmente desde arriba— y ve cómo éste permanece sentado o tumbado. Esta visión suele causar inquietud en algunas personas, ya que no comprenden lo que está ocurriendo, temen a la muerte, lo que puede provocar un regreso rápido y brusco al cuerpo físico. Sin embargo, otras personas, conscientes de lo sucedido, experimentan una sensación de libertad, paz y tranquilidad total. En última instancia cabe mencionar que hay quienes afirman haber contado con la ayuda y protección de otra entidad incorpórea.

Las conclusiones de los experimentos realizados avalan la idea de que la forma proyectada es ingrávida y puede desplazarse andando o «volando». Los testimonios de quienes han experimentado una salida extracorpórea voluntaria resaltan la agradable sensación de flotar en el espacio, libres de vínculos y limitaciones propias de nuestro estado material. De este modo, el doble etéreo tiene la posibilidad de mantenerse cerca

del cuerpo físico o sentir que viaja a grandes distancias, sin límites de tiempo o espacio. También aseguran que ese doble es capaz de atravesar con facilidad la materia, pero rara vez puede tocar o mover objetos físicos. En dichas conclusiones los sujetos manifiestan viajar por el mundo normal, si bien afirman que es posible adentrarse también en otros mundos adimensionales.

El investigador Robert Monroe (1915-1995), creador del Instituto de Investigación Monroe y de la técnica Hemi-Sync, empezó a practicar las experiencias extracorporales voluntarias cuando contaba con cuarenta y tres años. Según Monroe es posible «viajar» por tres dimensiones distintas. En primer lugar está el mundo físico que nosotros conocemos, aunque en el astral se tiene la capacidad de observar luces y detalles desconocidos por nuestros ojos. En segundo lugar nos habla de un espacio inmaterial en el que las leyes físicas por las cuales se rige nuestro mundo tienen poco que ver. Se trataría de dimensiones y profundidades incomprensibles para nuestra mente consciente, relacionadas con lo que entendemos por cielo e infierno, en las que es posible contactar con entidades superiores y seres desencarnados. También asegura la existencia de un tercer lugar físico, muy parecido a nuestro mundo aunque con algunas diferencias, que podríamos identificar como un mundo paralelo al nuestro en el que nos encontraríamos por así decirlo, con nuestros «dobles». Al igual que apunta Monroe, hay muchas personas que aseguran haberse encontrado con los cuerpos astrales de otras personas vivas y otros seres desencarnados, incluso con familiares fallecidos, a los que consideran espíritus guías que acuden para ayudar.

Otro aspecto a tener en cuenta es la duración de las EEC. En las investigaciones se ha comprobado que no parece que la percepción subjetiva de la persona que ha realizado la salida corresponda al lapso medido cronológicamente. La proyección puede durar de unos pocos minutos a unas horas; pero el viajero siempre describe vivencias que requieren mucho más tiempo que el medido durante el experimento.

Según los testimonios, el retorno al propio cuerpo físico se produce con total suavidad y sintiendo una agradable sensación de paz y de bienestar. Normalmente, las únicas emociones negativas que se describen suelen producirse durante las primeras experiencias, y están relacionadas con sus propios miedos y la ansiedad que les produce la falta de control de la experiencia, lo que se transforma en un gran deseo de finalizar el desdoblamiento. Los viajeros novatos pueden experimentar multitud de extrañas y variadas sensaciones: cosquilleo por todo el cuerpo, aturdimiento, confusión, e incluso, los menos, afirman sentir cierta sensación de ansiedad. Aun así, son pocos los que declinan repetir la experiencia. En contrapartida, la mayoría de los testimonios aseguran haber experimentado un estado de extrema felicidad, con sensaciones excitantes y maravillosas, por lo que intentan inducir las nuevamente.



Uno de los cuatro paneles del políptico *Visiones del Más Allá*, obra del pintor flamenco El Bosco que se conserva en el Palacio Ducal de Venecia.

Las almas están sostenidas por ángeles que las conducen hacia la luz divina a través de un pasaje cilíndrico, más allá del cual deben proseguir solos.

Esta obra presenta conceptos asociados a las ECM, visiones que reúnen fenómenos arquetípicos tales como el túnel con la luz a su final y seres esperando al alma que está a punto de ingresar en el nuevo mundo.

En términos generales, es significativo comprobar que las experiencias extracorpóreas espontáneas cambian el sistema de creencias y valores de sus protagonistas, quienes experimentan un profundo cambio en su actitud en la vida, se vuelven más propensos a creer en la existencia de un ser espiritual independiente del cuerpo físico y pierden todo miedo a la muerte.

Cuando se produce la experiencia de forma consciente, el sujeto se siente despierto y curiosamente más observador que de costumbre, de tal modo que sus percepciones pueden incluir datos que no obtendría por los canales sensitivos ordinarios. Esta conclusión se ve respaldada por los diferentes estudios realizados por científicos de diversas universidades y laboratorios investigando con viajeros experimentados. Sin embargo, las experiencias extracorpóreas continúan siendo un enigma. La psicología y la medicina modernas no explican su mecanismo, y los datos científicos con que contamos,

como los cambios de ondas cerebrales en los electroencefalogramas, son realmente descripciones de hechos, pero no su explicación. En puertas de hallar esa respuesta, lo verdaderamente sorprendente es que nuestra experiencia personal puede, una vez más, ir por delante de la ciencia: cualquiera de nosotros puede comprobar la realidad de las EEC, indagando y experimentando por sí mismo...

Por otra parte, las EEC involuntarias pero conscientes parecen producirse en las más variadas circunstancias, aunque normalmente necesitan un detonante. Suelen ocurrir a raíz de un *shock*, una crisis emocional o nerviosa que provoque una situación límite, o también por un estado de agotamiento físico. También se pueden producir llevando a cabo actividades cotidianas, como ver la televisión, pasear por la calle o hasta conduciendo un automóvil, actividades que las personas no dejan de realizar mientras se observan durante algunos segundos desde fuera de su cuerpo.

Pero además, las EEC han sido vividas también por personas que han experimentado las llamadas «experiencias cercanas a la muerte» (ECM). Como analizaremos a continuación, miles de personas, cuyas vidas corrían peligro a causa de un accidente, operación, enfermedad, ataque de corazón, etcétera, sintieron al principio de su experiencia cómo se desdoblaban, abandonaban su cuerpo y eran capaces de moverse por el aire sin limitaciones materiales y con total autonomía, observando perplejos su cuerpo y todo lo que ocurría alrededor de él. Aparentemente se trata de fenómenos distintos, pero los testimonios de dichas experiencias nos cuentan que el proceso inicial es idéntico en ambos casos.

EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE (ECM)

Hasta el siglo XIX, la responsabilidad de determinar la muerte de una persona recaía prácticamente en la propia familia y en el sacerdote que le ofrecía el sacramento de la extremaunción. Es a partir de entonces que dicha competencia pasa a formar parte exclusivamente de la labor de los médicos, surgiendo lo que entendemos por muerte clínica. Sin embargo, desde el punto de vista médico, lejos de ser un momento puntual, la muerte forma parte de un proceso más o menos largo que empieza con la pérdida de las funciones vitales y que termina en un punto de irreversibilidad en el que los pulmones y, sobre todo, el corazón detienen su actividad. No obstante, ya hemos visto que, durante un tiempo, para evitar los entierros prematuros, se esperaba a que aparecieran los primeros síntomas de la putrefacción del cadáver para dar por finalizada la vida.

Los avances médicos en el terreno de cuidados intensivos, técnicas médicas de resucitación, transplantes de órganos, etcétera, realizados durante las décadas cincuenta y sesenta del siglo XX, necesitaban que el diagnóstico de la muerte clínica fuera más preciso. Por ello, un comité de expertos de la Facultad de Medicina de Harvard elaboró y publicó en 1968 un documento conocido como «Informe Harvard», en el que se propuso

un nuevo criterio de muerte clínica fundamentado en los conocimientos científicos más recientes basados en la muerte cerebral o encefálica, y en el que se deben cumplir los siguientes requisitos:

- Falta de receptividad y respuesta a estímulos externos si se separa a la persona del respirador durante tres minutos.
- Ausencia total de movimientos o respiraciones.
- Ausencia total de reflejos.
- Silencio bioeléctrico del cerebro (EEG plano).

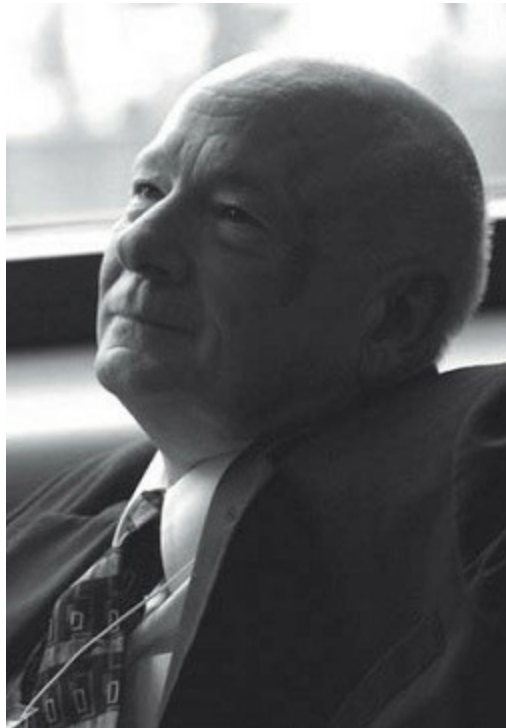
En años posteriores se aceptó esta definición en todos los países del mundo, aunque con algunas modificaciones, y desde entonces se han venido siguiendo hasta la actualidad.

Sin embargo, el trabajo desarrollado durante años por el doctor Raymond Moody y publicado en 1975 con el título *Life after life (Vida después de la vida)*, iba a suponer un punto de inflexión, una prueba de fuego para los criterios de muerte clínica y muerte cerebral o encefálica como determinación del diagnóstico de la muerte.

En los hospitales donde desarrollaba su labor como médico y psicólogo, el doctor Moody había observado que algunos pacientes que habían estado en el umbral de la muerte o que incluso se les había diagnosticado muerte clínica a causa de una parada cardíaca en una intervención quirúrgica o en un accidente, relataban haber visto y oído todo lo que había acontecido durante ese tiempo, dando detalles increíbles de lo sucedido y narrando las conversaciones que había mantenido el equipo médico del quirófano. Estos pacientes también afirmaban haber visto un túnel con una luz al final que los llevaba a la frontera entre la vida y el más allá y haberse encontrado con familiares y amigos ya fallecidos.

En sus investigaciones iniciales, Moody fue encontrando algunas personas que habían atravesado experiencias de este tipo. Después de los primeros testimonios que habían acudido a él por iniciativa propia, se atrevió a preguntar a otros pacientes si habían atravesado circunstancias semejantes. Para su sorpresa, Moody observó que éstos empezaban a relatarle sucesos parecidos y que los pacientes se encontraban mucho mejor después de explicar lo acontecido.

Raymond Moody analizó de este modo más de ciento cincuenta casos de experiencias cercanas a la muerte, entrevistó a los pacientes y fue el primero en establecer los elementos comunes de una experiencia tipo, si bien, como él mismo advertía, «los relatos de los que han sufrido la experiencia tienen similitudes, aunque ninguno de ellos es idéntico. Nadie informa de todos y cada uno de los detalles del modelo único que se pueda crear. Algunos de los modelos tienen un carácter de caso universal. El orden en que una persona muerta pasa a través de los diversos estadios puede variar del que ocupa el modelo teórico».



Dr. Raymond Moody. La publicación de sus investigaciones supuso un punto de inflexión para el estudio científico de las ECM.

El modelo de ECM que elaboró el doctor Raymond Moody contenía las siguientes fases:

- En primer lugar el sujeto tiene una experiencia extracorpórea, en la que es capaz de ver su propio cuerpo desde cierta distancia.
- El paciente clínicamente muerto ve y oye todo lo que ocurre a su alrededor, lo que incluye la constatación de su muerte por parte del equipo médico o de reanimación.
- Oye un extraño ruido, como un pitido o un zumbido.
- Surge en él una sensación de paz y de bienestar.
- Aparece un túnel hacia donde se dirige, cuyo final es una brillante luz no cegadora.
- Durante el trayecto aparecen otros seres ya fallecidos, normalmente familiares y amigos.
- Siente la presencia de un ser de luz todopoderoso y una sensación de amor inmensa.
- En presencia de ese ser, se produce una revisión de la propia vida, como un visionado rápido.
- Es consciente de que existe una frontera o límite, un punto de no retorno, y antes de llegar a él se le conmina a volver.
- Tiene lugar el regreso a su cuerpo físico.
- La experiencia comporta un cambio en la forma de vivir la vida y pierde el temor a la muerte.

No cabe la menor duda de que todos los pacientes que hablaron con el doctor Moody vivieron dichas experiencias y que éstas fueron tan reales como la vida misma que acababan de recobrar. El desdoblamiento, el túnel, la presencia luminosa o el contacto con sus seres queridos no eran sino la prueba indiscutible de que la «vida después de la vida» existe realmente. Como dice el mismo Moody: «Tras la experiencia nadie duda de la supervivencia a la muerte corporal; ya no es una posibilidad abstracta, sino un hecho experimentado». Pero incluso muchos médicos, después de que los pacientes recuperados les contaran sus experiencias durante ese trance, quedaban sorprendidos y sin argumentos en contra de la veracidad de la experiencia. «Algunos doctores, por ejemplo, me dijeron que habían quedado muy desconcertados por la forma en que pacientes sin conocimientos médicos podían describir, correctamente y con todo detalle, el procedimiento utilizado en los intentos de reanimación, aunque estos acontecimientos hubieran tenido lugar cuando los doctores sabían que los pacientes estaban “muertos”.»

Pero incluso casi por encima de la experiencia misma, aunque forma parte de ella, cabe resaltar que la ECM ha supuesto un cambio de actitud en sus vidas. Muchos están convencidos de que el motivo de su regreso se debió a que todavía tenían cosas pendientes por hacer y que ése no era aún el momento de su marcha definitiva. Tanto es así que quienes han vivido la cercanía a la muerte dan a partir de entonces más importancia a la familia, al amor, a la humanidad o a los sentimientos espirituales. Se han vuelto más reflexivos y abordan cuestiones filosóficas fundamentales que antes no les interesaban. Psicológicamente han dejado atrás los miedos y las angustias que antes los atenazaban, y su visión de la muerte ha sufrido un cambio radical, ya que el más allá ya no es una mera hipótesis.

Las experiencias recogidas y publicadas por Moody en 1975 pronto se vieron corroboradas y ampliadas por trabajos de otros investigadores que, como la doctora Elisabeth Kübler-Ross, venían realizando estudios en ese campo o se hallaban familiarizados con él por su actividad profesional.

Psicólogos, médicos y psiquiatras de todo el mundo se unieron en el interés por intentar resolver los numerosos enigmas que las ECM comportan. El gran éxito de las investigaciones de Moody y el de la mayoría de los trabajos que posteriormente otros especialistas realizaron en esa línea, radican en que el fenómeno de las ECM es abordado desde una actitud racional que, además de contribuir a su popularización, fomentó que surgiera una creciente atención entre los ámbitos científicos y médicos mundiales. El fenómeno resultó ser más conocido y frecuente de lo esperado, pero hasta la publicación del libro del doctor Moody, no se hablaba públicamente. Muchas personas lo conocían por haberlo experimentado en primera persona, otras habían oído hablar de ello, y otras, finalmente, debido a la rutina diaria de su trabajo con los pacientes en centros hospitalarios. Una vez que se hizo público el sorprendente e incómodo fenómeno,

comenzaron a aparecer diferentes hipótesis de todo tipo que trataban de explicarlo, y, con ellas, la controversia. El debate sobre las ECM acababa de empezar, y estaba social y científicamente abierto.

Desde entonces se han producido calurosos debates sobre si los informes de dichas experiencias aportan un atisbo sobre la realidad del más allá o si, como opinan los escépticos, son meras alucinaciones de un cerebro moribundo.

Además, y como no podía ser de otra forma, surgió nuevamente la polémica sobre la definición y el establecimiento del momento de la muerte y el replanteamiento de las viejas cuestiones científicas, filosóficas y religiosas sobre la hipotética existencia de otra vida después de la muerte, la ubicación del «yo» y la relación entre conciencia y cerebro, ya que, si como un sector de la ciencia médica afirma, la conciencia es un producto del cerebro, ¿cómo es posible que los pacientes que han vivido una ECM perciban cosas de su alrededor cuando están clínicamente muertos?, ¿dónde se guardan los recuerdos de esas experiencias si hay evidencias científicas de la carencia de actividad cerebral?



Otro fotograma de la película *Ghost* que ilustra la experiencia de la luz tras la muerte.

Uno de los testimonios más sorprendentes fue investigado por los doctores Kenneth Ring y Sharon Cooper, quienes profundizaron en el estudio de casos de ECM vividos por personas invidentes. Vicky Noratuk era ciega de nacimiento y había sufrido un accidente de automóvil. Durante el mismo, se vio flotando fuera del cuerpo y entonces pudo ver por primera vez cosas de su vida y describir con exactitud cuanto la rodeaba, a pesar de que su nervio óptico estaba destrozado y sus sueños no eran visuales. Posteriormente, las observaciones de Vicky fueron verificadas al compararlas con lo que vieron los testigos presentes durante la «resurrección». Si eran simples alucinaciones, ¿cómo es posible que éstas fueran exactas?

Pero si existe un caso del que no puede haber ninguna duda gracias a la gran cantidad de registros médicos que hay de su ECM, que permite refutar la hipótesis de las alucinaciones, y que aporta más pruebas concluyentes que ningún otro caso sobre la posible continuidad de la conciencia tras la muerte, ése es el de la cantante y compositora estadounidense Pam Reynolds (1956-2010).

Pam sufrió fuertes dolores de cabeza y mareos durante años, y finalmente, tras habersele realizado varias pruebas, los médicos descubrieron que tenía un aneurisma de gran tamaño localizado en la base del cerebro. Dada su ubicación, los especialistas le dieron pocas posibilidades de supervivencia, ya que el aneurisma era inaccesible y, en apariencia, no era posible eliminarlo mediante cirugía.

Tras recoger opiniones de diferentes especialistas, en 1991 localizó al doctor Robert Spetzler, uno de los más importantes neurocirujanos del mundo y director del Instituto Neurológico Barrow en Phoenix, Arizona. Spetzler había sido pionero en una operación quirúrgica conocida como «parada cardíaca hipodérmica», en la que los cirujanos desinflan el aneurisma para luego eliminarlo sin temor a dañar el cerebro. Sin embargo, la operación era radical y llevarla a cabo comportaba muchos riesgos: era necesario hacer descender la temperatura corporal a 16° C, parar la respiración y el ritmo cardíaco, anular toda actividad neurológica cerebral —electroencefalograma plano— y extraer toda la sangre del cerebro. Es decir, Pam estaría clínicamente muerta alrededor de una hora antes de ser reanimada. Según el doctor Spetzler, a pesar de no haber flujo sanguíneo en el cerebro, no se produciría ningún daño cerebral, ya que éste se mantendría a bajísima temperatura. «Ocurre algo similar en los animales cuando hibernan. Su temperatura corporal desciende y así mantienen bajo mínimos sus mecanismos metabólicos. Una vez que has enfriado un cuerpo hasta un punto, puedes sacar la sangre del cerebro y mantenerlo sin oxígeno durante sesenta minutos sin que sufra ningún daño.»

Dadas las circunstancias en las que se iba a desarrollar la operación —forzar una muerte clínica—, Pam accedió a participar en un estudio sobre ECM que estaba llevando a cabo el doctor Michael Sabom, cardiólogo de la Universidad de Atlanta. Posteriormente, el doctor Sabom escribió un libro sobre dicha investigación titulado *Light and death* —literalmente, «Luz y muerte», aunque no existe edición en lengua española.

Al empezar la arriesgada operación, el cuerpo de Pam estaba lleno de sensores para controlar sus constantes vitales y un equipo de electroencefalografía registraba toda su actividad cerebrocortical. Además, taparon sus ojos con una cinta y le pusieron unos auriculares que, al producir unos chasquidos —clics—, activaban el nervio auditivo y comprobaban la actividad del tronco encefálico, información que después resultaría crucial para comprobar la ECM.

Durante la operación, el doctor Spetzler hizo una incisión en el cráneo de Pam con un taladro especial para huesos. A medida que el doctor iba haciendo el corte, ella iniciaba su ECM. Después recordó que la primera cosa de la que fue consciente era el fuerte crujido que producía el taladro mientras estaba siendo operada:

Mis ojos estaban vendados. Tenía los auriculares en los oídos y había entrado en un estado de coma. Sin embargo, empecé a oír ese desagradable sonido. No sé cómo salí fuera de mi cuerpo para ver a qué se debía ese ruido. Parecía estar situada encima del hombro del doctor Spetzler. Podía ver el instrumento que hacía aquel chirrido tan horroroso. Parecía como una especie de cepillo de dientes eléctrico.

Pam describió de este modo la sensación de salida del cuerpo:

Era como si hubiera perdido trescientos kilos de peso [...] Fue maravilloso. Podía moverme de un lado para otro a voluntad. Mi proceso mental me llevaba a donde quería ir. No sentía dolor, ni sufrimiento, ni miedo.

En ese momento se dio cuenta de una serie de detalles importantes que más tarde fueron confirmados por el equipo médico. Apreció que su cabeza había sido afeitada sólo por un lado. Luego notó cómo los cirujanos intentaban localizar una arteria y varias venas en su pierna derecha, y oyó decir a la doctora Murray, la cardióloga, que las venas eran demasiado pequeñas para el *bypass* cardiopulmonar y que tendrían que utilizar unas venas de la pierna izquierda.

A medida que pasaba el tiempo, la temperatura de su cuerpo siguió bajando y su corazón empezó a latir con fuerza antes de detenerse. La parada cardíaca completa se produjo cuando se le inyectó cloruro potásico. Sin sangre, la actividad cerebral cesó por completo apenas unos segundos más tarde, tal como mostraron los aparatos. A todos los efectos, Pam estaba clínicamente muerta.

Fue entonces cuando su conciencia prosiguió y se trasladó a otro plano. Así narró su ECM:

Tuve la sensación de ser arrastrada, pero no contra mi voluntad. Yo estaba yendo por propia iniciativa, porque quería ir. Fue como si me elevara en un ascensor a gran velocidad. [...] En algún punto muy cercano al vértice del túnel me di cuenta de que mi abuela me llamaba. Pero no la oí a través de mis oídos, simplemente sentí que estaba allí. El sentimiento consistía en que ella quería que yo fuese hacia ella, así que continué sin miedo a través del túnel. Al principio estaba bastante oscuro, pero en la lejanía podía ver un pequeño puntito de luz que siguió haciéndose más, y más y más grande a medida que me acercaba.

La luz era increíblemente brillante, como si estuviese sentada en medio de una bombilla. Era tan brillante que puse mis manos delante de la cara totalmente confiada de verlas, pero no fue así. Yo sabía que estaban allí, aunque no a través del sentido del tacto. Es muy difícil de explicar.

A medida que distinguía a las personas, seres queridos que habían fallecido tiempo atrás, me daba cuenta de que estaban hechas de luz. Cada una de ellas, pensándolo en retrospectiva, encajaba perfectamente con mi recuerdo de cuál era su aspecto en el mejor momento de su vida. Era como si nunca hubiéramos estado separados. Había amor, cariño y protección. Sentí intensamente que había sido llevada a ese lugar para estar protegida. Me sentí espléndidamente.

A otras personas no las reconoció, pero sentía que estaban profundamente conectadas a ella, e intuyó que se trataba de sus antepasados. Podía conversar con ellos, pero la comunicación se realizaba de una manera diferente, con el pensamiento:

La cualidad de la comunicación es mucho mejor que la terrestre. No tienes que buscar las palabras exactas para expresar tus pensamientos. Durante esta experiencia la comunicación se produce a la velocidad de la luz. Fluye de forma instantánea. No hay malas interpretaciones. Lo que se dice es la verdad [...] Entonces

pregunté a mi abuela si la luz que había a nuestro alrededor era la luz de Dios. Esa pregunta causó mucha risa en quienes me rodeaban. Mi abuela respondió: «No, cariño, la luz no es Dios. La luz fluye cuando Dios respira».

Llegó un momento en el que no me permitieron avanzar más. Me comunicaron (ése es el mejor modo en que puedo expresarlo, porque ellos no hablaron como yo lo estoy haciendo ahora) que si yo entraba en aquella luz podría pasarme algo físicamente [...] Yo quería entrar en la luz, pero a la vez, también quería volver. Tenía hijos pequeños y aún me necesitaban.

Entonces ellos me alimentaron. No lo hacían por mi boca, como con la comida; la única manera que se me ocurre de explicarlo es con algo que echaba como chispas. Sí, ésa es la imagen que se me ocurre. Recuerdo la sensación de ser nutrida, alimentada, y cómo ese alimento me fortalecía. Sé que suena gracioso, porque obviamente esto no era una cosa física, pero dentro de la experiencia me sentí físicamente fuerte, lista para lo que fuera.

Hacia el término de la operación, el doctor Spetzler eliminó el aneurisma y cerró el cráneo. Sin embargo, surgieron nuevos problemas. El monitor silencioso del corazón empezó a registrar actividad de fibrilación ventricular. Se trataba de un ritmo cardíaco letal que si no se corregía significaría la muerte. Dado que el aneurisma había sido eliminado, los cirujanos decidieron activar mecánicamente la arteria de Pam. Así lo hicieron, pero no hubo respuesta. En ese momento temporal, Pam vio en su ECM cómo su tío la conducía de vuelta al túnel, de forma que pudo ver su cuerpo sin vida en la mesa de operaciones:

Mi abuela no me llevó de vuelta por el túnel, ni siquiera me pidió que me fuese. Ella solamente alzó la vista hacia mí. Yo esperaba ir con ella, pero sentí que no era posible. Fue entonces cuando mi tío dijo que él lo haría, y me acompañó de regreso.

Todo marchaba bien. Pero al llegar al final del túnel vi aquella cosa, mi cuerpo. De repente pensé que no quería volver a él. Tenía un aspecto horrible, como los restos de un tren accidentado. Parecía como si estuviera muerta. Recuerdo que estaba parcialmente cubierto. Me asusté y no quise mirarlo.

Mi tío me comunicó que era como saltar a una piscina. «No hay problema, simplemente salta.» Yo no quería, pero supongo que debía de estar haciéndose tarde o algo así, porque mi tío me empujó. Finalmente sentí un rechazo hacia abajo, y al mismo tiempo, como si el cuerpo me atrajera. El cuerpo tiraba y el túnel empujaba... Parecía como si saltases a una piscina, sí, pero de agua helada. En ese momento sentí dolor...

Tras el éxito en la segunda activación del corazón, Pam recobró la conciencia en la mesa de operaciones, y durante un buen rato se sintió furiosa con su tío por haberla obligado a regresar:

Cuando recobré el conocimiento, todavía estaba conectada al respirador. [...] Al parecer, mi tío había empujado mi cuerpo en el momento en que mi corazón estaba siendo activado por segunda vez. En ese instante el ritmo era satisfactorio y estaba viva, aunque me sentía incómoda.*

Lo sorprendente y singular de este caso es que Pam Reynolds estuvo bajo condiciones de control y monitorización exhaustivas durante toda la ECM gracias a la intervención quirúrgica, dadas las especiales circunstancias que precisaba su realización, tales como la circulación sanguínea extracorpórea, la parada cardiorrespiratoria y la cesación de toda actividad neuronal.

La neurociencia actual considera que un ser humano no puede experimentar cognición o percepción alguna sin actividad cerebral. Pero como ya planteó el doctor Sabom, son de tal precisión los detalles aportados por Pam Reynolds —al igual que en otros casos— sobre lo que se dijo y se hizo a su alrededor durante el tiempo que estuvo clínicamente muerta, que desafían la explicación de las ECM como un fenómeno alucinatorio atribuible al estado de *shock*, a la falta de oxígeno, a la medicación suministrada durante las maniobras de resucitación o a los procesos fisiológicos propios de esos momentos —como la generación de endorfinas—, tal y como a día de hoy aún proponen los colectivos de escépticos.

* Pam Reynolds falleció por segunda, y última vez, el 22 de mayo de 2010 en Atlanta (EE.UU.) a causa de una insuficiencia cardíaca. (*N. del a.*)

Por el momento, la neurociencia actual no dispone de ninguna explicación satisfactoria para resolver el misterio de las ECM que desafía sus principios. La única hipótesis que podría explicar dicho fenómeno, a priori, sería la insuficiente sensibilidad de los actuales aparatos de medición para establecer la frontera entre la actividad y la inactividad cerebral. En ese caso sólo sería un problema de cuestiones técnicas. Sin embargo, de ser así, eso plantearía otros problemas éticos y religiosos de mayor envergadura: ¿estamos, entonces, dando por muertos y enterrando a seres humanos que aún siguen con vida?

LAS ÚLTIMAS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Durante décadas, las experiencias cercanas a la muerte (ECM) hallaron explicación en la hipótesis de concepción dualista, según la cual el alma sobrevive al cuerpo. En contrapartida, no faltan investigadores que intentan desmentir esta presunción al sostener la hipótesis de que la conciencia es un mero subproducto del cerebro y que no existe nada tras la muerte cerebral. No obstante, la única verdad hasta la fecha es que todavía desconocemos cómo y por qué se produce una ECM.

En la actualidad existen tres grandes líneas de investigación científica basadas por sendas hipótesis que intentar dar una respuesta al fenómeno. Algunos investigadores han propuesto que las ECM se producen como consecuencia de un desorden químico en el cerebro; otros, sin embargo, creen que dichas experiencias puede ser causadas por un estrés psicológico relacionado con la cercanía de la muerte, mientras que un tercer grupo de investigadores apoya la creencia de que las ECM son experiencias reales con componentes trascendentales y espirituales. Ni qué decir tiene que los argumentos científicos más favorables se han centrado en torno a las dos primeras opciones, si bien no han obtenido ningún resultado por el momento concluyente que explique la realidad de las ECM.

Desórdenes químicos en el cerebro. La hipótesis se basa en el hecho científicamente establecido de que los cambios en las cantidades de algunos de los productos químicos o neurotransmisores en el cerebro pueden conducir a procesos de pensamientos desordenados y anormales, es decir, a alucinaciones.

Muchos científicos han debatido sobre qué partes del cerebro son las que están involucradas en las ECM y han teorizado que éstas pueden ser debidas a la actividad anormal de células del cerebro situadas en los lóbulos temporales o en el límbico.

Lo que sí sabemos es que cada área del cerebro procesa múltiples funciones y que los estados de consciencia como, por ejemplo, ver, pensar, los sentimientos y las emociones, están repartidos en muchas zonas al mismo tiempo.

Cuando alguien está a punto de morir, el cuerpo responde inicialmente con la liberación de ciertas sustancias químicas y esteroides para tratar de mantener la presión arterial y que llegue suficiente sangre al cerebro. Después de un tiempo, sin embargo, la presión arterial desciende y provoca una reducción del flujo sanguíneo al cerebro, lo que a su vez activaría ciertas partes del mismo y conduciría a los síntomas de una ECM. Aunque aún no sabemos exactamente qué zonas están involucradas, el cerebro mediaría en los procesos de la experiencia. No obstante, el descubrimiento de las áreas exactas no explicaría el significado de las experiencias cercanas a la muerte, ni tampoco crearía una experiencia irreal o una alucinación, exactamente de igual modo que descubrir las áreas del cerebro que están involucradas en la visualización de imágenes o en la experimentación del amor maternal no hace de esas visiones o sentimientos meras alucinaciones.



Al igual que en este fotograma de la película *Ghost*, miles de personas en todo el mundo aseguran haber abandonado su cuerpo durante una intervención quirúrgica.

La falta de oxígeno. Los momentos finales del proceso de la muerte implican siempre la interrupción de la actividad de nuestro corazón y de los pulmones, antes de que finalmente nuestro cerebro abandone su actividad unos diez segundos más tarde, al dejar de recibir sangre y oxígeno. Es por ello que algunos científicos han querido ver en la falta de suministro de oxígeno el mecanismo que puede estar causando las ECM.

Cuando una persona deja de respirar y se detiene el flujo de sangre que llega al cerebro, existe una reducción en los niveles de oxígeno en el órgano, lo que podría producir una ECM, esencialmente en forma de una compleja alucinación. Los científicos creen que de la misma forma en que una droga como el LSD puede activar ciertas partes del cerebro y, por tanto, dar lugar a la generación de un complejo de alucinaciones, la falta de oxígeno en dicho órgano también puede causar un fenómeno similar.

Una de las principales partidarias de esta hipótesis es la psicóloga Susan Blackmore, quien propone una explicación al típico fenómeno de la luz al final del túnel. Todo lo que vemos se procesa en un área llamada corteza visual, que se localiza en la parte posterior del cerebro. Cuando vemos algo, la luz llega a la parte de atrás del ojo, donde se convierte en energía eléctrica y, a continuación, es transmitida a la parte posterior del cerebro, donde se procesa —en la corteza visual—. La gran mayoría de lo que vemos proviene de la parte media de nuestro campo de visión —la visión central—, y en menor medida de su contorno, lo que se llama visión periférica. Cuando leemos un libro o vemos la televisión, tenemos que mirar directamente. Resulta imposible hacerlo de soslayo, aunque podamos ver las páginas de un libro o la pantalla del televisor desde las esquinas de nuestro campo de visión. La razón de ello es que en nuestros ojos hay un área que está relacionada con esta visión central que tiene muchas más células especializadas para procesar la luz que el resto del ojo.

Con el cerebro sucede algo parecido: al poseer muchas más células, tiene mayor superficie dedicada a analizar la información que proviene de la parte central de la visión que la destinada a analizar la información derivada de la parte periférica.

Del mismo modo, los científicos sospechan que la falta de oxígeno en el cerebro durante la muerte puede conducir a un exceso de actividad en las áreas que son responsables de la visión. Como hay muchas más células en el cerebro que son responsables del procesamiento de la visión central en comparación con las células responsable de la visión periférica, la activación de las células en la parte de atrás del cerebro debido a la falta de oxígeno tendrá el efecto de creación de una ilusión óptica a modo de luz brillante en el centro.

Sin embargo, existen notables evidencias en contra de esta hipótesis. En los hospitales es muy común ver pacientes que sufren con los efectos de la reducción de los niveles de oxígeno a consecuencia de enfermedades en un estadio grave de asma o de insuficiencia cardíaca. En estos casos, cuando los niveles de oxígeno se reducen, surge un estado clínico conocido como «estado confusional agudo» cuyo desarrollo dista mucho de las ECM, y en el cual los pacientes sufren altos niveles de confusión y

fragmentación de los procesos de pensamiento con poca o ninguna memoria. Además, dichos enfermos no ven ningún túnel, ni la «luz», ni describen otros rasgos típicos de una ECM.

Las drogas del cerebro. Otra de las hipótesis esgrimidas tiene que ver con la función de los neurotransmisores.

Es sabido que ciertas drogas como las anfetaminas, la ketamina y la fenciclidina pueden dar lugar a complejas alucinaciones. Estas alucinaciones pueden parecer muy reales, aunque como tales, no forman parte de la realidad. De hecho, algunos testimonios de ECM, proceden de pacientes con una larga convalecencia en hospitales donde han recibido fármacos anestésicos como la ketamina, que según afirma el psiquiatra británico Karl Jansen, produce sensaciones muy similares a algunos estadios de las ECM como viajar en un túnel o el encuentro con seres espirituales.

Pero el cerebro también tiene esa capacidad. Cuando sufrimos un importante estrés físico, como puede suceder en el transcurso de una enfermedad grave, el cuerpo procede a la liberación de sustancias propias parecidas a la morfina, llamadas endorfinas, que son las encargadas de producir sensaciones de bienestar. Dichas endorfinas pueden estimular el aumento de la actividad en las células de una parte determinada del cerebro llamada lóbulo límbico, que podría estar involucrada en las ECM a través de la elaboración de alucinaciones. Incluso algunos especialistas han sugerido que los sentimientos de paz y tranquilidad que tienen lugar durante una ECM podrían ser en respuesta a la liberación de dichas endorfinas.

Otros investigadores han propuesto que el agente intermediario en este proceso podría ser una molécula neurotransmisora del cerebro llamada serotonina, cuyo hipotético funcionamiento en el desarrollo de las ECM sería el mismo que las endorfinas.

Los lóbulos temporal y límbico. Otra opción barajada por los investigadores para explicar la aparición de una ECM es que ésta pueda producirse como consecuencia de una convulsión, es decir, una actividad eléctrica anormal en una sección específica del cerebro.

Existen diferentes tipos de epilepsia, dependiendo de en qué parte del cerebro haya tenido lugar la actividad eléctrica anormal. Una de ellas es la llamada epilepsia del lóbulo temporal, en la que, como su nombre indica, la anomalía se produce en los lóbulos temporales que están situados a ambos lados del cerebro, aproximadamente detrás de cada sien. Su función es muy compleja, y guardan una relación muy importante con la memoria. Además, tienen conexiones con las zonas visuales del cerebro y, por tanto, una actividad anormal en este punto puede conducir a alucinaciones visuales complejas. Este tipo de epilepsia se asocia también con las experiencias de *déjà vu*.

También se dan casos de personas que experimentan repetitivos e incontrolables movimientos en cualquier parte de su cuerpo, conocidos como automatismos, y que en ocasiones el enfermo no es consciente de su ejecución o no recuerda haber realizado:

pérdida de memoria.

El hecho de que algunas personas con una mayor actividad en estas áreas del cerebro hayan descrito ciertos tipos de alucinaciones que parecen compartir algunos de los elementos de una ECM, ha llevado a algunos investigadores a proponer que dichas experiencias pueden ser también una consecuencia de una función anormal en esta zona del cerebro. Sin embargo, y al igual que ocurre con otras hipótesis, no se ajustan al resto de los elementos clásicos de las ECM, en las que no se producen pérdidas de memoria, ni experiencias de *déjà vu*, ni automatismos, como cabría esperar.

La hipótesis psicológica y los «falsos recuerdos». El otro gran mecanismo con el que algunos investigadores también han tratado de explicar las ECM es a través de un tipo de fenómeno psicológico. Se ha sugerido que el cerebro puede crear y construir la experiencia a partir de recuerdos almacenados con anterioridad, como los obtenidos a través de programas médicos o reportajes televisivos, ante el miedo de una inminente muerte. Bajo esta circunstancia, aunque la experiencia parezca muy real, puede estar construida de manera ficticia en el subconsciente de la mente del individuo y, por lo tanto, no correspondería a la realidad. Esto es similar al «deseo de cumplimiento»; es decir, si alguien piensa que está a punto de morir puede experimentar ciertas circunstancias de acuerdo con lo que había previsto o deseado que se produjese. Esto incluiría no sólo los componentes trascendentales y espirituales que pueda tener una ECM, como ver la luz brillante o recorrer un túnel para finalmente ver o sentir a familiares difuntos o a un ser supremo, sino también observar desde «arriba» los intentos de reanimación médica típicos de tales circunstancias.

La hipótesis trascendental. Muchas de las personas que han vivido una ECM, así como algunos investigadores, creen que la experiencia es una prueba de la existencia de un más allá. En primer lugar, argumentan que se trata de una experiencia universal que ha sido descrita por personas de todo el mundo, independientemente de raza, cultura, sexo o edad, lo que hace poco probable que se trate de simples alucinaciones, que tienden a tener un componente más personal. Otra razón que rebatiría la hipótesis de una alucinación sería la cantidad de detalles descritos por las personas que han vivido una ECM, capaces de recordar las prendas de vestir que llevaba el personal de reanimación, las conversaciones que tuvieron, las notas que tomaron, e incluso la descripción de objetos que jamás hubiesen podido ver desde la cama o la camilla, así como el relato de acontecimientos ocurridos a distancia.

En algunos casos puede argumentarse que quizá los pacientes no estaban totalmente inconscientes y que por tanto habrían sido capaces de escuchar conversaciones. Aun así, no habrían podido abrir los ojos y, por ende, ver nada, ni tampoco recordar los acontecimientos con todo lujo de detalles. Todo esto, lógicamente, sin tener en cuenta que se trata de personas que según los criterios médicos están en el umbral de la muerte.

Una vez más se plantea la cuestión de cómo el cerebro es capaz de tener recuerdos lúcidos cuando el electroencefalograma es una línea recta.

Desde hace décadas se vienen recopilando testimonios de personas reanimadas tras una aparente muerte cerebral. El cardiólogo Pim van Lommel, del hospital Rinjstate, de Arnhem (Holanda) dirigió en el año 2001 un interesante estudio que arrojó unos importantes datos: de 344 infartados con ausencia de actividad cerebral, el 18 por ciento recordaba haber vivido una ECM. Otro exhaustivo estudio llevado a cabo en 2002 por el cardiólogo Sam Parnia y el neurólogo Peter Fenwick, de la Universidad de Southampton, en el Reino Unido, demostró que 63 supervivientes de paros cardíacos tuvieron experiencias cercanas a la muerte. Para estos investigadores el tema de las ECM está muy lejos de resolverse y representa un auténtico rompecabezas para la ciencia actual, ya que el fenómeno parece apuntar a que la conciencia o «alma» es una entidad independiente del cerebro.

Ante este enigma, la hipótesis posiblemente más avanzada es la que defienden los doctores Stuart Hameroff y Roger Penrose. Según su teoría, cuando el cerebro deja de funcionar, la conexión entre unas microscópicas estructuras llamadas microtúbulos se detiene y la información deja de circular. Pero ésta no se pierde ni se destruye gracias a un fenómeno fisiológico denominado «coherencia cuántica». Debido a este mecanismo, la conciencia de alguien clínicamente muerto podría existir temporalmente fuera de su cuerpo y flotar por encima de él mientras observa su reanimación.

Últimos estudios. Para tratar de resolver el enigma, la Universidad de Southampton puso en marcha en octubre de 2008 el primer estudio a gran escala sobre las ECM con el proyecto Conciencia Humana. Se trata del estudio AWARE que, dirigido por el doctor Sam Parnia, está siendo llevado a cabo por un grupo internacional de científicos y de médicos de diversos centros hospitalarios de Europa y de Norteamérica, que han unido fuerzas para analizar el cerebro, la conciencia y la muerte clínica.

El doctor Parnia explica que «contrariamente a la percepción popular, la muerte no es un momento específico. En realidad es un proceso que comienza cuando el corazón deja de latir, los pulmones dejan de trabajar y el cerebro deja de funcionar. Es lo que en medicina se denomina parada cardiorrespiratoria, que desde un punto de vista biológico es sinónimo de la muerte clínica. A este estado lo sigue un período de tiempo, de entre unos segundos a una hora aproximadamente, en el que los esfuerzos médicos pueden conseguir revertir el proceso de la muerte. Conocer lo que las personas experimentan durante la muerte clínica supone una oportunidad única de comprensión del proceso humano de la muerte».

El estudio AWARE está aplicando una sofisticada tecnología para estudiar el cerebro y la conciencia humanos durante dichas paradas cardiorrespiratorias mientras los médicos vigilan los niveles de oxígeno y el flujo sanguíneo en el cerebro. Al mismo tiempo, están intentando probar la autenticidad de las ECM y, si es posible, lo que en un estado de

muerte clínica la conciencia puede oír y ver. Para ello, los investigadores utilizan imágenes aleatoriamente generadas que se ocultan en soportes colgados en la pared de las salas de reanimación de manera que sólo son visibles mirando hacia abajo desde el techo.

Además, el estudio se completa con la investigación BRAIN-1 (Brain Resuscitation Advancement International Network-1), que consiste en realizar tests psicológicos a pacientes que han sufrido paradas cardiorrespiratorias, y en la aplicación de técnicas de registro de la actividad cerebral para intentar determinar métodos que mejoren el tratamiento médico y psicológico de enfermos en ese estado.

Por ahora, sin embargo, sólo el tiempo dirá si el estudio AWARE conseguirá revelar la realidad de nuestro inevitable final.

Y un último apunte más. Una de las más interesantes áreas de estudio de las ECM es, sin lugar a dudas, las vividas por los más pequeños, sobre todo porque a menudo son demasiado jóvenes como para comprender el concepto de muerte.

No existen datos sobre el porcentaje de niños que han tenido este tipo de experiencias, pero lo que está claro es que muchos han descrito detalles precisos que ilustran lo que sería un «modelo» de las ECM. Sus experiencias a menudo son recordadas en el transcurso de los juegos y, posiblemente, durante un largo período de tiempo. Es común que los padres asistan asombrados a las narraciones de sus hijos que, de repente, comienzan a hablar del «día en que murieron», hecho que normalmente tiene lugar muchos meses después de que acontecieran los sucesos que lo llevaron al borde de la muerte. Incluso en muchos casos la sorpresa de los padres es mayor ya que premeditadamente habían omitido hacerle cualquier referencia sobre el trance vivido, en algunos casos porque eran demasiado jóvenes para tener claros los conceptos de muerte o de un hipotético más allá.

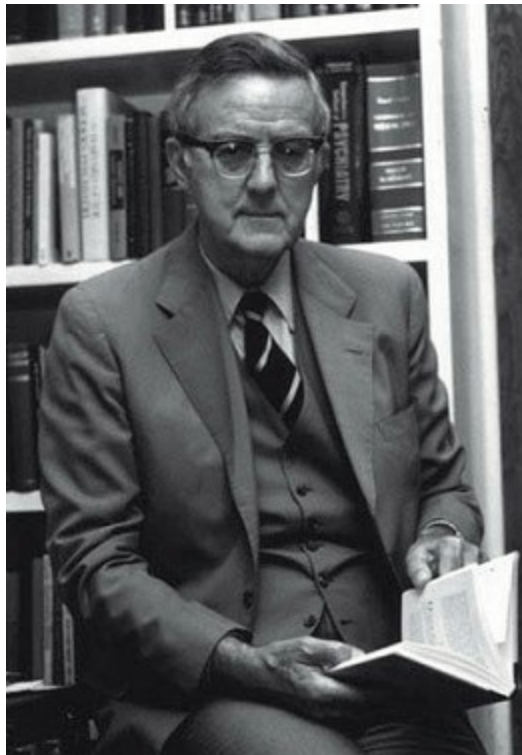
Aun así y en líneas generales, las ECM en niños, que han sido estudiadas ampliamente por el doctor Melvin Morse, parecen seguir las mismas experiencias que las vividas y recordadas por los adultos, aunque con pequeñas y lógicas salvedades: el diferente vocabulario utilizado para describirlas y que, en un alto porcentaje, el trance vivido va siendo olvidado a medida que los niños van creciendo.

LA CIENCIA FRENTE A LA REENCARNACIÓN

El concepto del más allá que poseen muchas religiones sólo nos lleva a suponer la existencia de una continuidad tras la muerte física, pero en ningún caso nos ofrece la certeza, la garantía de la existencia de una vida tras ese umbral.

A diferencia del mundo oriental, donde la reencarnación forma parte fundamental en sus religiones, el pragmatismo propio de los países occidentales ha requerido la demostración rigurosa de los enunciados que proponen dichas doctrinas.

Posiblemente el investigador que ha estudiado con más seriedad y rigurosidad científica la posible realidad de la reencarnación ha sido el doctor canadiense Ian Stevenson. Tras graduarse en la Universidad de Montreal en 1943, y adentrarse en la medicina interna y en bioquímica, se doctoró en psiquiatría. Tuvo un particular interés por la medicina psicosomática, y sus trabajos y publicaciones iniciales trataron los efectos fisiológicos inducidos por factores psicológicos, el efecto psicodélico, la psicoterapia y la entrevista psiquiátrica. Fue profesor e investigador en la Escuela de Medicina de la Universidad del Estado de Louisiana, y más tarde formó parte del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Virginia, donde permaneció el resto de su vida.



El bioquímico y doctor en psiquiatría Ian Stevenson veía la reencarnación como la supervivencia de la personalidad después de la muerte.

En 1957, cuando Stevenson contaba con 39 años, ocupó el cargo de Jefe del Servicio de Psiquiatría, posición que mantuvo hasta que en el año 1967 fundó y dirigió la División de Parapsicología, la cual cambió de nombre dos veces, como División de Estudios de la Personalidad primero, y posteriormente como División de Estudios Perceptuales. Además, entre 1967 y 2001, Stevenson fue también nombrado «Carlson Professor» de Psiquiatría, y desde el 2002 hasta su muerte, en 2007, fue profesor de Investigación Psiquiátrica.

A finales de la década de 1950 llegaron a manos de Stevenson unos informes de casos de recuerdos de vidas pasadas entre los que existían rasgos y características en común. Entre éstas, le llamó la atención la gran incidencia de muertes repentinas de las personas que los sujetos decían haber sido en la vida anterior. Además, los supuestos reencarnados eran niños pequeños de cuatro y cinco años, que a raíz de entrar en contacto con sus anteriores familias, mantenían un importante lazo emocional con ellas.

Entonces Stevenson decidió estudiar dichos casos y publicó algunos de sus resultados, cuyos artículos impactaron en la sociedad de aquel entonces, ya que apenas se había investigado seriamente el tema ni habían aparecido publicaciones que divulgaran dicha temática entre el gran público.

Stevenson continuó buscando información en diarios, revistas y libros, y consiguió reunir 44 casos de presuntos recuerdos de vidas pasadas de los que apenas existía más información ni detalle que la mención de su existencia.

Muchos de estos reportes de los casos daban pocos detalles, y casi ninguno ofrecía ninguna evidencia verificada (o al menos verificable). Reduje gradualmente el número de casos, excluyendo aquellos en que el sujeto y la presunta personalidad previa fallecida estaban relacionados o eran conocidos entre ellos, y aquellos casos en que el sujeto había hecho seis o menos declaraciones sobre su supuesta vida anterior. De los restantes veintiocho casos, en veinticinco se conocía la edad en que los sujetos habían hablado por primera vez sobre una vida anterior. En veintidós de estos, las memorias habían surgido cuando el sujeto era un niño de menos de diez años de edad. Esto parecía merecer una mayor atención. Por consiguiente, publiqué (en el *Journal of the American Society for Psychical Research*) un artículo —compuesto de dos partes— sobre estos casos, y recomendé que se buscaran más niños y que sus declaraciones fueran investigadas. [...] En aquel entonces, nunca se me ocurrió que yo mismo iba a ser la persona que iba a iniciar esa investigación que estaba promoviendo e instigando a realizar. Estaba demasiado ocupado administrando un departamento, ocupándome de los pacientes y enfrascado en otras investigaciones.

En verano de 1961, aprovechando el período vacacional, se desplazó a India y a Ceilán —actual Sri Lanka— con la idea de investigar media docena de casos de los que había tenido conocimiento a través de Eileen Garret y la Parapsychology Foundation. Sin embargo, el viaje no resultó como él inicialmente pensaba:

Esta información, sin embargo, no me preparó para la sorpresa de encontrar semejante abundancia de casos en ambos países. En el momento que me fui de Asia, había recolectado información de no menos de veinticinco casos en India y siete en Ceilán. En menos de cinco semanas no pude investigar adecuadamente todos estos casos, por lo que seleccioné unos pocos para estudiar cuidadosamente. Anoté los datos de las direcciones y algunos pocos detalles de los restantes. [...] Una segunda sorpresa fue darme cuenta de que los casos consistían en mucho más que un comentario o recuerdo de un niño sobre una vida pasada. Los niños también mostraban comportamientos que eran inusuales en sus familias y que, en esos casos que se habían podido verificar, coincidían con el comportamiento de la persona fallecida que el niño decía haber sido.

Gracias a las aportaciones económicas que Chester F. Carlson —inventor de la xerografía (Xerox), y seguidor de las investigaciones que Stevenson llevaba a cabo— realizaba a la Universidad de Virginia, el doctor Stevenson pudo seguir sus investigaciones, y en 1966 compiló los casos más significativos que había estudiado hasta

ese momento en *Twenty cases suggestive of reincarnation* —en la versión española, *Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación*—, un libro clave de recuerdos espontáneos de vidas anteriores recogidos entre niños de dos y cinco años de edad, cuya riqueza de datos y estudio minucioso había seleccionado de entre la increíble cifra de mil doscientos casos que Ian Stevenson había recopilado hasta ese momento.

A lo largo de su vida, Stevenson acumuló alrededor de dos mil seiscientos casos, debidamente documentados, recogidos en India, Sri Lanka, Tailandia, Líbano, Turquía, Alaska, Birmania, Japón, Nigeria, Vietnam, Israel, Nepal y Estados Unidos. De ellos, consideraba que cerca de cuatrocientos ofrecían total garantía de autenticidad, habiendo llevado a cabo personalmente las entrevistas con los niños teóricamente reencarnados, con los testigos, y realizado las pruebas pertinentes.

Los niños que aseguraban recordar vidas anteriores eran capaces de describir con gran detalle casas, paisajes y pueblos lejanos sin haber estado nunca allí en su corta vida. En algunos casos no sabían cuál era el nombre, pero sí que ofrecían otros detalles, como si había algún río, montaña o emplazamiento cercano que servían para que se pudiera localizar el lugar, que en ocasiones estaba alejado cientos de kilómetros y al cual, evidentemente, nunca habían ido en la presente vida. En ocasiones, el mismo Stevenson había viajado con el niño al lugar, quien, a medida que se acercaban, era capaz de reconocer y describir con antelación los lugares por donde iban pasando, o al entrar en los pueblos y aldeas, ubicaba la casa donde había vivido, en la que había nacido o el lugar donde había fallecido.

Una vez allí, reconocía a sus familiares y amigos, incluso refiriéndose a ellos por el nombre o el mote que tuvieran. Además, narraba situaciones y acontecimientos de esas vidas y hasta describía algún cambio que se hubiera realizado en la casa desde su «muerte». Lo más curioso es que los análisis estadísticos realizados en cientos de estos casos aseguran que las afirmaciones y descripciones realizadas por los niños coinciden en un 90 por ciento con la realidad.

Pero la rigurosa labor científica y de recopilación de datos iba más allá de la entrevista a los niños y del cotejo de sus afirmaciones. Stevenson, al principio solo, y más tarde junto a su equipo de investigación formado por expertos académicos de la talla de Gaither Pratt, Rex Stanford, John Palmer, Bruce Greyson, Satwant Pasricha, Emily Kelly, Antonia Mills o Jim Tucker, algunos de los cuales más tarde se convirtieron a su vez en investigadores independientes, interrogaban a más de una decena de testigos de cada caso, muchos de ellos ajenos a la familia del niño, con el fin de obtener referencias de su vida, sobre posibles desplazamientos, relaciones con gente extranjera, y todos aquellos hechos que pudieran certificar que se encontraban ante gente honrada y de probada credibilidad. Incluso las investigaciones llegaban a alcanzar a los familiares de los fallecidos de los que, presuntamente, el niño aseguraba ser su reencarnación. Se trataba de llevar a cabo, en definitiva, un proceso de investigación repleto de verificaciones, y en los que se observaban detalles importantes como evidencias de marcas de nacimiento,

tempranas y anormales habilidades musicales, o conocimientos especiales supuestamente heredados de la vida anterior, ya que Stevenson se había encontrado con casos de niños que, incomprensiblemente, eran capaces de hablar idiomas propios de diferentes zonas geográficas a la que habían nacido o en la que vivían, y que hasta los propios padres desconocían.

El doctor también utilizó elementos como los sueños, los recuerdos vueltos a vivir —*déjà vu*—, las crisis emocionales y la práctica de la hipnosis como herramientas en sus investigaciones. No obstante, Stevenson nunca dependió de la hipnosis, ni de ninguno de esos elementos, para verificar que una persona había tenido una vida anterior, sino que eligió recorrer miles de kilómetros para recoger in situ casos de niños que de manera espontánea recordaban una vida pasada, ya que así podía proceder a su investigación mediante estrictos protocolos científicos.

Gracias al rigor de las investigaciones, Stevenson y su equipo descubrieron importantes hechos que parecían influir de una vida a otra, tales como las creencias religiosas, una maternidad abandonada, las marcas de nacimiento o la pertenencia al otro sexo, que podían mostrar rasgos característicos o repercutir en sus costumbres y comportamientos. Ejemplo de ello es el caso de Sukia Gupta, que el doctor Stevenson tuvo la oportunidad de investigar y que plasmó en su libro *Children who remember previous lives*, 1987 (*Los niños que recuerdan vidas pasadas*):

En la aldea de Kampa, en el oeste de Bengala, Sukia Gupta tenía unos dieciocho meses cuando comenzó a mecer su almohada y a llamarla Minu. Cuando se le preguntó quién era Minu, respondió: «Mi hija». Durante los tres años que siguieron, la niña hablaba a menudo de su familia, de su marido, de su hija y de la vida que habían llevado juntos. Les dijo que era la reencarnación de una mujer llamada Mana y que su marido, sus cuñados Khetu y Karuna, y Minu vivían en Rathtala en el Bhatpara, a dieciocho kilómetros de allí. Sukia pedía que la llevaran allá, y como su familia jamás había oído hablar de esa región, ella propuso llevarlos. Un poco más tarde, su padre se enteró de que realmente Rathtala existía, que un tal Khetu vivía allí y que éste había tenido una cuñada llamada Mana, muerta algunos años antes y que había dejado una hija pequeña, Minu. Impulsado por la curiosidad, el padre de Sukia arregló un encuentro entre las dos familias. Cuando tenía cinco años, Sukia se dirigió a Rathtala en compañía de sus padres. Fue ella quien los condujo hasta su supuesto cuñado. Identificó a todas las personas de las que hablaba desde hacía años. Pero, hecho muy sorprendente, llamó a su cuñado Karuna cuando todo el mundo lo llamaba Kutu. Hasta sus vecinos más cercanos desconocían su verdadero nombre. Sukia reconoció numerosos objetos en la casa y sacó los saris de Mana de un cofre lleno de trajes que habían pertenecido a diversas personas. Dio muestras de extremo cariño hacia «su marido y «su hija» Minu. Por tanto, jamás se podrá encontrar el menor rastro de fraude ni motivo para ello en este caso.

El doctor Stevenson también pudo verificar cierta relación entre las marcas de nacimiento de un niño y la persona que, según decía, había sido; en ocasiones dichas marcas estaban situadas en el mismo lugar donde la persona tenía una herida que, a la postre, fue la causa de su muerte. Stevenson y su equipo examinaron doscientos casos en los que hubo acuchillamiento o heridas de bala en vidas anteriores, y en sus escritos menciona diecisiete casos en los que los historiales médicos hacían corresponder la localización de las heridas o enfermedades con las marcas de nacimiento.

A pesar de las pruebas, o evidencias —término que prefería el doctor—, Stevenson nunca fue dogmático.

Como dijo en su artículo «Survival After Death: Evidence and Issues» (1982): «La duda no es censurable; las únicas posiciones inadecuadas son negar que existe alguna evidencia de valor que debemos considerar, o la categórica afirmación de que tenemos suficiente evidencia para pronunciarnos».

Cuando en una ocasión, a lo largo de una entrevista se le preguntó a Stevenson si consideraba que sus investigaciones habían probado la reencarnación, él contestó: «Yo no pienso que haya ningún tipo de prueba en la ciencia aparte de las matemáticas. Sin embargo, sobre los casos que conocemos hoy, al menos para muchos de ellos, la reencarnación es la mejor explicación que hemos podido encontrar. Hay un impresionante volumen de evidencias, y creo que con el tiempo son cada vez más sólidas y fuertes. Pienso que una persona racional, si lo desea, puede creer en la reencarnación en base a estas evidencias sin temor a equivocarse».

EPÍLOGO

¿Quién no se ha planteado alguna vez la posibilidad de permanencia tras la muerte, o la hipotética realidad de otros planos de existencia paralelos a nuestro mundo visible?

La incertidumbre que producen estas preguntas ha provocado que el hombre se debata entre creencias y demostraciones científicas con el fin de aportar un poco de luz al misterio, e intentado establecer contacto con esos seres queridos que ya fallecieron. Con estas premisas y gracias a la ayuda que nos ofrecen los avances tecnológicos, surgen los diferentes sistemas de Transcomunicación Instrumental —TCI—, con los que no sólo se trata de establecer esa hipotética comunicación, sino que sirven para intentar encontrar una explicación plausible a tales sucesos paranormales.

Dentro de la TCI podemos desglosar los fenómenos dependiendo del sistema y soporte en el que se haya producido la captación anómala. En líneas generales podemos establecer tres grupos: las psicofonías —en anglosajón, *electronic voice phenomena* (EVP)—, como inclusiones de audio que pueden obtenerse bajo los diferentes soportes existentes —cinta magnetofónica, minidisc, DAT, o en el disco duro de un ordenador—; las psicoimágenes, grabaciones de vídeo obtenidas en cualquier tipo de soporte analógico o digital, y el sistema de transradio, en el que se trata de captar voces directas a través de un receptor de radio sintonizado en una frecuencia vacía, es decir, donde no se capte ninguna señal y sólo se oiga el «ruido de cascada».

Desgraciadamente no existen investigadores que se dediquen de manera casi exclusiva al estudio en profundidad de la TCI, principalmente y como resulta obvio, por cuestiones económicas. Aun así, muchos de los estudiosos o grupos de trabajo existentes son agrupaciones experimentales que, en mayor o menor medida, lo que pretenden es la captación y recopilación de fenómenos de Transcomunicación Instrumental, y se reúnen con el fin de establecer contacto y diálogos con «el otro lado», siendo un alto porcentaje los que intentan comunicar con amigos y familiares fallecidos.

Resulta obvio que cuando los primeros investigadores comenzaron a realizar sus experimentos en torno a la TCI pretendían poner de manifiesto una posible supervivencia del alma. Dicha comunicación debería ser bilateral, es decir, admitiendo la posibilidad de un diálogo. Sin embargo, las primeras experimentaciones se realizaban de una manera natural —e incluso fortuita—, sin dejarse llevar por el excesivo peso de un método de investigación que obligase a llevar a cabo pautas de comportamiento durante los experimentos. Esa búsqueda del contacto espontáneo formaba parte de los inicios de una técnica de trabajo y experimentación propia de un sector desconocido como era la TCI.

Poco a poco, los investigadores plantearon un método de trabajo que permitiera realizar comparativas y establecer pautas de comportamiento del propio fenómeno ante el mismo investigador y ante la sociedad, que, en gran medida por curiosidad, también deseaba comprobar los resultados por sí misma.

Con el tiempo, las experimentaciones llevadas a cabo por los pioneros en este campo han servido como base para la investigación objetiva del fenómeno y han sido aceptadas por el colectivo de investigadores del tema.

Por otro lado, el uso de los avances tecnológicos ha minimizado de manera inimaginable el ruido de fondo de las grabaciones y ha otorgado una mayor calidad de las inclusiones obtenidas, si bien no ha conseguido un aumento en el número de las mismas. Además, dicha evolución ha implicado una reducción del tamaño del equipo técnico utilizado y con ello una mayor discreción y comodidad para la experimentación de campo.

Pero inmediatamente surge la gran pregunta: ¿es posible emplear el método científico en el estudio e investigación de la TCI? El pilar básico de dicho método es la reproducibilidad del fenómeno a voluntad, es decir, la capacidad de repetir cuantas veces sea necesario, en cualquier lugar y por cualquier persona, un determinado experimento obteniendo los mismos resultados con el fin de exponer y confirmar las teorías. Esta definición corresponde, sin embargo, únicamente a la visión de la ciencia denominada positivismo en su versión más primitiva. Es evidente que la exigencia de la experimentación resulta imposible de aplicar en áreas del conocimiento como la vulcanología, la astronomía o la meteorología. En tales casos, es suficiente la observación de los fenómenos producidos naturalmente.

Existen otras, especialmente en el caso de las ciencias humanas y sociales, donde los fenómenos no sólo no se pueden repetir controlada y artificialmente —que es en lo que consiste un experimento—, sino que son, por su esencia, irrepetibles, como es el caso de la historia. Por ello, cabría pensar que el concepto de «método científico» debería replantearse acercándose más a una definición de «proceso de conocimiento caracterizado por el uso constante e irrestricto de la capacidad crítica de la razón, que busca establecer la explicación de un fenómeno ateniéndose a lo previamente conocido, resultando una explicación plenamente congruente con los datos de la observación».

Bajo esa óptica resulta obvio que la mayoría de los estudiosos de fenómenos paranormales, como los que engloba la TCI, están actuando en un entorno y con un método propiamente científico en su investigación, si bien con una serie de matices que hacen que las pautas de trabajo en el desarrollo del método científico sean algo distintas a las que la comunidad aceptaría como ciencia convencional.

Por otra parte, la cierta facilidad que presenta la experimentación en el campo de la TCI ha hecho que muchos experimentadores que persiguen simplemente la consecución de pruebas se dediquen a almacenar el mayor número posible de inclusiones, algo que, lejos de ser una disciplina de investigación, recuerda más bien a las antiguas sesiones

mediúmnicas, donde personas con facultades psíquicas establecían un supuesto contacto con los espíritus de los difuntos para transmitir mensajes a los familiares y amigos con los que habían dejado temas pendientes. En este caso, si bien es cierto que durante las experimentaciones se realizan preguntas y planteamientos de todo tipo, es necesario recurrir a la confección de cuestionarios de preguntas concretas de diversos tipos y ámbitos. La investigación no debería mezclarse nunca con temas personales o creencias relacionadas con la filosofía y religión espírita.

Como hemos visto, la TCI es para muchos una manera de indagar sobre esa hipotética vida más allá de la presente y, sobre todo, de tratar de confirmar su existencia de una manera aséptica, sin apriorismos y con una buena dosis de escepticismo; para otros, mucho más convencidos de su realidad, sirve para establecer un contacto con nuestros difuntos o con supuestos seres de otras dimensiones a través de la tecnología, actitud, por otra parte, ciertamente aventurada, ya que si bien es cierto que la realidad de las inclusiones psicofónicas o de la captación de psicoimágenes está fuera de toda duda —las grabaciones físicas de los fenómenos están ahí—, a día de hoy seguimos sin tener la certeza absoluta de quién o qué las produce. Además, se corre el riesgo de la aparición de un grave problema de componentes psicológicos: la «dependencia del contacto», cuestión que ha sido abordada en el mundo del cine con películas como *White noise*, dirigida por Geoffrey Sax en 2005, y que en nuestro país se estrenó con el título de *Más allá*.

Filosofías, creencias religiosas, leyendas urbanas, experiencias extracorpóreas, vivencias al borde de la muerte, investigaciones científicas... El estudio de la hipotética realidad más allá de la vida es un vasto terreno del cual apenas sabemos nada y del que aún nos queda mucho por averiguar.

Pero al margen de las religiones y de las investigaciones, está la vivencia personal: la muerte de nuestros seres queridos y, en última instancia, nuestra propia muerte, donde nos convertimos ineludiblemente en los únicos protagonistas de la aventura. Y eso, en definitiva, es lo que en mayor o menor grado nos preocupa a todos.

La gran investigadora y psiquiatra Elisabeth Kübler-Ross, especialista en la ayuda a los moribundos y en sus cuidados paliativos, comparaba ese momento a una metamorfosis, en la que el ser humano se desprende de su envoltura corporal como una mariposa de su capullo para renacer a una vida superior.

Todos nacemos, vivimos y morimos, y si bien el fenómeno de la vida es un milagro absolutamente prodigioso y transcurrir por ella una odisea apasionante, la muerte es tan sobrenatural como el mismo origen de la vida. Tal vez por eso, de la misma manera que al pasar el dificultoso trance de nacer nos esperan unos brazos rebosantes de amor, al llegar al otro extremo de la vida, ese trance igual de decisivo que es la muerte, ¿por qué no cabe esperar que pueda ocurrir lo mismo y que, como narran los testimonios de las ECM, estén nuestros seres queridos dándonos la bienvenida?

Principio y fin, ambos extremos son un misterio. Quizá tan sólo un único misterio.
Las dos caras de una misma moneda.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLISON, M., G. FOCACCI, B. ARRIAZA, V. STANDEN, M. RIVERA, Y J. LOWENSTEIN, «Chinchorro, momias de preparación complicada: métodos de momificación», Revista *Chungará* de la Universidad de Tarapacá (Chile), 13 (1984).
- BAMUNOBA Y. K. Y ADOUKONOU B., *La muerte en la vida africana*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984.
- BARING-GOULD, SABINE, *El libro de los hombres lobo*, Valdemar, Madrid, 2004.
- BARLEY, NIGEL, *Bailando sobre la tumba*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.
- BETHENCOURT ALFONSO, JUAN, *Historia del pueblo guanche*, Francisco Lemus Editor, Santa Cruz de Tenerife, 1991.
- BUDGE, WALLIS, *La momia*, Editorial Humanitas, Barcelona, 1995.
- DAVIS, WADE, *El enigma zombi*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 1987.
- DE ESPINOSA, ALONSO, FR., *Del origen y milagros de Nuestra Señora de la Candelaria*, 1594.
- DE VIERA Y CLAVIJO, JOSEPH, P., *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, 1776.
- EL MAHDY, CHRISTINE, *Mummies, Myth and Magic*, Thames and Hudson, Londres, 1989.
- GERSI, DOUCHAN, *Vudú, magia y brujería*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 1992.
- GÓMEZ ALONSO, JUAN, *Los vampiros a la luz de la medicina*, Neuropress, Pontevedra, 1995.
- GONZÁLEZ ANTÓN, RAFAEL, Y ANTONIO TEJERA GASPAS, *Los aborígenes canarios*, Istmo, Madrid, 1990.
- GOULD, GEORGE, Y WALTER PYLE, *Anomalies and Curiosities of Medicine*, Blue Unicorn Editions, 1997.
- JACQ, CHRISTIAN, *El mundo mágico del antiguo Egipto*, Edaf, Madrid, 1991.
- LARA PEINADO, FEDERICO, *Diccionario Biográfico del Mundo Antiguo. Egipto y Próximo Oriente*, Alderabán Ediciones, Cuenca, 1998.
- LEROI-GOURHAN, ANDRÉ, *Las religiones de la historia*, Editorial Laertes, Barcelona, 1994.
- MONROE, ROBERT, *Viajes fuera del tiempo*, Palmyra, Madrid, 2008.
- MOODY, RAYMOND, *Vida después de la vida*, Edaf, Madrid, 1975.
- PILE, STEPHEN, *El libro de los fracasos heroicos*, Alba Editorial, Barcelona 2006.
- RADZINSKY, EDVARD, *Rasputín*, Crítica, Barcelona, 2003.
- REVENGA, JUAN JOSÉ, *Amanecer zombi*, Editorial Almuzara, Córdoba, 2006.
- REVERTE COMA, JOSÉ M., *Antropología médica*, Editorial Rueda, Madrid, 1981.
- RIMPOCHÉ, SOGYAL, *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, Ediciones Urano, Barcelona, 1994.
- SENTINELLA, DAVID E., *El enigma de las momias*, Nowtilus, Madrid, 2002.
- SENTINELLA, DAVID E., *Inmortales, la memoria del tiempo*, Espejo de Tinta, Madrid, 2005.
- STEVENSON, IAN, *Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación*, Mirach, Madrid, 1992.
- SUGG, RICHARD, *Mummies, Cannibals and Vampires: the History of Corpse Medicine from the Renaissance to the Victorians*, Routledge, 2011.
- VALLEJO-NÁGERA, ALEJANDRA, *Locos de la historia*, La esfera de los libros, Madrid, 2006.
- VELASCO, MANUEL, *Tras las huellas de los vikingos*, Alcántara, Madrid 2000.

Notas

* Hombre lobo en Francia. (*N. del a.*)

Más allá de la vida
David Sentinella

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© de las imágenes de la portada, Shutterstock

© David Sentinella Vallvé, 2012

Momia de San Andrés. Cortesía del Museo de Arqueología de Tenerife.

Fotograma de *Yo anduve con un zombi (I walked with a zombie 1943)*, dirigida por Jacques Tourneur.
(Productora RKO.)

Fotograma de la película *The wolf man* (Universal Studios, 1941).

Fotogramas de la película *Ghost* (Paramount, 1990).

© Scyla Editores, S. A., 2012

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S. A.

Coedición con Timun Mas

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.libroscupula.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2012

ISBN: 978-84-480-0526-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

DEDICATORIA	3
AGRADECIMIENTOS	4
PRÓLOGO	5
LO QUE SÉ DE LA MUERTE	8
INTRODUCCIÓN	10
PRIMERA PARTE	15
CAPÍTULO 1	17
SEGUNDA PARTE	45
CAPÍTULO 2	47
CAPÍTULO 3	78
TERCERA PARTE	105
CAPÍTULO 4	107
CAPÍTULO 5	135
CUARTA PARTE	152
CAPÍTULO 6	154
CAPÍTULO 7	174
CAPÍTULO 8	195
CAPÍTULO 9	208
CAPÍTULO 10	226
QUINTA PARTE	251
CAPÍTULO 11	253
CAPÍTULO 12	278
EPÍLOGO	305
BIBLIOGRAFÍA	309
NOTAS	310
CRÉDITOS	311